JACK KERUAC NO HA MUERTO

Carlos Ernesto García

BIBLIOMUSICINETECA
EDICIONS

JACK KERUAC NO HA MUERTO

Carlos Ernesto García

Créditos:

Primera edición
BMC Edicions
Dirección editorial
Sonia García García, escritora, periodista y gestora cultural
Belén Rojas, antropóloga, diplomática, escritora y editora.
Aida Jiménez, comunicadora, poeta, escritora y editora

JACK KERUAC NO HA MUERTO
© Carlos Ernesto García 2026
(Por la propiedad intelectual de esta obra)
© BMC Edicions, 2026
(Por la presente edición)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento sin la autorización escrita de los titulares del Copyright.
Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: Benjamín Cruz
Maquetación: Aída Jiménez
Barcelona, España, 2026

PRÓLOGO

Un relato es una puerta —abierta o entornada— a un mundo que el autor propone. Y dentro de él dispone la sorpresa, la muerte, la esperanza, el amor y por supuesto, la música de fondo.

Por la puerta apenas entornada de este primer libro de relatos de Carlos Ernesto García, se cuela por momentos algo de jazz, pero manda el rock and roll más ingenuo, devorador de carreteras en busca de algo sin forma ni nombre, que solo se reconoce cuando lo hemos pasado de largo. En estos relatos hay personajes, al principio o al final de algo, rara vez quietos, aunque lo parezcan, casi nunca a salvo.

No es un libro que busque agradar a los lectores y lectoras propensos a narraciones cómodas y edulcoradas, autoayudas al paso para concluir que al fin y al cabo el universo conspira en nuestro favor y otras perogrulladas. De eso nada.

Tampoco se respira el nihilismo habitual en otros libros de relatos pesados de pésimo pesimismo. Como en el rock and roll, aún cuando se pueda cantar al amor hay una guerra que frenar en alguna parte, hay una muerte que espera y se impacienta.

Hay una mano adorada como si en ella se concentrara todo el amor posible, hay jóvenes que viajan convencidos de que la vida real es como la contó Keruac, maravillosamente escrita, por momentos peligrosa pero nunca letal. Y probablemente descubran que lo mejor de aquel libro que sedujo generaciones y lo sigue haciendo, cabe en el título, en el camino.

Hay jóvenes soldados casi adolescentes que descubren la brutalidad extrema y la injusta elección (casi siempre falsa) de pararse de un lado o el otro de la violencia.

En cada caso, el ambiente se construye con hechos y no con declaraciones, uno mete primero un pie por la puerta entreabierta,

luego el otro y luego está dentro y cuando quiere acordarse, ya no puede salir.

Necesita atravesar el cuarto en penumbra lleno de historias en las que el *Happy end* queda para las películas y poco más.

Relatos que no buscan gustar, pero te incluyen y te atrapan, te salpican con lo que se cuenta y lo sientes real, todo lo real que debe y puede ser la narrativa: un invento maravilloso y terrible que entre sus pliegues, muestra más que oculta, verdades dolorosas.

Este libro de Carlos Ernesto García es profundamente latinoamericano, aunque sabiamente narrado de forma que el lector español no deberá preocuparse (no debería hacerlo nunca) por particularidades del idioma: logra conservar el ritmo y la música del habla sin basarse exclusivamente en el vocabulario local.

Hay también un interludio europeo y barcelonés, una prudente y rotunda declaración de amor por la ciudad que alberga iglesias, rebeliones y casas malditas. Pero son las violencias de América Latina las que laten y atraviesan el libro, una violencia militar, con un extremo opuesto —aunque con ritmo parecido— al del himno de libertad que pretende ser el rock and roll.

Arriesga el autor con el relato de largo aliento (probablemente el más difícil porque está obligado a contar más) pero también el más fecundo por su parentesco con la novela y la fijación de ambientes y momentos.

Estos cuentos son un camino lleno de curvas que uno recorre con el correspondiente vértigo pero sin apretar el freno. Caminos de montaña de desierto, carreteras polvorientas y secundarias desde las que se divisa pero lejos, como espejismo, la dudosa promesa de las brillantes autopistas.

Advertencia para quien lea: no saldrá indemne de atravesar este cuarto lleno de historias. Salvo que tenga corazón de madera y cerebro de gomaespuma, se informará para saber un poco más de los escenarios y momentos en que ocurren los relatos. No porque sea necesario para vivirlos y comprenderlos, para sentirlos y temerlos, que eso ya lo hace con sorprendente oficio el autor.

Quizás quiera saber más de esos lugares y momentos para hacer tiempo, mientras espera su próximo libro.

En resumen, estamos ante un compendio de relatos lleno de música y silencios, de violencia institucional, que es la más terrible, de destierros voluntarios que nunca lo son del todo.

Un libro de relatos que arden.

Como un Impala Custom Coupé de los 70 en las afueras de un hangar.

CARLOS SALEM

LA TERNURA DE SU MANO

Cuando la policía entró a la casa que había sido el hogar de Gerardo y María Luisa, solo encontraron viejos periódicos tirados en el suelo y restos de latas vacías en la cocina. Sobre la mesa del comedor se amontonaban sobres de entidades bancarias sin abrir, y facturas de la luz, el agua y el teléfono, acompañadas de cartas reclamando el pago de las mismas.

Gerardo, acomodando la cabeza sobre la almohada y, entreabriendo los ojos, buscaba el reloj despertador, que formaba parte de la radio sobre la mesita de noche. Comprobó la hora, percatándose que los números rojos que brillaban en la oscuridad de la habitación, indicaban que aún faltaban cuarenta minutos para oír sonar la alarma, anunciando el momento de abandonar la suavidad de las sábanas. Imaginó a los miles de hombres y mujeres que en ese momento se apiñaban en el transporte público para dirigirse a sus puestos de trabajo. Fue inevitable que en su rostro se dibujara una sonrisa burlona de satisfacción.

Esa noche, una vez más, venció al insomnio que durante los últimos días se había instalado en lo más profundo de su ser, minando con el paso del tiempo su frágil estado emocional. Sintió la mano de su mujer y cómo los delgados dedos de ella se entrelazaban con los de su mano izquierda, que mantenía a la altura del corazón, ejerciendo una ligera presión contra su tórax desnudo. Era consciente de cuánto agradaba a María Luisa que él la tomara de la mano en mitad de la noche y la besara con la ternura de un niño.

Recordó la primera vez que, tímidamente, cogió la mano de ella y cómo, cerrando sus grandes ojos moros, insinuante abría su boca, ofreciendo sus labios para que él los besara. Luego de ese primer beso, ya no soltó la mano de María Luisa en lo que restó de la noche, mientras en la rocola del bar continuaba sonando el jazz y el hielo se deshacía dentro de los vasos cargados de whisky.

A los meses siguientes de su noviazgo, le siguieron largos paseos a pie, que ambos realizaban tomados de la mano, por las calles del vecindario, o en los bosques, parques y jardines cercanos, donde, en días de sol, solían tumbarse sobre el césped a leer a Fernando Pessoa, Stéphane Mallarmé, Walt Whitman, Cesare Pavese... También se aficionaron a las sesiones de cine, cuyos títulos rastreaban en las carteleras de los periódicos dominicales, y que se proyectaban, como a ella le encantaba decir, «en la gran pantalla» de las distintas salas. Entretenimientos que gustaban alternar con la asistencia al teatro, para ver las obras que algunas compañías, llegadas de fuera, representaban en la ciudad. Eso sin exceptuar que era costumbre en ellos frecuentar librerías, museos y, especialmente, cafeterías, donde su presencia llegó a ser tan conocida por los lugareños, quienes al verlos aparecer solían recibirlos con una amplia sonrisa, aun cuando ni siquiera supieran sus nombres ni a qué se dedicaban.

Con el paso de los años, construyeron su casa frente al mar, creando un espacio de intimidad para las grandes confidencias, donde cada mañana, acostumbraban sentarse en las mecedoras de madera situadas en el pórtico a tomar el café, escuchar el rugir de las olas, y dejarse acariciar por la brisa marina.

Gerardo, repentinamente, volvió a mirar el reloj, y una especie de escalofrío se apoderó de él al descubrirse nuevamente hablando solo, sin que, de la boca de su mujer, saliera una sola palabra. Entonces pensó que aquel silencio, que ya pesaba demasiado en el ambiente, podía deberse al enfado de ella por su negativa a realizar el viaje que se prometieron llevar a cabo, y porque de esa promesa, ya habían transcurrido más de veinte años.

En realidad, se dijo él: «nunca uno debería andar ofreciendo hacer lo que no está a su alcance, que los sueños, sueños son, que las plazas de París, que las ruinas de Roma, que los palacios de Viena o las pirámides de Egipto, no valen tanto como la felicidad que hemos construido alrededor a lo largo de los años, y que, si al final no podían viajar a esos lugares, ¿qué importaba, mientras se tuvieran el uno al otro?» argumento que, con voz temblorosa, se atrevió a balbucear, sin conseguir en ella otro efecto que no fuera el

de su más completo mutismo. Creyó escuchar un «¿y a mí qué me cuentas?», pero pronto se percató de que solo fue su imaginación. Ella no diría ya nada al respecto. Ese tema le había dejado de importar desde que Gerardo se dio a la bebida, llegando día sí y día no, a altas horas de la madrugada.

Intentó ser sincero, y transparente, confesándole que, por la falta constante al trabajo, lo habían despedido; que perderían la casa porque no podrían hacer frente a la hipoteca contraída con el banco; que ya no contaban con un solo centavo y que, para terminar de completar los clavos de la cruz, el médico le había diagnosticado un cáncer irreversible. Su voz, en este punto, se volvió más débil…, mientras su mujer, continuaba enrocada, sin abrir la boca.

En un intento de dar calor a la mano de María Luisa, la cubrió con sus dos manos. «Es la menopausia por lo que siempre tengo los pies y las manos frías» —solía decir ella. Pero ahora, no hubo comentario alguno. Era como si él, o ella, no existieran.

El mutismo de su mujer le resultaba hiriente, quien, interiormente, reconocía que su conducta durante los últimos años dejaba mucho que desear, pues no solo había descuidado a su mujer, abandonando los cuidados que antes le dispensaba con tanto esmero y delicadeza, sino que había hecho algo aún peor: la había dejado encadenada a la cama durante largas jornadas, sin siquiera darle un pequeño paseo por el malecón en la silla de ruedas en la que quedó postrada de por vida después del accidente, donde casi pierden la vida al precipitarse por uno de los acantilados.

«No tienes idea de lo mucho que siento lo sucedido —balbuceó él—, y daría lo que fuera necesario por cambiar aquella noche, pero sé que todo está perdido». Ella continuó sin reaccionar.

Observó la ventana de la habitación, por donde se abrían paso con dificultad los primeros rayos de sol, y nuevamente buscó con la mirada el despertador, comprobando que aún quedaban unos pocos minutos antes de que sonara la alarma.

Aunque se había resistido a la idea, de pronto, todo fue claridad en su mente: su mujer nunca más volvería a dirigirle la palabra, y todo estaba terminado entre ellos; los geranios no florecerían más en el jardín; no sonaría más en el salón de la casa la

música clásica mientras leían los libros de sus autores preferidos; y las próximas Navidades, ni el árbol ni el belén alegrarían esos días; el perro, que él mismo llevó a sacrificar al veterinario la mañana del día anterior, ya no lo recibiría con esos pequeños saltos de alegría... Todo eso y mucho más desaparecería de sus vidas para siempre.

Comenzó a sonar el despertador. Gerardo, saltando de la cama, soltó la mano de María Luisa; una mano de líneas delicadas, ahora tendida sobre las sábanas de lino blanco. Se levantó sin decir palabra, resignado al eterno silencio de ella. ¡Era todo tan definitivo!

Fue hasta el cuarto de baño, donde se dio una ducha rápida de agua fría, y delante del espejo, buscó el rostro del joven que fue, hace más de medio siglo, pero solo logró encontrar su mirada en el fondo de unas cuencas que parecían vacías, colocadas en el centro de un rostro inexpresivo. Más que una sonrisa, se dibujó en él una mueca ridícula. Entonces, renunció a afeitarse. Se vistió con la misma ropa usada todo el fin de semana, tomó el paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa, y sin mirar al lecho, salió de la habitación.

Se tumbó un momento en una de las dos sillas del pórtico, mientras su mirada se perdía entre el humo del cigarrillo y en el horizonte del ancho mar.

A la policía, que sin entender lo sucedido continuaba rastreando dentro, y fuera de la casa, le llamó la atención aquella mano en estado de putrefacción sobre la cama: lo único que se logró recuperar del cuerpo de María Luisa. De Gerardo no se supo nada. Jamás encontrarían su paradero, y el extraño caso, con el paso del tiempo, se archivaría.

JACK KERUAC NO HA MUERTO

> Debo demostrar que puedo ser, que soy y seré una persona normal. Quizá no mejor, pero ciertamente no peor que el resto.
>
> HENRI CHARRIÈRE, *PAPILLON*

1.

Atusándose el abultado bigote, Ifigenio, un anciano extremadamente delgado, en otro tiempo oficial de *Los Dorados de Villa*, pidió a Román acercarse para acompañarlo a beber café.

Hurgando bajo el fino colchón del camastro de madera y pita, el excombatiente de *La División del Norte* surgido, como muchos otros, de entre los jornaleros de Chihuahua, extrajo un paquete de hojas frescas de marihuana envuelto en una bolsa de plástico y, arrancando una página de la *Biblia*, escondida entre las sábanas, se dispuso a rolar un cigarrillo.

Después de varias caladas, agachándose con dificultad debido a la artrosis que lo aquejaba desde hacía años, Ifigenio, sacó de debajo de la cama una vieja maleta. En su interior, guardaba celosamente el raído uniforme militar. En él, sobresalían los botones de la chaqueta los cuales habían perdido todo el brillo de antaño de cuando, junto a sus compañeros de armas, se paseaba a caballo por las calles y plazas tapizadas de cadáveres. Ciudades—cementerio, como las solía llamar, arrebatadas con bravura a los federales en el fragor de encarnizados combates.

Ojinaga, Torreón, Zacatecas, Celaya, Trinidad, León o Columbus, no eran para el anciano, meros nombres de ciudades, pues éstas, de manera vívida, reaparecían con demasiada frecuencia surcando su memoria. Eran recuerdos impregnados de experiencias sangrientas con olor a pólvora. Lugares convertidos en testigos indolentes de las duras batallas, más tarde descritas, impresas y

encuadernadas en los manuales de historia. Pero de todo eso, prefería no decir palabra. «Mejor que lo hagan otros», se decía en voz baja, y con los ojos cerrados lanzando bocanadas de humo.

En el fondo de la maleta de cuero reseco, entre sus pertenencias, asomaban, con sus páginas amarillentas, algunos ejemplares de periódicos norteños, del tiempo de la revolución.

Román quiso conocer el origen de las cicatrices que se marcaban en distintos puntos del tórax, y la mejilla derecha del veterano guerrillero villista.

El excapitán, desplegando las descoloridas páginas de uno de los periódicos, hasta entonces cuidadosamente guardados en el fondo de la maleta, respondió:

La mayoría, fueron causadas en dos momentos distintos, pero en ambas ocasiones, frente a un pelotón de fusilamiento. Una en Saltillo, y la otra en Ciudad Juárez, donde se celebraron sendos juicios sumarísimos, como los que se practicaban en las filas del ejército rebelde.

—¿Pero cómo logró sobrevivir?

—Haciéndome el muerto dentro de la fosa común, mientras otros cadáveres iban cayendo sobre nuestros cuerpos –respondió reviviendo esos momentos, como si se repitieran, y agregó que, una vez reincorporado a su regimiento, en otra batalla, encontró entre los prisioneros, a uno de los oficiales que habían ordenado, en una de aquellas dos ocasiones, su ejecución.

—¿Y lo hizo fusilar entonces?

—No. Al contrario. Envié a buscar a un periodista local, ordenando traerlo de inmediato acompañado de un fotógrafo. Y cuando los tuve delante, tomando del cabello al prisionero, alcé mi sable, para luego dejarlo caer con precisión sobre el cuello de éste— Entonces señaló con el índice de la mano izquierda, la secuencia de aquellas tres fotos publicadas en el periódico, en las que se podía apreciar, claramente, ese momento.

El semblante de Román, continuaba petrificado ante la borrosa imagen congelada en el tiempo, donde Ifigenio, al igual que el héroe Perseo, alzaba en su mano, la cabeza desmembrada.

Al caer la noche, se colocó en cuclillas sobre los dos metros cuadrados que le fueron asignados desde su llegada al reclusorio, y apoyando su espalda contra la pared, procuró conciliar el sueño.

Dentro de esa segunda galera del penal veracruzano, se hacinaban decenas de reclusos cumpliendo largas condenas por delitos que iban del vulgar robo, a los crímenes más atroces. Cómo el del cometido por quien apodaban El 30-30 debido a la suma de años de carcel que le cayeron por el asesinato a machetazos de una familia entera en los alrededores de Xalapa-Enríquez.

La única cama en toda la penitenciaria, era la del excapitán villista quién, acusado de insubordinación, desde su captura en un pueblecito tarahumara de la Sierra Madre a finales de la década de los años veinte, quedó condenado a vagar de prisión en prisión, recorriendo desde entonces, la mayoría de los estados de la nación. Un largo periplo, cuya existencia, desde su encarcelamiento, estuvo marcada por la incomunicación. Aislamiento que terminó con la posibilidad de cualquier relación familiar.

Con sus oraciones puestas en la pequeña figura de yeso de la virgen de Guadalupe, colocada en la pared del fondo, Román observaba los cuerpos semidesnudos tendidos sobre el suelo, sumándose en lo alto del cuarto de los sanitarios, el de Macario quien, a riesgo de precipitarse al vacío, dormía confiado, y a pierna suelta. Un espacio relativamente seguro, reservado para él, como jefe de la banda dedicada, entre los reclusos, a la extorsión, y el tráfico de drogas.

Las noches en el presidio, resultaban eternas. En las madrugadas, el viento soplaba penetrando a través de los barrotes de la galería. Por agotado que estuviera Román, el castañear de los dientes, le dificultaba conciliar el sueño. Sin poder tumbarse como el resto de los reclusos, se mantenía sentado sobre el suelo con la cabeza metida entre las piernas. Pegados los unos con los otros, el resto de los reos dormían roncando plácidamente, y abrigados cada quien con sus raídas mantas.

Su existencia se entrelazaba con la de unos individuos, en su mayoría rufianes, desprovistos de cualquier rasgo de bondad. Estafadores, criminales, ladrones, proxenetas que clamaban su

inocencia a los cuatro vientos y, cuyas conversaciones giraban en torno a asuntos triviales. Sonreían sin motivo aparente, movidos por un principio de demencia. Jamás soltaban una lágrima. Todo el tiempo, intercambiaban cosas. Objetos de escaso valor: cigarrillos por café soluble, sal por jabón de manos, alguna pieza de fruta por huevos, un peine fino para sacarse los piojos por maquinillas de afeitar, papel higiénico por mezcal o tequila. El trueque como forma de supervivencia. Todo era intercambiable.

Los tahúres mataban el tiempo jugando a las cartas. Estos, controlaban el tráfico de drogas, y servicios sexuales entre los reclusos. Si se cometía una falta lo bastante grave, el reo iba a parar a la celda de castigo conocida como el Separo.

Un cuartucho maloliente, al que, una vez despojado por completo de su vestimenta, el recluso era introducido por la fuerza.

Con frecuencia, el castigado debía de compartir ese diminuto espacio con otros reos, haciendo imposible sentarse siquiera. Apiñados como solían estar, pasaban de pie días enteros.

En su desesperación, más de uno terminaba por sobornar al guardián, entregando una suma de dinero a cambio de un pedazo roto de cristal permitiendo cortarse las venas, y lograr así ir a parar a la enfermería del penal. Lo normal, era ver a los reclusos con cicatrices en las muñecas de sus brazos.

◆ ◆ ◆

> No. Yo no quería libertad. Sólo buscaba una escapatoria; por la derecha, por la izquierda; aceptaba cualquier salida, aunque no fuera más que un engaño; no pedía gran cosa, y el engaño, en consecuencia, no podría ser muy grande. ¡Salir adelante, salir adelante! Todo menos quedarse quieto, pegado a los tablones de un cajón, con los brazos cruzados en la nuca.
>
> FRANZ KAFKA, I*NFORME PARA UNA ACADEMIA*

2.

Solo meses antes, Román, viajaba al lado de su amigo Medardo con quien llevaba algún tiempo planeando realizar aquél viaje a México. La idea surgió después de leer, durante tardes enteras frente al mar, la novela *En el camino*.

Eran jóvenes, y deseaban encontrar en la carretera, al menos, un poco de la emoción descrita en las páginas de aquel libro considerado por muchos, como una especie de *Biblia* para el movimiento hippie.

En ese tiempo, el *Festival de Woodstock* lanzó al mundo a figuras de la música que ocupaban destacados espacios televisivos, y radiales. Jimi Hendrix, Santana, Joe Cocker, Los Creedence Clearwater Revival, Janis Joplin, se volvieron voces y rostros familiares. Aquella fue una fiebre musical de la que, ni Román ni Medardo, lograron librarse.

Medardo, el mayor de los dos, logró reunir unos pocos dólares, que junto a los que Román compró en el mercado negro, apenas sí cubrirían los gastos de boletos de autobús.

Entre los detalles anotados en una libreta, no se contemplaban comidas ni alojamiento. Dormirían durante el trayecto, y comerían cualquier cosa. De ese cuaderno, sólo gastaron un par de hojas, pues cuando quisieron anotar algo más, ni siquiera tenían con qué escribir.

Román fue el primero en despertar, mientras su compañero de viaje, con el cuerpo extendido sobre una de las bancas de madera, continuaba sumido en un profundo sueño.

Se encontraban en la estación de occidente, donde llegaron a medianoche bajo una fuerte tormenta. Sus mochilas, confeccionadas por la madre de Román con retazos de lona que coció con su máquina Singer, quedaron completamente empapadas. Para secar la ropa, extendieron las prendas de vestir sobre las bancas de la estación, haciendo servir los cordones de sus zapatos para colgar el resto de las piezas menos pesadas.

Lentamente, el lugar comenzó a llenarse de transeúntes que iban de un lado para otro. Caminaban en busca de la línea de

autobuses con rumbo a sus destinos.

Román se dio a la tarea de recoger la ropa, aún húmeda, doblarla, y acomodarla en las mochilas. Medardo, comenzó a desperezarse. Entre bostezo y bostezo, daba largas caladas a su cigarrillo. Era una mañana soleada. El aroma del café recién preparado, llegaba desde los distintos puestos de venta de comida, en su mayoría, instalados en mitad de los andenes.

El autobús que los llevaría hasta la capital guatemalteca, estaba a punto de llegar de un momento a otro. De pronto, se escuchó la frenada de un taxi que apresurado se detenía y del que descendía un hombre, ofreciendo llevarlos por el mismo importe que el autobús. La propuesta resultaba tan tentadora que ambos amigos no dudaron un segundo en colocar su equipaje en el vehículo, y ponerse en marcha.

Tras cruzar la frontera, el taxista les contó su experiencia de la noche anterior. Según relató, había trasladado, desde la capital de Guatemala a un hombre que resultó encontrarse herido de bala. Según narró, él no se dio cuenta de la situación hasta el momento en que, al que creía borracho, se desplomó sobre los asientos traseros desde dónde, apuntándole con un arma de fuego, le ordenó que le llevara a El Salvador. Evitaba, a toda costa, ser atendido en un hospital guatemalteco.

Más adelante, sin dejar de amenazarle, lanzó un fajo de dólares que fueron a parar al asiento del copiloto. A partir de ese instante, no pronunció palabra.

Al llegar a la frontera, el malherido, se identificó mostrando su pasaporte desde el interior del taxi, y continuaron rodando rumbo a la capital.

Una vez en San Salvador, aquel individuo de mediana edad, y parco de palabras, le indicó a dónde debía de llevarle. Ya en el lugar, bajó por su propio pie, y dando un portazo, se alejó tambaleante, al tiempo que, evitando caer al suelo, se sostenía de las paredes. Su imagen se fue perdiendo en la oscuridad de la noche.

Sólo entonces, ambos jóvenes, comprendieron el porqué de las manchas, frescas y rojas, que salpicaban el tapiz de sus asientos.

Durante lo que restaba del trayecto, recostando su cabeza, Román se dejó atrapar por el recuerdo del día en que se plantó, justo en el sitio donde, décadas atrás, lo haría su bisabuelo Alejandro. Entonces un joven mexicano de orígenes vascos quien, exhausto del fatigoso viaje emprendido desde el amanecer de ese día, se bajó del caballo, y posó su mirada en las tierras recién adquiridas a los Olivares; una familia en busca de fortuna que planeaba trasladarse a Nicaragua, atraída por los rumores de la inminente construcción del canal que uniría los dos océanos a través del río San Juan.

Rosario Iturbide, esposa de Alejandro Buitrago, pertenecía a una familia de cristeros de la región de Nayarit, temiendo por sus vidas, debido a los acontecimientos de la Revolución Mexicana, sedujo a su apuesto marido para emprender, en la región de Centroamérica, la arriesgada aventura de convertirse en prósperos cafetaleros.

En cuanto pasó la primera cosecha de café, Alejandro convocó a las familias de cortadores ofreciéndoles un pedazo de tierra donde construyeran sus viviendas. Fue así como ese incipiente grupo de hombres y mujeres, se convirtieron en los primeros colonos de la hacienda San Francisco. Una comunidad que más adelante, al crecer en habitantes, alcanzó la categoría de pueblo.

Alejandro entonces, decidió viajar hasta la capital con el fin de contratar un espacio en uno de los periódicos, solicitando diferentes servicios para cubrir las necesidades básicas del naciente municipio.

—Buenos días don Alejandro, mi nombre es Hipólito Benavides. Vengo por lo del anuncio en el periódico —dijo un joven de espeso bigote desde el umbral de la puerta.

—Sí, cómo no. Por favor, puede usted dejar su sombrero sobre el baúl que tiene a su derecha— respondió Alejandro dando una calada a su puro habano.

—Aquí está el título— dijo el recién llegado extendiendo con timidez un cartón apergaminado que le acreditaba como bachiller de la República.

—Caballero, si dice que es usted estudiado, así debe de ser. No seré yo quien ponga en tela de juicio su palabra, pero dígame: además de leer y escribir, ¿sabe disparar?, ¿monta a caballo?, ¿se considera un hombre de fe?, ¿es respetuoso de la ley?, ¿cree en los valores de la familia?...

—Sí señor. A todo sí —respondió Hipólito exhibiendo la pechera de su revólver oculto bajo su chaqueta, y agregó que había crecido en el campo, conociendo bien a sus gentes.

Alejandro entonces, le pidió pasar adelante y acomodarse en uno de los amplios sofás para explicarle con detalle lo que se esperaba de un hombre como él.

—No soy de por estos lugares. Llegué aquí con mi esposa hace unos años, pero ya contamos con algunas familias viviendo en casa propia, mientras otras tantas las están levantando. Luego, podrá apreciar que estamos terminando de construir la iglesia. Será una ofrenda de nuestra familia al *Santo Niño de Atocha*. Se dedicará a la memoria de mi madre doña Micaela Binozzi de Buitrago, fallecida en México a causa de una extraña enfermedad.

—Don Alejandro —interrumpió Hipólito mientras observaba la amplia biblioteca del salón—, pero dígame… ¿qué tengo que ver con todo eso que me cuenta?

—Claro que tiene que ver, ¡por Dios! –respondió Alejandro abandonando el punto oscuro de la estancia desde donde provenía su ronca voz, y continuó —, le estoy poniendo al tanto de los asuntos familiares. Dentro de un tiempo, cuando usted esté al frente de la alcaldía de este lugar, tendrá la claridad, entre otras cosas, de quien manda aquí –concluyó con gesto severo.

—Perdón, pero… ¿quién manda a quién? No comprendo. Y ¿quién sería el oponente en las elecciones?

—El dinero. El dinero mandará. Y el dinero, querido bachiller, lo tengo yo. Llegado el momento, seré su oponente político. Pero usted, créame no tendrá de qué preocuparse. Me encargaré de hablar con los caporales para extender la orden de no votar por mí. Detesto la política. Eso se lo dejo a los chupatintas. No se ofenda, no me mire así. Le pagaré bien. Tendrá un buen salario. Lo respetarán. Aunque para serle franco, preferiría que le teman. Con el tiempo ya

se encargará de eso usted mismo. Ya lo verá. Una vez pruebe las mieles del poder, no querrá soltarlo, y hará todo lo necesario para mantenerse en él. Lo sabemos desde los tiempos de los griegos, hasta nuestros días. No es invento mío. Lea a Maquiavelo. Lo podrá encontrar entre ese montón de libros. Porque a usted le gusta leer, ¿verdad?

—Sólo leo la *Biblia*—interrumpió nuevamente Hipólito.

—Eso está bien. En las sagradas escrituras, está todo lo que un hombre común necesita saber, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo.

—Sí acepta el reto, daré instrucciones para prepararle su nueva casa. Puede quedarse a partir de este momento. Habitará en las cercanías de la casa parroquial. Quedará situado al lado de la vivienda del médico rural quién, como usted, responda al anuncio colocado en el mismo periódico que le trajo hasta aquí.

—¿Cuándo podré saludar personalmente al señor cura? –quiso saber Hipólito recogiendo su sombrero y llevándoselo a la altura del pecho.

—Lo enviarán en cuanto esté terminada la cúpula de la iglesia. También vendrá un maestro, para atender la primaria. Por de pronto, tenemos una pareja de guardias nacionales. El cuartelito queda frente a la iglesia. Aún falta el servicio de agua potable y tendido eléctrico. Pero cerca está el río, y con candiles de aceite vamos resolviendo lo de la luz. Soy el único que cuenta con una radio. Cuando guste, lo invito a tomar el café y escuchar algún programa. Dentro de poco, abriremos el comercio de compra—venta de ganado. Pero antes, vamos a habilitar el cementerio. Aquí habrá muchos muertos, ya lo verá usted.

Los ganaderos atraen a los cuatreros y asaltantes de caminos. El dinero llama al dinero, pero también las desgracias.

◆ ◆ ◆

Se te quita algo de encima cuando cruzas la frontera de México y de repente el paisaje se te aparece

desnudo, sin nada entre tú y él, desierto y montañas y buitres.

WILLIAM BURROUGHS, *EL ALMUERZO DESNUDO*

3.

Román y su amigo, llegaron sobre las once de la noche a la frontera entre Guatemala y México. El día, lo habían pasado vagando de un lado a otro por la capital guatemalteca, devastada por el reciente terremoto. Esa tarde, tomaron el autobús, y viajaron hasta el lugar donde ahora se encontraban. El paso permanecía cerrado, y no lo abrirían hasta primera hora de la mañana del siguiente día. Buscaron acomodarse, al igual que el resto de viajeros, a lo largo de los pasillos alrededor de las oficinas de la aduana.

Una mujer les informó que, además de la visa, las autoridades mexicanas, exigían mostrar al menos cien dólares por persona para poder ingresar en su territorio. Medardo, contó el dinero, y, renunciando a comprar los boletos de autobús hasta el Distrito Federal, apenas sí alcanzaba para cubrir a uno de los dos. Algo se les ocurriría.

Al amanecer, una hilera de vehículos se dirigía rumbo al norte, y Román comenzó a buscar apoyo entre los conductores, explicando que necesitaban esos cien dólares para cruzar la frontera. Por fin, después de muchas negativas, un joven que viajaba con su familia, accedió a subirlos a su camioneta, mentir diciendo que iban con él, y presentar el dinero en nombre de todos. Pero su torpeza, únicamente comparable con la dimensión de su bondad, puso al descubierto la realidad de Román y Medardo. El funcionario de turno, un tipo delgaducho y mal encarado, rompió los visados con lo que impidió la entrada de ambos amigos al país.

Resignados a abandonar su propósito de continuar con su viaje, decidieron regresarse a El Salvador, pero les impidieron ingresar de nuevo a Guatemala. Debían de esperar, al menos, un par

de días. Estaban en tierra de nadie. Fueron al puente que cruzaba el río, donde uno de los vendedores ambulantes les comentó que, entrada la noche, llegaban vehículos de la policía de ambos países, llevándose a los que se encontraran indocumentados, y señalando una raya marcada en blanco sobre el suelo, les indicó como única alternativa, elegir de qué lado deseaban situarse de la raya. Esto suponía decidir ser detenidos por los guardias mexicanos o por los guatemaltecos. Ninguna resultaba ser una buena opción.

Inquietos por la situación kafkiana, comenzaron a intercambiar conversaciones con los comerciantes de golosinas y refrescos, así como con los artesanos que deambulaban de extremo a extremo del puente.

Un vendedor, de nombre Akbal, les propuso ir a pie hasta su pueblo, burlando la vigilancia de las autoridades fronterizas guatemaltecas, y antes del atardecer, emprendieron camino.

Casi tres horas más tarde, entraban al municipio de Malacatán, donde se encontraban celebrando las fiestas patronales. Un cartel anunciaba la actuación esa noche de la orquesta juvenil Don Bosco de El Salvador. Asistieron al pequeño teatro, y luego los tres pasearon por las calles, deteniéndose a ratos para beber cerveza, o aguardiente. Comenzó a llover, y Akbal invitó a sus nuevos amigos a dormir en su rancho.

Caminaron por veredas, deslizándose a cada rato hasta dar en el suelo debido al lodazal de barro provocado por la intensa lluvia. El rancho de Akbal, cuyo nombre en lengua maya significa: *Noche azul*, era de lámina con el piso de tierra. Una humilde vivienda que carecía de suministro de electricidad y agua potable. Bueno, en realidad, carecía de casi todo.

Akbal, tomando del brazo a Román, lo condujo en medio de la oscuridad hasta una cama donde le indicó que podía descansar. Este, aún bajo los efectos del alcohol, se desvistió, tendió su ropa como pudo, y desnudo se cubrió con una manta llena de agujeros. Entonces, Román percibió la presencia de un cuerpo. Era el de la hermana de Akbal quien, sin pronunciar palabra arropó con sus brazos al desconocido. Él la imitó, y se dejó llevar.

Medardo, fue a quedar situado sobre una banca de madera al cuidado de las mochilas, haciendo servir una de ella como almohada. Akbal por su parte se tumbó en una hamaca colgada justo a un par de metros de la entrada del rancho. Los relámpagos iluminaban su silueta. Su rostro ancestral.

Durante esa madrugada, y con la lluvia que no cesaba de caer, Akbal despertó a los dos amigos, con los que, entre trago y trago, horas antes, acordó volver hasta el río Suchiate, para cruzarlo nadando y alcanzar la otra orilla.

En el camino, la tormenta, en lugar de disminuir su intensidad, arreciaba aún más, y fue al estar en el punto acordado, que se percataron de la furia con la que esta bajaba arrastrando troncos de árboles arrancados a la selva.

Akbal, a riesgo de perder la vida, se lanzó a las aguas del río, con una cuerda atada a su cintura que cuando llegó al otro lado, amarró a una enorme piedra. El ruido producido por el río a su paso, era infernal. A pesar del peligro que suponía, ambos hicieron servir la cuerda para ir al lado mexicano. Agotados por el esfuerzo, quedaron tirados sobre la hierba hasta dormirse. El sol se encargó de sacarlos del sueño. Akbal, cuyo nombre describe a una persona solidaria, amable y caritativa, había desaparecido. Algo extraño invadió el ánimo de Román y su amigo Medardo: era el sentimiento de transgresión, de violación de las leyes impuestas por el hombre. Era lo más parecido a la libertad.

Al salir a la carretera, ambos amigos, dejando a pocos metros atrás las casetas de aduanas, abordaron el autobús que los condujo a Tapachula. Al llegar, deambularon por sus calles, e intentando alejarse lo más que fuera posible de la zona fronteriza, abandonaron la ciudad, enfilando sus pasos rumbo a la capital mexicana.

No habían recorrido demasiada distancia cuando, de pronto, escucharon una voz que les llamaba insistente. Era un hombre apoyado sobre el portón de entrada a una finca a orillas de la carretera estatal. Movidos por la curiosidad, decidieron acercarse a aquel sujeto deseoso de saber de dónde eran. Cuando supo que se trataba de dos salvadoreños, con amplia sonrisa les invitó a pasar adelante. Los acompañó hasta un abrevadero, y partiendo una

sandía les ofreció que tomaran de ella un pedazo cada uno. Entonces, les contó que, como ellos, él también era de El Salvador. Del departamento de Usulután para ser más exacto. Cuando Medardo preguntó los motivos por los que ahora vivía en México, aquel hombre de mediana edad y de rasgos marcadamente campesinos, les confesó que se había marchado huyendo del país después de dar muerte a su padre a machetazos. Sorprendidos, e inquietos por la historia escuchada de labios de su protagonista, ellos narraron las experiencias vividas en los últimos dos días.

El dueño de la finca, es decir su anfitrión, les previno de la existencia, más adelante, de un retén de aduanas donde, con toda probabilidad les exigirían mostrar sus documentos, y conocedor de la situación de ambos amigos, les ofreció como solución, acercarse a casa de un amigo suyo, propietario de una pequeña empresa de transporte. Una vez delante de él, intentar convencerle para que uno de sus camiones los ayudara a pasar ocultos la caseta de control, y ya de paso, acercarlos a su lugar de destino más al norte.

Esa misma tarde, volvieron a Tapachula. Localizaron la dirección y contactaron con el empresario quien se mostró en buena disposición de echarles una mano. Los convocó para el siguiente día a primera hora.

Al despedirse, Medardo se percató de un cuadro colgado en la pared donde figuraba el reconocimiento del Departamento de Inmigración Mexicano, por los servicios prestados de parte del empresario. Sin mostrar su preocupación, pero en alerta por cualquier cosa que pudiera suceder, ambos se despidieron quedando en regresar al día siguiente como se acordó.

En el trayecto de regreso a la finca, fueron alcanzados por un joven en bicicleta quien los invitó a tomar algo en su casa. Advirtieron que, de su cintura, por debajo de la camisa, sobresalía la culata de un arma. Para no llamar su atención, aceptaron. Una vez en el lugar, el extraño personaje les convidó a entrar en su modesta vivienda, diciendo que podían acomodarse en el saloncito mientras iba por unas cervezas. Sin esperar su regreso, se largaron. El riesgo de ser aprendidos, era inminente.

Acordaron, una vez en la finca, omitir las sospechas acerca del empresario, pero, sobre todo, lo sucedido luego con el sujeto de la bicicleta.

El cielo, ennegrecido, amenazaba con descargar una fuerte tormenta. Su paisano les dijo que podían pasar la noche en la finca, aunque no dentro de casa, sino en el pasillo de la entrada cubierto por un pequeño techo.

Durante la madrugada, el viento azotó implacable, dejando empapados de lluvia a los huéspedes ocasionales.

Román tiritaba aquejado por la fiebre. Medardo, inútilmente, procuraba protegerlo con su cuerpo.

A la mañana siguiente, Teodoro, como se llamaba el dueño de la finca, les recomendó cambiar los dólares por pesos mexicanos. Román, refundiendo sus manos en su mochila, extrajo una bolsa que contenía varias piezas de oro. Regalo de su madre por si se presentaba la necesidad de tener que venderlas. Ese momento había llegado.

Calculando el valor, Medardo consideró la posibilidad de reunir entre seis mil, y como mínimo, cinco mil pesos. De inmediato, Teodoro se ofreció a encontrar un comprador, estimando que, en caso de vender el conjunto de piezas, no les darían más de tres mil pesos. Necesitaban con urgencia reunir dinero. No tenían alternativa y Román estuvo de acuerdo. Confió la bolsa a su paisano quien, llevándose a sus hijos y mujer, se marchó a misa, comprometiéndose a buscar a posibles interesados en adquirir aquellas cadenas, medallas, anillos y pendientes de oro.

Ambos amigos, ascendieron a la cima de una loma próxima, donde pasaron el resto de la mañana conversando, valorando su situación y fumando. En sus bolsillos no contaban con más de una treintena de dólares. Sus esperanzas estaban en la venta de las prendas de oro. No había vuelta atrás. Lo único que les quedaba era continuar el camino rumbo a la ciudad de México. Con, o sin dinero, la suerte estaba echada. Llevaban dos días sin probar alimento. Román se sentía débil aún. A Medardo, le preocupaba el futuro. Román no perdía el tiempo en esos pensamientos. Para él, lo importante era no detenerse.

Al mediodía, apareció un hombre mayor, trayendo consigo trescientos pesos. Lo enviaba Teodoro con esa suma de dinero que, según sus palabras, fue lo único que logró reunir por la venta total del contenido de la bolsa. Sin mediar palabra, Medardo, tomando del cuello al anciano, lo arrastró hasta un poste donde lo ató con una cuerda. Luego, subiendo por una pared, aprovechó un hueco en lo alto por donde penetró a la casa. Román entre tanto, vigilaba al afligido mensajero. A los pocos minutos se comenzaron a escuchar fuertes ruidos que provenían del interior de la vivienda, a los que siguió el humo producido por las llamas. Medardo, reapareció por donde antes entró. Portaba en su poder, la bolsa con el contenido total que encontró en uno de los armarios que ahora ardían después de que este prendiera fuego a camas, sofás y todo tipo de mueble que encontró a su paso. En ese preciso momento, frente al portón de la finca, a orillas de la carretera, aparecía un coche patrulla del que descendieron, un enfurecido Teodoro, acompañado de un par de agentes de inmigración.

Los disparos, junto a los reiterados gritos ordenándoles detenerse, no se hicieron esperar. Ambos huían con la agilidad de un venado. Si no deseaban morir, únicamente quedaba correr, correr, y correr sin mirar atrás.

Sin contar con el menor conocimiento del terreno, cruzaron ríos, plantaciones, subiendo y bajando cerros hasta que dejaron de escuchar a sus perseguidores.

No tenían idea del tiempo que llevaban huyendo, pero algo les decía que no podían detenerse.

Desde lo alto de una loma, se asomaron a la carretera, bajaron sigilosamente, la cruzaron, y descendiendo un poco más, comenzaron a caminar siguiendo las vías de la línea férrea que avanzaba casi en paralelo a la carretera estatal.

Al caer la tarde, divisaron las luces de la caseta de control aduanero mencionada el día anterior por el usuluteco. Sin abandonar las vías del tren, pasaron sin ser detectados. Para ese momento, llevaban horas caminando sin parar. La sed atenazaba sus gargantas. Pensar siquiera en comer, era un lujo que no podían permitirse. Interrumpidos de vez en cuando por el rugido de algún

tren en circulación, pasaban a la orilla de poblaciones desconocidas, de cuyos nombres ni tan siquiera escucharon jamás. Pero a media noche, decidieron abandonar la vía férrea, adentrándose en una ciudad de calles vacías a esa hora. Ya sin fuerzas para dar un paso más, buscaron un lugar, y se tumbaron sobre el césped de una pequeña plaza, donde, resignados a su suerte, se quedaron completamente dormidos.

No terminaba de amanecer, cuando Román sintió una mano posándose en su cabeza con suavidad. Al abrir los ojos, delante suyo vio la imagen de una anciana de pie. Se alzó despertando a Medardo, y siguieron a la señora quien les hizo una señal con la mano para que la siguieran.

Al llegar a su casa, les invitó a pasar, ofreciéndoles un desayuno. Entró a una habitación, y sobre una silla, colocó camisas, pantalones y calcetines que pertenecían a su único hijo, mientras ellos se aseaban tomando el agua de un barril situado en el patio trasero.

Durante el desayuno, narraron la historia de lo sucedido en los últimos días, omitiendo haber dado fuego a la casa de Teodoro, pues no querían alarmar a la anciana. Aún se encontraban tomando el café, cuando en la puerta se presentó el hijo de la señora a quién ella pidió que los llevara en el camión donde transportaba materiales de construcción. Él aceptó, y partieron en unos minutos en el camión que se encontraba estacionado delante mismo de la casa.

El viaje sobre aquella carga de ladrillos, duró cerca de dos horas. Durante el trayecto, no dejaron de sentirse afortunados. Protegidos por la mano de un dios.

Al bajar del camión, el hijo de aquella mujer, entregó en mano a Medardo una modesta suma de dinero. Para ambos, fue toda la riqueza del mundo.

Caía la tarde. Se encontraban en el centro de la ciudad de Arriaga. A pesar de los prejuicios de ambos, se dedicaron a pedir dinero por las mesas de los bares, explicando que lo necesitaban para continuar el viaje. Estaban sorprendidos por la respuesta. Nadie les negó ayuda. Nadie los miró por encima del hombro.

Al recontar lo recaudado, aunque no era mucho, Medardo propuso ir a cualquier taquería, y cenar. Román, se negó en rotundo. Así que fueron hasta el mercado municipal, y sentados en la orilla de un andén, comieron el arroz y fríjoles que les dieron sobre hojas de papel periódico.

Al caer la noche, reemprendieron el camino. Desde una esquina, llegaba la bulla de gente que se divertía con la algarabía de la música interpretada por mariachis.

Sin ser invitados, se acercaron al lugar, y ante la mirada sorprendida de todos, Román, pidiendo a Medardo que se quedara en la entrada, atravesó el salón principal de la casa, dirigiéndose hasta el patio solariego donde se encontraba la familia. Los mariachis callaron. En realidad, todos se quedaron expectantes. Sin decir palabra. Salvo una señora quien resultó ser la madre de la quinceañera homenajeada esa noche. Entonces, aquella mujer regordeta, de mirada amable, quiso saber quién era Román, y que qué hacía en su casa.

Él, mintiendo, respondió con aplomo, ser seminarista. Luego bajó la mirada en señal de respeto, y humildad, y agregó que se dirigían a Puebla donde, sin especificar el nombre, les esperaba su congregación. Entonces, la madre de la joven, preguntó si era posible que él dirigiera algunas palabras a su hija. Román, sin citar pasaje alguno de la *Biblia*, habló de los valores de la familia, y del amor a Dios. A los familiares les pareció suficiente.

Román fue en busca de su amigo que paciente en la calle, fumaba un cigarrillo. Le advirtió que mantuviera la boca cerrada. Comieron todo el pastel que quisieron. Antes de marcharse, la señora les entregó un sobre que contenía más del dinero que podían soñar en ese momento.

No pasaron demasiado tiempo pidiendo autostop para subir en uno de los primeros camiones de mercancías.

El conductor les indicó que se podían subir en la zona de carga. Al poco rato, advirtieron de la aproximación a un nuevo retén, donde realizarían un control debido a la *roya del café*. Una vez en el lugar, escucharon que unos agentes, subirían para hacer una inspección, y tomarían muestras.

Procurando no ser vistos, descendieron por un costado del vehículo, hasta colocarse debajo del camión desde donde se podía ver las piernas de los uniformados ir de un lado a otro. Se escuchaba el trajinar de hombres subiendo y bajando para ejecutar su trabajo. El trámite duró al menos media hora.

Cuando por fin, el conductor se puso en marcha, ambos amigos, se sujetaron fuertemente a los travesaños, sintiendo que el asfalto de la carretera quemaba sus espaldas al ser arrastrados. A pesar del intenso dolor, debieron de esperar a la primera curva para soltarse y comenzar a correr tras el vehículo. El primero en dar alcance al camión fue Medardo quien, tomando por el brazo a su amigo, le ayudó a encaramarse de un salto en la parte trasera. Avanzaron sobre los sacos de café. Se colocaron en la parte delantera, y tumbándose boca arriba contemplaron el firmamento.

◆ ◆ ◆

—¿Sabes quién soy?
—Eres Huerta.
—Pues yo no te voy a matar –le dije—, te voy a hacer mi guía y, si eres valiente, te haré sargento; conocerás otras tierras, te educarás y serás otro hombre.
¿Qué piensas de esto que te digo?
—No. Máteme o déjeme libre.

GUSTAVO VÁZQUEZ LOZANO, EL INDIO VICTORIANO

4.

Alejandro, llamó a Segismundo, uno de sus caporales, pidiéndole acompañar a Hipólito hasta la cocina para servirle algo de comer y, sin quitar la mirada de la ventana, se quedó pensando en que su padre, Fernando Buitrago Iriarte, llegó a éste mundo, predestinado para morir bajo el fuego de fusilería. Él que, siendo soldado raso en las filas del ejército español, se debatió entre la vida y la muerte en un hospital de campaña

instalado en un viejo ingenio azucarero cubano, venía a quedar tirado, y sin vida sobre el asfalto durante los sucesos de la *Decena Trágica*, a la edad de treinta y cinco años. Dejaba viuda a Micaela, una esbelta mujer cubana de origen italiano, con quien había procreado tres hijos: Alejandro, Bernardo y Pedro.

Micaela conoció a Fernando durante un baile en la ciudad de Sinaloa, donde los padres de ella, Paolo Binozzi y Leonor Allegrini, lograron salir adelante, como joyeros. Por entonces, casi nada hacía presagiar que poco tiempo después, en México, llegarían tiempos de revoluciones, pero también de infames traiciones: el borracho, Victoriano Huerta, tras el asesinato de Francisco Madero y Pino Suárez, usurparía la presidencia de la nación, inaugurando una época de oscuridad y de barbarie.

—¿Baila usted? — había preguntado Fernando, con aplomo, delicadeza y un marcado acento vasco.

—Sí, pero le advierto que sólo una pieza –respondió Micaela, dejando entrever, eso sí, que se sentía halagada.

Y así, pasaron bailando durante el resto de la noche hasta que los padres de ella, Paolo y Leonor, decidieron marcharse, no sin antes pedirle a Fernando que por favor aceptase la invitación de ir a cenar a casa de ellos el siguiente fin de semana.

Agradeciendo la invitación, y puesto que no tenía ningún otro compromiso, se limitó a decir que iría encantado.

Una vez en su habitación, Fernando bajó la polvorienta maleta que guardaba en lo alto del ropero. La puso sobre su cama y, abriéndola lentamente, fue sacando del fondo su gastado uniforme de infantería. En lo más íntimo, recordó el día en que el barco le arrancaba de su familia y amigos. Como la mayoría de esos jóvenes, a él le habían incorporado a un ejército que los enviaba a luchar por unas tierras que nunca sentiría como propias. Mientras lo conducían al cuartel, observaba a todas aquellas señoras de alto copete que, desenfadadas, paseaban por el parque conversando con otras damas, tan emperifolladas como ellas. Unos pasos atrás, éstas eran seguidas por las mujeres del servicio doméstico quienes atendían a los hijos de sus patronas. Entre esa servidumbre, buscaba sin ningún

éxito, el rostro de su madre al tiempo que un hombre que caminaba a su lado, ofreciéndole un cigarrillo, le decía:

—Los maridos de esas, seguro que no van a la guerra — y escupiendo al suelo, prosiguió—. Ellos llegan cuando todo está terminado. Si ganamos, seguro que ya tienen pensado invertir en nuevas empresas. Y luego dicen que no hay dinero.

—Pero... ¿si perdemos? — atajó Fernando.

—Pactarán. Llegarán a acuerdos que les permitan seguir adelante. Sólo es cuestión de quién va a tener la sartén por el mango. Y esos no seremos ni tú ni yo. A mí lo que realmente me preocupa, no es ganar o perder en esta guerra, sino volver. Volver, aunque sea, para seguir siendo pobre.

La idea de volver, se habría de quedar grabada en su mente de tal manera que, por mucho que les armaran de valor y su jefe les arengaran en la batalla, Fernando, no cesaría en su empeño por desertar. La superioridad militar de las tropas estadounidenses, sumada a la bravura en la lucha por parte de los lugareños, daba por sentada la derrota española. Sólo era cuestión de tiempo.

Durante su convalecencia en un hospital militar, al que Fernando llegó aquejado por la malaria, éste planificaría la manera de escapar de ese maldito infierno en el que el enemigo diezmaba, sin piedad, a sus compañeros de armas.

Una noche, mientras se encontraba haciendo guardia en un campamento militar llegó un oficial para hablar con él. Era un hombre valiente y cruel al mismo tiempo. Siempre estaba en primera fila dando ánimos en el combate y disparando por la espalda a los jóvenes que huían ante el enemigo. Fernando había cavado la tumba de más de un soldado al que ese teniente mató. Se acercó porque al parecer no podía conciliar el sueño y conversaron de cómo veía cada uno esa guerra. Fernando expuso con franqueza su opinión. Dijo que pensaba que esa guerra la tenían perdida y nada haría cambiar el curso de la historia. Entonces el oficial, sacando su pistola, se la puso en la frente pues, merecía morir ahí mismo por traidor. Fernando lo había visto quitar la vida fríamente a otros, y pensó que esas serían sus últimas palabras. Pero cuando sonó el clic, se dio cuenta que seguía ahí de pie, que no estaba muerto y que,

simplemente, se había olvidado de recargar el arma. Entonces le sonrió nerviosamente, como si quisiera hacerle creer que no iba en serio. Pero Fernando lo conocía bien, y se dio cuenta de su error. Sin mediar palabra clavó en su cuello la bayoneta que tenía calada al fusil. Las manos del teniente se pegaron a sus hombros. Cayó un trueno permitiéndole ver sus ojos fuera de órbita. Quitándose el correaje salió corriendo río abajo en medio de la tormenta, hasta perderse entre los árboles.

Después de caminar a través de cañaverales bajo una intensa tormenta tropical, por fin, logró subir, como polizonte, a bordo de un barco mercante, sin tener la menor idea de cuál sería su rumbo una vez en alta mar, donde padecería grandes penurias.

Días más tarde, desembarcaba en un puerto muy bullicioso. Deambuló por las calles ante la mirada curiosa de la gente; y sin duda preocupado por su aspecto, dispuso salir a las afueras de la ciudad.

—Disculpe buen hombre —dijo Fernando, con mucha timidez—, ¿sabría decirme usted dónde estamos?

—Sí señor, en Tampico —le contestó un anciano que cargaba un bulto de leña a la espalda y continuó—, Ese uniforme, ¿verdad que no es mexicano?

—No. Este uniforme me lo regalaron para que me muriera con el puesto. Es una especie de ataúd que te mandan a fabricar los españoles para matar cubanos.

—Lo comprendo muy bien —dijo aquél anciano mientras caminaban por entre matorrales secos, y continuó—, de joven a mí me tocó andar luchando con unos y otros aquí dentro. Fue hace muchos años, de cuando Florentino López les ofreció mil mulas a los franceses si tomaban el puerto. Mi General Pavón al enterarse nos agarró a unos pocos y nos fuimos por aquí cerca, mientras nuestros compañeros les hacían frente por allá por Altamira y Pueblo Viejo. Los hostigabamos día y noche y eran frecuentes las emboscadas a machete y fuego de fusilería. A los pocos días, fuimos a verlos cómo se embarcaban. Pero al poco tiempo volvieron y nos lanzaron un ataque tan fuerte que tuvimos que salir por donde podíamos y así cayó la plaza en manos de ellos —dijo mirando el horizonte y

apretando la empuñadura de su machete— Nosotros seguimos en la lucha —continuó—, pero ahora me tocaba andar por el río Pánuco para impedir el aprovisionamiento de comida a los franceses. Por esos días es que un tal General Dupon hizo ahorcar a mi hermano junto a otros cuatro en los faroles de la plaza de Armas. Un buen día, nos tomamos aquella fortaleza y se pasó a degüello a toda una guarnición francesa. Yo me fui hasta la parroquia y echando al vuelo las campanas durante varias horas, lloré por la muerte de mi hermano. Ese mismo año, mi General Pavón del que le hablé al principio, firmó el armisticio y entonces las tropas francesas se marcharon para siempre del puerto de Tampico. A veces, aún sueño que me matan.

Como habían acordado, Fernando, se presentó por primera vez en casa de los padres de la que luego sería su esposa.

—¿Está la señorita Micaela? —preguntó a un hombre mayor quien, abriéndole la puerta, extendía su brazo izquierdo, pidiendo le acompañara hasta el salón-biblioteca.

—¿Toma usted una copa?— se escuchó de pronto la voz de Paolo.

—Sí, gracias, un coñac si fuese posible —respondió Fernando levantándose del sillón, donde hasta hacía un momento, veía las finas tapas de un libro sobre la vida de Casanova.

—Veo que le interesa la lectura —señaló al tiempo que ponía coñac.

—No crea usted, lo que sucede es que me llamó la atención la encuadernación. A mí lo que me gusta es la carpintería y la crianza de caballos. Vi al entrar que al fondo tienen un pequeño establo.

—No me diga que usted entiende de caballos —dijo admirado Paolo.

—Después de la madera, digamos que los caballos, no sé cómo decirlo... son mi pasión —dijo arrastrando un poco la última frase.

—Pues no se hable más, si le apetece, un día iremos con la familia a cabalgar por el campo —concluyó alzando la copa en señal de brindis.

Luego, radiante, apareció Micaela, quien, cogiendo la mano de Fernando, le hizo pasar al salón principal de la casa, donde se

encontraba una gran mesa servida con viandas de todo tipo. Esa noche había cocinado especialmente su madre, Leonor Allegrini.

A los pocos meses, se celebraba en la ciudad de la capital del estado de Coahuila, la boda entre Micaela y Fernando. En la fiesta, se vieron los rostros de las familias más destacadas de la ciudad, así como al obispo de la Diócesis Romana de Saltillo, que llegó acompañado de otros clérigos quienes, en la sacristía, se dieron a la tarea de ataviar al señor obispo, mientras éste consagraba en silencio, las hostias que daría durante la ceremonia de aquel día. Afuera, la alegría popular inundaba las calles, que a esa hora se llenaba de confeti con los tres colores de la bandera mexicana. En la plaza, estaba prevista una corrida de toros, mientras, otros se divertirían jugando su dinero en las peleas de gallos.

Al siguiente día, las fotos de la boda aparecieron en las páginas sociales de los periódicos y la pareja fue pasto de todo tipo de comentarios en la ciudad.

Los recién casados pasaron su luna de miel en la ciudad de Nueva Orleans, en un hotel de la zona francesa. Durante su estancia degustaron de la mejor comida gala. Por las tardes solían pasear a lo largo de una avenida residencial, donde podían apreciar grandes mansiones. Cuando llegaba la noche rodaban de taberna en taberna escuchando blues. La música estaba por todas partes y, por el olor de la comida, podías adivinar donde te encontrabas en todo momento. Su hotel, al igual que otros edificios de la zona, había sido construido con materiales traídos desde Europa.

Una noche se unieron a un grupo de músicos que volvían de madrugada hasta sus casas en las afueras de Nueva Orleans. Aquella, sí que fue una gran noche. Navegaron por el Mississippi hasta el despuntar del día. Por la tarde, después de tomar el café, subieron al barco que les devolvería a México.

◆ ◆ ◆

En esta escuela del mundo
ni siendo malos alumnos
repetimos un año,
un invierno, un verano.

5.

Después de varios días desde su salida de ciudad Arriaga, finalmente, llegaban al Distrito Federal. La multiculturalidad de las poblaciones encontradas a lo largo del camino, eran testimonio vivo de aquello que no pudo borrar la espada. El uso de diferentes lenguas autóctonas, y de costumbres ancestrales, desde tiempos de sus antepasados, como forma de resistencia. Los mercados a orillas de la carretera mostrando sus riquezas artesanales y culinarias; comerciantes en guaraches, o sin calzado alguno; mujeres de todas las edades, de largas trenzas de cabellos sedosos, negros como el azabache; vestidos de colores vivos tejidos a mano, pantalones y camisas de manta elaborada en los telares; sombreros anchos, puntiagudos, alargados, botas con espuelas, caballos, mulas, ganado pastando en los alrededores, tequila, mezcal, cerveza; pobladores de piel más o menos morena, pero morena siempre. Era el rostro de ese sur mexicano dejado atrás, pero tan presente.

Se sentían perdidos, y lo estaban. Ni tan siquiera, eran capaces de dimensionar la ciudad que, con su tráfico intenso, sus grandes avenidas, sus altos edificios, sus plazas, sus monumentos, su línea de metro, sus abarrotadas aceras, sus puestos de comida a toda hora, y en cualquier esquina, les daba la bienvenida.

Román conservaba en su poder, un gastado sobre, timbrado en la capital mexicana a principios de los años treinta. En él, figuraba, aunque borroso, el nombre de uno de los hermanos de su bisabuelo Alejandro Buitrago. Más abajo, una dirección. Aparte de esos referentes, no disponían de ningún otro dato del clan familiar.

Se trataba de un sobre vacío, guardado durante décadas en el baúl de Margarita, hermana menor de su abuela materna, Lucrecia Buitrago.

La carta contenida en su momento dentro del sobre, se había extraviado. Como suele suceder en estos casos, a raíz de un hecho extraño, su pérdida en inexplicables condiciones, generó en la

familia, todo tipo de conjeturas. A cuál más rocambolesca. No faltó quien hablara de una posible herencia, de los amoríos de algún tío, o tía lejana, de deudas de juego, del complot contra cualquiera de los gobiernos de turno en la región. Pero entre todas las especulaciones, la que con el pasar de los años cobró más fuerza, estaba detrás de la identidad de Justo Armas, un hombre alto, rubio, de facciones eslavas del que poco se sabía en el país. Aparecido un buen día a finales del siglo pasado en El Salvador, propietario de un exclusivo restaurante, por el que este, vestido con refinados trajes, se paseaba siempre descalzo. La idea de que se tratara de Maximiliano de Austria, hermano del emperador Francisco José, tomó tanta fuerza, que se llegó a hablar del posible indulto por parte de Benito Juárez, quien decían perdonó la vida al invasor de los Habsburgo, con la condición de no revelar jamás el secreto, y por supuesto, de no volver nunca a pisar tierra mexicana. Eso, dio luz a la absurda versión del contenido de la carta extraviada, en donde, según sostenía la familia Buitrago, uno de los hermanos del bisabuelo Alejandro, era nada menos que un espía mexicano enviado a El Salvador para borrar cualquier pista sobre la verdadera identidad de Justo Armas. Por supuesto, una hipótesis carente de base sólida pero que, durante muchos años, sirvió a la familia para revestir de misterio la mentada carta.

Despreocupados por su apariencia, y sujetos a la esperanza de dar con la familia Buitrago, se adentraron en la gran ciudad. Buscaban una dirección donde nadie les había invitado, un sitio en el mundo en el que no les esperaba nadie. La única carta de presentación de Román, era su nombre ligado a un apellido. Lo que sabía de sus bisabuelos maternos era muy poco. Apenas sí, lo escuchado por alguno de sus familiares, y poco más. Ni siquiera conservaba la carta dentro del sobre. Con suerte, si les abrían la puerta, serían amables con ellos, y les ofrecerían un café. Eso, con mucha suerte, y de la buena suerte era algo de lo que, en los últimos días, no podían presumir.

Al caer la tarde, después de deambular de arriba abajo, fueron a parar a la dirección que figuraba en el sobre.

La fachada de aquella vivienda, bastante venida a menos, guardaba la apariencia de cierta grandeza en otro tiempo. Las rejas de hierro forjado que protegían las ventanas que daban a la calle, lucían corroídas por el paso de los años. El portón principal, debido a la intemperie, y falta de mantenimiento de la madera, estaba completamente cuarteada. La condición de las paredes, no presentaba un mejor aspecto. Una plaquita metálica en donde constaba el número de la casa, apenas sí podía leerse. Lo único en buenas condiciones, era el picaporte de bronce sólido con el que Román llamó con fuerza.

Desde lo alto del balcón principal de la casa, llegaba la voz de una mujer preguntando quienes eran, y que qué deseaban, y Román haciendo un verdadero esfuerzo por ordenar sus palabras, en lugar de aclararlo, terminó por construir un galimatías. Aun así, y para su sorpresa, vieron abrirse un ala del alto portón. Al otro lado, un anciano de aspecto enfermizo invitándoles a pasar adelante. Mientras tanto, apoyándose en un bastón de madera con empuñadura plateada, vieron descender por las escaleras de su derecha, a una mujer ataviada con su vestido blanco, de mangas largas, rematado con encaje Chantilly, que le cubría del cuello a los pies. Su hermoso cabello, blanqueado por la edad, lo portaba recogido al estilo Gibson Girl, realzando su esbelta figura y, cuanto más cerca estaba, más resaltaba la pedrería en pendientes, collar y brazalete.

Al centro de la casa solariega, un amplio patio rodeado de portales a la manera de antiguos monasterios. Un lugar donde se alzaban un conjunto de cipreses rodeando un estanque de piedra recubierto por el musgo y hojas resecas. Baldosas levantadas y rotas, que le conferían a ese espacio, el aspecto de un cementerio abandonado. Un cementerio sin cruces, ni lápidas, pero cementerio al fin de cuentas.

No resultaba difícil para aquella mujer imaginar lo que esos jóvenes pensaban puesto que ella cada día, desde hacía más de treinta años tenía la misma sensación. Aunque la casa no siempre fue así. El vacío que se respiraba ahora, en otro tiempo rebosaba de alegría. Largas veladas de sobremesa donde los comensales, propios

e invitados, narraban acerca de sus viajes fluviales por el Magdalena, el Danubio o el Mississippi; de las lecturas de clásicos de la ilustración francesa; de las visitas a exposiciones de arte en los museos de Madrid, o Londres; de los paseos por grandes avenidas en Nueva York, Berlín, Praga, o Buenos Aires; de la moda en el vestir que, a hombres y mujeres, imponía París; de los velódromos, casinos e hipódromos, a los que solían asistir; de los mejores puros habanos, de licores, y vinos…, hasta un día, en que todo eso cambió, pues de pronto, todos en casa, sin excepción, se volvieron holgazanes, vagos, y pendencieros. Carentes de todo tipo de compromiso. Se entregaron por igual a los excesos, a los amoríos, a la bebida, al juego y a cualquier adición a su alcance. Abandonaron sus creencias y principios religiosos. Entonces, la reputación de la familia al completo, se vino abajo. Fue dinamitada desde dentro. Nadie tuvo la necesidad de echar mano de la calumnia, ni de los rumores malintencionados. Los Buitrago, dejaron de ser invitados a los eventos de sociedad. La sola mención de su apellido, provocaba el rechazo. El patrimonio se dilapidó. El personal de servicio, poco a poco, después de muchos años, se fue esfumando. El último en marchar, fue el jardinero.

Cuando se terminó con el dinero, los artículos de cierto valor, fueron a parar al Monte de Piedad, del que jamás regresó un solo objeto. Relojes de pared, y pulsera, la mantelería de blonda, la cristalería de Bohemia, la colección de valiosos sellos postales, y la de numismática que databa de finales del siglo XIX, las estilográficas, las peinetas, mantillas, y abanicos traídos de España, los jarrones de cerámica china, las vajillas, y la cubertería de acero, grabados con el escudo de la familia, los discos y el fonógrafo. Todo desapareció. Cuando ya no hubo nada por empeñar, escasearon los alimentos, quedando únicamente el café, el tequila y el mezcal. Entonces, apareció un virus mucho más letal: el del suicidio.

Sogas, armas de fuego, veneno, y afilados cuchillos, se convirtieron en los elementos más recurrentes para quitarse la vida. Los cadáveres día sí, día no, eran velados en el salón principal. Las mesas eran dispuestas en el patio central donde los dolientes bebían

café, mientras jugaban a las cartas, contaban anécdotas, y agotaban las botellas de licor.

Alertados de la frecuencia, el inquietante número, y el misterio que rodeaban aquellas muertes, la policía decidió abrir una línea de investigación. Después de varios meses de trabajo, sin dar con una sola pista incriminatoria, se decidió archivar el caso.

A los pocos meses de abandonar las pesquisas por parte de la brigada criminal, aparecieron unos sacerdotes que, enviados por el arzobispado, buscaban una explicación, de boca de la familia y conocer así, en detalle, lo ocurrido hasta el momento. Estos dispusieron realizar diversas ceremonias religiosas. Las habitaciones donde aparecieron los cuerpos de los suicidas, después de ser rociadas con agua bendita, fueron selladas y jamás se volvieron a abrir. Este hecho, alimentó por parte del vecindario la idea de que la casa estaba encantada. No faltaron quienes aseguraban haber visto asomarse por las ventanas a las ánimas, lo que provocó que, a partir de ciertas horas de la noche, los alrededores del lugar estuvieran completamente vacíos.

Para zanjar la ola de suicidios, y devolver la tranquilidad al barrio, un juez ordenó el desalojo de toda la familia que, de la noche a la mañana, se vio forzada a abandonar la casa. Y por demanda de los más temerosos, la vivienda fue excomulgada. Los que lograron sobrevivir a la epidemia suicida, se marcharon lejos de la capital mexicana para nunca volver.

A la única persona de los Buitrago a la que se autorizó continuarla habitando fue a aquella mujer de mirada fría que, Román y Medardo, tenían delante, a quienes ella consideró a nietos que, después de tantos años de ausencia volvía al hogar. Por eso permitió abrirles las puertas y dejarles pasar a la casa, ahora abandonada, y vacía. Muerta.

Aclarada la confusión, tras reconocer la caligrafía del padre en el sobre que Román le mostró, fueron invitados a quedarse, sugiriéndoles escoger cualquiera de las habitaciones, y diciendo a su vez que podían sentirse en casa.

Antes de retirarse a su alcoba, dado que carecían del servicio eléctrico, les indicó el sitio donde podrían proveerse de velas y

cerillas.

Comenzaba a oscurecer. Se imponía el peso del silencio. La presencia de la soledad se hacía mayor. Un silencio sólo roto, por el silbido del viento. Un viento que, al chocar con las ramas de los árboles, creaba una atmósfera de misterio.

Se instalaron en la parte de abajo. Medardo, optó por quedarse en una estancia contigua a la de su amigo donde las polillas habían hecho estragos dejando inservibles sillas, armarios y mesa de escritorio. La cantidad de polvo acumulado sobre las sábanas, reflejaban el abandono del lugar.

A la oscuridad, al silencio y a la soledad, en la madrugada se sumó el frío producido por la humedad de las paredes. El abrigo de las sábanas, era insuficiente. Sólo debido al agotamiento, lograron conciliar el sueño quedándose profundamente dormidos.

◆ ◆ ◆

> Todo lo que es verdad debe convertirse en una religión. Y el agnosticismo debería tener su ritual no menos que la fe. Ha sembrado sus mártires, debería cosechar sus santos y alabar a Dios diariamente por haberse escondido del hombre.
>
> OSCAR WILDE, *DE PROFUNDIS*

6.

En aquél país centroamericano, nacerá el primogénito del matrimonio Buitrago Iturbide, al que bautizarán con el nombre de Carlos. Más tarde llegarán Lucrecia, Anselmo y, por último, Margarita, llevándose entre unos y otros escasos años de diferencia.

Los negocios del cultivo de café iban tan bien, que Alejandro adquirió tierras hasta tocar las márgenes de un lago volcánico. En una solitaria planicie, a medio camino entre el filo del cráter, que linda con la carretera, y las aguas de aquel lago, hizo levantar la casa adonde se trasladó con toda su familia, para vivir en comunidad.

Era frecuente ver a Alejandro participando en las carreras de cinta que se celebraban durante las fiestas patronales. De sus hijos, el mejor jinete resultó ser Carlos, famoso por su carácter alegre y extrovertido, pero también, por sus muchos amoríos. Anselmo, a diferencia de su hermano, era observador, callado, frío y sumamente reservado en sus asuntos, características personales que jamás fueron obstáculo para desenfundar con agilidad su revólver y tirar a matar si era preciso. Lucrecia, convertida en la administradora de los bienes familiares, manejaba los negocios con mano dura. La hacienda San Francisco, era la próspera población en la cual, el eterno alcalde, Hipólito Benavides, con habilidad y una, más que probada, dosis de paciencia, había creado su siniestro feudo político.

Don Ramiro, el cura que enviaron a la iglesia de San Francisco, a menudo, se acercaba en su burro hasta la casa de los Buitrago. Su cometido, no era otro que el de mantenerles informados de las cosas del pueblo. La conversación, casi siempre, giraba en torno a asuntos de poca monta y en los que, dejaba entrever su enfado por la falta de práctica cristiana por parte de los hijos varones de Alejandro, algo que no era así en el caso de las mujeres de la familia, siempre tan religiosas y abnegadas en las labores de la sacristía.

—He bautizado este año a un par o tres de nietos suyos don Alejandro— dijo el párroco, sacudiendo la caspa que afeaba su negra sotana.

—Y yo dígame padre, ¿qué quiere que haga si los muchachos, casi nunca, paran en casa? Carlos, está a punto de casarse y para Anselmo, callado como es, ya sabe usted, no hay mujer bonita que se le resista. Y, a propósito, don Ramiro…, ahora que menciona este asunto, no se crea que usted a mí me engaña, lo vengo observando desde hace tiempo. No se me escapa en absoluto su forma de tratar a las mujeres, en especial a las casadas.

—Usted juega con las cosas de Dios porque le sobra el dinero— respondió a media voz el cura, bajando la mirada al sentirse descubierto.

—¡Y porque a fin de cuentas si usted tiene su culo en esa iglesia es porque yo la mandé a construir, no se le olvide eso! — resonó la voz del patriarca de la familia.

Así pasaban conversando hasta que el sacerdote, claudicando, aprovechaba para confesar a todos en casa mientras llegaba la hora de la cena que se solía acompañar del buen vino que la familia hacía traer desde Navarra a través de un comerciante salvadoreño, originario de Asturias.

Una tarde lluviosa, mientras Alejandro limpiaba su Winchester, se escucharon en el salón de la casa los pasos apresurados de unos hombres que le dejaron caer a bocajarro la noticia de que su hijo Carlos se encontraba moribundo en una banca de la iglesia del pueblo.

—Fueron los hijos de don Salomón, Ángel y Martín, ya sabe usted, los peluqueros— dijo uno de los hombres apretando el sombrero contra el pecho y continuó —Dicen que estaba Carlos subiendo a su caballo cuando lo sorprendieron a traición con sus machetes. De no ser por el alcalde que intervino, ahí mismo le habrían dado muerte. Por fortuna doña Rosario estaba con las señoras del Sagrado Corazón y, en ausencia del médico que se encuentra fuera del pueblo, ella está intentando salvar la vida a su muchacho— concluyó, inclinando ligeramente la cabeza, en señal de respeto, antes de retirarse.

Alejandro, tras quedarse petrificado ante la inesperada noticia, mandó a llamar a su hijo Anselmo quien estaba en el establo con una de las yeguas que se había roto una pata.

—Así que fueron los Granillo. Pues se van a arrepentir —, dijo Alejandro alzándose enfurecido de la silla mecedora donde se encontraba reposando, ordenando a la vez ensillar los caballos, no sin antes dar instrucciones de arreglar la habitación de Carlos. A Lucrecia, llamándola a parte, le sugirió ir viendo lo del ataúd, por si acaso.

—Papá, ¿dónde los buscamos? — dijo tranquilamente Anselmo mientras se enfundaba el revólver.

—En el monte hijo, en el monte. Recuérdalo bien, que lo que buscamos son animales y a esos se les encuentra en su madriguera.

En la iglesia Rosario hacía lo imposible por salvar la vida de su hijo Carlos, quien al menos tenía cinco heridas profundas. En el altar mayor, se escuchaban como murmullos las plegarias de varias

mujeres. La sangre que manaba del cuerpo de Carlos, era como un río desbordado inundándolo todo. Unos niños rodeaban el cuerpo masacrado y no faltó quien, maliciosamente insinuara que, entre estos chicos, habría más de un hijo suyo.

—Doña Rosario, si lo desea usted iré preparando la extrema unción por si acaso —, dijo el cura colocándose la estola al cuello y sacando de su bolsillo el ungüento para ungir.

—No padre, si mi hijo ya lo verá, sobrevivirá y usted mismo lo casará con Matilde –, respondió entre sollozos mirando a su hijo quién languidecía entre sus brazos. Por el portón principal de la iglesia se vio entrar a unos hombres uniformados. Llegaban alertados de lo ocurrido. Afuera arreciaba la tormenta.

—Señora, soy el sargento Díaz. Les daremos captura antes de que termine este día y créame, los traeremos, aunque sea a pedazos. No hay derecho. Por la espalda ¡No!, ¡Cobardes! –exclamó el agente policial, dando órdenes a otros dos hombres para organizar, entre los del pueblo, la batida.

—Lo único que deseo, es que mi hijo salga de ésta para que él mismo pueda buscarlos.

—Dicen que don Alejandro ya se le adelantó con su otro hijo Anselmo. Les daré su tiempo señora—concluyó.

Según cuentan, Carlos andaba de enamorado de una muchacha del pueblo, pariente de los Granillo, llamada Clemencia. Esta mujer, al quedar embarazada, y enterarse de los amoríos de Carlos con Eleonora, había contado a su primo hermano Ángel cómo su mujer, la mentada Eleonora, se entendía con el hijo mayor de Alejandro Buitrago a quien Ángel y su hermano Martín Granillo encontraron en la plaza del pueblo en el momento de montar su caballo.

¡Carlos párate ay! —gritó Ángel asestándole con toda su furia el primer machetazo que fue a dar a la altura del pulmón derecho.

El caballo dio un salto arrastrando varios metros a Carlos quien, colgado de su pie izquierdo, había quedado enganchado al estribo de la montura. Los hermanos Granillo, en tanto, no cesaban de golpear con el filo de sus machetes, en uno y otro costado, el cuerpo de su desvalida víctima.

Martín hundió el arma blanca en el pecho del caballo y este cayó estrepitosamente contra el suelo levantando tal polvareda, que apenas dejaba distinguir el cuerpo moribundo del hijo de Alejandro quien, ensangrentado se arrastraba con enormes esfuerzos entre la hierba. Carlos, sintió la lluvia comenzando a caer, mientras veía, entre medio de los truenos, huir a sus asesinos.

Unos hombres corrieron detrás de los criminales y otros acudieron a darle auxilio levantando como pudieron al hijo de Alejandro. Su madre salió de la sacristía, dando órdenes de que lo metieran en la iglesia y lo colocaran en la banca que pertenecía a la familia Buitrago Iturbide. La madre pensó: menos mal que no le tocaron el rostro.

Escucharon ruido en la maleza. La lluvia, aunque con menor intensidad, no cesaba de caer. Cubiertos entre la milpa, pudieron ver dos caballos con sus monturas y a un lado a dos hombres cubriéndose del agua, metidos en una especie de cueva. Alejandro apuntó a la frente de uno de ellos que resultó ser Ángel, mientras Anselmo se ocultaba en la salida misma del agujero. Sonó el disparo y al caer desplomado aquel hombre sin rostro, su hermano se precipitó contra el punto de donde había partido el fogonazo, sin percatarse de que, a la salida, lo esperaba la hoja de un machete haciendo rodar en el acto su cabeza cuesta abajo. El cuerpo sin vida, aún pudo dar dos o tres pasos desplomándose, un instante después, para quedar con sus brazos en cruz. A lo lejos se escucharon unas voces, gritando el nombre de Alejandro y el de su hijo Anselmo Buitrago.

—Ahora si te mueres, ya puedes descansar en paz —murmuró para sus adentros, pensando en su hijo Carlos, mientras Anselmo montaba sobre los caballos, los cuerpos de los hermanos Granillo.

—Papá ¿qué hacemos con la cabeza de Martín?

Alejandro se quedó mirando aquél rostro con expresión de rabia y de dolor al mismo tiempo y respondió: «Métela en un costal que siempre ando conmigo debajo de la montura de mi caballo, a ver si tu madre puede coserla al cuerpo»— consideró que Martín era ahijado de Rosario y, a fin de cuentas, sus compadres no tenían culpa alguna de lo ocurrido.

Los caballos con los cuerpos de los hermanos, cubiertos por mantas, avanzaban delante de unos agentes policiales. Alejandro, a un costado, guiaba a las bestias. A su lado, caminaba Anselmo con el costal de yute empapado de sangre.

El sargento Díaz, portaba al hombro el arma de dónde, solo minutos antes, había salido el disparo que terminaría en el acto, con la vida de Ángel y en su cinto, el machete que cercenaría, de un tajo certero, el cuello de Martín.

El alcalde, solícito, salió al encuentro. En la iglesia se agolpaba un nutrido grupo de curiosos. Ahora apenas caía una llovizna que se mezclaba con la sangre de los cuerpos ya sin vida de los hermanos.

—Don Alejandro —dijo el sargento Díaz—, tendré que detenerles por las muertes de estos hombres.

—Perdone sargento, pero la casa no debería de quedarse sin hombres. Comprenderá que no podemos ir los dos a la cárcel.

—Está bien. Escoja usted mismo.

—Que se quede Anselmo al frente de todo. Carlos según dicen quizá no salga de esta. Además, es necesario cuidar de mis compadres. Los hemos dejado sin sus hijos. Se dispondrá para ellos, en compensación por éstas muertes, una paga mensual y se cubrirán todos los gastos del funeral de Ángel y Martín. De la viuda y los niños se encargarán Lucrecia y Margarita. Mi mujer que no se meta. Quizá pierda a un hijo. Eso es demasiado. Yo, como puede ver, ya me gané el infierno— lo dijo mientras su mujer lentamente salía a su encuentro, trayendo entre sus manos un rosario negro.

Al caer la media noche de aquél fatídico día, ya el aroma de las flores inundaba por completo la iglesia mientras, frente al altar mayor, uno al lado del otro, descansaban en sus féretros los restos masacrados de aquellos tres jóvenes. En las bancas principales estaban los dolientes de las dos familias que, en voz baja, sin mirarse entre sí, rezaban algunas plegarias. El cura sentado en su poltrona de madera, tapizada en tela afelpada, leía en silencio su gastada Biblia, buscando en ella, las palabras justas para decir en misa al día siguiente. Afuera en la plaza, hombres y mujeres tomaban café y comían a la luz de las velas. Hipólito, el alcalde, con el permiso de las dos familias, había contratado a unos músicos para

que tocaran durante toda la noche. Los mayores, tomaban *chaparro* para calentar el cuerpo y entre trago y trago, se sucedían las anécdotas de los difuntos.

—Recuerdo de cuando Carlitos andaba por aquí en su caballo y pasaba por la casa para saludar a mi mamá— decía Arcadio, de los primeros colonos de la hacienda.

—Sí, pero no olvidemos, él dejó a su hija con un chico al que nunca quiso reconocer— criticó otro con la dentadura amarillenta de tanto mascar tabaco.

—Tiene razón, pero solía visitar nuestra casa; a veces montaba a mí nieto en su caballo y se lo llevaba para la poza zarca, donde le enseñó a nadar— respondió Arcadio, recordando luego el día de Navidad, de cuando llegó hasta su rancho y sacando un revólver le dijo: «buenas noches señor, como puede ver ando con mis tragos, pero he querido venir a saludarlo para hablarle de la compra de unos terrenitos al lado del río» y, sin bajarse del caballo, extendiendo su brazo le entregó en mano un revólver y continuó: «esas tierras son para su hija Amalia. Las escrituras las tiene el alcalde. Él se las entregará mañana, no se preocupe por eso. Como bien sabe, uno no puede andar a estas horas de la noche con esos papeles encima. El arma que le entregó don Arcadio, es para defender, si fuera necesario, esas propiedades. En la iglesia, dígale a su nieto, si un día de estos muero, se siente en el lugar reservado para mí. Es una de las bancas situadas delante del todo, donde han grabado mi nombre. Esa, si me llama el Santísimo a su presencia, es para él».

—Lo único que quisiera saber, es de qué estarán hablando don Alejandro y don Salomón en estos momentos— musitó Abelardo, uno de los caporales de la finca de los Buitrago.

—No lo sé, pero creo que están haciendo las paces.

—Al fin de cuentas, los primeros en agredir fueron Ángel y Martín, así que era de justicia que los dos pagaran— dijo otro quitando las hojas al tamal de carne.

—Ahora sí que entiendo porque doña Rosario, hace horas que está abrazada a la mujer del compadre Salomón— dijo otro de los viejos amigos de la familia Granillo, que se sumaba a la conversación.

Salomón había solicitado permiso al comandante local para dejarle pasar a la celda donde se encontraba su compadre Alejandro, quien, al escucharlo, asintió para que lo dejaran entrar, y exigió que nadie se atreviera a revisarlo. Traía en la mano una botella de *chicha* y en cuanto lo vio, se dio cuenta que el golpe había sido tan profundo como el suyo.

—Compadre, destápela usted mismo. La trajeron unos amigos hace unos días—, dijo acercándola al pecho de Alejandro, quien no se animaba a levantar el rostro.

—Pero… ¿por qué compadre, por qué ha tenido que sucedernos esta desgracia?, yo que siempre los he querido como a los de mi familia. Ángel que era tan buen muchacho y se la pasaba con su guitarra cantando canciones noches enteras en mi casa. Y su otro hijo que en un tiempo anduvo de enamorado de Margarita. Dígame, entonces ¿qué es lo que pasó? Aún recuerdo el día en que bautizamos a su hijo; usted y yo compadre, nos anduvimos emborrachando durante todo el fin de semana entre San Miguel y San Juan, que al fin de cuentas solo los separan un par de kilómetros.

Sí compadre, usted me decía «vámonos para San Miguel que este pueblo ya me aburre», y cuando ya llevábamos otra botella en casa de doña Lourdes nos largábamos de nuevo para San Juan, y así pueblo va y pueblo viene —decía entre lágrimas don Simón que se empinaba el primer trago de aguardiente.

Pasaron horas evocando esos días hasta recibir el amanecer. De pronto, alborotándolo todo, unos hombres irrumpieron en la celda para dar la noticia: en una barranca, acababan de encontrar el cuerpo decapitado del hijo de Alejandro, quien, al escuchar esto, ensombrecido, agachaba su cabeza. Simón, sin terminar de dar crédito a lo sucedido, palidecía ante la escena de dolor, pidiendo a los presentes no decir nada a su comadre Rosario. Eso terminaría con ella.

El sargento Díaz entró en ese momento solicitando a Alejandro, saliera un instante para reconocer el cadáver de su hijo Anselmo, o mejor dicho su cuerpo, pues la cabeza no había sido encontrada en el lugar del crimen.

Alejandro, a quien el cabello se le volvió blanco en el transcurso de ese mismo día, pidió a Hipólito Benavides que lo acompañara. Este lo tomó entonces de un brazo y salieron a la calle.

Llegaron hasta una carreta de bueyes estacionada delante de la comandancia. Alejandro sintió que sus piernas no le respondían y el corazón le fallaba. Entonces, irguiéndose mientras alzaba su mirada, se zafó del alcalde, sentenciando no descansar hasta dar con los autores del crimen de Anselmo. Con entereza, Alejandro levantó la manta que envolvía el cuerpo mutilado, se arrodilló para rezar por el eterno descanso del alma de su hijo, mientras los que le acompañaban hacían lo mismo.

◆ ◆ ◆

Aunque la halles pobre,
Ítaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto,
con tanta experiencia,
entenderás ya qué significan las Ítacas.

C.P. CAVAFIS, *ÍTACA*

7.

Al despertar, buscaron algo de comida, pero la cocina, también polvorienta, estaba vacía. De los grifos de agua, únicamente consiguieron el carraspeo de las cañerías. El desabastecimiento, era comparable al del rancho en las proximidades de Malacatán.

Colgadas de un clavo en la puerta principal, encontraron un juego de llaves. Las tomaron y salieron a la calle. Alcanzados por la tradición, Román llevó las joyas de su madre hasta el Monte de Piedad más cercano. Consiguió por ellas, una suma de dinero suficiente para cubrir algunas de las necesidades más básicas. Sin saberlo, se trataba del establecimiento donde, décadas atrás, los Buitrago, empeñaron buena parte del patrimonio familiar.

Retornaron antes del anochecer. Pasaron el día vagando. Reconociendo calles, y avenidas. Compraron comida, ropa y enseres de aseo personal. El cielo anunciaba tormenta. Les extrañaba la ausencia de la mujer que el día anterior les había recibido. Posiblemente, se encontraba en su habitación. Ninguno de los dos se atrevió a subir a la segunda planta. Se preguntaron si ella tendría todo lo necesario para subsistir; si alguien se ocuparía de sus cuidados, pues era mayor. Les resultó amable, pero distante. Cuando Román le extendió la mano para saludarle, ella se limitó a mirarle con la misma frialdad que empleó para leer la letra de su padre en el sobre. El tono de su voz, era pausado y suave, resultando casi imperceptible. La persona que les abrió la puerta el primer día, también desapareció sin dejar rastro. Era como si en ese lugar no habitara nadie.

Para asearse, se colocaron debajo de unas gárgolas, de estilo gótico, que arrojaban el agua de lluvia al centro del patio.

Cubiertos únicamente por una toalla, con el cabello húmedo aún, se fueron hasta la cocina, prendieron fuego a la ropa utilizada durante los últimos días y, mirando a las llamas, como si de un aquelarre se tratara, invocaron a las ánimas del purgatorio.

Tras calentar sus cuerpos, y vestirse con las ropas adquiridas en unos grandes almacenes, se dispusieron a dar un paseo por la ciudad. Total, la lluvia daba una tregua. Era sábado. La noche apenas comenzaba. Contaban con dinero en los bolsillos. Escaso, pero tenían. Eran jóvenes. Lo único que sintieron no tener, era tiempo para perderlo.

Pasaron los días sin rastro de vida entre las paredes de aquel caserón, y temiendo por el estado de salud de su anfitriona, decidieron subir a la segunda planta.

A medida que ascendían por las escaleras, comprobaron el mal estado de estas, viendo desprenderse algunos cascotes que caían al vacío. Arriba, la capa de polvo envolvía el suelo, haciendo imposible adivinar el color, ni el dibujo de las baldosas.

Una vez arriba, a diferencia de las estancias de abajo, estas necesitaban de una llave para abrir cualquiera de las puertas. No

habiendo indicios de vida, ni posibilidad de esta, decidieron no forzarlas, volviendo por donde subieron.

Descendieron con gran dificultad, mientras en su avance, continuaban cayendo escalones completos inhabilitando el tránsito entre la primera y la segunda planta.

Las semanas siguientes, transcurrieron con la convicción de ser los únicos habitantes de una casa que, inexplicablemente, aceleró el proceso de destrucción pues se hizo frecuente el derrumbe de un techo, o de una pared. Un ala de la casa, era ya inhabitable, en tanto que la otra comenzaba a ceder. En vano, buscaron entre las ruinas el cuerpo de la extraña mujer. De la escalera por donde antes subieron, no quedaba sino un tumulto de escombros regados por el piso. La cocina se terminó por hundir. Las tormentas debilitaban el resto, convirtiéndolo en un barrizal.

Por las noches, ambos amigos, solían despertar alterados debido al estruendo causado por los desprendimientos constantes. El derrumbe de las habitaciones donde se alojaban, solo era cuestión de tiempo.

A pesar de los severos daños estructurales sufridos en su estancia, Román optó por seguir en ella. Disfrutaba de ver filtrarse la lluvia a través del boquete del techo, y del retumbar causado por el relampaguear. Por ese instante luminoso donde antes, gozaba de su reinado la oscuridad.

Permanecían sumidos en una economía de guerra que les autoimpuso una dieta consistente en un mendrugo de pan, un huevo duro, una taza de café amargo, y poco más. Quedarse, era un suicidio. «El suicidio —pensaba para sus adentros Medardo—, es el último refugio de los cobardes, y no marcharse, era tanto como sumarse a la de tradición de los Buitrago».

Como solían hacer, buscaron pedazos de madera para prender fuego y así, los restos de sillas, de puertas, de mesas, y de armarios ardían en la improvisada cocina.

Esa mañana, mientras tomaban el café, fueron sorprendidos por un fuerte estruendo. Las habitaciones de ambos, habían cedido viniéndose abajo. Resignados a su suerte, rescataron unas pocas

pertenencias, salieron a la calle sin rumbo fijo hasta llegar a la estación de trenes, subiéndose a uno que les llevaría a Veracruz.

A la mañana siguiente, se encontraban en la ciudad portuaria donde deambularon de un lado a otro. Al caer la tarde, dieron un largo paseo por el malecón. Por primera vez tenían delante de sí, embarcaciones de gran tonelaje. Amarrado a la orilla del muelle, imponente, se apreciaba el buque escuela de la Marina de México. Fueron hasta el parque central, cayendo bajo los encantos de las jóvenes que, engalanadas con sus mejores vestidos, como en una pasarela, caminaban en círculo, mostrando sus encantos femeninos, cubriéndose con sombrillas de colores vivos.

A medida que oscurecía, comenzaron a preguntarse por el sitio en el que dormirían esa noche. Esa madrugada, a riesgo de ser descubiertos, fueron hasta la estación cercana al puerto, y se metieron en el vagón de uno de los trenes de mercancías.

El sofocante calor, sumado al trajinar de los convoyes de trenes, terminó por despertarlos. La debilidad de ambos, era permanente.

El dinero que aún conservaban en los bolsillos, apenas sí alcanzaba para una barra de pan, si es que alcanzaba.

Al pasar por una de las terrazas de café situada en los portales, sin mediar palabra, Román y Medardo, decidieron sentarse junto a un grupo de marineros mercantes quienes, sin salir del asombro, pero con gesto amable, aceptaron su presencia, invitándoles a quedarse. Uno de aquellos extranjeros pidió al camarero servir comida y bebida. Los intrusos, más que comer se hartaron. Parecían dos condenados a muerte disfrutando de su último deseo antes de ser ejecutados.

Un rato después, sin comprender la perorata de los unos y los otros, todos en aquella mesa, reían a carcajadas.

«A lo que hemos llegado, quién lo diría», pensaba avergonzado Medardo. La de Román, era una risa amarga, pero risa al fin.

Por la tarde, sentados en una de las bancas del malecón, mientras planeaban abordar uno de los barcos, y viajar como polizontes, se aproximó un joven negro quien dijo llamarse Douglas, y ser un refugiado político de nacionalidad dominicana.

A grandes rasgos, ellos por su parte, narraron su historia desde la salida de El Salvador. El dominicano, les invitó a conocer la ciudad, y dieron un largo paseo. Luego, cuando ya oscurecía, les indicó el lugar adonde vivía y quedaron en verse al siguiente día. Se despidieron. Él fue a su casa. Ellos volvieron a descansar en el viejo vagón de tren.

Con el estómago vacío, se presentaron en casa de Douglas quien, desde el cuarto de baño, gritando, les dijo que pasaran adelante. Al entrar, vieron que se estaba duchando. Mientras se enjabonaba la cabeza, le dijo que había estado hablando con el capitán de un barco de bandera griega que zarparía esa semana, agregando que él estaba dispuesto a contratarlos y que los esperaba en un par de horas en el muelle para conocerlos.

Román, sin decir palabra, dedujo que podría tratarse de una trampa pues el dominicano conocía bien su situación de ilegalidad. Además, en qué momento pudo hablar con el supuesto capitán de barco. Nada cuadraba. Con una señal, alertó a Medardo de la urgencia de abandonar el lugar, y salir con sigilo diciendo a Douglas que lo esperan afuera.

Al salir a la calle, en el parque que tenían delante de sus narices, de inmediato, notaron la presencia de varios agentes policiales. Era, el mismo parque donde solo un par de días antes vieron pasearse a las jóvenes lugareñas. El mismo sitio donde ahora un grupo disperso de uniformados, vistiendo guayaberas celestes, se encontraban al acecho, dispuestos a capturarlos. Se trataba de una emboscada en toda regla.

Douglas, al igual que meses atrás en Tapachula el usuluteco, resultó ser un colaborador, un cazador de ilegales a los que, después de ganarse su confianza, entregaba a las autoridades de inmigración. Un soplón. Ese era su trabajo, y les gustaba hacerlo.

Román, tomando la iniciativa, advirtió a su amigo que a la de tres, deberían de salir huyendo. Los policías tomados por sorpresa, dividiéndose en dos grupos, comenzaron a correr en direcciones diferentes. Las balas zumbaban, los transeúntes, alarmados, se lanzaban al suelo, o se pegaban a las paredes de las casas dejando

paso a Román quien llevaba ventaja a sus perseguidores, quienes, sin dejar de disparar sus armas, le ordenaban detenerse.

Al llegar a una esquina, Román dobló a la derecha. Sin mediar palabra, entrando en una barbería, se sentó en un sillón delante del espejo. De inmediato el peluquero del local, cubrió con espuma el rostro lampiño del intruso. En la calle, los agentes, dándolo por perdido pasaron echándose la culpa los unos a los otros.

El barbero, comprendiendo la situación, rapó por completo la cabellera de Román, ofreciéndole luego, unas prendas de vestir dejadas hacía ya tiempos, por un albañil.

De regreso en la calle, confiando en su nuevo aspecto, buscó a su amigo quien debía de encontrarse cerca. Se dirigió hasta el lugar de donde arrancó la persecución. La idea, era ocultarse tras de la puerta del edificio donde vivía Douglas. En el momento de entrar, sintió el cañón frío de una pistola sobre la cien, y una voz amenazante ordenándole que subiera las manos. Quedaba detenido. Momentos después era conducido en vehículo a unas oficinas próximas al malecón.

Custodiado por dos agentes, subieron hasta la planta más alta. A Román, que iba con las manos atadas a la espalda, el número de escalones le pareció interminable. Pasaron a un despacho luminoso, ocupado por un funcionario vestido de traje oscuro, de cabello engominado, de bigote y gesto severo. Un sujeto parco en palabras, parapetado detrás de un amplio escritorio quien, luego de echar un vistazo al pasaporte, se limitó a preguntar el porqué de su presencia en la ciudad. Justo en ese momento, irrumpió en la escena del interrogatorio, un individuo emanando sangre del rostro. Narró cómo, durante la persecución a Medardo, este, haciéndoles creer que se detendría, se agachó, tomó del suelo una piedra lanzándola con tal fuerza y puntería que logró abrirle una profunda herida en la frente. Cuando reaccionó, pudo verle subir en el último vagón de un tren en marcha, y desaparecer.

Entonces, ante el silencio cómplice del hombrecillo del escritorio, arrancó con furia a Román de su asiento. Una vez en el piso, soportó una lluvia de puntapiés y sintió romperse contra su

espalda, la silla de madera donde, hasta hacía un instante atrás, se encontraba cómodamente sentado. Semiinconsciente, escuchó decir al oscuro funcionario, dar la orden de trasladarlo al hotel.

Apoyándose en los rudos agentes, bajó a rastras por la misma escalera de antes.

Durante el trayecto, Román pensó en lo que haría en cuanto lo dejaran acomodarse en la habitación. Lo primero, darse una ducha de agua fría. Luego, echarse a descansar en la cama hasta recuperarse de la paliza recibida.

Cuando quiso saber cuántos días lo mantendrían detenido en el hotel hasta expulsarlo del país, los policías se limitaron a reír a carcajadas entre ellos.

Pronto supo que lo conducían al reclusorio de Veracruz, el mismo donde cumplió condena una mujer por asesinar a sus hijos, y luego enterrarlos en una maceta.

Una vez en el penal, anotaron sus datos en un libro, le hicieron fotografías y tomaron sus huellas digitales complementando así su ficha policial.

Construido a principios del siglo XX, era un sitio húmedo y maloliente. Una vez dentro, lo condujeron hasta el encargado de una de las dos galeras. Se trataba de un recluso de confianza entre las autoridades carcelarias. Un personaje, al estilo de los *sonderkommandos* de la Alemania nazi en su versión mexicana.

Le asignaron un pequeño espacio para dormir. Al carecer del dinero necesario para pagar el tributo al que en su jerga llamaban *talache*, le tocaba realizar tareas de limpieza, y vigilancia nocturna que debía de cumplir para evitar los hurtos entre los internos. Tarea complicada dada la naturaleza del lugar.

Los días que siguieron a su llegada, estuvieron marcados por la incertidumbre, la angustia, el sobresalto, la violencia, el desamparo, la miseria, la desesperanza, y la indolencia.

Román terminó por acostumbrarse a dormir en cuclillas, a soportar el ardor provocado por la comida caliente servida en el cuenco de sus manos, se volvió desconfiado, cauteloso, discreto, y desarrolló las habilidades de cualquier animal de la selva. Observar hasta el mínimo detalle, podía marcar la diferencia entre la vida y la

muerte. Ocultar sus pensamientos, o lo que sentía, le hacía fuerte. Ser dueño de su silencio, era su poder. Su único poder.

La sed, el hambre, y el sueño, dejaron de torturarle pues aprendió a dominar esos tres elementos. No le resultaba difícil pasar días completos ajeno a sus efectos nocivos. Había visto a hombres morir durante el descanso nocturno: bastaba una hoja de afeitar pasada por la garganta; una almohada cortando el aire de la víctima, o un picahielos hundido a la altura del abdomen… No podía permitirse bajar la guardia. La falta de descanso, destruyó su sistema nervioso. Ser un paranoico, era su más valioso salvoconducto si deseaba sobrevivir.

La mañana en que gritaron su nombre, Román dio un último vistazo a su alrededor, y ¿qué es lo que observó? A una comunidad de hombres sedientos de venganza. El resentimiento por la vida que les había tocado en suerte, era un pozo de odio sin fondo que no podría llenarse jamás. En sus miradas, no encontró una pizca de bondad, de empatía, y menos aún, de esperanza. Sabían que detrás de esos muros y rejas, bullía la vida en todo su esplendor. Mientras dentro, únicamente reinaba el terror y la muerte.

Acompañado por varios agentes, Román, fue conducido hasta el autobús que lo llevaría hasta la capital mexicana. Con él, viajaban una colombiana, y un guatemalteco. Ambos jóvenes.

Llegaron al anochecer de ese día. En el edificio gubernamental adonde fueron a parar, no quedaba un solo empleado. El oficial de inmigración a cargo de la operación de traslado, ordenó esposarlos unos a otros debajo de una mesa de escritorio. Soportando el frío inclemente, entre bromas, y risas, durmieron tumbados en el suelo.

Al siguiente día, una joven les tomó los datos personales, y fueron conducidos a un centro de detención para extranjeros donde las celdas disponían de camas literas, cuarto de aseo y pantalla de televisión conectada a distintos canales.

A Román, separándole del grupo, le encerraron en una celda donde coincidió con un afroamericano capturado en Acapulco, acusado por el asalto a un banco en el estado de California. Por orden expresa de un alto funcionario mexicano, en las noches, el

supuesto asaltante era sacado por los guardias del presidio quienes, le propinaban una brutal paliza en los jardines del reclusorio.

La permanencia en ese lugar solía ser breve. Las autoridades tenían encomendado acelerar el papeleo para la deportación. Esas instalaciones eran la cara amable del sistema carcelario de México, prisión que resultaban insuficiente para la cada vez mayor demanda de celdas, producida por la creciente ola de inmigrantes que cruzaban el país con rumbo a los Estados Unidos del norte.

Un día, Román escuchó su nombre sabiendo entonces que la aventura emprendida hacía meses, tocaba a su fin. Como el resto de hombres y mujeres, hizo cola para abordar el autobús en el que realizarían un largo viaje hasta la frontera con Guatemala.

Tras colocarse en su asiento, apoyando se cabeza contra el cristal de la ventana recordó a su amigo Medardo, y se alegró de saber que él continuaría adelante, alimentando la aventura. En su semblante, no había un solo rasgo de arrepentimiento por la decisión tomada de emprender ese viaje. La vuelta al hogar la haría en solitario. Tuvo la sensación de que lo ganado superaba con creces el precio pagado. Aquella experiencia lo había vuelto más fuerte.

En el paso fronterizo, los agentes de inmigración mexicano, les entregaron sus pasaportes y les dijeron que podían continuar viaje por sus propios medios.

Román, sin un quetzal en los bolsillos, y haciendo auto stop, atravesó Guatemala. En su camino de regreso a casa fue recogido por todo tipo de vehículos, incluyendo un tractor y una carreta de bueyes.

Al cruzar la puerta de su casa, la madre al verlo, tomándole de la mano, le llevó hasta la mesa donde se encontraba reunida el resto de la familia para celebrar la Noche Buena.

Durante la cena, ni jamás, Román, relató la experiencia vivida durante los últimos meses. Era como si nunca se hubiera marchado.

Por las noches en su habitación, aunque borrosa, solía ver la elegante figura de aquella misteriosa mexicana, descendiente de los Buitrago quien, desde el más allá, le llamaba.

HOMBRES—ARMA

Si se castiga a los soldados
antes de haber conseguido que sean leales al
mando, no obedecerán, y si no obedecen,
serán difíciles de emplear.
Tampoco podrán ser empleados si no se lleva a cabo
ningún castigo, incluso después de haber obtenido
su lealtad.

SUN TZU, *EL ARTE DE LA GUERRA*

El tirano llegó y mostraba
sus insignias ante nosotros.
Alzó luego la mano y dijo:
nadie que no me siga vivirá.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO, *ANTE NOSOTROS*

1.

— ¡Arriba, arriba! ¡No quiero ver a un sólo recluta en la litera! – Vociferó el entonces teniente Ordaz, quien así despertaba a los recién llegados aquella madrugada—. ¡Vamos!, ¡venga!, que esta noche nos divertiremos un poco. Y vos… ¡pedazo de cabrón!... ¿Qué putas me estás mirando? —gritó a uno de los reclutas y, girando su mirada en todas las direcciones, continuó— ¡sargento!, ordene que formen y se enumeren.

Para aquellos adolescentes, esa, era su primera noche en la base militar. Debido a la falta de costumbre de dormir fuera de casa, e irse temprano a la cama, sumado al sinfín de recuerdos, e ideas de todo tipo que rondaban en sus cabezas, no habían logrado conciliar el sueño.

El caos era total. Cual autómatas, apenas sí lograban moverse, sintiéndose impulsados, únicamente, por la violencia que

ejercían en ellos, los gritos, e improperios del oficial en turno. La intensa luz del neón, implacable, hería las retinas de Sebastián.

En ropa interior, descalzos y soñolientos, como se les había ordenado, formaron uno al lado del otro, hombro con hombro. El teniente tras encaramarse de un brinco en lo alto de una de las literas centrales, quedó sentado frente a los temerosos novatos.

Estaba a punto de dar inicio, una de las tantas lecciones de disciplina que la institución castrense tenía reservadas para esos adolescentes, destinados, cada uno de ellos, a convertirse en verdaderos hombres—arma, y aquél oficial, recién egresado de la Escuela Militar, que en ese momento fumaba un cigarrillo, tenía como único propósito, dinamitar cualquier rasgo de posible rebeldía que, propio de la edad pudieran albergar en lo más profundo de su ser.

Para despojarlos de su personalidad, y dotarlos de una nueva, que resultara incondicional en actos de servicio a la Patria, esos muchachos debían de comenzar a sudar sangre. Ablandarlos como al metal, para forjarlos a fuego lento, sería solo cuestión de tiempo, y tiempo, es lo que le sobraba esa noche al teniente Ordaz, un oficial digno descendiente, desde los remotos tiempos del General Hernández Martínez, de una rancia casta de militares salvadoreños; un joven Ordaz, no muy alto de estatura, de constitución atlética, de carácter enérgico y diestro piloto bombardero que, con el pasar de los años, llegaría a ser honrado con distinguidas condecoraciones al mérito, así como importantes nombramientos en cargos de gran responsabilidad al frente de la institución armada, en claro reconocimiento por los servicios prestados a la nación durante una larga guerra que estaba a las puertas, y para la que, desde entonces, ya se venían preparando.

En una esquina de la *cuadra*, que era como nombraba en la jerga militar a la zona de dormitorios en donde se encontraban, de repente, Sebastián reconoció a Wilfredo, ya convertido en veterano de la Escuela de Aerotécnica de las Fuerzas Aéreas, con quien, siendo niños, pasaban tardes enteras jugando en el patio de su casa. Una vivienda solariega, rodeada de árboles frutales, situada en las proximidades de la vieja estación de trenes de su pueblo. Un

amigo de la infancia quien, esa noche, tenía el servicio de *imaginaria.*

Wilfredo, se había situado en el punto donde daba comienzo la escalera que, bajando unos pocos peldaños, conducía a uno de los pasillos del cuartel. De pie, vistiendo pantalón caqui, camiseta blanca y botas negras de combate; sobre su pecho, colgándole desde el cuello, un silbato atado a un cordón; en la cabeza, un casco metálico de color gris y, amenazante entre las manos, un garrote de madera con el cual golpeaba sobre la barandilla mientras repetía las órdenes del teniente quien, llevándose otro cigarrillo a los labios, los observaba con el mayor de los desprecios y, cuya única obsesión, era reventarlos.

— ¡Sapito en posición! —gritó el oficial, y todos se colocaron instintivamente a la vez en cuclillas con los brazos extendidos hacia adelante. Únicamente se escuchaba el sonido nervioso de la respiración de todos ellos. A sus espaldas, quedaban situadas un grupo de literas con las sábanas blancas y finos cubrecamas verdes en el más completo alboroto.

— ¡Voy a contar hasta tres! — advirtió el teniente tras lanzar una bocanada de humo y prosiguió —. Así que, cuando diga «uno», todos al mismo tiempo suben para luego volver a quedarse en la misma posición que ahora se encuentran –y se escuchó atronadora la orden… ¡Uno!

Apenas sí lograban ponerse en pie para bajar de inmediato hasta situarse otra vez en cuclillas. Sus movimientos eran torpes, lentos y desordenados. Por el momento, aunque ya lo habían intentado varias veces, no conseguían despertar a los desacostumbrados músculos que se resistían a obedecer, impidiéndoles actuar al compás del resto, tal y como se los exigía el teniente.

— ¡Uno! —se volvía a escuchar la orden. Una vez más, se movían con desidia, subiendo y bajando sus cuerpos poco acostumbrados al esfuerzo físico. Eso sin contar a quienes, una vez lograban alzarse, después tenían dificultades para volver a la posición anterior.

Con el semblante descompuesto por una especie de ira repentina, y acentuando cada una de sus palabras, que remarcaba lentamente, el oficial advirtió que, de no esmerarse aún más en el correcto cumplimiento de sus órdenes, no tendría más remedio que mantenerlos flexionando hasta que la trompeta sonara su *toque de diana*.

Altanero, el teniente de espeso, estilizado y… brillante bigote negro, continuaba martillando los oídos con su voz grave, sin cansarse de repetir la misma cantaleta: ¡Uno!, ¡Uno!, ¡Uno!, ¡Uno!, ¡Uno!...

Debido al agotamiento al que eran sometidos, de repente, se produjo en uno de los reclutas, lo que pareció una sonrisa que, de manera gradual, se fue tornando en gesto nervioso, que terminaría por desembocar en estridentes carcajadas. En principio fue una sonrisa casi imperceptible, teñida de pequeños brotes de histerismo a la que, por contagio, fue sumando al resto de sus infortunados compañeros consiguiendo, sin proponérselo, sacar de sus casillas al teniente quién, cual pequeño dios del Olimpo, montó en cólera.

—De manera que esto, ¡semejante pendejo!, te resulta gracioso ¿no? – vociferó el oficial al recluta al que, por ser un muchacho oriundo del noroccidente del país, en la base terminarían conociendo por el apodo de Santana.

— ¡No mi tenient…! –intentó responder este sin poder evitar un nuevo estallido de risa la cual, de inmediato, fue secundada por el resto de los reclutas. Entonces el teniente, saltando con la destreza de un tigre desde lo alto de la litera, alcanzó a Santana con una sonora patada en el pecho que terminó por tumbarle de espaldas contra el suelo.

— ¡Uno! —se escuchó la orden que, cual disparo de cañón, retumbó en el recinto donde continuaba el lento proceso deformador de militarización. Para entonces, ya habían realizado innumerables flexiones y el sudor comenzaba a formar un pequeño charco a los pies.

Una vez más, Santana volvía con su risa contagiosa. Sebastián, sin lograr contenerse, comenzó también a reír. Para su desgracia el oficial, dirigiéndose a Wilfredo, daba la orden de atar a

Sebastián por los tobillos al extremo de una de las literas. Entonces Sebastián, con las escasas fuerzas que le restaban, realizó un esfuerzo sobrehumano por mantenerse agarrado a los barrotes de otra de las camas de enfrente, dejando su cuerpo suspendido en el aire sobre el pasillo de la *cuadra*. Una postura que, desde lo alto le permitía ver al conjunto de los exhaustos compañeros quienes, en posición de sapito, continuaban bajo el látigo, siempre tiránico, del Capitán de Guardia de aquella noche.

— ¡Dos! —sonó su voz y ahora todos, quizá amedrentados por el castigo infringido a Sebastián, repetían la acción de manera acompasada. Silenciosos, uno que otro, le observaban de reojo mientras Sebastián, con las manos empapadas en sudor, intentaba mantenerse sujeto a los barrotes.

Ordaz, no satisfecho, indicó al sargento que, cada vez que los reclutas no ejecutaran las órdenes correctamente, colocara sobre Sebastián un G-3. Sólo entonces, comprendió que las cosas siempre pueden empeorar, pues un rato más tarde, soportaba sobre su espalda tres de aquellos fusiles de fabricación alemana, con un peso de treinta libras cada uno.

Para soportar el suplicio al que era sometido, Sebastián, escudriñó en la memoria, buscando algún recurso mental que mitigara su angustia, y ¡por fin! logró centrarse en recordar la noche que, en compañía de un grupo de amigos, se encontraba matando el tiempo en la plaza situada frente a la iglesia de su pueblo cuando, inesperadamente, delante de ellos, se detuvo el coche del hijo de una conocida carnicera del mercado local, al que todo el mundo conocía como El Gordo Man. El personaje estaba eufórico y, los invitó a subir a la pickup blanca que conducía. Frotándose las manos, contó que había sido agraciado con uno de los premios de la Lotería Nacional y, para celebrarlo, quería invitarlos a tomar algunos tragos. Sin preguntar, ni importar la cantidad conseguida en el sorteo, ese puñado de vagos, se montó de un salto en la parte trasera del vehículo largándose a toda prisa por la calle central. Antes de que hubiera pasado la media hora, se detenían frente de uno de los burdeles que existían a lo largo de la carretera Panamericana. Sebastián recordó que serían sobre las diez de la

noche porque los trabajadores de una fábrica japonesa de hilados y tejidos, situada al otro lado de la carretera, se disponían a realizar el cambio de turno.

El gordo Man, descendiendo del coche indicó, con un ligero gesto de la cabeza, que le siguieran. El ambiente en el interior de aquel antro, era sórdido, tenue e impregnado del olor a cerveza derramada sobre el piso. Un olor nauseabundo al que no tardaron en acostumbrarse.

El gordo Man, se dirigió al rejero del burdel, un joven afeminado de ropas ajustadas que servía a los clientes detrás de la barra y, sin mediar palabra, extrajo de uno de los bolsillos traseros del pantalón, un grueso fajo de billetes, al tiempo que, secándose con un pañuelo el sudor del cuello, le solicitaba cerrar ese tugurio, reservando el local, únicamente para él y sus acompañantes.

El rejero, con miradas lascivas, echó un repaso a los recién llegados, tomó de inmediato el dinero, sellando así el trato con el Gordo Man, que comenzaba a mirarlo con descarado deseo.

El rejero, contoneándose todo el tiempo, colocó un candado de acero en la puerta enrejada. Después, con tono delicado, pero autoritario, seguido de un amanerado chasquido con los dedos de su mano derecha, llamó a las muchachas del burdel para que se unieran de inmediato al grupo, dando instrucciones precisas para que estas les complacieran en todo lo que ellos desearan.

Durante el resto de las horas que siguieron, no pararon de atiborrarse de cervezas y aguardiente. Cada cual escogió a una de las muchachas y, ya tambaleantes, las parejas fueron desapareciendo por los peldaños que conducían a las habitaciones de la planta superior. Todos menos Sebastián, que prefirió quedarse bebiendo algo más de cerveza mientras escuchaba las melodías que sonaban en la rocola de donde emanaban las voces rancheras de Cornelio Reyna, la Lucha Villa, y Vicente Fernández.

Una veinteañera de melena corta, de tez morena, con pendientes baratos que imitaban el oro, de uñas rotas a las que se les caía a pedazos el esmalte rojo, con toneladas de maquillaje en su rostro, vestida con ropa de colores chillones, zapatos de tacones altos, luciendo su blusa de tirantes, y su cortísima minifalda,

sujetando una cerveza en la mano, era quien ahora introducía las monedas en la máquina de discos marcando a su antojo las melodías preferidas que iban desde las baladas románticas, pasando por la música pop de moda, y por supuesto, la cumbia de Aniceto Molina, para luego, con provocadores movimientos de cadera, se dedicase a bailar delante de Sebastián, quien se limitaba a observarla desde el cómodo sofá donde había ido a parar.

A punto de perder el sentido por los estragos del alcohol, de pronto, fueron sorprendidos por el estruendo que produjo la reja del local al ser arrancada de cuajo por una gruesa cadena atada en la parte trasera de un anticuado jeep.

Cuando Sebastián logró reaccionar, tenía delante de sus narices a un muchacho delgado, moreno, de pelo negro y de cerca de dos metros de estatura quien, tras pegar un culatazo en el pecho a la mujer que se encontraba bailando al lado de la rocola, sin mediar palabra, le disparó con su arma.

A pesar de que realizó el balazo con la intención de acertar, ella tuvo la suerte de que su cabeza rebotara contra la pared, en el punto exacto donde, solo una fracción de segundo después, iría a parar el proyectil destinado a matarla.

Con un grito ensordecedor, colocando el cañón de su fusil delante del rostro de Sebastián aquel individuo, de mirada desorbitada, con furia le daba la orden de ponerse en pie; mientras el resto, titubeantes, descendían desnudos por la escalera. Caminaban desconcertados bajo los humillantes insultos, arrojados en ráfaga por parte del segundo individuo que acompañaba al otro sujeto que, sin quitarles ojo de encima, continuaba amenazando con su arma a Sebastián, y a la joven quien, mostrando un aparatoso hematoma en el lado izquierdo del rostro, volvía en sí al tiempo que intentaba ponerse en pie.

Era probable, por la dilatación de las retinas en ambos matones que, además del alcohol, se encontraran bajo los efectos alucinógenos de sustancias psicotrópicas.

Quien le encañonara en la frente solo un momento antes, consiguió reconocer a Sebastián. Un inesperado golpe de suerte para él, que provocó que dejaran de apuntarle, sin impedir por eso

que, siempre amenazante, los obligaran a sumarse al resto, y salir a la calle.

Con excepción de Sebastián, a los demás miembros del grupo, incluyendo a las mujeres, les ordenaron colocarse, desnudos como estaban, en fila india. A la muchacha que antes bailaba al son de la música en el interior del burdel la obligaron a patadas, y golpeándola con las culatas de sus fusiles, a despojarse por completo de la ropa, quedando tendida sobre el pavimento de la carretera; luego, sin bajarle al nivel de agresividad, le empujaron a sentarse sobre el capó del jeep donde, una vez instalada, extendiendo los brazos en cruz, logró sujetarse al parabrisas, mientras que, con enorme dificultad y empapada en lágrimas, con las piernas completamente abiertas, apoyaba las plantas de los pies contra las cubiertas metálicas de las luces delanteras del vehículo.

Detrás del vergonzoso desfile, protagonizado por esa masa humana, a poca distancia, en al vehículo, iluminado con los faros de este, iban Sebastián, los matones, y la desafortunada prostituta.

Los comentarios groseros, y mofas, llegaban desde los coches que transitaban a un costado de la carretera. Todo ese espectáculo, sucedía como si se tratase de la escena en cámara lenta de una película grotesca, mientras, convertido en una especie de convidado de piedra y… sin dar crédito a una historia en la que, por cuestiones del azar, más que protagonista, se sentía un mero testigo, se encontraba Sebastián, sentado en la parte trasera del jeep.

Sin perder de vista, eso sí, que aquellos accidentados acompañantes, iban armados, y con el deseo de apretar el gatillo. Su tarea consistía en conseguir encontrar la oportunidad precisa que le permitiera escapar de aquella pareja de psicópatas. La noche no hacía más que comenzar y todo…, o casi todo, aún era posible.

— ¡Tantarán!, ¡tantarán! –canturreaba de pie, el moreno de los dos mientras, siempre desde el vehículo en marcha, empuñando con una sola mano su fusil que alzaba en el aire, este pretendía imitar a un director de orquesta que, con la batuta, dirigiera una marcha militar, ejecutada por una imaginaria banda de guerra.

Sin previo aviso, el vehículo giró bruscamente, enfilándose con rumbo a las orillas de un lago cercano. La joven sentada sobre el

capó, se aferraba al parabrisas procurando no caerse en las curvas cerradas de la carretera que, cuesta abajo, mientras el jeep recorría a gran velocidad y, conducido, en algunos tramos, con los pies al volante, hasta llegar a una playa, donde el vehículo entró de súbito en la terraza de uno de los restaurantes abiertos al público.

Debido a la brusca frenada y, ante la mirada atónita de los clientes, empleados y músicos de una orquesta que amenizaba el ambiente, la joven prostituta, salió volando por los aires hasta ir a parar en medio de una pista tapizada de finas piedras.

Sonaron los disparos lanzados al aire por los dos grandullones, y amenazando a los presentes blandiendo sus armas, en tono socarrón dijo el rubio de los dos: «No se asusten, y sigan disfrutando de la noche, pues no pasa nada, absolutamente nada» y agregó el moreno: «Al menos de momento…»

Como si aparentemente no pasara nada a su alrededor, la orquesta continuó con la interpretación de las melodías, aunque, por temor, nadie se atrevía a bailar. Los clientes, atrapados por la situación, disimulaban una tranquilidad, en esas circunstancias, del todo imposible; los camareros brillaban por su ausencia mientras que, la infeliz mujer, inconsciente aún por el impacto recibido contra el suelo, continuaba tirada bajo la atenta mirada de los clientes.

Uno de los dos agresores, concretamente el individuo de facciones eslavas, de complexión más gruesa, de rizos que adornaban su melena rubia y de ojos azules, se agachó para alzar por el cabello a la prostituta que, entre débiles gemidos, lentamente recobraba la conciencia; Una joven que, en su desamparo e indefensión, se presentaba ante un puñado de desconocidos desnuda, desgreñada y moribunda; Una muchacha que por su forma de mirar, parecía completamente desorientada y, cuyo intenso dolor, debido al desgarramiento de su piel en rodillas y brazos, se reflejaba en su magullado rostro. Un dramático martirio que no cesaría tras ser arrojada, a fuerza de trompadas, hasta la mesa donde se encontraba Sebastián, custodiado por el otro tipo.

Sin soltar ni un segundo sus armas, los dos matones comenzaron a bailar una cumbia en derredor de la joven quien, bañada en su propia sangre, apenas sí lograba sostenerse en pie.

Sebastián, al percatarse que se descuidaban de su presencia, aprovechó la oportunidad para desaparecer sigilosamente hasta sumergirse en el lago donde consiguió ocultarse detrás de un árbol que sobresalía de entre sus aguas.

En medio de la noche cerrada, de pronto, llamó su atención la figura de un hombre que, junto a una mujer más bien bajita, se adentraba en el lago. Al principio a Sebastián le pareció una pareja de enamorados que deseaba juguetear en sus aguas mientras mojaban sus cuerpos, pero, al poco rato, comenzó una acalorada discusión entre ambos, a la que le siguió un violento forcejeo. Debido al ruido que provenía del local donde la orquesta seguía tocando, era imposible comprender nada de lo que decían, aunque era evidente que ella evitaba, a toda costa, que él la besara. Después, dio la impresión de que los ánimos, entre ellos, se calmaron. Sebastián, se mantenía en alerta, con la ropa empapada, mirando como ninguno de los clientes del local se atrevía a marcharse.

Al girarse para ver a la pareja de antes, fue testigo de la manera en la cual aquel sujeto, del que apenas se distinguía su silueta, sumergía por la fuerza la cabeza de su acompañante hasta conseguir ahogarla. El enigmático asesino, tras soltar del cuello a su víctima, dejó caer pesadamente los brazos y, valiéndose de la oscuridad de la noche, se alejó del lugar para luego, con total impunidad, perderse entre los montes.

Consternado por aquellos inexplicables sucesos, durante un largo rato, Sebastián continuó observando el local donde, un nutrido grupo de borrachos, seguían atomizados por el miedo. La orquesta había dejado de interpretar sus melodías. Los músicos, sujetando cada cual sus instrumentos, permanecían inmóviles en su sitio sin saber exactamente a qué atenerse.

Pasadas un par de horas, en el cielo se anunciaba un nuevo día y, aparecían los primeros destellos de luz. Un amanecer en el que los sujetos, disparando sus armas al aire, ¡por fin!, decidían abandonar el local.

Cual valiosa pieza de cacería, arrastraban a la joven que, malherida y sin cobijo alguno, caminaba indefensa entre sus

despiadados captores; una pareja de brutales matones, descendientes de dos acaudaladas familias cafetaleras a los que, durante los años siguientes, Sebastián, se cruzaría en más de una ocasión por las calles de su pueblo.

Consternado por un crimen cometido con total impunidad delante de sus narices, buscó con la mirada en derredor el cuerpo flotante de la mujer asesinada, pero lo único que logró ver, fue una bandada de aves que sobrevolaban el lugar.

La resistencia de Sebastián, llegaba a su límite cuando por fin, el oficial ordenaba: ¡Tres! –y… acto seguido, tras mandar que lo liberaran de las literas, gritó — ¡Firmes!

Al momento tronó su voz ordenando que, todos los reclutas, se lanzaran al suelo boca abajo. Una vez colocados en esa posición, debían de simular que nadaban sobre su sudor hasta alcanzar el final del pasillo donde, otro par de jóvenes veteranos de la escuela de aerotécnica, les entregarían una pastilla de jabón y una toalla, indicándoles tomar una ducha rápida.

Cuando Sebastián salió de los baños, aún quedaban varios compañeros que, con gran dificultad, iban arrastrando sus cuerpos sobre el piso como serpientes. Apenas le quedaban fuerzas suficientes para subir a la litera.

Todos se fueron quedando situados en sus respectivas camas mientras el teniente Ordaz, pavoneándose, se paseaba a uno y otro extremo del largo pasillo, comprobando que nadie tuviese la osadía de abrir los ojos.

El veterano Wilfredo, haciendo sonar con fuerza los talones de sus botas, se presentó ante Ordaz quien, ordenando que apagara las luces de la *cuadra*, dijo: «¡Buenas noches queridas niñas!». Luego se marchó encendiendo otro cigarrillo.

Sebastián miró su reloj. Eran cerca de las cuatro de la madrugada. Dentro de una hora tocarían *diana*. Intentaría dormir, pero el miedo infundado era mayor.

En los pasillos se escuchaba a un grupo de soldados que, bajo la voz de mando del suboficial que los guiaba, marchaban en silencio.

El sonido agudo, vivo y claro de la trompeta, con su extensión de tres a cuatro octavas, junto al revuelo organizado por el resto de los reclutas cruzándose atropelladamente por el estrecho pasillo, terminó por ser desesperante. Sebastián, no había recorrido ni siquiera dos pasos desde que saltó de su litera, cuando fue a chocar contra la mano abierta de un sargento que le propinaba una sonora pechada, gritándole que se apresurara en unirse al resto de sus compañeros que, poco a poco, se iban colocando en formación, y, en menos de lo que canta un gallo, consiguió ordenar su litera y vestirse para después, al igual que el resto, correr escaleras abajo, sintiendo a cada paso que daba, que sus piernas no le respondían, y se aflojaban como flanes.

Formaron delante de un pequeño patio con piso de cemento donde un veterano se esforzaba porque parecieran verdaderos soldados.

—Reclutas… ¡Firrrmeeees!, ¡Vista al frente!, ¡A la izquierrr!, de frenteeee... ¡Marrrr! – ordenó con voz enérgica el sargento Varela, un hombre de mediana edad, con aspecto de camionero o conductor de autobuses, que se esforzaba por parecer, a los ojos de aquellos reclutas, un temible militar, pero en realidad, director de la escuela de aerotécnica, y que resultó ser el responsable de la llamada Unidad de Apoyo.

Pasaron dejando a un costado, la Capitanía de Guardia hasta entrar, en un luminoso y amplio salón rectangular, en el que, por primera vez se encontraban reunidos en formación con el resto de secciones militares del cuartel. Se trataba de un lugar iluminado por una elegante lámpara que colgaba desde lo alto del centro del techo.

Formaron frente a la sección de paracaidistas de cuyas filas, alzando enérgicamente la pierna derecha en alto, emergió un cabito quien, dirigiéndose al comandante en jefe del cuartel, leyó un parte sin novedad. Luego se declamó la oración a la bandera para, de inmediato, entonar con una bravura que hacía retumbar las paredes, el himno nacional.

El comandante del cuartel, un regordete general de voz afeminada que lucía un ridículo bigotito, y que hacía recordar a

Hitler, dio la orden de retirarse. El escuadrón de paracaidistas, con sus boinas negras, vistiendo sus impecables uniformes de fatiga de color verde olivo y relucientes botas, se alejó con paso marcial. La unidad de alumnos de aerotécnica, fue la última en abandonar el recinto. El reloj marcaba las cinco y media de la mañana.

◆ ◆ ◆

El teniente coronel era un hombre de mucho discurso y poca atención. Alguien lo definió como una persona muy abierta al monólogo.

ANDREU MARTÍN, *CABARET POMPEYA*

2.

Como cada día después de la formación de diana, un puñado de aspirantes a mecánicos de aviación, trotaba a lo largo de la pista Charly mientras el aire fresco penetraba en sus pulmones, y las estrellas aún brillaban en el firmamento. Sebastián, con sus dieciséis años recién cumplidos, corría veloz como un caballo salvaje por las praderas sintiendo, bajo sus pies, la inmensidad del mundo.

Con la intención de fortalecer el temperamento militar, mientras corrían, comenzaron a entonar canciones con sus letras ridículas.

Sebastián soñaba con ingresar en la Escuela Militar. Él estaba convencido que, gracias a la experiencia castrense de esos primeros años, sumado a los conocimientos adquiridos en aerotécnica, algún día, podría llegar a pilotar un avión de combate.

El subteniente, Hércules Saldívar, un tipo de carácter rudo, de más de uno ochenta de estatura y fuerte como el roble, corría delante del grupo. Ese piloto de la escuadrilla 1 de bombarderos, era el prototipo ideal del militar por excelencia. La mayoría, comenzó a imitar su manera de decir las cosas, y su forma de caminar. Quién

podría imaginar por entonces que, ese modelo de súper hombre, mientras iniciaba el despegue sobre la pista 33 del Aeropuerto Internacional de Ilopango, una mañana se estrellaría con su avión de caza F—51D Mustang, muriendo poco más tarde camino del hospital.

Atrás quedaba la mala experiencia de la primera noche en la base. Ahora disparaban su arma reglamentaria, al menos una vez a la semana, y algunos de ellos, terminaron por convertirse en expertos en el arme y desarme del fusil de asalto; lanzaban granadas con gran habilidad y, lo que era aún mejor, sentían haberse ganado el uniforme que portaban.

La instrucción diaria al despuntar la mañana, y luego a recibir clases en un pequeño hangar desde dónde se escuchaba pasar en tropel a la sección de paracaidistas. Un cuerpo de élite que, a diferencia de los alumnos de aerotécnica, recibían instrucción, desde el amanecer hasta bien entrada la tarde.

El escuadrón de paracaidistas es uno de los mejor entrenados en cualquier ejército del mundo. Les recordaban— «Todo soldado es un paracaidista en potencia». Lo que en la práctica significa que, cuando en el combate ya no queda alternativa posible, pueden verse obligados a desembarcar desde el aire junto a otras unidades militares.

Entre los veteranos aerotécnicos, existía uno que destacaba, y mucho. Se trataba de un joven veinteañero llamado Harrison. Un personaje de mediana estatura y complexión delgada, pero atlética; de tez blanquecina, que le confería un aspecto ligeramente enfermizo, y a la que él protegía, de forma obsesiva, cubriéndola de manera constante con cremas que anunciaban en sus prospectos: «para uso de pieles delicadas»; de cabello rubio, y encrespado, que lo hacía indomable; de pómulos prominentes que, por su rojez, delataban sus orígenes chalatecos; de nariz ancha, y achatada, como la de cualquier boxeador; de ojos saltones, y claros, con los que, bajo las gruesas pestañas, mostraba una mirada vivaz, e inteligente que desarmonizaba por completo su rostro, debido a aquellos labios dibujados por dos finas líneas que formaban su boca

de la que, durante el día, no cesaba de emanar el humo del cigarrillo.

Firme, dinámico y seguro de sí mismo…, una imagen que contrastaba con el desafecto del que era objeto entre sus compañeros, y de una oficialidad que le consideraba un bribón, un manipulador, un tramposo, un rufián y un mentiroso patológico.

Sin embargo, ninguno de ellos señaló jamás que, Harrison, durante sus años de formación, resultó ser el más brillante de los alumnos de su promoción, capacidad que le valió, tras graduarse con honores, para ser enviado a estudiar en una de las bases militares estadounidenses en la zona del canal de Panamá, país donde, durante varios meses Harrison fortalecería sus conocimientos sobre aviones de combate, adquiriendo, además, una sólida formación en materia de helicópteros.

Un personaje que los reclutas, tuvieron la oportunidad de conocer, la tarde que éste se presentó en la *cuadra* exigiéndoles que le mostraran las taquillas.

—Esto no está permitido –dijo Harrison, sacando un paquete de cigarrillos del maletín de un recluta, prosiguiendo con descaro su particular saqueo.

Una vez requisados algunos objetos personales, entre los que se encontraban tabletas de chocolate, camisetas estampadas con los grupos de música de moda, dentífricos, frascos de champú, perfumes, bolsas con galletas, piezas de distintas frutas, desodorantes, talcos para los pies e incluso preservativos, mandó a formar en fila de dos para, de inmediato, largarse ordenando romper filas.

Al día siguiente, volvieron a verlo, pero ahora ya no con su elegante uniforme de paseo en el que lucía las insignias de teniente, sino con el de fatiga, revestido de todo tipo de arneses, cargando una mochila a la espalda y con su fusil reglamentario entre las manos. A su lado un cabito que, cual capataz, le daba órdenes de saltar en cuclillas sobre sí mismo y avanzar en círculo en torno al patio de castigo, donde a las doce del día se aplicaba lo que en la jerga militar se llama: *chicharrón*.

Al abandonar el comedor, casi una hora más tarde, Harrison aún continuaba trotando con su uniforme completamente empapado de sudor.

El capitán Munguía, jefe del Escuadrón Aerotransportado de las Fuerzas Aéreas y del Grupo de Seguridad de la Base que, casualmente, pasaba por el lugar, reunió a varios de los reclutas que se encontraban cerca para decirles:

— ¡Recuérdenlo bien!, ¡grábense esa cara!, pues esta mierda que tienen delante de ustedes bajo orden de castigo, es el mayor sinvergüenza que haya pisado jamás nuestra sagrada institución – y señalando al impostor con el índice de su mano derecha, agregó — Este cabrón, reclutas, bien lo sabe Dios, no es ningún oficial. No señor. ¡No es más que un hijo de puta! En realidad, ¿saben ustedes lo que merece?, Lo que se merece, es que alguno de estos días, yo mismo, le arranque a tiras la piel para ahogarlo en su propia sangre. Y quizá, créanme, ese momento llegue. Pero mientras llega, que seguramente llegará, y no debe de estar tan lejano el día, les advierto que se cuiden de él, y que se mantengan lo más alejados que les sea posible de su presencia, porque, ¡eso sí!, se trata de un individuo, astuto como los zorros en busca de su presa, y por lo mismo, muy peligroso. Así que ya lo saben. Ustedes mismos.

Al retirarse del lugar aún resonaba entre las paredes, la voz del suboficial dando órdenes a aquel pobre condenado que no podía ni con su alma, que sudaba a mares bajo el asfixiante sol del mediodía, con la pesada carga a sus espaldas, resoplando, sin soltar su fusil, y que, sin dejar de saltar sobre sí mismo en derredor del patio de cemento, estaba a punto de caer desmayado.

◆ ◆ ◆

Casi hubiera deseado que el uniforme fuera una directa emanación de la piel, y a veces pensaba incluso que ésta era la verdadera misión de un uniforme, o que por lo menos la ropa interior debería de convertirse mediante marcas y distintivos en parte del uniforme. Era inquietante que cada uno

llevara consigo, debajo de la chaqueta, la anarquía común a todos.

HERMANN BROCH, *PASENOW O EL ROMANTICISMO*

3.

Un buen día, llegó el primer permiso de fin de semana. Una parte de los alumnos se quedarían en la base militar. A medida que uno de los veteranos los iba nombrando, pegaban un enérgico salto acompañado de una sonrisa que denotaba euforia. Tenían varios días acariciando, con ilusión, la idea de volver a casa luciendo sus uniformes de paseo. Aquellos que, de entre los suyos, se quedaban sin disfrutar de esa licencia, mostraban un aspecto sombrío, melancólico, depresivo y, en la mayoría de casos, malhumorado. El resto, por el contrario, fabulaban sobre todo lo bueno que les esperaba una vez estuvieran afuera del cuartel. Una semana antes, les entregaron los uniformes nuevos con las camisas de cuellos almidonados. Fue un momento especial en el cual, cada quien, a su manera, revivió la sensación de la tarde en que les asignaron su fusil reglamentario y, el traje verde olivo de fatiga, que incluía las botas negras.

A la mañana siguiente, la mayoría de esos adolescentes, se la pasó coqueteando ante los espejos mucho más tiempo del habitual. En los baños se produjo un trasiego constante de jóvenes reclutas, despidiendo los aromas de variadas fragancias. El motivo de todo aquel estado de alegría, no era otro que el de esmerarse por aparecer frente a los demás, como los aguerridos militares que pretendían ser. Estaban impacientes por salir corriendo a la calle y lanzarse de cabeza a ese mundo exterior que bullía con frenesí al otro lado de las paredes del cuartel. Al cruzar la barrera, una bocanada de aire refrescó los pulmones. La insignia de las fuerzas aéreas, con sus alas azules y el punto rojo al centro, colocada en el costado de la manga de la camisa, destacaba tanto como la gorra que, ligeramente ladeada, lucían sobre sus cabezas rapadas.

Caminaban con la vista al frente, seguros de sí mismos y con paso marcial. Al otro lado de la valla metálica, silenciosos, quedaban los hangares con su flota de aviones y helicópteros de combate.

Sebastián, al abordar el autobús que le conduciría a su pueblo, recorriendo ligeramente con la mirada a cada uno de los pasajeros, experimentó algo que jamás había imaginado que pudiera llegar a sentir. De repente, miró a los pasajeros, hombres, mujeres, ancianos y niños, como si se tratara de seres inferiores a los que, con sólo desearlo, podría eliminar de un disparo sin que le temblara el pulso. Alguno le sonrío con cierta amabilidad, pero su gesto era frío e indiferente. El proceso de asimilación comenzaba a surtir efecto en un joven a quien, durante días le han inculcado que los civiles no tenían ningún valor delante de su uniforme.

Un domingo temprano, mientras Sebastián paseaba por la zona de los hangares, vio acercarse al veterano que, días antes, se hizo pasar por teniente, y les había robado algunas pertenencias.

— Hola, me llamo Harrison, pero algunos por aquí me conocen como el Piloto —dijo extendido su mano para saludar a Sebastián quien, reconociéndolo, le respondió:

—Vaya, por lo visto también estás por aquí el fin de semana – observó al tiempo que miraba con curiosidad un puñado de aviones bombarderos de la Segunda Guerra Mundial que descansaban inservibles al fondo de la pista.

—Para serte sincero, me he quedado para reparar un Arava que tiene que estar listo para mañana mismo. ¿Tienes algo de dinero para invitarme a una Coca—Cola? –dijo Harrison, mientras encendía un cigarrillo.

—Vaya, por lo visto, después del saqueo del otro día, aún te quedan —respondió.

—No, no, estos no, te equivocas ¿Cómo dijiste que es tu nombre?… —dijo mostrando el paquete de cigarrillos, y continuó aclarando—, pertenecían al cabito que me jodió el otro día en el patio de castigo. ¿Sabés? se los extraje del bolsillo de la chaqueta cuando, antes de dar inicio el *chicharrón*, me ayudó a colocarme sobre la espalda la mochila cargada de cartuchos de fogueo.

— ¡Ah! Sí, disculpa, no te di mi nombre, soy Sebastián— dijo aquel novato, recordando las palabras del capitán Munguía que les advertía: «Se trata de un individuo, astuto como los zorros en busca de su presa, y por lo mismo, muy peligroso», y continúo –dime una cosa ¿Por qué nadie te aprecia aquí?, ¿tan mala persona sos? –preguntó a boca jarro, mientras caminaban delante de un Douglas DC—6B*,* y Harrison lanzaba una bocanada de humo con la vista clavada en el aterrizaje de un cazabombardero MD 450 Ouragan.

—Las personas, son libres de odiar, o de querer, y lo que uno no puede, es obligar a nadie a que lo quieran— respondió apagando la colilla del cigarrillo con la punta de su bota.

Por esos días, los instructores de *La Misión*, que es como llamaban a los enviados especiales del Pentágono, andaban todos alborotados, y muy nerviosos, con lo del secuestro de uno de los ministros del Gobierno, y destacado miembro de la oligarquía del país.

La soldadesca los miraba entrar y salir a sus anchas, sin darle importancia a sus movimientos. A cualquier hora se les veía con sus uniformes de campaña, y con gafas oscuras. En ciertas ocasiones, eran acompañados por una joven, militar y gringa como ellos, luciendo su media melena rubia, con su ajustado vestido traje—chaqueta, zapatos negros de tacón bajo, y portando en su mano un maletín.

Por primera vez, desde hacía tiempos, se volvía a ver a la tropa y al escuadrón de paracaidistas, despegando en las naves de combate con rumbo a un operativo conjunto.

Ese día los de *La Misión*, se mantuvieron muy activos moviéndose por todo el cuartel donde, tomando las riendas de la situación, impartían órdenes a los oficiales que comandaban a las distintas unidades militares.

Por mandato expreso del comandante del cuartel, los alumnos de aerotécnica fueron divididos en dos grupos. Esa noche, estos adolescentes, irían ocupando, por turnos, los pelotones de guardia.

Durante la madrugada, a Sebastián le correspondió hacer su primera posta en la entrada principal del cuartel, metido en una

garita y armado hasta los dientes. Las granadas colocadas a la altura de sus hombros, le parecían que de un momento a otro fueran a explotarle en pleno rostro. Los camiones entraban y salían sin tregua. Sebastián, no le quitaba ojo a la carretera Panamericana que estaba justo delante suyo. Era toda una experiencia pues nunca antes los habían utilizado para tipos de servicio como ese. Era algo que, según él, estaba reservado a los soldados rasos.

El ejército había desembarcado a un gran número de su tropa en una zona del interior del país donde, el Departamento de Inteligencia Militar del Estado Mayor, aseguraba que mantenían oculto al ministro secuestrado. Los rostros de quienes volvían a la base, denotaban que los enfrentamientos con los insurgentes estaban siendo duros. Se miraban agotados, como si hubieran sido golpeados por un mazo en plena frente. El repliegue táctico, puesto en marcha por la guerrilla, frustró el rescate con éxito del secuestrado, quien días más tarde sería devuelto a sus familiares, pero ya cadáver.

Sebastián, una vez terminado su turno de guardia, abandonó la garita para reincorporarse a su grupo que se encontraba en el interior de un salón destinado a la improvisada sección de choque. Se trataba de un espacioso lugar donde los oficiales jugaban ping—pong.

Con las espaldas apoyadas contra la pared, sentados en el suelo, guardaban silencio procurando descansar. Pero nadie dormía. Estaban nerviosos, y fumaban, eso sí, todo el rato.

El teniente Ordaz, que era el comandante de guardia, contestó la llamada del jefe de la Fuerza Aérea informándole que los «muchachos» volvían a casa. Aquella noche fría y lluviosa, Ordaz tomó un último trago de whisky, y colocándose la gorra decidió inspeccionar a las tropas de asalto que se encontraban a cubierto, en el área de los hangares. En su camino se detuvo frente al lugar donde estaba destacada la *sección de choque*, y acercando su rostro por de la ventana, comprobó que todos estuvieran despiertos, y en alerta para el combate en caso de que este se presentara a las puertas del cuartel. Su mirada a través del cristal, era la de una fiera

cuidando de la manada. Luego, su rostro desapareció lentamente en medio de una bocanada de humo salido de su boca.

Pasado un rato, escucharon unas pisadas acercándose por los pasillos para, un instante después, descubrir la presencia del guardia nacional quien, desde el alféizar de la puerta, y enfundado en una capota completamente mojada, les lamiera el rostro con la luz de su linterna.

Aquél guardia, avanzó bajo la atenta mirada de los alumnos de aerotécnica, hasta colocarse en el centro del oscuro salón. Miró a su alrededor para luego señalar con el índice de su mano a tres miembros de la sección de choque ordenándoles ponerse en pie, y les indicó que le siguieran. Entre ellos, iba el alumno Cáceres, hijo de un reconocido empresario y quien, recientemente había regresado al país después de realizar estudios en Santander, de donde era la familia de su madre.

Al despuntar la mañana, Cáceres, junto a los otros dos compañeros, se reincorporó al grupo que continuaba a la espera de recibir nuevas instrucciones. Nadie sabía con qué propósito se los habían llevado tres horas antes, pero allí estaban, aparentemente sanos y a salvo.

Por el portón que daba a las pistas de la base aérea, hacían su entrada las distintas unidades que, marcando el paso, regresaban al cuartel. Un rato después, y antes de entregar la guardia, el teniente Ordaz se encargó personalmente de desmontar la *sección de choque*.

A partir de ese momento, todo volvía a la normalidad, todo, menos el alumno Ignacio Cáceres quien se tornó mucho más distante, retraído, y fumador compulsivo. A Nacho, como le solían decir sus compañeros, le resultaba casi imposible conciliar el sueño, y si por fin se quedaba dormido, sufría convulsiones que terminaban por sacarlo de sus terribles pesadillas.

Una tarde, Sebastián encontró a Nacho hablando solo:

«Yo no quería, me obligaron» —fue lo primero que expresó al ver a Sebastián, y continuó haciendo tronar los nudillos de sus manos— «Al subir al avión, vimos un puñado de sacos negros amontonados al fondo. Se movían, emitiendo sonidos propios de

unas bocas amordazadas. Cuando sobrevolábamos la zona costera, los guardias nacionales nos ordenaron comenzar a lanzar aquellos bultos que no dejaban de moverse como gusanos de seda»

— «Nacho, ¿y por qué no se negaron?» preguntó Sebastián cogiendo por los hombros a su atormentado compañero quien, con la mandíbula temblorosa, respondió: «Porque desenfundando sus machetes, nos dijeron que esos bultos, o nosotros», y mientras hundía la cabeza entre sus piernas, continuó— «No quedó una sola de las bolsas plásticas que, al caer al vacío, continuaban moviéndose hasta perderse entre las aguas marinas».

Al siguiente día el cuerpo de Ignacio Cáceres, fue encontrado sin vida en el interior de uno de los helicópteros. Se había volado la tapa de los sesos con su G—3. El teniendo Ordaz, extrajo una nota encontrada en el bolsillo de la camisa de Nacho, y a continuación, tras leer lo que ésta decía, se retiró rompiendo en mil pedazos el papel, mientras con paso firme se alejaba del lugar.

◆ ◆ ◆

> En primer lugar, es una personalidad, lo que significa algo para las mujeres, y en segundo lugar no es un civil como yo, es una especie de militar, como mi primo, es decir, que tiene pundonor,
> es el sentimiento, la vida…
>
> THOMAS MANN. *LA MONTAÑA MÁGICA.*

4.

Sonaba uno de los últimos éxitos discográficos de Pink Floyd, mientras Harrison y Sebastián, sentados sobre la delicada tapicería roja del Chevrolet, rodaban con rumbo a la capital.

—*Brain Damage*, es el mejor tema de este álbum –comentó Harrison concentrado en la carretera.

— ¿Qué disco es? –quiso saber Sebastián, mirando el sol que se apagaba en el horizonte, como en la escena final de una película de cowboys.

—*The Dark Side of the moon* – respondió Harrison que daba otra calada a su cigarrillo.

Habían salido de la base sin su uniforme de paseo, pero el corte de cabello, la estructura de sus cuerpos, la manera de caminar y hasta de pararse que tenían, los delataban: eran militares.

A lo lejos, un punto que se iba acercando en la medida que el coche avanzaba, los saludaba con sus manos. Se trataba de Santana quien, mostrando una enorme sonrisa, pasaba hasta el fondo del vehículo, al tiempo que se llevaba un cigarrillo a la boca.

Este último en subir al Chevrolet, formaba, junto a Harrison y Sebastián, el trío que había batido el récord de arrestos en la historia de la sección de mantenimiento de La Fuerza Aérea. Sus nombres estaban tan ligados entre sí, que no era extraño pagar a menudo los errores del otro.

La música continuaba sonando, mientras que el aroma a marihuana inundaba el ambiente.

Al llegar al redondel del *Reloj de Flores*, El Chevrolet giró a la derecha, para tomar la calle en la que reinaba la zona más caliente de la ciudad: La Avenida, dónde buscaron uno de los prostíbulos para pasar lo que quedaba del día atiborrándose de cervezas y fumando marihuana.

Harrison había comprado al coronel Tejada, aquel imponente Impala Custom Coupé del setenta, que aún conservaba la matrícula gringa. Se acordó que la deuda contraída se pagaría a plazos, con cuotas descontadas mensualmente de la nómina.

Desde que lo adquirió, Harrison solía pasearse en coche vistiendo el uniforme de gala en el que lucía las insignias de oficial, haciéndose pasar por piloto de las fuerzas aéreas, con el riesgo que corría de ser sorprendido, y castigado. Un falso teniente que convivía con una mujer cargada de hijos ajenos, quien residía pobremente en los alrededores del cuartel de la fuerza aérea.

Rodeada de árboles frutales, su casa poseía un pequeño jardín por el que paseaban a sus anchas un puñado de gallinas,

lugar que Harrison utilizaba para estacionar su Chevrolet, un vehículo que aquella amante furtiva, se esmeraba en mantener reluciente, esmero que también hizo extensible al cuidado de los elegantes zapatos negros de charol, al uniforme e insignias que Harrison necesitaba para disfrazarse de vez en cuando.

A Ofelia, que era el nombre de aquella mujer, le bastaba con arrimarse a la baranda de su casa para alcanzar con la mirada, los viejos hangares. Y Ofelia, había salido de uno de aquellos burdeles de mala muerte en donde ahora Sebastián, Santana y Harrison, escuchaban las canciones de moda del llamado *divo de Juárez* que, las muchachas del local, coqueteando con ellos, cantaban como si quisieran romperse el alma.

Santana, mientras enrollaba otro cigarrillo de marihuana, recordó ese sábado en que los tres, debido a una de las faltas cometidas, fueron conducidos a las cocinas del cuartel donde, obligados a quitarse la ropa hasta quedarse únicamente en pantalones, les ordenaron meterse en los enormes peroles a limpiar con sus camisas los restos de miel con plátano para, una vez embadurnados de restos del delicioso manjar, hacerlos trotar, con el torso desnudo, durante más de una hora bajo el abrasante sol del mediodía.

Sebastián, que no lograba entender que qué diablos hacían metidos en ese antro, les confesó que abandonaba su sueño de convertirse en piloto militar, es más, que lo único que deseaba era volver a su casa, e iniciar una nueva vida lejos del reglamento, y los constantes castigos. Sin decir, eso sí, que lo que en realidad no deseaba, era convertirse en criminal.

Harrison, con el cuidado de no ser escuchado por nadie más que no fueran sus dos amigos, relató que solo un par de noches atrás, un reducido grupo de soldados del escuadrón de paracaidistas, en complicidad con un celador de prisiones, se habían introducido de madruga en la cárcel de mujeres con la descabellada idea de abusar de las reclusas. Les contó que el plan fue un verdadero fiasco al ser descubiertos por una monjita quien, gritando como loca por los pasillos, alertó a los guardias del presidio provocando el arresto de los soldados. Agregó a su relato que los

paracaidistas, que participaron, incluyendo a un sargento de su unidad que tenía la pierna enyesada, estaban bajo arresto en las bartolinas del cuartel a la espera de ser presentados ante un tribunal militar.

Sorprendidos por la hora del toque de queda, no tuvieron más remedio que guarecerse en aquel antro lo que restaba de la noche. Era sábado y tenían hasta el día siguiente para presentarse a formación de retreta.

Lo que ni Santana, ni Harrison sabían, es que Sebastián, aquella madrugada, al calor de los tragos, e inspirado por los efectos de la marihuana, había tomado la determinación de no volver a saludar nunca más a ningún oficial del ejército. Algo del todo imposible en una institución armada. Decisión que le costó que todo el tiempo, más que en clases de aerotécnica, se la pasara en el patio de castigo, de plantón delante del reloj de la capitanía de guardia, haciendo limpieza, cortando el césped, pintando paredes, o soportando, una que otra paliza por parte de los soldados más fanáticos que veían en él, a un indeseable.

Una tarde cualquiera, harto de las muestras de irrespeto por parte de Sebastián que continuaba sin saludar marcialmente, el capitán Munguía, agarrándolo con violencia por la solapa de la camisa, llamó la atención de un soldado del escuadrón de paracaidistas que en ese momento pasaba cerca de ellos ordenándole abrir de inmediato un viejo baúl donde, una vez abierto, Sebastián, sin ofrecer la menor resistencia, fue arrojado violentamente.

Afligido, se esforzaba por acomodarse en el reducido espacio al que había ido a parar. A duras penas sí lograba mantener estiradas sus piernas.

Tras cerrarse la cubierta del baúl, el capitán Munguía daba instrucciones concretas de no volver a abrirlo hasta nueva orden.

Cuando Sebastián logró dar con la posición menos incómoda, procuró familiarizarse con la poca luz, la extrema limitación del espacio, pero, sobre todo, con la pobreza de oxígeno; una iluminación que al igual que el aire, apenas sí se filtraba por unos

agujeros que, a Sebastián, de pronto, le parecieron provocados por impactos de bala de alto calibre.

Luchaba por imponerse al deseo de ponerse en pie; le angustiaba la posibilidad de entrar en pánico, y verse paralizado por el miedo. Lo mejor que podía hacer, era tranquilizarse, y pensar, pensar, pensar en cosas que le gustaban, como en la música, en fumar… ¡No!, en fumar, no. Ni en comer, ni siquiera en beber un sorbo de agua, pues nadie le iba a dar nada de todo eso que tanto valor comenzaba a cobrar para él en esos momentos.

Ese oxidado cofre llevaba mucho tiempo abandonado en esa zona ajardinada del cuartel después de que un oficial tuvo la ocurrencia de colocarlo allí a la intemperie, justo delante del llamado Patio de Castigo. Una pieza descolorida por el sol, que el capitán Munguía considero apropiada para hacer encerrar en ella, por tiempo indefinido, a Sebastián quién, desde su llegada a la base jamás prestó la menor atención al inservible baúl que, en realidad, pensándolo bien, pasaba inadvertido para la inmensa mayoría.

En sus alrededores, logrando adherirse a las paredes exteriores del baúl, crecía la vegetación silvestre que con sus delgadas enredaderas lograban recubrirlo.

«No pueden dejarme aquí por demasiado tiempo», se decía confiando en que, al percatarse de su ausencia, el director de la Escuela de Aerotécnica, el coronel Tejada, buscaría hacer entrar en razón al capitán Munguía para que alzase el castigo. Pero en esa ecuación, algo no cuadraba, y tenía que ver con la autoridad que el capitán Munguía ejercía sobre el resto de la oficialidad del cuartel.

Cayó en la cuenta que, por muy coronel, y piloto, que fuera Tejada, no era un militar de academia. A ojo de todos, no era más que un ex guardia nacional al que cualquier teniente solía darle de lado, mirándolo, incluso, por encima del hombro. Para el capitán Munguía, experimentado oficial capacitado en operaciones de contrainsurgencia en las bases militares de Taiwán, de Fort Bragg …, el coronel Tejada quien, eso sí, lucía con elegancia el uniforme, no era más que un mero tigre de papel.

Tumbándose boca abajo para descansar su hombro derecho, mientras sostenía su rostro contra los brazos cruzados, y que hacían

las veces de una almohada, Sebastián llegó a la conclusión de que nadie iba a contradecir al capitán Munguía en sus decisiones por injustas, erradas o inhumanas que estas fueran. Agotado, cerró los ojos, e intentó dormir.

Sebastián despertó con el rugir de los truenos, a los que siguió una fuerte tormenta. En principio se sintió desorientado. No tenía la noción del tiempo que llevaba dormido, y sin reconocer el lugar en el que se encontraba, intentó levantarse, pero le fue imposible. El golpe que se llevó en la cabeza, lo devolvió a la realidad: las piernas entumecidas, la garganta reseca, la dificultad para respirar, el frío que le calaba los huesos, el dolor muscular en brazos y hombros, la oscuridad que siniestra lo envolvía, el silencio fantasmal acechando…, todo le decía, que el castigo impuesto, iba en serio.

Pensó en que quizá nadie sabría de su paradero. «Lo más probable –se decía— es que me den por desertor». Llegó a convencerse que habían planeado deshacerse de él, asesinarlo de esa manera miserable y cruel. Para borrar todas esas ideas de su mente, se centró en intentar calcular la cantidad de aire que entraba por aquellos agujeros y pensó: «Es posible que, en algún momento, pusieran sobre el baúl botellas y latas vacías para dispararles con la intención dar en el blanco» Fuera como fuera la existencia de dichas perforaciones, permitían cierta ventilación, de lo contrario, posiblemente estaría ya muerto. Entonces, quiso gritar pidiendo auxilio, pero se calló por temor a que el capitán Munguía ordenara taparle la boca con un esparadrapo, y se dijo: «¡No, no!, eso no lo soportaría», era mejor esperar. La poca saliva que lograba segregar se la reservaba para irla tragando en pequeños sorbos. Justo los necesarios para hidratar la garganta.

Recordó las historias que se contaban de quienes habían perecido en las montañas cubiertos por la nieve, y de los que sucumbieron al calor en el desierto. ¿Morir de frío, o morir de calor? Morir, es morir, y punto. En las alturas del kilimanjaro o en las arenas del Sahara, qué más daba. Y se repetía, como en una letanía: «Morir es morir».

Se sentía desamparado, abandonado a su suerte, y entonces, quiso llorar, pero se contuvo. No porque eso lo hiciera sentirse un

cobarde, total, nadie iba a verlo, sino porque estaba convencido de que llorar podría deshidratarle aún más. Así que no lloró. Tampoco rezó, pues no sabía ni una sola oración. Entonces lamentó no haber prestado mayor atención en misa, ni a las beatas de sus tías que cada noche rezaban delante del altar de casa. Pero lo que sí hizo, colocándose boca arriba, y cruzando los brazos en cruz sobre su pecho, fue comenzar a silbar una canción mientras en su vaivén, la lluvia era arrastrada sobre la cubierta del baúl, sonando a sus oídos como dulce melodía.

Se escuchó la trompeta llamando a la formación de diana, seguido del ajetreo en los pasillos de la base aérea donde, como cada mañana, y al atardecer al sonar la retreta, atronadora, resonaba la voz de mando en las distintas unidades militares

El escuadrón de paracaidistas, que marchaba marcando el paso como un solo hombre, despertó a Sebastián quien, quejándose del dolor, continuaba atrapado dentro de aquel cajón, preguntándose sobre cómo considerarse a sí mismo, si arrestado, enjaulado o quizá ¿desaparecido? No lo sabía con certeza, pero de lo que sí estaba convencido es de que era una víctima de las arbitrariedades que regían en el cuartel.

De pronto, Sebastián, escuchó la voz de unos hombres que, próximos al baúl, hablaban en inglés dejando llegar hasta él el olor de sus cigarrillos. ¡Estaban fumando! En eso, un tercer hombre, que los saludaba sonriente, se unió a estos, pero ahora, aunque con acento extranjero, utilizaba como lengua común, el español.

Comenzaron a conversar acerca de la experiencia con unos supuestos guerrilleros capturados recientemente en las inmediaciones de la universidad. En la madrugada del día anterior, uno de aquellos muchachos logró impresionarlos por la valentía demostrada, y fuera de lo común. No daban crédito a la resistencia manifiesta ante la utilización del soplete con el que, el torturador, se había empleado a fondo durante largo rato. Un sujeto de nacionalidad cubana, que por lo que Sebastián logró entender, trabajaba para una de las agencias de inteligencia militar acreditadas en el país, y al que, todo el tiempo se referían como «*el instructor*» quien, agotado frente a la templanza del joven estudiante, del que

no logró obtener ni tan siquiera el nombre, perdiendo el control de la situación, cosa que dijeron en tono severo: «era inadmisible», ensartó repetidamente su bayoneta en el tórax del rehén quién, reincorporándose hasta ponerse en pie, mientras los miraba fijamente intentando gritarles algo que no le fue posible debido a la sangre que emanaba de su boca, terminó por desplomarse, yaciendo muerto sobre el inmundo suelo del destartalado y mal iluminado hangar.

Terminada la conversación, mientras apagaban sus cigarrillos, alejándose del lugar, Sebastián escuchó a uno de ellos decir: «Por favor, no se olvide de ponerlo en su informe. Eso no puede volver a ocurrir», y sus voces se fueron difuminando hasta imponerse el silencio.

Sebastián, al escuchar su nombre, reconoció de inmediato a Harrison quien, cubriéndose entre la maleza se arrastró zigzagueante con su cuerpo pegado al césped hasta colocarse junto al baúl. Este se disculpó por no haberse acercado antes, y buscando tranquilizar a su amigo, le aseguró que no le daban por desertor pues según el parte leído en formación de retreta decían que se encontraba bajo arresto, aunque sin especificar dónde, y conversaron un buen rato, hasta escuchar que se acercaban hablando en inglés. Sebastián reconoció las voces de los mismos hombres. Harrison, al otro lado del baúl, y siempre cuerpo a tierra, contenía la respiración.

No lograron entender una sola palabra, pero ese par de asesores militares, mientras fumaban y tomaban café, discutían los últimos detalles, relacionados con un grupo de oficiales a los que tenían planeado enviar a Uruguay para que recibieran un curso de contrainsurgencia. A ese grupo especial de oficiales, ya dotados de identidades falsas, los harían pasar por empresarios. El adiestramiento estaría a cargo de una agencia israelí con base en Montevideo.

Sebastián luchaba por abrir sus ojos, al tiempo que, colgado del techo, se iba revelando el ventilador con sus aspas de madera, completamente quieto. Girando el rostro para evitar la luz de neón que hería sus retinas, observó un tubo por el que, gota a gota,

descendía el suero que le era suministrado por vía intravenosa. Se encontraba postrado en la cama de un hospital, estaba a salvo, había logrado sobrevivir al horror de sentirse enterrado en vida. Respiró largo y hondo, ensanchando sus pulmones, que terminaron por provocarle una fuerte, y ahogante tos, que irritó su garganta hasta sangrar.

Por un enfermero con grado de sargento, supo que había pasado un buen tiempo en estado de coma. Tampoco quisieron, o supieron, darle información de los días que lo mantuvieron metido dentro del baúl. Ni siquiera Harrison. Y si en algún momento dado probó alimento, o agua, no lo pudo recordar.

Presentaba un cuadro médico preocupante: síntomas de deshidratación severa, fuerte dolor en las cervicales, hinchazón y constante hormigueo en ambas piernas, irritación en los ojos, dificultad para respirar, pero, sobre todo, alucinaciones.

Cuando lograba recuperar algo de memoria escuchaba con claridad las voces de los asesores extranjeros hablando abiertamente de sus planes contrainsurgentes, de las exigencias del Pentágono, de los sofisticados métodos de tortura…, y todo eso, porque jamás llegaron a imaginar tan siquiera que él los estuviera escuchando.

◆ ◆ ◆

Volvimos a nuestras casas destrozados
Con los miembros agotados
y la boca arrasada
del sabor a herrumbre y a salitre.

YORGOS SEFERIS, LEYENDAS

5.

Procurando no ser detectados, Sebastián y Santana, con Harrison a la cabeza, cruzaron la zona de los hangares. Se dirigían al cementerio de aviones, un sitio donde iban a parar las inservibles aeronaves ahora devoradas por la vegetación.

Aquella era una imagen que evocaba a los bombarderos derribados en pleno combate, y desde entonces, perdidos en mitad de la jungla.

Abrazado por la maleza, orillado a las paredes que rodeaban el cuartel, se veía un aparato de vuelo que sirvió durante los cien horas de combates a los que el periodista polaco, Ryszard Kapuściński, que se encontraba en Honduras, bautizó como *La Guerra del fútbol*. Era el único que aún se veía en buen estado de conservación.

Estaban a punto de descubrir el secreto mejor guardado por su amigo quien, dando un pequeño rodeo abrió la compuerta principal de aquel Douglas C—47, y los escasos metros que separaban a Harrison del punto en el que se encontraban sus amigos, estos los recorrieron burlando la vigilancia ejercida por soldados regulares desde las altas torres.

Una vez dentro de la nave, Harrison cerró la puerta, encendiendo la luz, y comprobó que sus invitados se mostraban completamente maravillados al ver cómo su amigo, después de largas jornadas de silencioso trabajo, y empleando a fondo todo su ingenio, había logrado transformar cada espacio de aquel avión hasta convertirlo en lo que él, orgullosamente llamaba, su casa: su hogar.

Mientras Sebastián y Santana se acomodaban en los amplios sofás, Harrison, abriendo una caja de mandos, conectó el sistema de ventilación, sirvió whisky, sacó varios discos de un improvisado armario, y les invitó a escuchar los clásicos del jazz. Así comenzó a flotar en el ambiente la voz de Ella Fitzgerald, el saxofón de Charli Parker y la trompeta de Miles Davis que este hacía sonar con la sordina de acero Hermon, y la boquilla especial Heim.

Cuando Sebastián quiso saber la manera en que logró crear ese lugar, Harrison les contó que tanto el suministro del agua como de la energía eléctrica, provenían de un generador y un sofisticado sistema de captación de agua de lluvia conectado a una bomba que él había enterrado bajo tierra, aparatos que alimentaba con gasolina, y que, impermeabilizados, se encontraban a varios metros de profundidad para no llamar la atención. La idea la había sacado de

un manual que se robó de la oficina de *La Misión*, que explicaba con detalle, cómo los vietnamitas construían sus refugios subterráneos durante la guerra.

Para entrar y salir del cuartel, les confesó que iba a primera hora de la mañana hasta el autobús que diariamente salía a recoger a los mecánicos. Se colocaba en el último asiento, y a medio camino, se incorporaba sin que nadie sospechara nada, y es así como regresaba junto con todos sus otros compañeros.

Aprovechando que ya había caído la noche, y todo era oscuridad afuera, Harrison, apagando las luces del interior del avión, llevó a sus amigos hasta la cabina de mando donde, Sebastián y Santana, sin soltar sus vasos de bourbon, se acomodaron en los asientos absorbidos por la magia de estar delante de los instrumentos de vuelo.

Santana, con la mirada perdida, dando un largo sorbo a su whisky, recordó cómo, el coronel Tejada, les había impuesto a Sebastián, y a él, el castigo de sumarse cada mañana al capitán Munguía para desarrollar lo que faltaba aún del adiestramiento, antes de efectuar los saltos de combate.

Lanzarse desde lo alto de la torre, situada a más de quince metros de altura, deslizándose sujetos a un cable de acero en el que la cabeza, protegida por un casco, rebotaba hasta alcanzar el suelo; tirarse desde la compuerta de un avión en tierra al que, por la ausencia de las alas, llamaban *El Puro*, cuidándose de girar sobre las puntas de los pies al caer para evitar romperse las piernas; realizar los saltos nocturnos y diurnos. Ya se sabe: vista al frente, y al grito de ¡tigre!, saltar al vacío, contar mentalmente «Un, dos, tres» y tirando de la anilla del paracaídas, gritar «¡cúpula!», para que, finalizado el curso al igual que el resto del escuadrón de paracaidistas, y cadetes de la Escuela Militar, no recibir las alitas doradas que, luciendo a la altura del pecho, les habría otorgado un lugar entre aquellos que se autodenominan: *Los hermanos de la seda*.

Sebastián, se encontraba vendado de los ojos, con la boca amordazada, y atado de pies y manos. Aunque no había nada que

celebrar, se alegró de potar antes de ser arrestados, disminuyendo así, la posibilidad de ahogarse en su propio vómito.

Sumido en su desesperación, intentaba encontrar, por mínima que esta fuera, una explicación de cómo pudieron ser descubiertos. Contra todo pronóstico, escucharon la voz del capitán Munguía, exigiendoles abandonar el avión, y amenazándolos que, de no hacerlo de inmediato, sus hombres abrirían fuego.

Una vez fuera, y tumbados sobre el césped, los revisaron de arriba abajo, y sin dejar de apuntarles un segundo con sus armas, un sargento insinuó que podría tratarse de una célula guerrillera. Ese comentario, los condenaba. Esas palabras, lo cambiaban todo.

Separados los tres, por orden del capitán Munguía, y rodeados cada uno de ellos por un reducido grupo de soldados, desaparecieron entre los desechos aéreos que habitaban el cementerio de aviones. Sebastián, recordando ese momento y esforzándose por respirar, pensó: «Se los tragó la noche, y a mí, este maldito baúl al que pensé no volver jamás».

Esta vez, para Sebastián, resultaba imposible conciliar el sueño, tenía la boca reseca, y apenas sí podía moverse. Los brazos le dolían horriblemente. Sus gritos, se convertían en ahogados gemidos. Se moría por beber un sorbo de agua. No pudo evitar orinarse en los pantalones. Resignarse a morir, no era suficiente, y lo sabía. Era obligatorio el suplicio. Sería lento y doloroso. ¿En qué momento perdería la razón?, ¿tendría la fortuna de perderla? En sus alucinaciones, ¿alcanzaría ese estado de alegría que invade a los locos?

Esos pensamientos lo ocupaban, cuando una bocanada de aire entraba al abrirse el baúl. Fueron solo unos segundos antes de que Sebastián sintiera caer dentro otro cuerpo: El de Santana. Iba inconsciente, pero igualmente vendado, amordazado, y atado de pies y manos. El baúl, nuevamente se volvía a cerrar.

Cuando el capitán Munguía llamó a la puerta del cubículo donde descansaba el coronel Tejada, para informarle de lo sucedido en el cementerio de aviones, el ex guardia nacional, se limitó a decir que hiciera lo que estimara oportuno. En el parte de diana, tanto Sebastián como Santana, serían registrados como dos desertores, y

de Harrison, pensando en que aún le debía algunas cuotas del coche, no emitió comentario.

En el almacén de piezas, y uniformes, próximo a uno de los hangares, colgado de las vigas por los tobillos, y sobre un alargado mostrador de madera, Harrison era balanceado como la urna del botafumeiro de la catedral de Santiago de Compostela. En cada extremo, sus compañeros se afanaban en golpear su espalda con un bate. Delante de sus ojos, y fuera del almacén, su Impala Custom Coupé del setenta, ardía.

LA PISCINA

1.

Agotado, sudoroso y acalambrado debido a la resaca, Mauro, que se encontraba desnudo boca abajo, dejó caer desde un costado de la cama su brazo derecho, afanándose torpemente en empapar una pequeña toalla en el fondo de un cubo, mientras escuchaba cómo los hielos que aún flotaban en el agua chocaban entre sí, refrescándole la mano.

Al extender sobre su cabeza la humedecida toalla, notaba como si millares de alfileres se clavaran en su cerebro, provocándole fuertes dolores que le hacían retorcerse, sintiendo como si se hundiera en un pozo oscuro y sin fondo.

Sonó el teléfono repetidamente, hasta que, al otro lado del auricular, se escuchó la voz amable del recepcionista informando a Mauro sobre la norma que obligaba a los huéspedes a abandonar la habitación del hotel antes del mediodía.

Al mirar a su alrededor, observó que la totalidad de la ropa, así como el resto de sus pertenencias, estaban tiradas por todos lados.

Como si todo aquel desorden no fuera con él, marcó el número de recepción para preguntar si aún podía bajar a tomar el desayuno. La misma voz de antes, siempre amable, lamentó comunicarle que el buffet libre había cerrado hacía más de una hora. Mauro insistió, tratando de convencerlo para que le sirvieran algo de comer, pero nada. Entonces, se levantó pesadamente de la cama, se duchó colocando la cabeza debajo del agua fría y guardó su desmadre sin ningún orden en la maleta, y bajó al restaurante. Al entrar al salón, comprobó que en el escaparate ya habían recogido todas las bandejas, que, con su color plateado, ahora brillaban detrás de las vitrinas. La señora que trabajaba en la cocina lo reconoció y, apiadándose del aspecto descuidado que presentaba Mauro aquella mañana, le preparó un café bien cargado, que le sirvió con una jarra

de agua fría; gesto que Mauro aceptó resignado con una ligera sonrisa.

Con la taza de café en la mano, se asomó hasta la terraza, desde donde, al tiempo que encendía un cigarrillo, observó al resto de los invitados de la Compañía, quienes, en distintos vehículos, se dirigían al aeropuerto. Todo el mundo, menos él, volvía a casa. La suya había sido embargada por el banco antes de viajar fuera del país. Esteban, uno de sus viejos y mejores amigos, se había ocupado del embalaje y traslado de las cajas hasta un almacén donde ahora, tras su separación con Victoria, estaban buena parte de sus pertenencias: objetos que iban desde una voluminosa colección de discos y libros de una selecta biblioteca personal, reunida a lo largo de más de tres décadas, hasta las películas en formatos VHS y DVD. La ropa y las cosas de más valor económico que sentimental, habían quedado dispersas en distintas casas de confianza. Durante su ausencia, el dinero del que disponía, que, aunque no fuera mucho, también había sido embargado por la administración pública debido a una deuda que arrastraba hacía años. Solo contaba con el poco efectivo que portaba en mano, que, en suma, apenas sí le daba para pasar unos cuantos días, ni siquiera meses o semanas, antes de colapsar completamente. En aquella situación tan apurada, lo único que le mantenía en pie era la esperanza de un nuevo empleo que le habían prometido, tras su entrevista en una compañía de seguros distinta a la que le había llevado hasta donde ahora se encontraba: Colombia.

Asistir, a pesar de los pesares, había sido como un pequeño balón de oxígeno, un parche, o como se le quiera llamar. Además, todos los gastos corrían a cargo de la organización del evento.

El botones recogió las maletas y, una vez en el hall del hotel, Mauro fue hasta una sala reservada para el uso de ordenadores y acceso a la red de Internet. Abrió su cuenta de correo y envió una breve nota a Eliseo, el único soltero de sus conocidos, a quien le pedía alojamiento mientras resolvía su situación. Entregó la llave de la habitación y subió al taxi que le esperaba para llevarlo al aeropuerto. En el camino, sin motivo aparente, no pudo evitar

sentirse importante, hasta que abrió su billetera y contó el dinero que le quedaba.

Durante el trayecto, Mauro se entretuvo recordando que una de las primeras cosas que hizo al llegar a Colombia fue ponerse en contacto con Belén, sobrina de Eliseo, a quien solo meses antes había conocido en las fiestas del barrio de Gracia.

Por el tono de voz al responder su llamada, de repente, le pareció que aquella mujer lo estuviera esperando desde siempre. La conversación fue breve, es cierto, pero Belén, sin aceptar un «no» por respuesta, acordó pasar por él esa misma noche. A Mauro no le quedó ninguna duda: estaba ansiosa por conocer al amigo de su tío y deseaba ser una excelente anfitriona. O al menos, eso le pareció.

Como habían quedado, Belén, la joven paisa, que es como llaman a las colombianas de esa parte de Colombia, se presentó a la cita acompañada de una imponente mulata. Mauro, que en ese momento se encontraba tomando un gin-tónic sentado frente a la barra del bar del hotel, al verlas aparecer, apuró su copa y salió al encuentro.

En los escasos metros que les separaban, no pudo evitar pensar en que la sobrina de su amigo resultó ser mucho más bella de lo que podía apreciarse en las fotografías que Eliseo le mostró una tarde en la terraza del café Zúrich de Barcelona, días antes de su viaje a Colombia.

Aquella mulata de reluciente cabellera negra, blanquísima dentadura, mirada penetrante y labios de rojo carmesí, quien dijo llamarse Valeria, resultó ser la mujer de uno de los jefes de la policía local, además de ser la encargada de una cadena de boutiques de ropa francesa, perfumería y lencería, propiedad de los padres de Belén.

Una vez afuera del hotel, abordaron un taxi que los condujo hasta una conocida zona de bares en los alrededores de Medellín, donde hervía la noche, que aún era joven. El taxista, como resulta bastante más común de lo que se pueda pensar, y con el fin de diversificar el negocio, les preguntó, como quien no dice nada, si se les ofrecía algo más, en clara alusión, y de manera solapada, a la

cocaína que se vende en pequeños sobres de plástico, pero que también, si el cliente lo desea, pueden ser otras sustancias.

Mauro, de pronto, tuvo la desagradable sensación, que rozaba con la certeza, de que Valeria, que no paraba de bostezar, estaba con ellos, más que por placer o deseo de conocerlo, empujada por Belén, quien, después de todo, no dejaba de ser su jefa. Aunque, sacudiendo ligeramente la cabeza, segundos después de pensarlo, borró esa idea que le pareció absurda e injustificada.

Una vez en el local, iluminado con luces fosforescentes de mil colores, entre cerveza y cerveza, que Mauro siempre cargaba con hielo, en el ambiente flotaba la inigualable voz de Héctor Lavoe, la música del Grupo Niche y de otros intérpretes de la salsa, la cumbia y el vallenato. ¡Estaba en Colombia! La tierra de Gabriel García Márquez, que dio origen al universo literario de Macondo; del barranquillero Joe Arroyo; del cura guerrillero Camilo Torres; de los hermanos Castaño, jefes de los paramilitares que nacieron como Las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá; pero también de los violentos capos de los principales carteles de la droga, como Pablo Escobar en Medellín, Gilberto Rodríguez en Cali y Orlando Henao del Norte del Valle…

Al llegar al aeropuerto, Mauro sintió mucho no poder darle al taxista ni siquiera una miserable propina, como tenía por costumbre, y pensó en que, por fortuna, el traslado en taxi también estaba cubierto por la organización.

Mientras en la sala de espera del aeropuerto aguardaba el momento de embarcar al avión, sopesó las posibilidades reales que tenía de que le dieran aquel nuevo y ansiado empleo. Recordó la mañana en que, harto de llamar a las distintas clínicas en busca de empleo como psicólogo, decidió asistir a la entrevista de trabajo para intentar colocarse como agente de seguros. «Total —pensó—, según unos estudios de la UNESCO, la mayoría de estudiantes que egresaban de las universidades pasaban por diversos empleos antes de conseguir trabajar en aquello para lo que habían estudiado» y él, se dijo, era uno de esos casos.

Rememoró el momento en que, saliendo del ascensor, cruzó la gruesa puerta de cristal de la compañía de seguros, tras la cual

aparecían unas oficinas diáfanas, donde los empleados, teléfono en mano, intentaban captar nuevos clientes. Sólo entonces se percató de un joven que, al fondo, le indicaba que se acercase hasta su escritorio. Sin bajar la mirada, y como había leído alguna vez en un libro de autoayuda, caminó lo más erguido posible, intentando así demostrar confianza en sí mismo, cuando de pronto escuchó bajo sus pies un sonido extraño.

Se trataba de la suela del zapato derecho que se había despegado, provocando que tropezara torpemente al dar el siguiente paso.

Para su sorpresa, lejos de reírse, el joven que le atendió no pudo evitar decirle con gran delicadeza:

—Algunos estudios afirman que el estrés psicológico causado por los problemas financieros, en la mayoría de los casos, además de agravar el estado de salud, es uno de los mayores responsables de la desintegración de las familias y otras desgracias personales.

Sin responder, Mauro se limitó a sonreír con una ligera inclinación de la cabeza. Terminada la entrevista, se despidió, prometiéndole al joven que en cuanto llegase a casa, tiraría sus viejos zapatos.

Su vuelo estaba a punto de despegar

El calor, al arribar a Barcelona, era sofocante. Las largas horas de vuelo desde Medellín le dieron a Mauro la oportunidad de dormir lo suficiente como para terminar con la resaca infernal del día anterior. En la sala de llegada sintió un profundo vacío que, por unos segundos, le encogió el corazón, pues Victoria no estaba esperándolo como en otras ocasiones. Con quien sí se encontró fue con Eliseo, quien, al verlo, le brindó un efusivo abrazo de bienvenida, sonriendo ampliamente. Luego, se dirigieron al aparcamiento del aeropuerto, donde estaba estacionado un flamante Mustang color rojo, con el que recorrerían la Diagonal hasta llegar a uno de los barrios altos de Barcelona. En el camino, Mauro intentó ponerlo al tanto de su experiencia en Colombia y de la impresión que había causado en él su sobrina.

Antes de llegar a la casa para celebrar el reencuentro, se detuvieron en una conocida estación de servicio, donde entraron a

comprar un par de botellas de ron Flor de Caña.

Mauro, instintivamente, tras abrir su billetera, extrajo de ella una tarjeta de crédito que, por supuesto y como era de esperar, fue rechazada por el datáfono. Ante la mirada extrañada del empleado del establecimiento, Mauro intentó entonces pagar con una de débito, pero su amigo, consciente de la situación, le ahorró pasar por un nuevo mal trago y, alargando el brazo, pagó en efectivo.

Al salir del establecimiento, Mauro no dejaba de mover la cabeza en gesto de incredulidad por lo sucedido con su tarjeta. Consideró necesario interpretar aquel absurdo papel, más para sí mismo que para su amigo, si no quería caer en una profunda depresión.

La casa, situada en una lujosa zona residencial, constaba de tres plantas, y al fondo de un amplio jardín arbolado, podía verse una piscina. El salón principal, donde quedó el equipaje, sería a partir de ese día la estancia en la que podría quedarse Mauro, aunque, considerando las dimensiones de aquella casa, no dejó de extrañarle que tuviera que alojarse en ese lugar. Pero, dada su situación, entendió que no cabía quejarse.

Subieron hasta otro salón situado en la primera planta, donde se acomodaron en unos sillones de piel marrón, y pasaron a servirse las primeras copas, mientras su amigo ponía algunos boleros. En el ambiente, pronto sonaron las voces de los cantantes boricuas Daniel Santos y Cheo Feliciano, junto con los mexicanos Agustín Lara y Armando Manzanero, todos ellos boleristas clásicos de fama mundial. Eliseo, que tenía una memoria prodigiosa para recordar sus letras, aunque una pésima voz, intentaba imitarlos sin demasiado éxito. Y así pasaron las horas, hasta que, completamente ebrios, los alcanzó la madrugada. Cada quien, como buenamente le dieron las fuerzas —más rendidos por el trago que por el sueño—, se retiró a dormir la borrachera, mientras, desde el fondo de la casa, suavemente llegaba la voz de Juan Gabriel.

A pesar del cansancio y del mareo que provocaba en Mauro el efecto del alcohol, el jet lag no le permitía quedarse dormido. Con la mirada fija en el techo de aquella casa que le resultaba extraña,

pensó en Belén, con quien había pasado su última noche colombiana antes de su viaje de regreso a España.

Recordó cómo la sobrina de Eliseo lo esperó en el *hall* del hotel para llevarlo a conocer un bar en el que, en memoria de Carlos Gardel, sólo se podían bailar tangos, fumar y beber vino. Después de todo, Gardel había perdido la vida en un trágico accidente aéreo en las proximidades de Medellín, naciendo así, con su muerte, la leyenda que muchos llegaron a considerar verdadera: que Carlos Gardel era colombiano. Una historia tan real como que Pedro Infante, quien también perdería la vida en un accidente aéreo, no ha muerto.

Belén y Mauro bebieron y se contaron, cada uno, la historia de sus vidas. Lo que él no esperaba escuchar de labios de ella es que había sido mujer del hijo de un reconocido jefe del narcotráfico. «Él entregó a mis padres más de dos millones de dólares en metálico para que emprendieran un negocio», dijo Belén, dinero que les permitió crear una cadena de tiendas. Más adelante, le contó que de aquella relación nació una hija y que emprendió un valiente periplo por tierras de Panamá, adonde escapó con la pequeña cuando decidió abandonar el hogar tras descubrir los lazos del padre de su hija con el narcotráfico. Aunque no estaba del todo seguro, Mauro prefirió creerle a Belén cuando, en un intento de tranquilizarlo, ella dijo que, al final, su marido, por amor a su hija, terminó por alejarse de sus vidas y dejarlas en paz. Ya de regreso en taxi, Mauro por fin se decidió a besar a Belén, quien le correspondió, y así pasaron parte de lo que restaba de la noche metidos en la habitación del hotel, dejándose llevar.

La música ya no sonaba y el viento soplaba anunciando la lluvia. Mauro, por fin, conciliaba el sueño y dormía profundamente.

◆ ◆ ◆

2.

Después de comprobar los datos en la pantalla del ordenador, una mujer de pestañas largas y con un

marcado acento extranjero entregó el carnet de identidad a Mauro, quien, devolviéndole la sonrisa, procuraba inútilmente disimular su impaciencia por entrar en aquel lugar. Con la respiración atenazando su pecho, sintió que su corazón latía más de lo habitual. En el momento en que, desde el otro lado del mostrador, aquella mujer le ofreció la tarjeta de cliente, clavándole la mirada, él dio por respuesta un «NO» que sonó casi grosero por el tono tajante; una negativa que, al ver el efecto causado en ella, Mauro se apresuró a disfrazar con otra sonrisa, que más que una sonrisa, dibujó en él una mueca en sus contraídos labios. Solo entonces, la joven, que parecía haber perdido todo interés en convencerle de nada, dejó caer su dedo índice sobre un botón verde, activando el acceso. Mauro, a quien todo aquel protocolo de seguridad se le había vuelto eterno, se abrió paso sobre la suave alfombra que recubría la amplia sala, iluminada por todo tipo de lámparas, pero, sobre todo, por las luces rocambolescas que emitían las distintas máquinas de juego, en las que hombres y mujeres de diferentes edades se agolpaban en busca de ser tocados por la fortuna.

Algunos de esos rostros denotaban euforia; en otros, podía intuirse la angustia ante la mala racha, pero en la mayoría reinaba la ilusión. La ilusión de los ilusos. También los había que, con una copa de vino en la mano y la mirada perdida, recorrían los distintos pasillos de un lado a otro, deteniéndose a ratos alrededor de cualquiera de las mesas, en las que cada jugador estaba preparado para experimentar una ligera subida de adrenalina ante una especie de espejismo momentáneo, pero suficiente para mantenerlos atados a la mesa. En la ruleta, no era raro ver a quienes, confiando en uno, dos o tres números concretos, solían dejarse grandes cantidades de dinero. Números a los que rara vez acertaban; números a los que, incluso cuando ya no tenían casi nada en sus bolsillos, continuaban apostando, movidos más por el temor que por la fe de ver caer la bolita blanca en cualquiera de esos números. Se trataba de seres obstinados que no estaban dispuestos a ceder, y a los que bastaba con ganar una vez para perder mil veces. Personajes que, desde el momento de salir de casa o del trabajo, ya habían decidido que ese o esos iban a ser los números agraciados. Incapaces de calcular con

un mínimo de responsabilidad el riesgo y sus posibles consecuencias, no tardaban en que fuera la ruleta la que terminara por jugar con ellos, y no al revés. Individuos que, seguros de sí mismos, no perdían jamás el entusiasmo mientras hubiera una cantidad que jugar, por pequeña que fuera. Banalizaban cualquier cifra, por alta que pudiera ser, pues nunca sería suficiente para saciar su apetito voraz, ya convertido en codicia. Tampoco faltaban los que, habiendo perdido todo, se dedicaban a pronosticar los números de la suerte en cada tirada o las series a las que, según ellos, se debería apostar. Si por casualidad acertaban, no ocultaban su alegría casi infantil, la cual solían manifestar alzando los brazos en busca del reconocimiento del resto de la mesa, aun cuando eso no les reportara la menor ganancia. De manera frenética, al tiempo que dirigían su mirada al resto de jugadores, decían en voz alta: «¡Lo sabía!» o «¡Se los dije!»Era entonces cuando, aprovechando ese subidón, buscaban ganarse la confianza de alguno de los jugadores, y si lograban dar con este, el fracaso solía estar más que asegurado. La táctica por parte de esos bribones era mantenerse, a veces durante largas horas, al lado de aquellos que mostraban suficiente capacidad económica y a los que solían adular en cada acierto. Buscaban a individuos que necesitaban de este tipo de público que aplaudía y celebraba como propia su buena suerte, por efímera que esta fuera, para reafirmar así su ludopatía. Una vez captados, poco a poco les iban robando la voluntad hasta hacerles creer ciegamente en aquellos que se comportaban como si tuvieran entre sus manos una bola de cristal con la que adivinar el futuro; desaprensivos e inescrupulosos, que buscaban terminar jugando sin arriesgar nada, pero que, a su vez, reclamaban una parte de las posibles ganancias. El verdadero clímax se alcanzaba en el momento en que esos seres extraños y perversos daban rienda suelta a las apuestas más arriesgadas, comportándose como quizá lo hicieran en otro tiempo con su propio dinero. Entonces ya no había nada que hacer. Desacierto tras desacierto, hasta caer como un púgil sobre la lona, noqueado por completo. Ese era el momento más amargo, pues ya despojados de todo su capital, quienes habían perdido el control sobre sí mismos se quedaban completamente solos, mientras

veían alejarse a esa especie de aves de rapiña, en busca de otra víctima que alimentara su afición al juego. Una palmadita en el hombro y una mirada de lástima era todo lo que les quedaba después de que se hubieran encargado de vaciar sus bolsillos. Tipos que, aunque pareciera que celebran el éxito ajeno, en realidad sienten un profundo rencor y odio por los que, al ganar, les recuerdan su total fracaso como personas. La mayoría de ellos perdieron hace tiempo su empleo, sus casas, sus familias, y de vez en cuando, como gesto de cierta honradez ante la vida, no deja de pasarles por la cabeza la idea de que quitársela sería lo mejor. Muchos ni se percataron del momento en que, sin el menor miramiento, se convirtieron en mentirosos desaprensivos, dedicados a defraudar la confianza de aquellos que más les estimaban con tal de conseguir algo de dinero para continuar jugándoselo, pero sobre todas las cosas, para continuar perdiendo.

Sin embargo, Mauro se consideraba diferente, teniéndose a sí mismo muy por encima de todas esas gentes que pululaban por la mayoría de salas de juego, cual, si fueran almas en pena, a las que él, compadeciéndose, comparaba con la imagen que se tiene de los zombis. Pensaba que las sumas de dinero dilapidadas en casinos de diferentes ciudades a lo largo de los últimos años formaban parte de lo meramente anecdótico. Es más, creía encontrarse en condiciones de predecir la buena y la mala racha con una precisión inimaginable para el resto de mortales. Poseía una voluntad a prueba de fuego que le permitía saber en qué momento, incluso si se encontraba ganando, debía retirarse. Lo que no era capaz de comprender era cómo esta capacidad no supo desarrollarla a tiempo, antes de que se produjera lo que él solía llamar «el desastre».

Mauro, con varias fichas de juego en mano, se acercó hasta una de las mesas y, acomodándose en una de las sillas, quiso observar un rato la ruleta antes de decidir su primera apuesta. Comprobó que el cero no había caído en muchas horas, por lo que, según sus cábalas, era un número que podría estar próximo a dar premio, pero también cabía la posibilidad de que siguiera así y la bolita blanca no cayera en todo el resto de la noche. No sería la primera vez. O que, por el contrario, una vez cayera, lo comenzara a

hacer de manera regular. Pero… ¿por cuál de las dos posibilidades decidirse? También se percató de que el color predominante era el rojo, por lo que una opción bien podría ser jugar a los números rojos, y de estos, a los más altos, pues muy rara vez caían los pequeños. Estaba decidido: centraría su jugada en los números rojos, y de estos, solo los más altos. Se mantendría una hora, dejando sus fichas sobre el 21, 27, 32 y 36, y cada 10 jugadas, una vez al 0.

En la primera hora, la bolita blanca había recaído varias veces en el 5, que era uno de los números favoritos de Mauro. Sin embargo, no tuvo más de tres aciertos en los que él había decidido. El 0 no había acertado ni una sola vez, y se alegró de no jugar a él de manera permanente, sino cada cierto número de veces. El color rojo, eso sí, seguía predominante, aunque desde hacía rato, caía en números como el 1, el 3, el 7, el 29, el 16, el 18 o el 30, y, como ya dije, varias veces en el 5. Tenía que variar su estrategia, y con las fichas que le restaban, cualquier apuesta le comenzó a parecer inútil y demasiado arriesgada. Así que tomó las fichas que tenía sobre el tapete, se las echó en el bolsillo y decidió salir fuera del casino un rato, tomar aire y volver a entrar en una media hora.

Llovía a cántaros. El frescor penetró en sus pulmones. La madrugada, el silencio, la falta de gente por las calles, y los pocos coches que se desplazaban de un lugar a otro le parecieron, de pronto, de un romanticismo único. Extrajo del bolsillo izquierdo de la camisa el paquete de cigarrillos y, encendiendo uno, se dejó llevar por esa sensación que, por un momento, le hizo olvidar la mala racha por la que estaba pasando en la ruleta y también en su vida personal. Por un instante, vaciló si continuar jugando o, por el contrario, abordar un taxi para marchar a casa. Sacando una moneda del bolsillo del pantalón y dejando en manos del azar la respuesta, la lanzó al aire, pero antes de que esta cayera al suelo, él logró alcanzarla con la punta del zapato, pegando tal golpe a la moneda que esta se perdió a lo lejos. Apagó el cigarrillo en un pequeño charco antes de volver a entrar, con el único objetivo de continuar jugando.

◆ ◆ ◆

3.

Estaba a punto de cumplir una semana en casa de su amigo, donde ciertos detalles le llamaron la atención desde el primer momento. Particularmente, no lograba entender cómo podía ser que Eliseo, por bien que le fuera como agente inmobiliario, poseyese una vivienda de esas dimensiones en uno de los barrios más exclusivos de la ciudad. De la misma forma, le resultaba difícil comprender que se pasase las 24 horas del día sin salir de casa.

Había algo de impersonal en el tipo de decoración, en los objetos. Varios tableros y piezas de ajedrez, para alguien que no sabía ni cómo se mueve un alfil o cualquiera de los peones. Sin contar los pantalones, chaquetas, botas, gafas oscuras y cascos propios del motociclismo; las bicicletas de alta gama, que se podían alzar con apenas un dedo de la mano; equipos de buceo que incluían relojes que soportarían bajas profundidades en el mar, y otros de escalada profesional, es decir, un amplio abanico de vestimentas y objetos para un verdadero apasionado de los deportes, que no encajaban con un cuerpo que no se correspondía. Pero lo que en realidad le tenía inquieto era el arma encontrada por casualidad en uno de los cajones de la cocina: un revólver de alto calibre, con el tambor cargado, y, al lado, una caja de cartuchos. ¿Para qué diantres podría necesitar Eliseo un arma en casa? La zona era tranquila y, además, vigilada por los guardas que, en vehículos de una empresa privada de seguridad, constantemente recorrían las calles del barrio.

Mientras procuraba acomodar su cuerpo a lo largo del sillón, Mauro escuchó la inconfundible voz de la soprano María Callas. Desde la cocina llegaba el aroma de las diferentes especias que, en ese momento, Eliseo utilizaba para sazonar la comida que estaba preparando, y no pudo evitar volver a pensar en el revólver.

Instintivamente, revisó los bolsillos de su chaqueta y ahí estaban, nuevecitos, los billetes que conformaban la fuerte suma de

dinero ganada esa madrugada en el casino. Por increíble que pudiera parecer, la bolita blanca había caído cinco veces seguidas sobre el número 32. ¡Cinco veces seguidas! Y él tuvo la habilidad de elevar la apuesta en cada una de las ocasiones. Se lamentó de no apostar aún más, pero... ¿quién podría haber imaginado lo que iba a suceder? Recordaba la expresión de incredulidad que mostraba el resto de jugadores, que no salían de su asombro, quienes confesaron que jamás habían sido testigos de algo semejante. Después de esa jugada caprichosa del azar, el 32 dejó de caer a lo largo del resto de la noche; un breve tiempo en el que la mayoría de jugadores perdió elevadas sumas apostando a ese número rojo. Mauro, por el contrario, se permitió jugar al cinco, que era su favorito, con el que aumentó considerablemente sus ganancias. El cero, en cambio, caía inmediatamente cuando él dejaba de jugarlo. Al cambiar las fichas en el mostrador, Mauro, sin ocultar que se encontraba exultante, pidió a la cajera que le dieran todo en billetes grandes y algo de calderilla para pagar el taxi de vuelta a casa.

Mientras Eliseo servía la mesa, quiso saber adónde había pasado su amigo esa noche. Mauro mintió, contándole que de farra con un grupo de viejos conocidos. No deseaba revelar su afición al juego. Ni mucho menos que disponía de un dinero que pensaba guardar celosamente mientras lograba resolver su situación.

El tiempo era tan caluroso que Mauro propuso vaciar la piscina, limpiarla y volver a llenarla. Eliseo, al escucharlo, con el rostro curiosamente desencajado y sin dar mayores explicaciones, respondió que no le parecía una buena idea. Sin insistir, su amigo preguntó a bocajarro cómo es que vivía en aquella enorme casa. Entonces, acomodándose las gafas de sol, el otro respondió: «No es mía», agregando que tampoco estaba de alquiler. Le confesó que la casa pertenecía a un joven que había muerto hacía poco en un trágico accidente, sin especificar más. Él estaba en esa vivienda por orden expresa de su jefe, quien, según contó, negociaría directamente con los familiares del muerto para el desalojo voluntario. Hasta entonces, estaba claro que la consigna era no abandonar ni un instante la vivienda. En pocas palabras, aquel lugar estaba ocupado, y Mauro se había convertido, involuntariamente, en

una especie de intruso. Los altos muros que rodeaban la casa permitían que ninguno de los vecinos se hubiera percatado de la presencia de extraños, y, por supuesto, el jefe de Eliseo tampoco podía enterarse de que Mauro pasaba unos días allí.

Ahora que sabía la verdad, todas las piezas comenzaban a encajar, pero... ¿y la familia del muerto? Le quedó claro que se trataba de un hombre soltero, deportista, posiblemente un alto ejecutivo o un empresario de éxito, y, en cuanto se dio la oportunidad, comenzó a hurgar entre los cajones de los armarios en busca de algo que le proporcionara pistas de la identidad del muerto, pero... ¡nada! ¡Nada de nada! Ni agendas de trabajo, ni diplomas, ni tarjetas de visita, ni fotografías. Solo objetos: artículos de lujo, porque de pantalones, camisas, zapatos de vestir o deportivos, ninguno. Algo en todo aquello no le terminaba de cuadrar.

Mientras su amigo se daba un baño, Mauro se aventuró hasta el garaje, donde, polvoriento, se encontraba un flamante Mercedes Clase S, mejor conocido como La Berlina de la Mercedes, y buque insignia del fabricante. De repente, por detrás suyo, escuchó la voz de su amigo, quien, cubierto con una bata de baño, con su cabello negro y aún mojado, le hablaba a Mauro sobre las tres señas de identidad de aquel vehículo: «Intelligent Drive», «Efficient Technology» y «Essence of Luxury», y lo dijo pronunciándolo con perfecto acento inglés, a lo que quiso agregar que el primero de los conceptos se refería a la gran cantidad de cámaras y sensores de que disponía ese coche. Luego, le pidió que no se moviera del garaje. Al poco rato, ya vestido con un pantalón corto, una camiseta y sandalias, bajó para dedicarse a lavar el Mercedes con una manguera de agua a presión, al tiempo que, como si le perteneciera, ofrecía a su amigo el auto, por si este deseara conducirlo. Total, vio que las llaves estaban puestas, tenía combustible suficiente y el motor arrancaba a la primera. Mauro, mucho más preocupado que agradecido, declinó la invitación con una leve sonrisa y pasó a retirarse. Mientras se alejaba, lo invadió la incómoda sensación de sentir la mirada de Eliseo clavándose incisiva en su espalda, como si aquel tramara algo que él no lograba descifrar. Antes de cerrar la

puerta, con el pretexto de preguntar la hora, se giró de golpe, comprobando, por el gesto en el rostro de su amigo, que quizá no estuviera del todo equivocado, a menos que, de pronto, se estuviera volviendo paranoico. Algo que también, pensó, era posible.

Aun cuando se prometió no volver a pisar nunca más un casino, Mauro dejaba caer varias fichas sobre el tapete. La mitad de las ganancias de la noche pasada quedaron guardadas en casa de su amigo. Mauro, dada su buena racha, pretendía duplicar el capital con el que se presentó esa tarde. Llegó con la idea de alargar su presencia en ese lugar el mayor tiempo que fuera posible. Estaba convencido de que saldría con los bolsillos repletos de dinero. Incluso se estaba planteando, por qué no, convertirse en jugador profesional.

En esta oportunidad lo tenía claro: iba a seguir una estrategia del todo distinta. Jugaría durante largo rato a los números próximos al cero, lo que incluía al 32, número al que pondría la apuesta más alta. A los pocos minutos, como era de esperar, estaba rodeado de los típicos aduladores que no paraban de recordar, entre murmullos, la suerte de hacía solo unas horas atrás. En cuanto tocaba un premio importante, y con tal de quitárselos de encima, Mauro repartía algunas fichas entre esa especie de buitres, con la única condición, eso sí, de que se largaran a jugárselas a otras mesas. Algo que, por supuesto, no tenían inconveniente en hacer. De esa manera, compraba un rato de tranquilidad que dependía solo del tiempo que supieran mantenerse sin perderlo todo, y regresaran de nuevo a su alrededor. Sin la presencia de relojes, la única medida de tiempo se basaba en la cantidad de dinero que se pudiera jugar. El anecdotario que pasaba de unos a otros, referido a los ganadores, era amplio y variado, y Mauro, con lo de los cinco aciertos seguidos al número 32, ya era leyenda que estaba en boca de todos. Una especie de personaje al que deseaban estrechar la mano, pensando que, en ese apretón, él les transmitiría parte de su increíble buena suerte. Pero Mauro, con lo supersticioso que solía ser, evitaba a toda costa cualquier tipo de contacto físico con esa gente, no fuera que la fortuna, que hasta entonces le había acompañado, acabara por abandonarlo de un momento a otro. Lo cierto es que la jornada no

fue tan bien como esperaba. Acabó sin ganar nada, pero no perdió lo que en verdad le importaba: una buena parte de lo obtenido la noche anterior. Suficiente para mantenerlo a flote un largo periodo de tiempo.

Después de largo rato sin alzar la mirada de la mesa y sin acertar un solo número en la ruleta, comprobó que, a pesar de la multitud agolpada a su alrededor, era el único que seguía jugando.

Una especie de pánico y descontrol se apoderó de su voluntad, poniéndolo en riesgo de perderlo todo. Por lo que, en un chispazo de sensatez, decidió recoger las escasas fichas que aún le quedaban y retirarse.

Se dirigió al mostrador, donde las canjeó por dinero y, saliendo a la calle, abordó un taxi que lo llevó hasta su casa.

Durante el trayecto, hundido por el sinsabor de la derrota, comenzó a sentir escalofríos y no dejaba de experimentar una profunda rabia contra sí mismo. Lo único que le reconfortaba era saber que parte del dinero aún se encontraba a buen recaudo.

Al llegar, antes de pagar, pidió al taxista que no se marchara. Un momento después, volvía a salir para pedirle que lo llevara nuevamente al casino. Calculó que aún le quedarían un par de horas antes de que cerraran. Tiempo suficiente, pensó, para recuperar las pérdidas, aunque al final el balance de beneficio fuera nulo.

Para armarse de valor, apuró un trago de whisky de una petaca que encontró por casualidad en una de las estanterías del salón.

Entró a la sala de juego con paso decidido y se dirigió a una mesa diferente. No faltaron quienes, al verlo, le aconsejaron que mejor volviera por donde había llegado, pues irremisiblemente terminaría perdiendo todo su dinero. No hubo manera de convencerlo. Llamó a un par de empleados y les pidió que nadie, absolutamente nadie, que no estuviera jugando, se acercara a él en lo que restaba de la noche. Aceptaron sin poner inconveniente, lo que, como era de esperar, enfadó a quienes intentaron rodearlo.

Ahora sus apuestas comenzaron siendo mucho más conservadoras y, aunque en la mayoría de los casos lograba acertar, la cuantía de los premios era proporcional a las apuestas, por lo que no tardó en decidir elevarlas. Las pérdidas entonces comenzaron a

ganar terreno sobre las ganancias. Cuanto más giraba la suerte en su contra, mayor era su desesperación, convirtiéndolo en una especie de barco a la deriva. Sin ton ni son, lanzaba sus apuestas sin detenerse a mirar siquiera los números a los que apostaba, en una clara actitud de resignación. Tomó las últimas fichas y las puso todas al 32. Mientras la bolita blanca giraba alrededor de los números, de pronto comenzó a detenerse cerca del número al que había apostado, cayendo, sin embargo, en el cero, un número que no había dado premio en horas.

Al abandonar el sitio, comenzaba a amanecer. La lluvia que caía de nuevo, el aire fresco y la soledad en las calles ya no le parecieron tan románticos como antes. Escarbó en sus bolsillos y se alegró de comprobar que aún le quedaba lo suficiente para pagarse el billete de autobús y volver a casa.

◆ ◆ ◆

4.

Aquella mañana de domingo, para Mauro, fue especialmente amarga. Su situación financiera se encontraba en quiebra y su estado emocional estaba bajo mínimos. Había perdido el apetito, fumaba y bebía café sin medida. No se dirigía la palabra con su amigo, quien se pasaba el tiempo metido en una de las habitaciones, colocándose de cocaína hasta las cejas.

Se cumplían más de dos semanas desde su regreso a Barcelona, y nada parecía haber cambiado a su favor. Ninguna persona, salvo Eliseo, conocía su actual paradero. En el teléfono, no conservaba ningún mensaje que despertara en él el más leve interés. Para distraerse, tomó una de las libretas de bolsillo apiladas en un estante del salón principal. Se acercó hasta una mesa colocada al lado de la piscina y, como solía hacer el conde León Tolstoi, según leyó en sus diarios, Mauro comenzó a realizar

pequeñas anotaciones plagadas de buenos propósitos, en los que se evidenciaba el deseo de enmendar su vida. Fijando su mirada en la piscina, observó que, en su abandono, seguía recubierta por el musgo con aquella textura viscosa que había terminado por conferirle el aspecto de una gran alfombra verde, sobre la que ahora flotaban una variedad de hojas resecas, así como pétalos de diferentes flores que fueron arrastrados hasta allí por el viento.

Mauro no terminaba de comprender por qué Eliseo, con aquel asfixiante calor del verano, no accedía a que vaciaran la piscina, la limpiaran y la llenaran de nuevo. En el garaje se conservaban los productos químicos indispensables para el tratamiento del agua. Incluso estaba convencido de que aquella piscina disponía de un sofisticado sistema de calefacción para mantener el agua a la temperatura deseada.

Desde la ventana de una de las habitaciones de la segunda planta, Eliseo, dando una bocanada al cigarrillo y alzando la mano para beber un trago de coñac, observaba a su amigo, quien, desde el mediodía, llevaba pegado a aquella silla negra de hierro forjado. Una vez más, estrelló el humo contra el cristal y se dirigió hasta la bodega particular del muerto, donde continuó expoliando la selecta colección de botellas.

Al caer la noche, en medio de la oscuridad y el canto de los grillos, y con el ahogante calor colándose por cada poro de la piel, Mauro, dejando a un lado sus temores y dudas, resolvió darse un ligero chapuzón en la piscina de aguas que, por su verdor, impedían ver el fondo.

Se despojó entonces de la ropa, caminó descalzo sobre el césped y, a punto de lanzarse, sintió el frío del cañón de un arma que le oprimía a la altura del cuello. Seguido de la voz de Eliseo, en tono resuelto y amenazante, le advirtió: «Ni se te ocurra».

«¿Qué se ocultaba en el fondo de aquella piscina?», se preguntó Mauro. ¿Un cadáver en estado de putrefacción? ¿El del antiguo dueño de aquella mansión, quizá? ¿Fardos de cocaína, dinero en dólares, o ambas cosas? ¿Quién sabe si Eliseo es un narcotraficante que trabajaba para el exmarido de su sobrina Belén? Todo era posible.

Al día siguiente, el teléfono de Mauro comenzó a sonar con insistencia, sin que él, que lo tenía en silencio, pudiera escucharlo. Al despertar horas más tarde, se percató de que tenía almacenados varios mensajes en su buzón de voz. Uno era de un antiguo jefe en la redacción de uno de los periódicos, para el que en otro tiempo había hecho alguna que otra colaboración en la sección de salud mental. Pedía que lo llamara en cuanto le fuera posible. El otro era una confirmación de que lo habían aceptado para un nuevo empleo. El mensaje, literalmente, decía: «Señor Mauro Alarcón Fuentes, haga el favor de presentarse en las oficinas centrales de nuestra compañía para firmar el contrato de trabajo».

Istintivamente, marcó el número de Virginia, una antigua compañera de la facultad a la que no veía en años. Al escuchar su voz, le dijo que volvía de un largo viaje, a la vez que le preguntaba, a bocajarro, si podría alojarse un par de noches en su casa, omitiendo su llegada a Barcelona hacía más de 15 días atrás. Ella, quien siempre se había sentido atraída por Mauro, y sin ocultar su emoción al oírle al otro lado del teléfono, respondió que no había inconveniente en que se quedara cuanto hiciera falta, pues aún vivía sola, ofreciéndose para ir a buscarle al aeropuerto.

Antes de colgar, sin aclarar el qué, Mauro prometió que luego le explicaría. Virginia aceptó contenta y se despidió con un tímido beso.

Mauro, que se pasó la noche borrando todo tipo de rastros que evidenciaran su presencia en esa casa, que hoy más que nunca sabía a muerte, se incorporó del sillón con el cuidado de no tocar con sus manos nada que no fuera imprescindible.

En el bolsillo de la camisa conservaba una hoja arrancada a cuajo de la libreta, donde el día anterior había realizado sus anotaciones, y en la que, escrito en tinta azul, figuraba una serie de números que podrían pertenecer al pin de una tarjeta de crédito, a la clave de una dirección de un correo electrónico, la casilla de un buzón de correo, la taquilla de un gimnasio o… la combinación de una caja fuerte.

En uno de los cajones de la cocina, junto al revólver, se amontonaban una serie de notas de pedidos a domicilio realizados

por Eliseo a diferentes supermercados, pizzerías y restaurantes de comida china.

En el preciso instante de abrir la puerta principal que daba acceso a la vivienda, delante de él, vio estacionado el taxi que le llevaría al aeropuerto internacional, donde, como había quedado solo hacía un par de horas antes, esperaría a su amiga Virginia. Pero entonces, justo en ese momento, a través del cristal de una de las ventanas, en la planta más alta de la casa, Eliseo, junto a una figura borrosa —¿fantasmal? — de un hombre de aspecto pálido, observaban a Mauro, quien, echando un último vistazo en dirección a la piscina, como quien cierra la tapa de un féretro, y sintiendo un ligero escalofrío que recorría su espalda, empujó suavemente el portón y, mentalmente, dijo «adiós».

EL APARTAMENTO MALDITO

> El que lucha contra los monstruos debe tener cuidado de no convertirse él mismo en un monstruo. Y cuando tu mirada penetra largo tiempo en el fondo del abismo, el abismo también penetra en ti.
>
> FRIEDRICH NIETZSCHE, *MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL*

A principios de los ochenta, la vivienda que arrendaba en la plaza de Sant Agustí el Vell, emplazada en el corazón del casco antiguo de la ciudad, era diminuta y carecía casi por completo, de las más elementales comodidades de la vida moderna, propias del resto de hogares en los que, con sus existencias monótonas, así como, probablemente, asqueadas de sí mismas, habitaban unos seres que, a simple vista, me parecían extraños. Me refiero, a individuos de rostros melancólicos, con miradas de recelo, donde se albergaba, como un animal en acecho, la desconfianza, que, en algunos casos, dejaba entrever el carácter mezquino que los dominaba cual yugo a las bestias. Hablo de personajes, en su mayoría, inhóspitos, de gesto severo, quienes ahora mismo, no me sería posible explicar por qué, presentía que, tras su ruda apariencia, en lo más profundo de su oscuro ser, ocultaban como en una caja de Pandora, vaya a saber qué curiosos e inescrutables secretos de familia y, a los que, en aquellos años, solía llamar sin el menor reparo, mis vecinos.

Un colchón de matrimonio, obsequio de una joven árabe, a quien conocí una noche de verano en una bulliciosa cervecería cercana a Las Ramblas, descansaba sobre el piso, cubierto a menudo, por gastadas novelas, en su mayoría de escritores rusos del siglo XIX, de quienes me hice la promesa de leer, con el paso del tiempo, sus obras más destacadas. Se trataba de libros como *Los demonios, Crimen y castigo, Almas muertas o Guerra y Paz,* cuyos títulos, a menudo se mezclaban entre medio de las sábanas, con

poemarios de autores, por entonces novedosos para mí, como lo eran T.S. Eliot, Byron, Pushkin, Pound, Seferis, Ungaretti, Rilke, Mayakovski, Yesenin, Cavafis… comprados en los puestos de libros de ocasión del mercado Sant Antoni y cuyas páginas, devoraba insaciable en las madrugadas a la luz de las velas, que colocadas en un candelabro de latón que semejaba estar bañado en plata, dotaban a la casa, de un aspecto francamente tenebroso, pero a su vez, fascinante. En una esquina de la única habitación que existía en aquel pequeño departamento de paredes blancas, yacían varados, algunos discos de vinilo, entre los que se podían apreciar en sus cubiertas, los rostros de Joan Manuel Serrat, Paco Ibáñez o Alfredo Zitarrosa, aunque en aquellos tiempos no contaba siquiera con un aparato donde me habría gustado poder escucharlos, sentado en el sofá, lanzando al aire el humo del cigarrillo. Unos discos, que eso sí, se disputaban el poco espacio, con un viejo y destartalado armario, carente de puertas donde me las arreglaba, como humanamente podía, para colocar los escasos pantalones, camisas, abrigos que nunca abrigaban lo suficiente, dos o tres pares de zapatos y una maleta que con el tiempo se fue llenando de polvo y que, en su conjunto, constituían, por decirlo de alguna manera, la totalidad de lo que, con un cierto sentimiento de pena, podía considerar, mis pertenencias.

Establecido hacía poco tiempo en la ciudad, aún albergaba la esperanza de retornar pronto a mi país natal, donde por entonces, apenas daba comienzo una encarnizada guerra fratricida, que, en sus albores, me había lanzado hasta Europa y que, contrariamente a lo que entonces se esperaba, se alargaría durante toda una década.

Para mitigar en parte la soledad, así como la sensación, cada vez mayor, de orfandad producida por el exilio, solía dar largos paseos entre medio de callejones que jamás habría podido, ni tan siquiera en sueños, imaginar. Sin embargo, con el correr de los años, paulatinamente y, a pesar de mi marcado acento salvadoreño, me fui familiarizando con sus gentes y costumbres, hasta el grado de dejar de sentirme un forastero.

Catedrales e iglesias del más puro arte gótico, librerías donde era posible adquirir lo mejor de la literatura clásica y

contemporánea, cafeterías con sus terrazas, en las que, lugareños y turistas, accidentales o no, a menudo llegados de puntos remotos del planeta, tomaban el sol en una primavera que abría sus puertas al verano o bien, disfrutaban del frío otoño que daba paso al suave invierno del Mediterráneo, casas con sus balcones, vidrieras emplomadas, rejas de hierro forjado, con frecuencia, eran huellas del Modernismo arquitectónico que descubrías en cualquier rincón, pero que constituían sólo una parte, del atractivo que el entorno te brindaba a manos llenas, ante el asombro permanente, de alguien que como yo, había recalado, casi por casualidad, en la que comencé a ver, como una ciudad mágica, pero también, misteriosa.

Uno de esos días, mientras deambulaba por el elegante Passeig de Sant Joan, varias señoras de la Asociación Contra el Cáncer, que muy animadas se encontraban celebrando su día internacional, me pidieron que guardara una mesa que, según me explicaron, más tarde pasarían a recoger en un vehículo del ayuntamiento. Daban la impresión de estar preocupadas por llegar a tiempo a una cena conmemorativa que habían preparado para ellas en algún lugar de la Ciudad Condal. Ante la insistencia, que ya casi rozaba el ruego, acepté el compromiso de quedarme custodiando aquella mesa que medía algo más de dos metros de largo por uno de ancho y resignado con la tarea asumida, observé como las mujeres, ya tranquilas y sonrientes, mientras me lanzaban su adiós con las manos, se marchaban en un taxi. Después de esperar cerca de diez minutos, terminé por convencer a un joven inmigrante que en aquél momento pasaba por la calle, para que me ayudara a transportar hasta mí departamento aquella pesada mesa de madera y patas de hierro, que, a partir de esa noche, pasaría a ocupar prácticamente la casi totalidad del pasillo, quedando desde ese momento, al lado de una vieja nevera.

Cultivé la amistad con algunos miembros de la, entonces, incipiente comunidad latinoamericana, que, en su mayoría, eran originarios del Uruguay, la Argentina o Chile. Se trataba, de las últimas oleadas de inmigrantes procedentes del Cono Sur, que llegaban huyendo, más que de la represión política, que aún era latente en sus países de origen, de la falta de oportunidades. Entre

ellos, se encontraban músicos, escritores, dramaturgos, bailarinas de danza clásica, mimos, cantantes, profesores de universidad, lo que, en definitiva, significaba para mí, savia nueva, intelectuales con quienes se podían entablar tertulias que duraban hasta el amanecer. De manera que decidimos que lo mejor sería reunirnos en mi pequeño departamento, al menos una vez por semana.

Era innegable que nos sentíamos cautivados por la romántica idea de compartir experiencias, lecturas, ideales e inquietudes de todo tipo, aunque muy pronto es cierto, descubrimos que también, dentro de esa fraternidad que nos unía, como en un aquelarre, nos veríamos forzados por las circunstancias, a quemar nuestras quimeras y, aún más, a escuchar las blasfemias proferidas ante los frecuentes desengaños, al descubrir de qué manera, los sueños que durante años se habían ido tejiendo en el silencio más íntimo, ahora chocaban contra un muro, que como el de los lamentos, serviría de catarsis a cada uno de sus protagonistas, para mitigar la pena. Mientras tanto, en medio de todo aquel barullo, un dúo argentino, originario de la región sureña de Tandil, solían interpretar a lo largo de la velada sus canciones al compás de la milonga. Se trataba de dos tipos discretos que era evidente, habían nacido para hablar a través de las cuerdas de sus guitarras.

Una de esas madrugadas, un joven uruguayo, de la región del norte, cercana a Tacuarembó, nos narró con su voz profunda, varias espeluznantes historias, entre las que cobró gran interés, una que explicaba sobre los experimentos realizados con un magnetofón, dejado en el cementerio de su pueblo, en mitad de las noches frías de invierno. Un relato amparado en varias pruebas científicas que, a su vez, al parecer, demostraban que era posible registrar macabros sonidos, que, según el narrador, llegaban desde lo que él solía llamar, el inframundo. Esto generó todo un sesudo debate, entre los que se consideraban a sí mismos racionalistas y otro grupo, bastante más reducido y menos escéptico, en el que, curiosamente, predominaban las mujeres, que tendían a una visión del mundo más próximo a las ciencias ocultas y la magia negra, pero al que ellas preferían denominar, ciencias esotéricas. Para darle al ambiente un poco de misterio, una joven actriz chilena, propuso apagar todas las

luces de la casa, dejando únicamente un par de velas encendidas en medio de la habitación, idea que nos resultó acertada llegado a ese punto de tensión en el que nos encontrábamos sumidos. Lo que ninguno esperaba, es que, a los pocos minutos, se produjera en el pasillo, un destello de luz, similar al flash que suele producir una cámara fotográfica. En principio, curiosos, más que asustados y, con la intención de encontrar una explicación razonable, nos dirigimos hasta el punto de donde había procedido aquella especie de deslumbrante fogonazo, cuando de pronto, ahora sí, ante el asombro generalizado, que rozaba el terror, patente en nuestros rostros, en la habitación que habíamos abandonado hacía sólo un segundo, nuevamente se volvía a repetir, aquel destello de luz. La evidencia ante lo ocurrido era tal, que, de forma unánime, decidimos guardar el más absoluto silencio, dejando a un lado la conversación que antes nos ocupaba y mantenía tan animados. Dimos por terminada la reunión, brindamos con el poco *cava* que aún quedaba y cada cual se marchó a su casa. Una vez a solas en el departamento, sin pensar más en lo ocurrido, me dispuse a ir a la cama. Entré en el cuarto de baño, tomé el cepillo de dientes, pero en el momento que me enjuagaba la boca, sentí un soplido a la altura del cuello. Puesto que me encontraba en un espacio, no sólo reducido, sino también completamente cerrado, llegué a la conclusión de que era del todo imposible que se produjera cualquier corriente de aire. Un ligero frío recorrió entonces mi espalda. No quise levantar la vista para ver a través del espejo que tenía delante. Me tragué la pasta dentífrica. Sentí como se aflojaban mis piernas. Me faltaba el aliento. Por mi mente, pasaron una infinidad de imágenes, todas ellas horribles. Sin alzar mi frente, fui hasta el armario, tomé algo para abrigarme y salí a la calle, donde decidí esperar la llegada de la luz del día.

Al volver aquella mañana e introducir la llave en la puerta del departamento, sentí como, una ligera presión se resistía a que yo entrara. Una vez en casa, lo atribuí al agotamiento, ya que había pasado deambulando largo rato por la ciudad y, sin fuerza alguna para detenerme a recapacitar en nada, me dejé vencer por el sueño, cayendo profundamente dormido. Cuando desperté, comenzaba a caer la noche y recordé que a esa hora, días antes, había quedado

de encontrarme en una cafetería de la ciudad con Neus, una mujer joven recepcionista de un hotel, que conociendo mi admiración por la obra de Edgar Allan Poe, prometió dejarme en préstamo varios libros de Maupassant a los que, en un último instante, agregó al paquete, un par de títulos de Lovecraft y otros tantos de Arthur Conan Doyle, tres autores a los que, hasta entonces, jamás había tenido la oportunidad de leer, pero que ella aseguraba, enriquecerían mi visión sobre el relato de terror. Me arreglé para asistir a una cita a la que llegaba con bastante retraso. En el fondo, he de confesar que, después de lo ocurrido la noche anterior, introducir en casa, las obras de esos escritores por buenos que fueran, no me seducía en absoluto. Sin embargo, por otro lado, me atraía, el gusto que esa mujer profesaba por la literatura de misterio. Al llegar, lo primero que vi, fueron aquellos ejemplares colocados sobre la mesa, previamente atados con una fina cuerda. Luego sin el menor de los reproches, ella pidió un café con leche y por mi parte, dije al camarero que tomaría algo fuerte, así que pedí un coñac. Neus, me miraba como queriendo escrutar en el fondo de mis pensamientos, donde apenas quedaba espacio para otra cosa que no fuera, el temor, casi infantil, que me provocaban aquellos libros que ella había portado. Me preguntó si me sentía mal, le respondí que no había dormido la noche anterior y que, si no le importaba, prefería irme nuevamente a casa. Me entregó los libros en mis manos. Agradecí su gesto amable y, prometí devolvérselos en cuanto los hubiese leído. Acordamos, que sería la próxima vez que nos viéramos, y así aprovecharíamos para comentar aquellos cuentos que, a partir de ese momento, con sus fantasmas y otras especies de monstruos que encerraban sus páginas, quedaban bajo mi custodia.

Por aquellos días, sentado sobre las gradas de la ermita de Santa Llúcia, próxima a la catedral de Barcelona, conocí a un joven boliviano, quien luego de haber cursado estudios de arquitectura en no recuerdo qué prestigiosa universidad inglesa, estaba de paso por Cataluña. Era un muchacho culto que deseaba quedarse algún tiempo más en la ciudad, pero que carecía del dinero necesario para hacer frente a los gastos del hotel en que se hospedaba. En un casi desmesurado gesto de confianza y generosidad, le ofrecí alojarse

por una temporada en mi departamento, oferta que él aceptó de inmediato con gran entusiasmo, presentándose a la mañana siguiente con su equipaje en la puerta de casa. En mi departamento no disponía de mucho espacio, de manera que le invité a que él mismo buscara un lugar donde acomodarse y eligió, que sería debajo de aquella larga mesa. Al enterarse de su presencia, el resto de amigos latinoamericanos, no tardó en proporcionarle un colchón, que al igual que el mío, pronto fue a parar al piso pintado de color rojo. Un rojo que recordaba al de los terrados de los edificios. Un par de días más tarde, al entrar en casa, vi que la mesa había sido cubierta por una larga sábana blanca que llegaba hasta el suelo y, que, a su vez, hacía de separación con lo que, aquel joven de tez morena y marcadas facciones andinas llamaba, su habitación. Tras la tela blanca, se apreciaba una cálida luz de donde procedía, la interpretación a la guitarra, de una de las obras del compositor paraguayo, Agustín Barrios Mangoré. En ese preciso momento, sacando la cabeza de entre la sábana, nuestro querido arquitecto, visiblemente orgulloso, me invitó a ver todas las reformas que con gran ingenio había realizado en ese diminuto espacio, al que él mismo pronto se fue acostumbrando. Pude comprobar, la existencia de una librera sobre la que figuraban los títulos de varias obras de la literatura, las cuáles leería gracias a una lámpara de flexo; en un pequeño armario fijado a la pared, guardaba un par de copas de cristal de Bohemia, que se mezclaban con botellas de exquisitos vinos franceses y, entre las que sobresalía, una postal del Museo Guggenheim de New York, mientras que, a los pies del colchón, colgaban de unos percheros, que se sujetaban a un palo de escoba, varias prendas de vestir perfectamente planchadas.

A la semana de haberse instalado en casa, hizo su aparición en escena una joven, que resultó ser profesora universitaria y, quien finalmente, como era de esperar, terminaría frecuentando mañana, tarde y noche, aquel espacio bajo la mesa, donde junto a nuestro amigo boliviano, ahora casi invisible, viviría una intensa luna de miel, sólo interrumpida a ratos, por la presencia de aquel grupo de amigos que, al igual que antes, seguían animando las veladas y, con quienes, reunidos alrededor de aquella larga mesa, como si de una

cantina del oeste americano se tratara, conversábamos y bebíamos, al tiempo que, entre continuas explosiones de risa, empecinadamente insistíamos en la idea de que sí era posible humanizar, un mundo que cada vez, se tornaba más perverso.

Obsesionado como estaba por la literatura fantástica, me dirigí hasta una librería cercana a la Plaça del Pi, donde casi siempre, si sabías buscar, era posible hacerte con autores y títulos de tu interés. Fue así, como casualmente, amontonado dentro de una cesta de mimbre, me encontré con una primera edición de los *Relatos de Fantasmas* de Edith Wharton. Lo compré y, aquella misma noche, me dispuse a leerlos. A medida que me iba sumergiendo en cada una de las narraciones de la autora neoyorquina, sentía a mí alrededor, una presencia, casi física, de sus siniestros personajes. Pasadas las horas, seguido de algunos relámpagos, comenzó a caer la lluvia. Minutos más tarde, escuché que entraban en casa. No me cupo la menor duda de que se trataba de mi huésped, quien, a esas horas de la madrugada, seguramente vendría acompañado de su amiga. Pero al momento, comenzó a inquietarme el hecho de no ver proyectarse, por debajo de mi puerta, la luz del pasillo. Tampoco, reconocí en aquellas voces, las del arquitecto, ni la de la joven profesora de psicología. Unas voces, que llegaban a mis oídos, como si en realidad, vinieran de ultratumba. A pesar de aquellos temores que me atormentaban, preferí seguir pensando en que eran ellos los que, en voz baja, decían cosas ininteligibles para mí. Sin embargo, el corazón comenzó a latir en mi pecho, con la violencia de un caballo desbocado. Inmóvil por el miedo, sentí que una fuerza, casi inhumana, me ataba al sofá. Mientras las velas, débilmente, continuaban iluminando la estancia, escuché que caía el agua en la bañera, al tiempo que, en la cocina, alguien lavaba unos vasos. Lo último que recuerdo, fueron unos pasos que iban y venían de un lado a otro del pasillo. Al despertar, por la ventana asomaban los rayos de un nuevo amanecer. El libro de relatos, yacía a mis pies sobre el suelo. Al salir de la habitación, aún dormían bajo la mesa. Me di una ducha y escaleras abajo, fui hasta el bar más cercano a tomar el primer café de la mañana.

Un sábado por la tarde, me presenté en la vivienda a la que recientemente se había mudado Neus y que ahora, compartía con otra compañera de trabajo, quien esa tarde no se encontraba en casa. Era un día otoñal, agradablemente soleado por lo que Neus, me invitó a tomar café con galletas en su amplia terraza, desde donde recuerdo, se podía ver parte de la ciudad. Le entregué los libros a los que, en muestra de mi gratitud, sumé la edición de Edith Wharton, que, con entusiasmo, prometió leer. Para no empañar mi visita, decidí omitir, que desde el mismo instante en que entré por la puerta de su departamento, me resultaba imposible evitar la sensación de ser observado por una inexplicable presencia. En apariencia, este día no tenía por qué despertar en mi espíritu, motivo alguno para el temor. Sin embargo, no atinaba a comprender cómo era posible que continuara sintiendo aquella fantasmal presencia clavando su mirada en mí espalda. De vez en cuando, disimuladamente, hacía el gesto de girarme en dirección a las ventanas, como si por un momento creyera posible encontrarme de repente con la figura de un ser, únicamente invisible para los ojos de los demás. Por momentos, casi podía sentir como se posaban unas manos frías sobre mis hombros. Decidí no abordar ningún tema relacionado con los relatos leídos durante esos días. Mi amiga tampoco mostró mayor interés, de manera que lo dejamos de lado. Neus, después de comentar una de las últimas películas de Woody Allen que había visto, de pronto, sugirió ir a cualquiera de las salas de cine alternativo. Tras consultar la cartelera del periódico, nos marchamos.

Al salir de los cines Maldà, ya era pasada la media noche, por lo que propuse, a Neus, acompañarla hasta su casa. Próximos a la plaça Lesseps, notamos que se comenzaba a levantar el aire. En el momento que llegamos frente al edificio donde ella vivía, la ventolera rugía con tanta fuerza, que casi doblaba los árboles del vecindario. Al atravesar el portón principal, nos llamó la atención, el extraño ruido que parecía proceder de la parte más alta, que correspondía al piso de mi amiga, quien ahora inquieta por la furia de aquel viento, caminaba junto a mí. Cuanto más ascendíamos, más retumbaba el ruido en las paredes, causando la sensación de

que el edificio estuviera en medio de un pequeño tornado que, con su viento circular, provocara que las ventanas se abrieran y cerraran de manera continuada como violenta. Metió la llave en la cerradura y en ese instante, se produjo un profundo silencio. Antes de abrir la puerta de su departamento, Neus, en busca de complicidad, me lanzó una mirada. Nos quedamos un segundo sin decir nada, como esperando que de pronto, algo ocurriera, sin saber exactamente qué y cuando por fin reaccioné, pude ver a mi amiga que bajaba a toda prisa por las escaleras. De forma casi instintiva quité las llaves que habían quedado colocadas en la puerta para seguirla y en ese preciso momento, aquel insoportable ruido volvía a ser omnipresente, tornándose más fuerte a medida que descendía a la calle. Ya fuera del edificio, con la sensación de sentirme a salvo de quién sabe qué tipo de peligro, vi a una Neus, que, apoyada sobre su coche, se encontraba temblando de los pies a la cabeza, llorando amargamente y sin poder gesticular palabra. Cuando por fin logré calmarle, preocupada por su compañera de piso, se dirigió hasta la cabina telefónica más cercana. Sophia, que es como se llamaba aquella joven, al contestar la llamada, aseguró que ella no había escuchado ningún ruido en toda la noche, cosa que nos resultaba imposible después de la experiencia vivida hacía sólo unos minutos. Neus entonces, sin ánimo para entrar nuevamente a su departamento, me pidió que la acompañara a casa de sus padres. Al poner en marcha su vehículo, nos percatamos de que el viento soplaba con mucha menos fuerza.

A la semana siguiente, retomé el contacto con Neus, quien me explicó, aún impresionada por el curioso fenómeno de aquella noche, que había tomado la decisión de abandonar la vivienda en la que, desde aquel día, jamás volvió a poner un solo pie. Sus familiares se hicieron cargo del traslado de todas sus pertenencias. Al preguntar por Sophia, dijo que su compañera de piso, tras colgar el teléfono, comenzó a percibir una presencia extraña y a escuchar ruidos en todo el resto de la casa, que hizo que se vistiera inmediatamente y se marchara a un hotel. Al igual que Neus, al siguiente día, decidió irse a vivir a otra parte de la ciudad y como ella, jamás regresaría al departamento.

Una tarde de lluvia, quien hasta ese momento sería mi huésped, anunciaba que, dentro de pocas horas, por fin, se marchaba a Bolivia, donde familiares y amigos lo esperaban para celebrar las navidades. Descorchó una botella de gran reserva y, derramando su vino tinto sobre unas copas, sin decir más, brindamos. Abrió una de las maletas, encendió un cigarrillo que se llevó a los labios y, acto seguido, se dio a la tarea de ir desmantelando poco a poco, aquella que, durante semanas, había considerado su habitación. Empaquetó primero los libros, entre los que se apreciaban una hermosa edición de *Vidas Paralelas* de Plutarco, otro en tapa rústica de *Los orígenes de Roma* de Tito Livio y el primer tomo de la *Crítica de la razón pura* de Kant. Cuando terminó de ordenar su ropa y de guardar otros objetos, metió en una bolsa, los restos ya inservibles y los lanzó a la basura. Sólo quedaban el colchón, que luego pasarían a recoger y una alargada mesa que, tras desvestirla de aquella sábana blanca, recuperaba nuevamente su aspecto original.

Como ya era costumbre, celebramos una de las reuniones en las que sentimos las ausencias del arquitecto, quien a esas horas estaría aun volando con rumbo a su país y, la de su amiga, de la que, en realidad, nunca supimos nada de su vida y a la que jamás volvimos a ver. Los músicos argentinos, tampoco nos acompañaron con sus guitarras, porque al igual que el joven boliviano, ellos también preparaban viaje para retornar a su Tandil natal, con la idea de no volver nunca más. Lo que, con los años, sin tan siquiera imaginarlo aún, harían el resto de los componentes de aquel grupo de artistas e intelectuales que frecuentaban mi departamento. Esa noche, dos de las actrices, representaron una breve pieza de teatro escrita por uno de nuestros amigos, actuación que al final combinaron con la lectura de varios poemas de algunas poetas latinoamericanas, mientras que afuera, continuaba lloviendo.

En el transcurso de esa semana, al caer la noche, comenzaba a escuchar pequeños ruidos, que en principio los atribuía a los propios de todas las casas, procurando que esos sonidos, no cobraran mayor importancia en mi mente, ya de por sí, debilitada por el miedo. Eso no evitó que instalara un cerrojo en la puerta de mi habitación con la

idea de protegerme, pero siempre sin tener la certeza de qué era aquello de lo que debería de atrincherarme en la forma en que cada vez, con mayor obsesión, lo hacía. Como Edith Wharton, comencé a alimentar la idea, que más tarde se convertiría en convicción, de que todos aquellos libros, cuyas páginas estaban plagadas de historias de misterio, encerraban en su interior a seres fantasmales que, tanto les daba, fuera a plena luz del día, que, en la penumbra de las madrugadas, deambulaban por cualquiera de los rincones de casa. Firme a esas creencias, decidí deshacerme, de cuanto libro hubiera sido escrito, con la malsana intención de inspirar en los lectores, como lo habían hecho en mí, el más mínimo sentimiento de terror. Pero aquellas prevenciones tomadas por mi parte, con la mayor de las cautelas y con todo el rigor del mundo, sirvieron de muy poco. Por las noches, continuaba escuchando pasos producidos por unos pies descalzos, deslizar de sillas, el sonido de quien me llamaba en voz baja, como si lo hiciera de muy lejos. Aunque en menor medida, otras veces, era el peso de un cuerpo que se echaba a un lado de mi cama, para luego, tener la sensación de suaves caricias en mi rostro, como producidas por el leve arrastrar del velo nupcial, que de inmediato en mi frágil imaginación, cobraban la textura de la tela blanquecina de una mortaja.

Al volver a casa, después de uno de mis frecuentes paseos matutinos, me encontré con un nutrido grupo de vecinos que, malhumorados unos, preocupados otros, simplemente curiosos la mayoría, rodeaban a un vehículo del cuerpo de bomberos estacionado delante mismo del portón del edificio donde vivía. Cuando por fin logré traspasar toda aquella especie de barrera humana que se agolpaba con el único fin de enterarse mejor de lo que sucedía, se aproximó Anna, la camarera del restaurante donde solía comer cada día, quien evidentemente afectada, me advirtió de que todo aquel barullo tenía que ver con algo que había sucedido en mi departamento. A toda prisa corrí escaleras arriba, al tiempo que, en mi camino, chocaba con las miradas inquisidoras de mis vecinos que, a mi paso, no perdían la oportunidad para lanzar, sin sentido, sus reproches. Al abrir la puerta, me encontré con un hombre fuerte, de mediana edad, que sentado sobre la larga mesa, delante de una

ventana rota que daba al patio de luces, sostenía en sus manos el extremo de aquella manguera que mientras subía, había visto tirada a lo largo de las escaleras. Consternado aún, como quien hace una confesión, me contó que, tras recibir la llamada de emergencia, se presentaron para sofocar un conato de incendio que se estaba produciendo en mi casa, que antes de irrumpir en la vivienda, desde el patio de luces del edificio, había visto el humo y unas flameantes llamas azules. Lo sorprendente, después de trabajar tantos años como bombero, es que se trataba de la primera vez que, al romper los cristales, aquel humo y aquellas llamas, desaparecieran delante de sus propios ojos. Para justificar su presencia, me pidió el favor de firmar un documento que extendió sobre la mesa. Estampé mi firma, nos despedimos amablemente y se marchó.

Aquella misma tarde, el cielo se cubrió de nubarrones que anunciaban la tormenta. Los cristales de las ventanas del pasillo, ahora rotos, dejaban penetrar al viento, que con su hiriente frío inundaba la pequeña estancia. Momentos antes de que se precipitara la lluvia, la accidentada caída de un rayo sobre uno de los generadores, nos condenaba irremisiblemente a pasar el resto de la noche sin la posibilidad del alumbrado eléctrico. Tras sopesar la idea de pernoctar en la casa de alguno de mis amigos, llamé por teléfono a varios de ellos, pero no hubo suerte. Nadie contestó a mis llamadas. Un segundo rayo, tronó en todo el edificio como una bomba. Tomé una lámpara de baterías, varias velas, una botella de whisky he ingerí, sin pensarlo dos veces, algunos analgésicos. Una vez encerrado en mi habitación, comenzaron aquellos relámpagos que lo iluminaban todo. Coloqué el armario contra la puerta, quise encender un viejo aparato de radio de baterías con el fin de sintonizar alguna emisora, pero estaba tan destartalado que no funcionaba. Sin quitarme ni siquiera los zapatos, me enfundé dentro de las sábanas y me metí en la cama, donde me agazapé sentado en una esquina. Comencé a escuchar con mucha claridad los primeros ruidos que, desde hacía ya tiempo, no eran extraños para mí. Entonces, empinando la botella, aligeré el primer trago hasta que no pude más. Desde el pasillo, como si se tratara del lamento de unas mujeres al pie de la tumba que precede al entierro, llegaba con su

rugir el viento. Me negué a encender las velas. El aire era tal, que pareciera que alguien empujara con fuerza la puerta queriéndola tirar abajo. La lluvia comenzó a caer entonces y entre rayo y rayo, mi mente era capaz de construir la presencia de hombres que sentados en el sofá unas veces o mujeres caminando a mí alrededor otras, me acompañaban en silencio. Apuré la botella hasta convertirme en presa fácil de un terror que por insoportable, revertí en una especie de pesadillas que, para mi sorpresa, incluyeron la posibilidad de comunicarme con aquellos fantasmas cuyos rostros y gestos, a medida que avanzaba la noche, se volvían más cercanos a los de mis vecinos que a esa hora, muy probablemente, dormían ajenos a mis alucinaciones, donde ellos eran ahora los protagonistas.

Al despertar, el sol entraba por la ventana a través del patio interior, donde unas señoras comentaban acerca de unos extraños ruidos y luces, que la noche anterior llegaban desde una de las viviendas del edificio. Salí al balcón para saludarlas y pude ver como se ocultaban. Sentí que mi cabeza, a punto de estallar, daba vueltas. La habitación estaba hecha un desastre y el armario había caído sobre el suelo, dejando abierta la puerta que daba al pasillo. Entendí que nada de todo aquello, podía atribuirlo a ninguna presencia fantasmal, sino a mí, sólo a mí, única y exclusivamente a mí. Porque si frágil es el mundo que separa el de los vivos y los muertos, frágil es también la mente del ser humano.

Al salir de la ducha, sonó el timbre de la puerta. Cuando abrí, encontré a un joven que, con cámara en mano, me pedía permiso para tomar fotografías de la casa. Pensé que deseaban cubrir el caso del día anterior con los bomberos, así que le invité a pasar observando cómo se abría paso con dificultad en medio de las cosas que continuaban sobre el suelo. Sentado en el piso, tomaba algunas notas y en su rostro, se reflejaba el gesto de sorpresa ante cada uno de los detalles. Después de un largo silencio, me reveló que la razón de su visita estaba motivada por la noticia aparecida en la prensa sobre las gestiones que la francmasonería colombiana estaba realizando para trasladar los restos mortales del escritor José María Vargas Vila, novelista excomulgado por El Vaticano, muerto en Barcelona a principios del siglo XX y que, a juzgar por la

información, había vivido en aquel mismo lugar. El joven, que seguía aún con su libreta, me preguntó a bocajarro si tenía pensado seguir viviendo en aquella casa. Desde el umbral de la puerta, lacónicamente, respondí que no. Le pedí, que cuando se largara, fuera tan amable de cerrar la puerta y, metiéndome el pasaporte en el bolsillo trasero del pantalón, caminé escaleras abajo y me marché, de aquel apartamento maldito, para siempre.

LA FUGA

Primera parte

> En toda gran separación late un germen de locura; hay que guardarse bien de incubarlo y alimentarlo meditando sobre él.
>
> JOHANN W. GOETHE, *SOBRE LITERATURA Y VIDA*

El sonido del motor de un coche en marcha nos puso en alerta. El toque de queda hacía ya semanas amenazaba con convertirse en ley marcial e impedía a los vehículos y personas circular libremente a esa hora de la noche. Presintiendo la posibilidad de algún peligro, mi padre se alegró de que, ese día, mi hermano mayor decidiera dormir fuera de casa.

Recordé que semanas antes, debido al corte del alumbrado en la vía pública, me había visto obligado a caminar por la calle central de nuestra ciudad a oscuras, donde un oficial ataviado con su uniforme verde olivo, poniéndome el cañón de su pistola a la altura del pecho, me cortaba el paso. Con voz severa y tono amenazante, requería que presentara mis documentos. Bajo la débil luz de una lámpara de mano, clavando su mirada de animal en acecho sobre cada una de las hojas de mi cédula de identidad, buscaba encontrar cualquier motivo que le permitiera retenerme. A pocos metros, una alfombra humana tumbada en el suelo con las manos sobre la nuca y con sus cuerpos boca abajo, cubría la plaza pública. Apuntando con sus armas, los soldados no dejaban de moverse con inquietud en medio de aquellos civiles que, temerosos, se mantenían en silencio. Un sujeto, con su rostro cubierto por una máscara de lucha libre, iba señalando poco a poco a sus víctimas con el índice de la mano. Una vez seleccionadas, tras vendarles los ojos, les ataban de las manos con los brazos a la espalda, separándoles del grupo entre

golpes cerrados con la culata del fusil, siendo forzadas a caminar hasta cualquiera de los camiones estacionados frente a la iglesia. El joven oficial, me devolvió el documento, ordenándome marchar a casa. Me alejé del lugar dando un pequeño rodeo a la plaza, dejando a mi costado a aquellas angustiadas personas, cuyo destino era del todo incierto. Al pasar cerca de uno de los soldados que custodiaban el lugar, poniendo con rudeza su mano sobre mi hombro, me pidió fuego para encender un cigarrillo. Al responder que no portaba fósforos conmigo, lanzando un escupitajo contra el suelo, miró en dirección a la plaza y, entre dientes, murmuró que luego los conseguiría en el bolsillo del pantalón o la camisa de cualquiera de aquellos pobres infelices, para él, ya muertos.

Nos asomamos a la ventana, desde donde vimos pasar un Mustang color rojo que avanzaba con lentitud para luego, girando a su izquierda, perderse en la oscuridad de una calle polvorienta, apenas iluminada por los faros de aquel deportivo. Mi padre seguía de pie, observando, pensativo, sin gesticular palabra.

Para evitar llamar la atención, apagó la luz del salón de casa. Después, nos movimos hasta el dormitorio donde mi madre reposaba, ignorando por completo, lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Recordé entonces, al verla ahí tranquila, con su respiración profunda, cómo hacía pocos meses atrás, al regresar del colegio, ella salía preocupada a mí encuentro comentando con nerviosismo, la inquietante visita efectuada a casa por un sargento de la benemérita, quien al no encontrarme, dejó instrucciones precisas que sonaron a órdenes más que a sugerencias, de dirigirme a su puesto de acuartelamiento en cuanto llegara. Calculamos fríamente todas las posibilidades de peligro que encerraba el cumplimiento de aquella orden y, lo conveniente o no, que sería presentarme delante de un suboficial quien, sin necesitar la menor excusa, podría capturarme. Poniendo a prueba al destino y armándome del valor necesario para estos casos, con el único fin de no poner en peligro a mi familia, decidí asistir a la cita, retando así a la suerte. Dejé entonces caer sobre la mesa del comedor, unos libros de geografía e historia, de matemáticas y física que llevaba entre las manos. Besé

en la mejilla a mi madre, sintiendo como mis labios se humedecían con sus lágrimas y tomé el camino que conducía hasta la guarida de aquel esbirro, quien luego supe, se había pasado la mañana preguntando por mí a los vecinos. Resultaba casi imposible alejar de la mente, la sensación de última despedida, de un adiós para siempre inconcluso. De pronto, la vida cobraba una dimensión diferente, nueva y rica en matices. Los detalles, en apariencia insignificantes, incluyendo el del vuelo de una bandada de pájaros, la luz de aquel atardecer, el aire que suave y fresco corría libremente o el color de los tejados de las humildes viviendas, tomaron de repente un protagonismo que jamás habían tenido para quien, como yo, cual autómata, en esos momentos dirigía sus pasos a un encuentro con resultados que eran un verdadero misterio.

Llegué frente al portón del pequeño cuartel, donde un joven cabo, de estatura mediana, complexión delgada y armado con su fusil G—3 en bandolera, me custodiaría hasta llegar a unas oficinas, que, cruzando un patio baldío, se situaban a pocos metros. Sentado sobre la única mesa de escritorio que se podía apreciar, era recibido por un hombre que no sobrepasaría los treinta años de edad, de facciones y maneras campesinas, que, al percatarse de mi presencia, invitó a que pasara hasta colocarme de pie, delante de él. Lucía un par de botas brillantes, recubiertas por unas polainas de cuero negro, pantalón militar, y una camiseta blanca. Se trataba de un personaje de piel morena, cabello oscuro, amplias espaldas y con pequeñas cicatrices en sus brazos, que parecían haber sido provocadas por heridas de arma blanca. Sin mediar palabra, desenvainó de su funda un machete cuyo filo pasó a la altura de mi cuello, con la clara intención de amedrentarme. Al comprobar que su treta no había surtido efecto alguno, tomó una botella de aguardiente, la abrió y, extendiéndola, me invitó a beber de ella. Convencido de correr un grave peligro, sin oponer la menor resistencia, bebí directamente de aquel licor de marca barata. En un tono en apariencia amistoso, dio comienzo el interrogatorio. Las preguntas eran sencillas y, a simple vista ingenuas, pero sabía por su contenido, que en el fondo encerraban toda la malicia del mundo. Buscaba que le proporcionara pistas sobre las actividades de un

grupo de pseudo seminaristas aparecidos recientemente en la ciudad. Por supuesto sabía que se trataba de una pequeña célula guerrillera y a cuyos integrantes solía acompañar a pie hasta los cantones, donde en ese tiempo se comenzaba a profundizar en el trabajo organizativo de los cristianos de base. Sin revelar lo más mínimo, me limité a decirle que sabía bien de los jóvenes de quienes me hablaba, pues obviamente él ya contaba con esa información. También procuré hacerle creer que no tenía ningún tipo de relación con aquellos quienes, por su vestimenta, se me figuraban más a un puñado de hippies que a otra cosa. Al escuchar aquello, dejando caer con furia el filo de su machete contra la mesa en la que continuaba sentado, aquel agente vociferó que los hippies sólo sabían pasarse el día tirados en el sofá escuchando música gringa, emborrachándose, fumando marihuana pero que jamás se les ocurriría ir a entrenarse a Cuba o la Unión Soviética para regresar al país a matar guardias, policías o, como les habían metido en la cabeza los dirigentes comunistas, andar tomando embajadas, secuestrando a personalidades decentes y lo que era aún peor, organizando a los trabajadores de un país como el nuestro, donde reinaba la democracia. Luego enfatizó que le llamaba la atención verme siempre solitario por las calles, pues ese comportamiento me convertía, a ojos de todos, en un personaje de carácter antisocial y, por tanto, sospechoso. Con calma, comenzó a pelar una caña de azúcar con aquel machete que nuevamente pasaba cerca de mi garganta. Al terminar con el último sorbo de la botella, que me había visto en la obligación de beber casi por completo, indicó que podía marcharme a casa. Al salir de aquella especie de búnker, pasé delante de dos diminutas celdas, húmedas, mal iluminadas y en esos momentos vacías. Imaginé todo tipo de suplicios a los que sin piedad alguna eran sometidos los individuos que, por desgracia, caían entre sus paredes. Cuando crucé el umbral de la puerta, fui alcanzado por la voz grave del sargento quien, cuál hiriente puñal, lanzaba su advertencia de volver a buscarme en otra oportunidad, prometiendo que entonces las cosas…serían distintas.

A través de los cristales, desde el punto donde seguíamos de pie, vimos asomarse nuevamente el deportivo, proyectando ahora,

las luces de sus faros en dirección a nuestra casa. Mi padre, alzando el brazo izquierdo, miró la muñeca de su mano donde el reloj marcaba casi las once de la noche. Estaba convencido, que, desde otros hogares próximos, por detrás de las cortinas de sus ventanas, al igual que nosotros, seguían con la mirada atenta a ese vehículo, que impunemente transitaba por el vecindario a la velocidad de una carroza fúnebre.

Al llegar frente a nuestra casa, que era el punto donde la calle se bifurcaba, el conductor anónimo giró suavemente el volante del coche a su derecha, deshaciendo así el camino por el que hacía menos de diez minutos antes, los habíamos visto aparecer. Debido a la débil iluminación no era posible distinguir sus rostros.

Continuamos de pie ante la ventana, inmóviles, sin decirnos nada, sin mirarnos, como esperando que de un momento a otro se produjera algo. Pocos segundos después, el silencio sepulcral fue roto por el sonido del Mustang rojo que volvía a entrar en escena hasta detenerse delante mismo de donde, con la respiración entrecortada, seguíamos observando. Dejando el motor en marcha, comenzaron a descender del vehículo varios hombres vestidos con camisetas blancas y sus rostros cubiertos por pañoletas rojas para evitar ser identificados. Tras intercambiar algunas frases cortas entre ellos, se dirigieron con paso firme en dirección a casa. Avanzaban seguros de sí, empuñando subfusiles Uzi, pistolas de grueso calibre y granadas de mano. Se trataba de un pequeño comando armado a punto de entrar en acción, en una de las operaciones de exterminio que solían ejecutar con frecuencia los llamados Escuadrones de la muerte. Mientras mi madre ahí, dormida aún y mi hermana en su habitación, eran ajenas a toda la brutalidad que estaba a punto de dar comienzo.

Sabía bien de lo que aquellos sujetos eran capaces, pues tenía presente la ocasión en que una cadena televisiva emitió en directo el desalojo, por la fuerza, de un grupo de jóvenes de una organización estudiantil, quienes durante semanas tuvieron tomada pacíficamente, la céntrica Plazuela Morazán, hasta que por fin una mañana, efectivos de los distintos aparatos represivos, en

combinación con las unidades especiales del ejército, decidieron emplearse a fondo.

Casualmente ese mismo día, sobre las seis de la tarde y, con el fin de prepararnos para los exámenes del colegio, me había citado con un compañero de estudios en las cercanías del parque San José.

A pesar del peligro, asistí a la hora convenida en medio de una ciudad fantasmagórica patrullada por vehículos militares, desde donde, amenazantes, sobresalían a través de sus ventanillas los cañones de los fusiles de una policía que vigilante, rondaba la ciudad con el dedo puesto en el gatillo y dispuesta a abrir fuego al menor indicio de sospecha. Por fortuna, mi amigo se presentó con puntualidad. Al pasar delante de la plazuela, pudimos observar los cadáveres apilados de cualquier forma sobre la acera donde los dejaron. No era posible reconocerlos debido a las sábanas blancas con las que habían cubierto sus cuerpos. Lo que sí se podía ver era el río de sangre fresca corriendo aún por la cuneta. Se encontraban entre el McDonald's y el edificio central del Banco Salvadoreño, mientras que, en las proximidades, varios trabajadores de la limpieza, enviados por la alcaldía, desescombraban lo que hasta hacía sólo unas pocas horas era la barricada que, con retazos de madera, armaron aquellos estudiantes ahora yertos y abandonados.

Pasamos de largo, sin detenernos un segundo siquiera. Al cruzar la calle, escuchamos con claridad cómo, con un fuerte silbido, intentaban llamar nuestra atención. Al girar la mirada a la derecha, logramos distinguir a unos cincuenta metros de distancia al guardia que hacía apenas un segundo silbaba y quien, de pie al centro de la calle, con la palma de su mano nos indicaba detenernos. Lo hacía como cuando alguien te sugiere quedarte quieto para tomar una fotografía. Pero ese esbirro lo hacía para no fallar el disparo que pretendía efectuar con su fusil. Al percatarnos de sus intenciones, desaparecimos a toda prisa de su ángulo de tiro, buscando encontrar, en medio de tanto caos, un autobús que nos sacara del centro de la ciudad. Más adelante fuimos interceptados por un retén militar donde nos dieron la orden de volver sobre nuestros pasos. Eso significaba, exponernos a pasar delante de aquel psicópata de uniforme, quien, al vernos atravesar otra vez la calle, como si nos

estuviera esperando, realizó una serie de ensordecedores disparos sobre nosotros, que no hacían más que rebotar contra las paredes. Pero no fueron las únicas detonaciones que se escucharon, pues a cada instante se oían las descargas, llegadas desde distintos puntos. Nos vimos obligados a pasar de nuevo por aquella plazuela, sólo que ahora lo hacíamos delante mismo de los cuerpos que, sangrantes, seguían amontonados sobre la acera. Los militares, fuertemente armados, con las miradas ocultas detrás de sus gafas de cristal oscuro, entre insultos, nos ordenaron continuar el camino.

Al llegar a la altura del Parque Hula Hula, comenzaba a caer la noche. De entre la penumbra, vimos acercarse un vehículo que erróneamente confundimos con la parte trasera de un autobús hasta que, de su interior, comenzó a escupir proyectiles de gran calibre que, próximos a nosotros, impactaban contra el pavimento de la calzada. Los fragmentos de cemento, que salían disparados por los aires, alcanzaron a golpear nuestros cuerpos. Era una tanqueta.

Junto a otras personas que confusas corrían sin rumbo fijo en el lugar, huimos en desbandada buscando algún refugio seguro. Ya sin nuestros libros del colegio, que habían quedado desparramados, una bala alcanzó en la espalda a una mujer que, fulminada, cayó a mi costado. Comprobé que había muerto. Seguí corriendo sin detenerme. De pronto, por todas partes comenzaron a aparecer hombres y mujeres jóvenes vestidos de civil que, armados con metralletas de cañón corto, se dirigían a nosotros con familiaridad, recomendándonos buscar el modo de alejarnos de la zona, pues se aproximaba el momento de fuertes combates. Agazapados a las paredes de los edificios que, con sus puertas y cortinas metálicas cerradas, albergaban los principales comercios y oficinas de la ciudad, avanzamos hasta una de las plazas de los alrededores de la Catedral, donde pudimos tumbarnos sobre el suelo para esquivar los disparos que zumbaban en todas las direcciones. Me percaté de la presencia de un nutrido grupo de personas, atrapadas como nosotros, en mitad del fuego cruzado. A pocos metros, unos policías nacionales se parapetaban detrás de un coche patrulla, intentando esquivar las balas que provenían de las torres de la Catedral. De vez en cuando, ellos también dejaban ir algunos disparos que rebotaban

en lo alto, desde donde les respondían con una lluvia de proyectiles. Después de convencer a mí compañero de la necesidad de movilizarnos para salir de aquel infierno, a riesgo de perder la vida, logramos dar alcance a un taxi que nos condujo hasta las afueras de la capital. Al pasar delante de la Universidad Nacional, pudimos apreciar, como vestigios de los enfrentamientos, los restos de un autobús en llamas.

Con los nudillos de su recia mano, uno de aquellos hombres, golpeaba a la puerta de nuestra casa, mientras atrás de él, el resto esperaba en posición de alerta ante cualquier posible reacción. Sin sospecharlo siquiera, ese mismo matón, que junto a sus cómplices amenazaba con entrar por la fuerza, se encontraba a menos de dos metros de distancia nuestro, separado únicamente por la pared y una ventana de cristal desde donde controlábamos cada uno de sus movimientos. Mi madre, sorprendida por aquellos golpes, abrió de pronto sus ojos y, sin entender nada de lo que sucedía en esos momentos, se metió aterrada entre las sábanas. Mi padre entonces, de manera resuelta, quiso saber a quién buscaban. El mismo sujeto que antes aporreaba la puerta, con una voz que me resultó familiar, pronunció mi nombre. Sin dudarlo, alzando su brazo, mi padre señaló en dirección a la parte trasera de la casa, indicando con un gesto ágil, que debía de escapar por la parte del jardín e intentar así, alcanzar si podía, la casa de algún vecino donde refugiarme. En aquella huida rápida como desesperada, choqué con el rostro inocente de mi hermana, quien aún no cumplía los dieciocho años de edad y, que, desde su habitación, de pie, al lado de una máquina de escribir, con su tez blanca, ahora palidecida por el miedo, intercambiaba conmigo en fracciones de segundo, la que sería, sin imaginarlo ninguno de los dos, nuestra última mirada.

Al llegar al patio, escalé por el único árbol plantado hacía entonces una década, cuando decidimos irnos a vivir a esa colonia. Desde ese sitio, mientras subía por sus ramas, pude escuchar como los sicarios lograban romper la puerta de la entrada principal de nuestra casa. A los pocos segundos, entre varios sujetos, sacaron a mi madre y a mi hermana de sus habitaciones, donde hasta ese momento se encontraban paralizadas por el miedo. Desde ahí, las

condujeron hasta el salón, obligándoles a presenciar la manera brutal en que, con saña, golpeaban a mi padre a quien, después de perder el sentido, habían logrado reducir y desarmar. Por los insultos que proferían contra él, logré deducir que, en un desesperado como inútil afán de protegernos, tras hacerse con su revólver, descargó a bocajarro el tambor de aquella mágnum 38 especial, hiriendo de gravedad así, a uno de los primeros asesinos que osó irrumpir violentamente en nuestro hogar.

Varios de esos intrusos se afanaban en darme captura. Luego de desbaratar mi habitación se adentraron en el jardín, permitiéndome observarlos desde el filo del muro sobre el que me encontraba sentado. Con evidente frustración, ensartaban con furia los cañones de sus fusiles, como si pretendieran encontrarme oculto en medio de los rosales. Mientras tanto, a menos de cuatro metros de altura y protegido por las sombras de las hojas del árbol de *Capulín*, continuaba siguiendo cada uno de sus pasos.

Convencido de no volver a contemplar jamás la luz del día, comencé a lamentarme por no haber prestado mayor atención a las cosas sencillas de la vida. En ese preciso instante experimenté la rara sensación de ser recubierto por una fina capa metálica, semejante a un escudo compacto e indestructible. Una especie de protector ante el acechante peligro que me rondaba aquella noche.

Una serie de disparos e insultos mezclados con profundos gritos de dolor, comenzaron a escucharse desde el interior de aquel salón. Los esbirros embriagados por un odio que no conocía límite, sometían a sus víctimas a la tortura física y moral, que son, en definitiva, la esencia más pura del martirio. Desgarradores lamentos del angustioso desamparo de una madre, la mía, quien impotente clamaba al cielo los nombres de su marido e hija, cuyos cuerpos yacían ahora inertes sobre el piso. Mientras, atropelladamente, los asesinos desaparecían de la escena del crimen. Segundos más tarde, volaba sobre el viento la voz de mi madre, quien en mitad de la calle reclamaba el auxilio de unos vecinos que cual, convidados de piedra, asistían a la escena. Después vino el silencio.

Me puse en pie y comencé a caminar por el borde del muro, hasta alcanzar el techo de mi casa, donde me tumbé boca abajo. En

apenas cinco minutos, nuestras vidas habían sido truncadas y ya nada sería igual a partir de ese momento. El dolor que aprisionaba mi corazón era tan intenso, que me era negado incluso, el alivio del llanto. Convertido en el habitante de una tierra que se tornaba de repente a mis ojos extraña, imaginé que, en otros lugares, la idea de la felicidad tenía algún sentido, pero no donde yo me encontraba. Donde yo me encontraba, no. Un sentimiento nuevo y desconocido hasta entonces nacía en mí, el de la orfandad.

Un vehículo se estacionaba afuera y, como en tropel, varios hombres, quizá los mismos de antes, volvían a entrar en nuestra casa. Se movían con prisa de un lado a otro blasfemando. Luego, supe que buscaban a mi madre a quien, seguramente por error, dejaron con vida. Pero ella, al salir huyendo, ya no se encontraba en casa. Inesperadamente, en el salón, se escuchó el débil murmullo de mi hermana quien, al lado de mi padre, ahora sin vida, yacía con una herida de bala en el hombro. A sus lágrimas, entre insultos, respondieron con la precisión de un disparo cuyo eco se quedaría en mi memoria para siempre. A lo lejos, se podía oír el sonido del coche en marcha, que se alejaba para no volver más.

Una voz conocida pronunciaba mi nombre, llamándome. Mojado por la lluvia, me deslicé unos pocos metros a lo largo del techo, desde donde, asomando el rostro, pude ver que se trataba de don Óscar, mi vecino. Al comprobar que aún conservaba la vida, afectado por lo sucedido esa noche, me invitó a bajar a través de las ramas de un árbol que daba al patio de su casa, lo que hice con mucha cautela, mientras era observado por dos grandes perros.

Al poner los pies en tierra, se apresuró a ocultarme para evitar así, ser visto desde la calle. Él se encontraba en compañía de sus hijos pequeños y de su esposa, quien a pesar de haber manifestado sentirse consternada por los acontecimientos, entre lágrimas, dejaba entrever su clara preocupación ante mi presencia que, como era consciente, le exponía a un grave peligro. Culpar a aquella pobre mujer aterrada por el miedo, habría sido injusto. Hablamos de que, en cualquier instante de la madrugada, alguna de las varias patrullas que peinaban la zona, podría presentarse llamando a la puerta con el fin de realizar un cateo a fondo en mi búsqueda. A la espera de

ese momento, de manera casi instintiva, comenzamos los preparativos.

Lo primero que hice, fue despojarme del pantalón y la camisa blanca del colegio, cambiándola por la ropa de colores oscuros que me proporcionaron. Tras vaciar un enorme congelador, de dónde extrajo varias cajas de refrescos, don Óscar me indicó que, llegado el momento en que llamaran a la puerta, yo debía ocultarme dentro.

Pasados algunos minutos, a pesar de las súplicas de su mujer, decidió salir un momento a la calle y, tomando todas las precauciones para no ser detectado, se aproximó a una de las ventanas de nuestra casa. Al volver de su breve incursión, con la mirada triste y la voz entrecortada, relató las imágenes presenciadas. Los dos cadáveres tendidos en medio de un charco de sangre, estaban rodeados de lo que él describió como un amasijo de muebles y cristales rotos. De su relato concluí que el cuerpo de mi hermana, tras recibir el primer disparo, logró deslizarse por el piso unos cuatro o cinco metros hasta quedar fundida en un abrazo sobre el de mi padre, quién según el crudo testimonio de don Óscar, presentaba varias perforaciones de bala en el pecho. Las luces encendidas, iluminaban aquel teatro de muerte. La puerta que daba a la calle, agujereada por los impactos de las armas de fuego, se mantenía abierta de par en par.

Un oficial, al que acompañaba un pequeño grupo de soldados, comenzó a golpear la puerta y tal como lo habíamos planificado hacía pocas horas antes, sin perder un sólo segundo, levanté la cubierta del refrigerador, dentro del cual, como pude, logré acomodarme. El sujeto que comandaba la operación de cateo, en cuanto estuvo dentro de la casa, inesperadamente se le ocurrió la idea de sentarse encima de donde me encontraba oculto, convirtiendo ese diminuto espacio, en el más seguro de los refugios. Un escondite asfixiante, donde con el cuerpo empapado por los restos del hielo y, debido al extremado frío, comenzaba a tiritar. El resto de la patrulla, obedeciendo como sabuesos las órdenes que emanaban de su comandante, no cesaba en la búsqueda. En tanto, don Óscar, con la prudencia de no dar muestras de su indignación ante aquel atropello del que eran objeto, fue obligado junto al resto

de su familia, a colocarse de espaldas contra la pared. El capitán, confiando en que a través de sus métodos podría arrancarles una confesión, con el fin de que me delataran, comenzó su interrogatorio.

El terror sicológico del que eran víctimas y que incluía, por parte del oficial, las constantes amenazas veladas de liquidar a los pequeños, era cada vez mayor. A medida que aumentaba la tensión, crecía en mí la certeza de que sólo era cuestión de tiempo, para que el matrimonio rompiendo su silencio, decidiera señalar mi escondite. Sin embargo, a pesar de las presiones a las que eran sometidos, se mantenían inquebrantables en su convicción de protegerme. Sin ceder un ápice, mostraron una actitud de valiente complicidad que jamás imaginé. Seguían ahí de pie, dignamente al lado de sus dos hijos que, llorando, se aferraban al vestido de la madre.

Don Óscar y su esposa, sin el menor asomo de pretender revelar mi refugio, daban la impresión de estar resignados con su destino o quizá, intuían que, de entregarles la información pretendida, posiblemente quedarían expuestos a correr mi misma suerte.

En el momento en que el oficial, daba un ultimátum para que colaboraran con él entregándome, se escuchó una radio a través de la cual se emitía la orden de que todas las unidades destinadas en la zona, se reunieran de inmediato en el punto acordado. El capitán, reuniendo a sus subalternos, sin dejar de insultar a la familia, pegó un violento manotazo sobre el refrigerador, donde congelado hasta los huesos, me mantenía aún a salvo. Tras salir a toda prisa, se volvió a escuchar el motor del vehículo alejándose del lugar.

Al asomarnos a la ventana, nos percatamos de la presencia de un militar apostado en una de las esquinas cercanas. La tenue luz de un nuevo amanecer iba asomando sobre las copas de los árboles. Desde la calle, llegaba el rumor de los primeros transeúntes circulando en dirección al trabajo. En el salón, la esposa de don Óscar, vencida por el sueño, dormía abrazada a sus hijos. A su lado, tumbados sobre el piso en actitud vigilante, se mantenían un pastor alemán y un doberman. En mis adentros, calculaba el momento más oportuno para dejar mi refugio. Por seguridad a la familia que me

protegía en ese momento, sabía bien que una vez decidiera salir, no podría volverme atrás. Se trataba de un pacto justo que obligaba a escoger acertadamente el instante de abandonar la casa.

Aprovechando el paso de un grupo de trabajadores, atravesé el umbral de la puerta. A partir de ese momento quedaba de nuevo a merced de cualquier tipo de peligro. Procurando no llamar la atención, busqué confundirme entre todos aquellos peatones, dirigiendo mis pasos en el sentido contrario al de ellos. Me giré para ver por última vez aquella casa que hasta la noche anterior consideré mi hogar, descubriendo en pleno saqueo a varios de mis vecinos, sin que aquel comportamiento miserable pudiera afectarme en lo más mínimo.

Me alejaba por la misma calle polvorienta donde hacía pocos años atrás junto a mis hermanos y, bajo la atenta mirada de mi padre, aprendí a conducirme en bicicleta.

Caminaba con sigilo, en alerta a cualquier movimiento extraño que pudiera producirse, cuando de repente, saliendo de una curva del camino, apareció como de la nada, un vehículo militar equipado con una potente ametralladora que era operada por un guardia nacional que, de pie, al avistarme frente a ellos, cargando el arma, ordenó que me detuviera. En respuesta, me lancé a correr internándome en las plantaciones de café donde de pequeño solía jugar a la guerra con otros niños. Pisando mis talones, podía escuchar los pesados cuerpos de los uniformados chocando con sus arneses contra las ramas de los arbustos. Los disparos en ráfaga pasaban sobre mi cabeza, mientras un sinfín de hojas verdes volaba por los aires. La única ventaja de que disponía ante mis perseguidores, era el conocimiento del terreno, sobre el que avanzaba con la velocidad de un venado salvaje y la agilidad de una pantera. Saltando sobre varios troncos de árboles caídos, llegué hasta el borde de un barranco que no tendría más de diez metros de altura. Daba a un camino de arena por el que, pasando por el centro, circulaba un riachuelo. Sin pensarlo dos veces, salté al vacío cayendo sobre un promontorio de tierra reblandecida por la lluvia. Me quedé con el cuerpo pegado al paredón del barranco. Desde arriba, pasados unos segundos, se proyectaron las sombras de unos

militares que mientras resoplaban, agotados de tanto correr, decidieron abandonar mi persecución y se dispusieron a fumar un momento. Conversaron sobre cosas banales, quejándose todo el tiempo del trato recibido por parte de sus superiores, de la mala paga que no les daba para cubrir el alquiler ni para alimentar decentemente a sus familias o bien, de los escasos permisos de fin de semana de los que ya casi nunca solían disfrutar. Al retirarse, uno de ellos lanzó la colilla del cigarrillo que fue a parar con su humeante brasita, justo delante de mis pies.

Estuve largo rato sin moverme, sin saber adónde dirigirme, sintiendo sólo la humedad del barro de aquella pared en mi espalda. Cuando por fin creí estar seguro de continuar sin ser visto, marché en dirección a casa de José, un carpintero amigo que vivía a poca distancia del lugar donde me encontraba.

Caminé subiendo una suave pendiente que desembocaba delante de unos arbustos plantados en el patio de la primera vivienda que encontré a mi paso. Di un pequeño rodeo antes de sentarme sobre una pila de viejos tablones y, oculto por detrás de la maleza, observé el trabajo que realizaba mi amigo José, el carpintero. Para llamar su atención, lancé una piedra que rebotó contra un barril lleno de agua. Dejando caer al suelo la garlopa con que José cepillaba una pieza de madera, éste se llevó la mano a la cintura, donde bajo el faldón de su camisa ocultaba una pistola que ahora, con el dedo puesto en el gatillo, empuñaba a la altura de la rodilla. Parapetado por un árbol, me identifiqué advirtiendo que me encontraba situado a su espalda y que saldría para que pudiera reconocerme.

Al verme, no se mostró sorprendido. Por el contrario, sin ocultar su inquietud por saber, pidió que me acercara y ofreciéndome un café, comenzó a relatar todo lo que conocía sobre lo sucedido la noche anterior en otros lugares de la ciudad. Entre los jóvenes sacados por la fuerza de sus hogares, se llevaron capturados a dos estudiantes, uno de la facultad de medicina y el otro del Instituto Nacional. A esa hora, aún se desconocía su paradero, pero ese mismo día sus cuerpos junto al de otros, serían encontrados sin vida debajo de un puente cercano. Según los testimonios, habían

sido abandonados sobre los rieles de la vía del tren. Todos estaban en ropa interior y con las manos atadas a la espalda. Todos presentaban claras señales de tortura y, todos, habían sido decapitados.

Luego quiso escuchar sobre lo ocurrido en nuestra casa. Me ahorré los detalles, pero le conté lo suficiente para comprender la delicada situación en que me encontraba. Sin guardar su pistola, ni dejar de mantener la mirada en alerta, José, con el ánimo de brindarme un poco de seguridad, abrió el ataúd recién barnizado que tenía delante de él. De entre el arsenal de armas de fuego ocultas en su interior, extrajo una Colt con la culata de madera y me la entregó.

Entre las ramas del cafetal apareció un joven alto, corpulento, de cabello negro azabache, ataviado con un sombrero de ala ancha que portaba al cinto una Browning. Era un muchacho que rondaba los veinte años de edad y que, según comentó el carpintero, tenía la misión de acompañarme hasta las afueras de la ciudad. Supe que ese campesino quien acudía al llamado de José, también había perdido a su hermana la noche anterior. Tras despedirnos del carpintero, nos pusimos en marcha.

Durante el trayecto, mientras avanzábamos por el filo de una ladera, apreciamos entre medio de las verdes plantaciones de maíz, el relumbrar de los cascos de todo un destacamento militar que peinaba la zona en busca de posibles colaboradores de la guerrilla.

Después de sortear algunas veredas llegamos al punto donde debía separarme de mi acompañante, quien durante el trayecto no había pronunciado palabra. En señal de despedida, se limitó a tocar con la punta de los dedos el ala de su sombrero de mimbre y se marchó a paso lento, desandando el camino. Sin volverme a mirar atrás, crucé una alambrada, dando a una calle polvorienta. En ese punto esperé al autobús que me llevaría hasta la vecina ciudad de Tonacatepeque.

Al subir al autobús, el chófer a quien veía por primera vez en mí vida, después de manifestar el pésame por las muertes de mí familia, me recomendó sentarme en el asiento que estaba justo detrás de él, advirtiendo que kilómetros más adelante nos

encontraríamos con un retén del ejército. Al no haber un plan previo, quitando el seguro del arma, amartillé la Colt, dispuesto a usarla en caso de ser necesario.

Entre medio de una densa cortina de polvo que provocó un vehículo al pasar en sentido contrario, se pudo distinguir a los efectivos militares quienes, con el dedo en el gatillo, apuntando con los cañones de sus fusiles al cielo, ordenaban el alto. Aprovechando que a su lado se encontraba un grupo de civiles, bajé del autobús para recoger del suelo los canastos cargados de frutas, hortalizas y gallinas que estos llevaban. Procuré no llamar la atención de los miembros de la Policía de Hacienda, comportándome como si de un trabajador de la empresa de transportes se tratara. Subí a toda prisa por la escalera de atrás, hasta colocar los bultos sobre la parrilla. Varios de los pasajeros, a los que obligaron a bajar, fueron retenidos por los agentes tras un ligero interrogatorio. Mientras reanudábamos la marcha, pude comprobar cómo ataban con una cuerda los pulgares de aquellos desdichados campesinos cuya suerte estaba echada.

Al llegar a la estación final de nuestro recorrido, el chófer, llevándose un cigarrillo a los labios, me pidió devolver el arma que antes me habían confiado. Sin hacer el menor comentario, extraje el cargador que vacié delante de él y se la entregué. Éste, sacando de su bolsillo un billete de cinco colones, los puso sobre mis manos, recomendándome que a partir de ese momento extremara aún más las precauciones. Subí en un autobús que en ese preciso momento salía con rumbo a la capital y acomodándome en uno de los asientos traseros, cerré los ojos y quedé sumergido en mis pensamientos.

◆ ◆ ◆

Segunda parte

> Lo que suele suceder parece estar muy lejos, aun cuando haya sucedido a nuestro lado. Y parece estar más lejos todavía cuando ha sucedido en nuestro interior.
>
> AUGUSTO ROA BASTOS, *METAFORISMOS*

En la pantalla de televisión aparecía en primer plano el rostro de Julián, quien nervioso frente a las cámaras, ofrecía un patético e inverosímil testimonio que, en la práctica, condenaba a una muerte segura a muchos de sus compañeros. Uno de los varios religiosos españoles que se encontraba en el salón degustando su café junto a otros maristas como él, se levantó del sofá con el propósito de subir el volumen de aquel aparato, cuyo sonido competía débilmente con el de los constantes disparos producidos en las proximidades. Otro de los beatos, indiferente ante las delaciones de Julián, abrió una botella de whisky y lanzando una bocanada de su cigarrillo, se sirvió un trago. Yo, que había llegado un día antes hasta el Liceo Salvadoreño, me limitaba a observar la escena desde el umbral de la puerta.

A primera hora de aquel día, en cuanto se conoció la noticia de los hechos ocurridos en casa, entre el profesorado del colegio se conformó una comitiva que más tarde, sumándose a una multitud indignada, acompañó la marcha fúnebre. La corona de cipreses que cargaron durante el trayecto al cementerio, quedó depositada sobre las tumbas de mi padre y hermana. Al regresar del funeral, algunos de esos hermanos maristas, tras descubrir durante el entierro que yo no era uno de los suyos, me retiraron el saludo.

Mientras la televisión seguía transmitiendo las declaraciones de Julián, recordé que, a ese joven, que ahora aparecía en la pantalla chica con el semblante asustadizo, lo había conocido personalmente hacía algo más de un año a través de una amiga común llamada Esmeralda quien, casualmente, resultó ser su vecina.

Sin imaginarlo siquiera, habíamos sido invitados a tomar el café a una casa de seguridad donde Julián habitaba junto a su mujer e hija, una pequeña de escasos meses llamada Xóchitl, cuyo segundo nombre, en lengua náhuatl, supe que significaba *Agua de vida*.

Al poco de ser presentados, nos reunimos en torno a una vieja radio, para escuchar la entrevista que realizaban a uno de los líderes nacionales del movimiento obrero—campesino. El tono suave y pausado del sindicalista al expresarse, contrastaba con la fuerza que emanaba de su firme convicción en la lucha. El silencio con el que le

escuchábamos, era roto por momentos, debido a las palabras que, con emoción, salían de los labios de Esmeralda. Una estudiante originaria de Chalatenango, quien lanzaba encendidos piropos de admiración a ese joven que, a través de su voz, llegaba con la atronadora magnitud de un huracán que lo arrasa todo a su paso.

Al finalizar la emisión de la entrevista, sentados alrededor de una mesa, se abordó el tema sobre el papel que podrían jugar los trabajadores de la cultura en el proceso revolucionario. Los poetas, los dramaturgos, los escritores, los artistas plásticos, los actores, los titiriteros, los músicos, sostenía Julián, debían de organizarse para así, fortalecer al frente de masas. Al lado mismo del cenicero y las tazas de café ahora vacías, me llamó la atención que, forrado en papel cebolla, se viera un libro de instrucciones sobre la utilización de distintos tipos de armas. Si como resultó ser, aquella era una casa de seguridad, no era fácil de explicarse qué demonios hacía un libro como ese, a la vista de cualquiera.

Al hacerse ya tarde, Julián insistió en acompañarme en su coche hasta el centro de la capital. Al salir de la casa, a través de una puerta entreabierta, era posible apreciar en el interior de una de las estancias, algunos instrumentos musicales colocados junto a un par de fusiles de asalto. Sobresalía también, la imagen de las botas de campaña de un grupo de personas que, sentadas en el suelo, apoyaban sus espaldas a la pared, al tiempo que fumaban.

Durante el trayecto, en tono de confidencia, Julián me explicó que los jóvenes que había en la habitación, eran miembros de una de las formaciones musicales nacidas al fragor de la lucha popular. Su presencia en la casa, aclaró, respondía a una necesidad logística y que en las próximas horas serían trasladados clandestinamente a otra de las casas de seguridad que existían en el interior del país. Una vez más, no entendía qué propósito podía moverle para que él, imprudentemente me contara algo así, que por mística revolucionaria debía mantener en el más riguroso secreto. Al descender del coche, nos despedimos y no volví a verlo, sino hasta que después de ser capturado por la policía, esa noche fuera presentado ante los medios de comunicación, como quien muestra una valiosa pieza de cacería.

Hubo quienes aseguraron que Julián, después de brindar su declaración pública ante la prensa, fue trasladado de inmediato en helicóptero a un país vecino, gozando de todas las garantías que pudo ofrecerle el aparato de inteligencia militar del Estado. Por el contrario, a partir de ese mismo momento, la organización a la que pertenecía aquel hijo de un diplomático extranjero asentado en el país, lo condenaba de manera irremisible a la pena de muerte.

La mano de Raúl sobre mi hombro, me sacudía sacándome de aquellos recuerdos, mientras que entusiasta me invitaba a dar un paseo por la azotea. Los disparos habían cesado, recobrándose así, un clima de aparente calma. Lejos, cual telón de fondo en esa noche cerrada, se alzaba majestuosa la silueta del volcán de San Salvador.

Raúl era un joven marista de origen guatemalteco y, gracias a su intermediación ante las autoridades del colegio, logré el beneficio del refugio entre unas paredes, del que hasta un par de días antes, fue el colegio donde yo debería haber concluido los estudios de bachillerato. Pero ese año la vida tenía otros planes para mí.

Con el hermano Raúl, evoqué el viaje realizado a su país hacía pocos años para participar, junto a otros jóvenes, en uno de los retiros espirituales que el colegio solía organizar, con el propósito de captar a futuros novicios que desearan entrar en la Congregación de los Hermanos Maristas. Lo que por pudor no le conté entonces, fue sobre el repentino brote paranoico del que había sido presa una de aquellas noches. Un inesperado asalto de locura transitoria, se dijo, producido seguramente por el exagerado ambiente espiritual al que éramos sometidos cada día durante largas jornadas. Lo cierto es que aquella mansión construida en medio de un bosque de frondosos árboles de pino, no hacía otra cosa que inspirar en mí, todo tipo de inquietantes sombras fantasmales. Vistas en el tiempo, se trataba sólo, de extrañas alucinaciones, que al encontrarnos entre medio de veladoras esparcidas por todos los rincones de la casa, fueron tomando forma y vida en el resto de mis compañeros a los que, sin querer, llegué a imaginar capaces de cualquier tipo de fechorías. Los alargados cuchillos expuestos en la cocina, se volvieron de pronto del todo amenazantes. Expliqué a un religioso cubano, que hacía las

veces de guía espiritual, lo que me estaba sucediendo. Debido al estado de psicosis en que me encontraba, se permitió que esa noche, que era la última en aquel siniestro lugar, durmiera a solas en una de las habitaciones, donde me atrincheré, asegurándome de que nadie pudiera pasar dentro. Al día siguiente, todos mis temores se habían disipado, de modo que, al marcharnos, había recobrado por completo la confianza en el resto del grupo.

Cuando arribamos a la capital guatemalteca, me convocaron para mantener una reunión con una de las autoridades religiosas. Durante la entrevista, se me habló sobre las conclusiones que se tenían en torno a mis capacidades intelectuales que, según ellos, podía desarrollar ampliamente en provecho de la congregación marista. Se me preguntó a bocajarro si profesaba una fe ciega en la imagen de Dios y si también creía en la presencia del mal sobre la tierra, encarnada en la figura de Satanás. Respondí con sinceridad, manifestando que tenía serias dudas acerca de la existencia de ambos. Él se limitó a mirarme asombrado. No quise perder la oportunidad para devolverle la misma pregunta, debido a que, durante mi breve estancia en Guatemala, había encontrado más de un caso de hermanos faltos de esa inquebrantable fe que era lógico esperar entre sus miembros. Aquel marista, sorprendido, reaccionó levantándose de su mullido sillón, se colocó delante de un crucifijo, mantuvo sus ojos cerrados durante unos pocos segundos y obviando responder, se giró para proponer que por cuenta de su congregación, si lo deseaba, podría realizar estudios en Italia e insistió que en ese país, yo recibiría una sólida formación. Quedé en consultarlo con la almohada y tras despedirme extendiéndole mi mano, me retiré con la curiosa sensación de haber estrechado un frío y viejo estropajo.

Ya de regreso en casa, recibimos a un pequeño grupo de hermanos maristas que, tras explicar ampliamente el motivo de su presencia, solicitaba la autorización de mis padres para que me permitiera viajar al extranjero. Aquel ofrecimiento chocó de lleno con la negativa rotunda por parte de ellos, que estaban en completo desacuerdo con la idea de enviarme fuera del país y, menos aún, con el propósito de que abrazara los hábitos religiosos. Ante la evidencia

del ateísmo confeso de mi padre y no habiendo más que agregar, los beatos, desconcertados, subieron a su vehículo y desaparecieron de vista.

Conversando con el hermano Raúl, caminamos en círculo durante varias horas sobre la azotea del colegio, hasta que, por fin, vencidos por el sueño, optamos por retirarnos a descansar. A mí llegada un día antes, se me había asignado una habitación en la parte más alta del edificio. En el argot religioso, aquella era una celda, que disponía de una cama individual, un pequeño armario y una mesita de noche, sobre la que había colocada una lámpara, un rosario y una gastada Biblia, de la que leí algunas líneas del *Libro del Eclesiastés.*

Tumbado sobre la cama, no lograba conciliar el sueño debido al calor sofocante, de manera que me levanté, encendí un cigarrillo y buscando tomar un poco de aire, me acerqué hasta la ventana donde me quedé apoyado sobre la repisa. Reflexioné por un momento en todo lo que nos había sucedido en los últimos tres días. Me pregunté por mi madre quien, a hurtadillas, me visitó la tarde anterior y también, por mi único hermano, con el que aún no me había sido posible, cruzar una sola palabra. Lamenté el no acompañarles durante el sepelio e imaginé, por un segundo, todo el dolor que tuvieron que soportar en esa terrible hora en la que, como a un pozo sin fondo, fuimos arrojados de manera violenta. Sumido en esos pensamientos, de golpe escuché el ruido del motor de un vehículo. Al mirar hacia abajo, pude comprobar que una Cherokee de cristales polarizados se desplazaba lentamente por una de las rampas, hasta detenerse en la entrada principal desde donde, entre la penumbra, salió a recibirlos uno de los hermanos maristas a quien reconocí por su voluminoso cuerpo de clérigo bonachón. Dos hombres vestidos con guayaberas blancas y armados con metralletas descendieron del coche. En ese instante comprendí que aquél había dejado de ser un lugar seguro para mí, que algo no andaba bien y, entonces, supe que venían a buscarme.

El silencio era rotundo, mentalmente hice un recorrido por cada uno de los rincones del edificio. Lamenté no tener un arma a mano con qué defenderme. En un momento estarían a la puerta de la

habitación donde me encontraba, así que tampoco disponía de mucho tiempo. La única ventaja con la que contaba consistía en haberlos visto llegar. La cuestión, por tanto, era en cómo sacarle el mayor provecho a esa circunstancia. Abandoné aquella celda que se había convertido de pronto en una trampa mortal. Corrí escaleras abajo procurando no llamar la atención. Desde la planta inferior, llegaban voces ininteligibles que se confundían con el sonido de las pisadas de varios sujetos que caminaban de un lado a otro. Recordé la puerta que daba a un aula de música desde la cuál era posible acceder a los alrededores del interior del colegio. A riesgo de ser avistado, conseguí llegar hasta ese salón y, armándome de un bate de béisbol que encontré a mi paso, salí a la parte exterior. Una vez fuera del recinto, comencé a correr en dirección a la cancha de fútbol. Al pasar delante del gimnasio, escuché el ladrido de varios perros que venían a la caza. Después de atravesar un campo de césped, me encontré de frente con la valla que protegía las instalaciones del Liceo. Una cerca metálica que escalé con dificultad y saltando al otro lado, avancé sobre la acera de la calle con el cuerpo pegado al muro de piedra del colegio desde el que, furioso, aún llegaba el ladrar de aquellos animales que no lograron darme alcance. Muy cerca del lugar en que me encontraba, al cruzar la avenida, pude ver en la esquina un viejo barril utilizado para depositar la basura. Puesto que estaba vacío, me introduje dentro a esperar la llegada del nuevo día. Para combatir aquel olor inmundo, el miedo y la sensación de desamparo a la que era sometido, una vez más cerrando los ojos, me entregué a los recuerdos. Durante las horas que siguieron, al costado del barril pasó repetidamente una tanqueta que, junto a un grupo de militares en formación cerrada y al trote, avanzaba sobre el asfalto.

Desperté bajo la asfixiante presión del calor y del ruido producido por el claxon de los coches que comenzaban a circular. Por un instante había perdido la noción de las circunstancias en que me encontraba, hasta que el mal olor, como una bofetada en el rostro, me hizo reaccionar. Poco a poco me fui incorporando. Al asomar la cabeza, pude ver una hilera de vehículos. Evitando la mirada curiosa de los conductores, acompañantes y transeúntes, salí

lentamente del barril y caminando sin mirar atrás, sin saber adónde dirigir mis pasos, me marché lo más lejos posible de aquel absurdo lugar.

Después de vagabundear durante horas bajo el ardiente sol por las calles de la capital, llegué hasta la casa de Mabel. Al ver las condiciones en que me presentaba delante de su puerta, sin dudarlo un segundo, me pidió que entrase. Tras ofrecerme una ducha y algo de ropa limpia, conversamos sobre todo lo sucedido en nuestra casa. Se acordó que, a partir de esa calurosa tarde, me alojaría en la habitación que daba al fondo de la vivienda. Antes de retirarse a dormir, prometió contactarse al día siguiente con mi madre, quien debía de tomar la precaución de no acercarse nunca más al colegio del que, contra todo pronóstico, había logrado escapar la noche anterior.

Mabel era una muchacha con quien estuve saliendo durante algún tiempo hasta que, por fin, nuestras diferencias de pensamiento se lograron imponer entre los dos como un muro infranqueable. Sus encantos de mujer, le supusieron lidiar desde su adolescencia con una variopinta lista de frívolos pretendientes entre los que, además de diplomáticos, hombres de negocio y oficiales, se encontraba el padre de su pequeña hija, del que nunca hablaba. La tragedia también se había cernido sobre su hogar en los últimos años. Juan Vicente, uno de sus hermanos que era piloto militar con grado de teniente, perdió la vida al estrellar por accidente su avión de combate mientras realizaba unas maniobras. Poco después, Napoleón otro hermano, sin aparente motivo, decidió volarse la tapa de los sesos frente a su madre durante una comida familiar. Entre los mayores estaba Carlos, que era profesor, circunstancia que provocó en más de una ocasión la ira de varios cadetes, que vestidos con sus uniformes de gala y con Juan Vicente a la cabeza, irrumpían violentamente en la habitación de su hermano, quien en esos momentos solía encontrarse reunido con sus compañeros del sindicato de maestros. Entonces, aquel reducido espacio se convertía en un campo de batalla, donde el único lenguaje imperante era el de las brutales patadas, el de los puñetazos con manoplas de hierro y el de los acalorados insultos entre los dos bandos. Las imágenes

mostradas como señas de identidad en las paredes de las dos estancias, representaban universos sin ningún nexo en común. Toda aquella amalgama de influencias confrontadas, tejieron con los años la compleja personalidad de Mabel, cuya existencia vivía anclada en un turbulento mar de contradicciones.

Con el paso de los días, ese lugar se fue convirtiendo en una especie de base de operaciones, desde la que comencé a organizar los preparativos, de lo que sería nuestra precipitada fuga del país.

Recibí las primeras visitas de mi madre y las de mi hermano, quienes me contaron que el resto de objetos personales que lograron salvarse del saqueo fueron transportados a casa de un familiar, donde, con el tiempo, serían lentamente devorados por la carcoma, la humedad y el olvido. Entre las cosas que decidimos llevarnos, se encontraban varias fotografías familiares; el reloj, los lentes y el anillo de bodas de mi padre; un álbum de canciones que compré con el primer sueldo que conseguí ganar; un cuaderno que contenía poemas, que, tras recortar de los periódicos, yo solía pegar a sus páginas; otro cuaderno más, con sellos de medio mundo que me aficioné en coleccionar; y un tercer cuaderno con mis primeros versos escritos a mano. Con los años, comprobé que, envuelta en un sobre, mi madre aún guardaba la camisa empapada con la sangre de mi padre, en la que se podían apreciar las perforaciones provocadas por los disparos recibidos la noche en que lo asesinaron. Junto a la camisa, había una bolsita que contenía un puñado de monedas. Su valor residía en haber estado metidas dentro de un bote, colocado por una mano anónima, al lado de los féretros de mis familiares. Un bote, en el que los compañeros de trabajo de mi padre, amigos y vecinos, dejaron aquel dinero, como muestra de afecto y dolor compartido.

La maquinaria de represión arrojaba cifras mortales que eran disputadas a diario por los principales periódicos, emisoras de radio y cadenas de televisión. En cunetas, ríos y barrancos eran encontrados decenas de cadáveres con claros signos de tortura. Todos los frentes populares de masas estaban siendo descabezados y sus líderes, uno tras otro, eran capturados, desaparecidos y asesinados salvajemente. En las paredes de cualquier rincón del

país, las consignas escritas a riesgo de perder la vida, llamaban al pueblo a la lucha. Las grandes marchas por la capital, tocaban a su fin. Los espacios políticos de la protesta en la calle se iban cerrando cada vez más. Se comenzaban a abrir las puertas de una guerra de mayores dimensiones, en que los combates se librarían en nuevos escenarios. El teatro de guerra, día con día, se iba trasladando de las ciudades al campo. Un diezmado movimiento estudiantil, obrero y campesino preparaba en silencio las condiciones para la construcción y el fortalecimiento de un poderoso ejército guerrillero que, con su accionar, haría retumbar las montañas. Nos encontrábamos en los albores de los grandes combates, así como de las heroicas hazañas que cambiarían, de una vez por todas, el rumbo de la historia.

En una de las raras visitas de mi hermano, éste me reveló la identidad del sujeto que acompañaba al escuadrón de la muerte la noche en que segaron la vida de nuestros familiares.

Lo conocía bastante bien, pues de niños coincidimos durante la primaria y años más tarde, en plena adolescencia, nos volvíamos a encontrar los dos, como alumnos de La Escuela de Aerotécnica de las Fuerzas Aéreas, donde ingresamos a principios de 1976.

Entre los rasgos que recordaba de la personalidad de aquel joven, destacaban el de la insidia, la traición y la envidia, pero sobre todos ellos, el de la cobardía. Seguramente por eso, no me extrañó que le hubieran elegido para realizar el triste papel de delator.

Debido a lo que parecía una marcada vocación por la torpeza, ese joven de piel cobriza, de mediana estatura y carácter apocado, solía ganarse con facilidad el desprecio de sus compañeros. Un rechazo que acentuaba en él, un malsano sentimiento de frustración y enconado resentimiento. Dos signos de identidad que se sumarían a su ya deteriorado perfil humano, del que más tarde sacarían provecho quienes, gracias al adiestramiento, acabarían por convertirle en el personaje oscuro, amoral y siniestro que demostró ser.

Supe a través de mi hermano, que una de las organizaciones político—militares que se esforzaba por dar caza al susodicho soplón, con el objetivo de ajusticiarlo públicamente, había logrado estrechar el cerco. Que tarde o temprano, ese pobre infeliz cayera en cualquier

rincón abatido por el fuego guerrillero, era tan sólo una cuestión de tiempo y él, lo sabía.

Era urgente tomar una determinación sobre el lugar adonde debíamos de viajar con el fin de ponernos a salvo. Existían suficientes motivos para pensar que pretender continuar en el país sin correr el riesgo de ser capturados, era una locura. Estábamos convencidos de que nuestros nombres figuraban en los lugares más insospechados. La sola idea de poner el pie en una oficina bancaria para disponer de nuestro dinero, suponía un inminente peligro. A todo esto, había que añadir que ninguno de los tres poseíamos un pasaporte en vigencia.

Ciudad de destino, liquidez económica y documentación para marchar al extranjero, se convirtieron en los principales problemas a los que enfrentarnos enfrentamos si pretendíamos salir con vida de la situación en la que nos encontrábamos.

En lo posible, evitaríamos viajar por tierra. Se sabía que el paso por los puestos fronterizos con los países vecinos no era seguro. La única opción posible, consistía en procurar llegar por carretera al Aeropuerto Internacional de Comalapa, cuya ruta estaba controlada por frecuentes retenes militares. De contar con alguna probabilidad de abandonar el país, era primordial establecer comunicación con el exterior a fin de preparar las condiciones mínimas.

Contacté por teléfono con mi buen amigo mexicano, Ricardo, quien al enterarse de todo lo ocurrido, se ofreció voluntariamente para viajar a El Salvador con el único propósito de portar consigo, el dinero suficiente para comprar nuestros boletos de avión.

Ricardo, quien jamás había viajado a nuestro país, prometió reunirse conmigo en un par de semanas. Luego acordamos sobre la necesidad de coordinar hasta el último detalle de su inminente viaje e insistí en que, una pieza clave del puzle, era el padre Tilo, que en aquellos días se encontraba en el D.F. cumpliendo tareas políticas en nombre de la organización salvadoreña a la que él pertenecía y a quien ya le había escrito días antes.

Lancé la colilla al suelo y, con la punta del zapato, apagué la brasita humeante del cigarrillo. Esperaba de pie, e inquieto, que en cualquier momento, apareciera una joven, ex compañera de colegio

de mi hermana, con quién, días atrás, había quedado en reunirme delante del Teatro Nacional, donde posadas sobre los cables del tendido eléctrico y la fachada del edificio, podían apreciarse cientos de golondrinas.

Escuché una voz femenina que suavemente pronunciaba mi nombre desde el interior de un taxi que en ese momento se detenía frente al lugar donde me encontraba. Al subir al vehículo, besé en los labios de aquella joven, e indiqué al chófer que nos llevara hasta un motel situado en los alrededores de la capital. Me giré hacia ella buscando su aprobación. Sin pronunciar una sola palabra, con la mirada puesta en el espejo retrovisor, ella asintió con un ligero movimiento de cabeza. Me senté a su lado y nos dirigimos hasta ese sórdido lugar, escogido adrede con el fin de garantizar nuestra seguridad.

Una vez en aquella habitación inmunda, impregnada aún por el olor nauseabundo producido por el sudor de los anteriores clientes y, sentados a la orilla del lecho, entre lágrimas contenidas, aquella jovencita de cabello negro, se preparó para dar rienda suelta a su angustioso relato. Mientras entre sus delicadas y blancas manos jugaba nerviosamente con un pañuelo que segundos antes había extraído de su bolso, narró que hacía menos de una semana, su casa había sido asaltada en medio de la noche por un comando de paramilitares. Ella no albergaba duda alguna de que el verdadero objetivo de aquellos hombres que, tras agredirlas físicamente, habían intentado violarlas, era el de capturar a uno de sus hermanos, quien desde hacía un tiempo se encontraba clandestinamente fuera del país.

Esa joven, con quien había comenzado a salir ese mismo año, era una estudiante de bachillerato, brillante, perteneciente a una de las familias acomodada de la ciudad. Con ella, solía viajar desde la capital en autobús cuando por la noche regresábamos a casa desde el colegio. Durante el trayecto, mientras observábamos el paisaje por la ventanilla, nos entreteníamos haciendo planes de futuro que a menudo solían versar sobre lo que nos gustaría que algún día fueran nuestras vidas, de las carreras universitarias que a cada uno de nosotros nos interesaba estudiar. Un tema sobre el que jamás llegué

a poseer con certeza, la suficiente claridad. Algo que contrariamente a mí, ella sí manifestaba. Por temor a perderla, concluí que lo mejor, sería salir del paso respondiendo que quizá estudiaría medicina, derecho, arquitectura, psicología o, en el peor de los casos, algún tipo de ingeniería. Al tiempo que todas aquellas falsas pretensiones salían de mi boca, no podía evitar que me invadiera, el sentimiento de que la nuestra, desde su nacimiento, era una relación abocada al fracaso.

Los desafortunados sucesos que nos habían golpeado en el transcurso de las últimas semanas lo precipitaron todo. No podíamos ignorar que, para nosotros, a partir de entonces, el futuro como pareja volaba por el aire hecho añicos. Que aquella, no era sino, una cita de despedida. Que nuestras vidas, lo sabíamos, discurrirían a partir de entonces, por distintos caminos, en latitudes diferentes y bajo otros prismas. Un encuentro apresurado, fugaz y absurdo, en el que, sin el menor de los sentidos, los dos convenimos fusionar nuestros cuerpos, a sabiendas que con ello no hacíamos otra cosa que sellar, de una vez y para siempre, un período donde los inocentes y enardecidos sueños de adolescencia, poco a poco, se irían difuminando lentamente en el tiempo, quedando a merced sólo, del recuerdo o del voraz olvido.

Su adiós al cerrar la puerta del taxi, fue casi imperceptible, parecido al silencio que guardó durante todo el trayecto al centro de la ciudad. Al ver alejarse el vehículo, sentí que algo de mí se perdía en medio de las luces de neón y supe que jamás volvería a verla.

La señora de servicio en casa de Mabel, golpeó a la puerta de la habitación, advirtiendo sobre una llamada internacional que debía atender. Al otro lado del auricular, escuché la voz del compañero Ricardo, quien confirmaba su próxima llegada a El Salvador. A partir de ese momento, apenas sí contaba con algo más de una semana para realizar todos los preparativos de nuestro viaje. Era preciso agudizar los sentidos. Echar mano hasta del último recurso del que pudiera disponer. Reunir la documentación requerida para el trámite de nuestros pasaportes. Y para comenzar, no se me ocurrió otra cosa, que solicitar a Mabel que me consiguiera la tarjeta de uno de sus buenos amigos en Cancillería. También, necesitaba garantizar un

vehículo que nos condujera hasta el aeropuerto. Una cobertura que, el día de nuestra partida, evitara la movilización en transporte público que, en la mayoría de los casos, era objeto del constante cateo por parte de los militares que se encontraban apostados en los retenes diseminados a lo largo de las carreteras del país. El autobús o el taxi, quedaban, por tanto, descartados. Realicé una llamada telefónica a mi abuelo materno, un empresario de origen alemán, que se desentendió por completo de nuestra situación, aunque nos deseó buena suerte. La solución la dejé al azar, confiando en que ya se me ocurriría algo.

Un par de días más tarde, con la tarjeta de visita del entonces secretario de Relaciones Exteriores en mi bolsillo, me encaminé hasta el centro donde extendían los pasaportes. Un viejo edificio que se encontraba cercado en sus alrededores por centenares de personas quienes bajo el aplastante sol de la mañana, procuraban obtener un documento de viaje que les permitiera abandonar el país.

De pronto, a pocos metros de distancia, de entre medio de la multitud, acompañado por una jovencita a la que traía abrazada por la cintura, apareció aquel delator al que deseaban ajusticiar y que ahora dirigía sus pasos en dirección hacia mí. A un lado de la misma acera, un agente de la Policía de Hacienda, se encontraba sobre un pequeño promontorio de tierra. Me sentí perdido. Mirando a mi alrededor, busqué inútilmente la posibilidad de evitar el encuentro. Estaba convencido de que, de no ser capturado ahí mismo, aquél cobarde asesino, al reconocerme, vencido por el pánico, sacaría de inmediato su arma que descargaría contra mí. Pensé que aquello era el fin, pero por fortuna, una vez más, la suerte quería que saliera indemne, pues el soplón en el preciso momento de pasar a mi costado, beso en los labios a la chica, lo que impidió que se percatara de mi presencia.

Al poco tiempo, el «oreja», que era como se llamaba a los confidentes de la policía, era abatido por un comando guerrillero frente al parque central de la ciudad de San Martín, no sin antes, dar a conocer públicamente y en voz alta, los graves cargos que recaían sobre ese individuo, que segundos antes, entre lágrimas y gritos

desesperados, imploraba de rodillas clemencia. El cuerpo sin vida del ajusticiado, quedó tendido sobre el asfalto.

Seguí avanzando en dirección a toda aquella marea humana que, mostrando sus documentos, agitaba las manos en el aire. La inmensa mayoría de esas personas, que resignadas soportaban de pie largas horas para ser atendidas por los agentes de inmigración, constituían parte del primer gran éxodo salvadoreño hacia los Estados Unidos u otros países vecinos de la región centroamericana. Bastaba con detener por un segundo la mirada en cualquiera de los rostros, para reconocer de inmediato, el inconfundible estigma que, en sus expresiones, habían dejado el terror y la angustia sufridos en aquellos días de barbarie.

En el momento de sumergirme entre medio de la multitud, pasé delante de una puerta que era custodiada por dos sujetos mal encarados, vestidos con impecables guayaberas blancas, *blue jeans* y relucientes botines negros. La mirada era encubierta por unas gafas oscuras y en bandolera sostenían, con el dedo en el gatillo, sus respectivas ametralladoras de cañón corto.

Dadas las medidas de seguridad que ofrecía esa entrada, supuse que, si cruzaba aquella puerta, podría entrevistarme con el director de inmigración. Como quien busca una calle, me detuve frente a ellos y les pregunté por dicho funcionario. Uno de los dos guardianes, observándome detenidamente, respondió que éste se encontraba en Ginebra. Sin medir mucho las consecuencias de lo que pudiera suceder, mentí al asegurar que eso era imposible, pues el mismo director me había citado por teléfono en su despacho hacía menos de una hora. Se miraron entre ellos y abriendo la puerta, con gesto amable, haciéndose a un lado, me invitaron a subir por unas escaleras estrechas que desembocaban a un recibidor adornado con todo tipo de vegetación tropical. Al asomarme a una de las barandillas de madera, desde lo alto, pude apreciar el patio interior del edificio, adornado en el centro con una fuente de agua, alrededor de la cual, pululaban un sinfín de personas que pacientes esperaban su turno para tramitar su documentación. En esa especie de sala de espera, existía una puerta en cuyo cristal polarizado podía leerse que se trataba del despacho del director. Tras golpear con los

nudillos de la mano, abriendo la puerta, apareció una mujer de mediana edad, alta y delgada quien preguntó con amabilidad qué era lo que yo deseaba. Una vez más, me veía obligado a mentir y respondí que iba de parte del señor secretario del Ministro de Relaciones Exteriores de nuestro país y mostrándole la tarjeta, se la entregué.

Tras consultar a sus superiores, regresó sonriente y me pidió que pasara adelante. Al fondo del despacho, detrás de un enorme escritorio de madera, pude ver la figura del director de inmigración quien, al verme, poniéndose de pie, me saludó de manera efusiva. Tomé asiento delante de su mesa y sin darme mucho tiempo, me preguntó qué era lo que me llevaba aquella mañana hasta él y en qué podía serme útil. Le comenté que en esos días se realizaba en México una feria de maquinaria moderna a la que tenía el interés de asistir junto a mi madre y hermano, pues deseábamos abrir una empresa de fotocopiadoras. Sin ocultar su emoción, manifestó que en esos momentos en que todos se marchaban del país dejándoles solos ante los comunistas, la nuestra era una actitud valiente y patriótica. Me pidió que le entregara los documentos y tras llamar a su secretaria le dio la orden de que tramitara de inmediato nuestros pasaportes. Luego pidió que trajeran café con pasteles para los dos y mientras esperábamos los documentos de viaje, continuamos hablando sobre diversos temas, como si de dos viejos amigos se tratara. Puesto que él ostentaba un alto rango, me hablaba constantemente desde la visión de un militar, poniendo especial énfasis en las dificultades de la guerra, en las perspectivas que tenían de ganar en su lucha contrainsurgente, siempre que el Gobierno de los Estados Unidos no los abandonara, como ya había sucedido hacía exactamente un año atrás en Nicaragua con el dictador Somoza, que, según él, había sido traicionado por sus principales aliados.

Pasada más de media hora, el director, tomando la tarjeta que le había entregado a su secretaria a mi llegada, alzó el teléfono y marcó varios dígitos. Angustiado, pensé que, si conseguía contactar con el secretario del Ministro de Relaciones Exteriores, a quien jamás había visto en mi vida, como era lógico de esperar, éste negaría

conocerme. A pesar de sentir que un sudor frío recorría mi espalda y de cómo se aflojaban mis piernas, procuré no perder el control. De pronto, se escuchó la voz del director, exigiendo que subieran cuanto antes los pasaportes. Sonriéndome, colgó el aparato y me devolvió la tarjeta. En ese momento, apareció la mujer delgada y alta, portando los documentos de viaje que entregó al coronel, quien, sin motivo aparente, saltó de su silla gritándole a ella todo tipo de groserías. La secretaria, que escuchaba como la ninguneaban llamándole estúpida, imbécil, inútil, idiota y otros tantos improperios, no daba crédito, ni lograba comprender qué era lo que había motivado en su superior semejante enfado. Por fin, el director, lanzando sobre su escritorio los pasaportes, le advirtió a su secretaria que yo era una persona de su entera confianza y que, por lo mismo, debía de ser tratado como tal. Acto seguido, la envió a que estamparan en cada uno de los tres pasaportes el sello de Visa Especial, para múltiples entras y salidas.

Antes de marchar el director, bajando el tono de la voz, me pidió que al regresar de México pasara otra vez por su despacho. Me explicó que tenía un hijo al que deseaba que contratáramos en las oficinas de nuestra nueva empresa y que, de ser posible, que eso lo dejaba en mis manos, le diéramos un cargo, propio del hijo de un militar de tan alto rango. Me despedí de aquel oportunista carente de escrúpulos, a quien, una vez más, prometiendo volver, mentí.

Un par de días después, estando en el salón de la casa de Mabel, una mañana, mientras observaba la calle desde la ventana, escuché a través de una emisora radial la noticia del brutal asesinato del poeta Jaime Suárez Quemain. Se trataba de un nuevo crimen perpetrado por los Escuadrones de la Muerte, quienes le sacaron del céntrico Café Bella Nápoles en San Salvador. En el momento de su captura, Jaime iba acompañado por César Najarro, fotógrafo del opositor periódico *La crónica del pueblo*, del que Suárez Quemain era su jefe de redacción. A los dos días de la angustiosa desaparición, sus cadáveres, declaraba conmocionado el locutor, eran encontrados en el fondo de un basurero público en las proximidades de la capital. Los cuerpos, según el informe pericial,

presentaban severos signos de tortura y diversas heridas provocadas con machete.

La poesía, una vez más, pagaba su tributo de sangre en medio de una ascendente espiral de violencia. Cinco años antes, en 1975, arrebataban la vida a Roque Dalton, ejecutado por sus propios compañeros de lucha y, cuatro años más tarde, en 1979, la de Lil Milagro Ramírez, quien, después ser capturada gravemente herida en un enfrentamiento armado y tras vivir un verdadero calvario, sería asesinada en las cárceles clandestinas de La Guardia Nacional.

Pero Roque, Lil Milagro y Jaime, sólo serían los primeros de una larga lista de poetas que, ya entrada la década de los ochenta, irían cayendo en los distintos frentes de guerra, hasta conformar, ese gran retablo de los héroes y mártires de la lucha revolucionaria del pueblo salvadoreño; todos ellos inscritos en una especie de cuaderno de bitácora, en el que pueden leerse los nombres de los poetas José María Cuéllar, Mauricio Vallejo (padre), Rigoberto Góngora, Amada Libertad, Alfonso Hernández, Amílcar Colocho, Arquímedes Cruz y Nelson Brizuela.

Mientras el periodista continuaba dando los detalles sobre la muerte de Jaime Suárez y del fotógrafo, yo seguía observando a través de los cristales la posibilidad de cualquier movimiento extraño que se pudiera producir fuera de la casa. Sabía que a pesar de la aparente calma que se respiraba en los alrededores, dadas las circunstancias, era necesario extremar las medidas de seguridad.

Desconfiaba de casi todos, incluidos el señor que cada mañana pasaba barriendo las aceras del vecindario; el vendedor ambulante de periódicos, de golosinas o de los billetes de lotería; el afilador de cuchillos y tijeras; el taxista que ocasionalmente pasaba por la colonia; el jardinero o la mujer de servicio de la familia de enfrente. Cualquiera que se cruzara en mi ángulo de visión, pasaba a convertirse en un sospechoso potencial del que había que cuidarse.

Agotado por aquella vigilia permanente y paranoica, me dejé caer, hundiéndome sobre uno de los sofás del salón. En ese breve instante, sentí el motor de un vehículo pesado, que resultó ser un camión militar del que, ágilmente comenzó a descender un grupo de efectivos del ejército en uniforme de fatiga. Varios de esos soldados,

apoyaron sus espaldas sobre la pared de la casa, lo que me permitía verlos claramente a poca distancia. Lo primero que pensé, es que era una operación relámpago de cateo, aunque también, podría tratarse del asalto a una casa de seguridad. Todo era posible.

Fuera lo que fuera, mi reacción fue cambiar de inmediato la frecuencia, buscando sintonizar una emisora donde pusieran música ligera. Al girarme, me sorprendió la imagen de dos hombres de civil, que armados de metralletas Uzi, se encontraban de pie cerca de la puerta que daba a la calle, la cual, como era la costumbre entonces en los hogares del país, durante el día, permanecía siempre abierta. Un segundo más tarde, por esa puerta, entraba un oficial de alta graduación, quien, dos pasos atrás suyos, era acompañado por un asistente que portaba un curioso maletín de mano.

Al verme en el salón, extrañado por mi presencia, el capitán, preguntó si podía sentarse en el sofá que había delante de mí. Poniéndome en pie, le estreché la mano y le pedí que tomara asiento. En ese momento, el asistente que lucía unos galones de cabo, abrió el maletín de cuero negro de donde extrajo una botella de whisky y un par de pequeños vasos de cristal. Sin preguntarme si deseaba o no beber, aquel hombrecillo nos sirvió a los dos. El oficial, que según supe luego, era un destacado piloto de las fuerzas aéreas y experto en la lucha contrainsurgente, alzó su brazo y brindó conmigo.

Sobre las relucientes e impecables botas negras del joven capitán, observé unas pequeñas manchas que me parecieron gotas de sangre. Pidiendo al cabito que nos sirviera más whisky, sin que yo preguntara nada, el piloto militar me contó que venían de un operativo en la zona de Chalatenango, fronteriza con Honduras y que sí, tal y como ya me había percatado, se trataba de rastros de sangre a los que él, se refirió llamándoles galones de guerra y, como si deseara desvelar mi pensamiento, tomó un largo trago de su vaso.

Sin disimular su inquietud ante la falta de información sobre mi identidad, quiso saber qué era lo que yo hacía en casa de Mabel. A riesgo de que me descubriera más adelante, respondí que tenía una cita con ella para comer juntos ese día. Antes de que él siguiera

indagando con preguntas capciosas, me mostré muy interesado en querer saber acerca del curso de la guerra.

Habían transcurrido aproximadamente quince minutos desde la llegada de aquel destacamento militar, cuando de pronto, Mabel se presentó con Rosa su madre, quien, de la mano, traía a su pequeña hija Francesca, por la que el oficial parecía tener debilidad, pues al verla, alzándola entre sus brazos le hizo todo tipo de carantoñas.

Aprovechando el barullo, advertí a Mabel de mi breve como espinosa conversación con el capitán, al que ella, girándose, convidó a comer ese mediodía. Él asintió de inmediato, mientras que yo, pedía al asistente que me sirviera un whisky. Sólo que esta vez, doble.

La sirvienta anunció que la comida estaba dispuesta y que podíamos pasar al comedor. El capitán, que en ese momento daba algunas instrucciones a sus soldados, encabezaría la mesa quedando yo, situado a su derecha y Mabel con su pequeña hija al lado, se sentaría frente a mí. Su madre, la señora Rosa, como hija de coronel y buena anfitriona que era, decidía retirarse para atender, de forma voluntaria, algunas de las necesidades que la tropa, estacionada afuera, pudiera demandar. En un rincón, sin quitarnos la mirada de encima, continuaban de pie los hombres de civil a cuya presencia, con el paso de las horas, me fui acostumbrando.

Mabel, con el único propósito de quitarle peso a la inquietante atención que el oficial comenzaba a prestar a mi presencia, desplegó todos sus encantos seductores ante los que pronto, aquel psicópata que no dejaba de halagarla, caía rendido.

El capitán recordó al hermano de Mabel, el teniente Juan Vicente Perla, cuya imagen en vida de éste, quedó grabada en un sello postal donde, con la bandera salvadoreña, se pretendió emular la fotografía, tomada durante la Segunda Guerra Mundial por Joe Rosenthal, a un puñado de soldados estadounidenses en el momento en que estos empujaban el mástil con que erigieron su bandera en la cima del monte Suribachi situado en la isla de Iwo Jima.

Después de tomar un café, aquel piloto militar, que parecía seguirse preguntado quién demonios era yo, decidió marcharse.

Para esa misma noche, Mabel, evidentemente intranquila por la inesperada visita del oficial de las fuerzas aéreas, arreglaba una cita con el esposo de su hermana Ana María, un capitán de Infantería destacado en el cuartel El Zapote.

Una vez en casa de su cuñado Francisco, que es como se llamaba el oficial, nos sentamos en el salón a tomar algunas copas, escuchar música y conversar. El capitán, levantando la réplica de una bota militar de cerámica que estaba sobre la mesa de centro, comentó que se la habían obsequiado como trofeo al finalizar su entrenamiento de supervivencia recibido en Taiwán.

Mabel, sin preámbulo, a bocajarro, le pidió a su cuñado que me brindara protección, ya que mi vida corría un serio peligro.

Él, sin comprender en absoluto el porqué de aquella curiosa solicitud, tras quedarse callado un momento y, sin salir de su asombro, respondió que, tratándose de ella, podíamos contar con su apoyo incondicional. Sorprendido tanto por la petición de Mabel, como por la respuesta de su cuñado, me limité a procurar tranquilizarle, aclarando que no sería por más de una semana. Él, no quiso saber de qué o de quién debía protegerme. En realidad, los tres sabíamos que era mejor así. Acompañamos a Mabel a su casa y, esa madrugada, Francisco me instaló en uno de los pabellones de su base militar donde, tras recibir un uniforme verde olivo, preocupado, cerré la puerta e intenté dormir.

El sonido de la trompeta que anunciaba la *formación de Diana* al que de inmediato se sumó el atronador ruido provocado por aquel movimiento de la tropa marchando como un solo hombre, me sacó del profundo sueño en que había logrado caer.

Una hora después, llamándome por mi nombre, golpeaban suavemente a la puerta. Se trataba del cuñado de Mabel, quien llegó para darme algunas recomendaciones, entre las que se encontraba la de procurar no dejarme ver por los otros oficiales. Me entregó una bolsa que en su interior contenía algunas golosinas, cigarrillos, agua, refrescos y un sándwich para que desayunara. En voz baja, dijo que podía sentirme tranquilo, pero que tuviera muy presente evitar salir del pabellón y sobre todo, que no se me ocurriera, por ningún motivo, quitarme el uniforme que me había entregado. Antes de

irse, agregó que cada cierto tiempo, sin especificar cada cuánto, enviaría a un soldado de su entera confianza para ver si necesitaba algo, pero con quien, debía de eludir cualquier tipo de conversación y saludándome marcialmente, cerrando la puerta, se marchó.

Según prometió el capitán, sobre el mediodía, un soldado se presentó con una bandeja de comida. Al ver que no lucía distintivo o galón alguno sobre mi uniforme, él no supo cómo debía saludarme y se limitó a preguntar si requería algo. En horas de la tarde, la lluvia que comenzó a caer fue refrescando el ambiente de la habitación donde intentaba entretenerme, leyendo viejas revistas militares.

Al anochecer, recibía la visita de Mabel, quien me avisaba de la llegada de Ricardo a El Salvador al día siguiente. Ella sería quien, personalmente, lo recogería en el aeropuerto para luego, haciéndole pasar por un amigo, alojarlo en su casa. Se dispuso que mi madre se encargara de la reserva y compra de los boletos de avión.

A partir de ese momento, el reloj comenzaba su cuenta regresiva. El tiempo se agotaba y debíamos abandonar el país cuanto antes.

Pregunté a Mabel si podría conseguir un coche oficial que nos llevara hasta el aeropuerto el día de nuestra partida. Respondió que no prometía nada, pero que lo pensaría seriamente. Su aroma, quedó acompañándome entre las cuatro paredes del pabellón.

Logré conciliar el sueño, recordando la navidad de hacía dos años, en que ella irrumpió en nuestras vidas con su gracia juvenil y, de la impresión que me causó el revólver que cargaba en su bolso, así como de su manifiesta predisposición para utilizarlo en cualquier momento. Con el tiempo, llegaron nuestros encuentros furtivos en varias cafeterías de la capital, hasta que un sábado, en el rancho de su familia en la playa, marcaría el punto de partida de nuestra ruptura, dando lugar a un velado como sutil amor que, en esos días, le llevaba a poner en riesgo su propia vida.

Mientras fuera seguro, me mantendría en el cuartel, que se había convertido, sin proponérmelo, en refugio, cautiverio y fortaleza.

Los tres días que siguieron a mi llegada a la base militar, corrieron sin mayores sobresaltos. Uno tras otro, iba recibiendo a los

soldados, quienes me portaban alimentos a los que se sumaron los periódicos que les había solicitado que me compraran.

Por fin, la monotonía era rota la noche en que recibí la visita del cuñado de Mabel, quien completamente ebrio, llegó para invitarme a que le acompañara a una fiesta. Me extendió un cinturón de piel marrón que sujetaba una cartuchera, dentro de la cual, había un arma reglamentaria del ejército. Subimos a un Jeep dotado de una radio de transmisiones. Me senté a su lado, mientras él conducía el vehículo. Francisco iba vestido con una camiseta blanca, sobre la que se había colocado el correaje y una pechera en la que podía verse su pistola. El resto, eran unos pantalones de fatiga verdes y sus relucientes botas de combate. En la parte de atrás, un par de fusiles de asalto y una caja con granadas de mano.

A medida que avanzábamos sobre las solitarias calles de la capital, para que no nos dispararan, el capitán transmitía el *santo y seña*, advirtiendo a los retenes que pasaríamos sin detenernos.

Durante el trayecto, me invitó a fumar y a beber de la botella de whisky que llevaba. Me preguntó si no sentía curiosidad en saber si el arma que me había entregado antes de salir del cuartel, estaba cargada o no. Lanzando al aire una bocanada de humo, respondí que bastantes armas portaban él, como para tener que preocuparme por la que yo cargaba al cinto.

En medio de la oscuridad nocturna, fueron asomando las luces que provenían de una enorme mansión de donde, a medida que nos acercábamos, nos llegaba la música y el murmullo de la gente.

La zona estaba acordonada por un gran número de hombres armados vestidos de civil que, con el dedo en el gatillo, guardaban los lujosos coches de sus propietarios.

En el interior de aquella casa, se encontraban decenas de personas, pertenecientes a las principales familias oligárquicas del país, las cuales, se habían organizado para celebrar sus bacanales en distintas casas. Eso les permitía continuar un ritmo de vida aparentemente normal, en el que se evitaba al máximo poder sufrir, según ellos, cualquier tipo de atentado guerrillero.

Entre los convidados a esos *guateques*, uno podía cruzarse con diplomáticos designados en nuestro país, oficiales con o sin sus

uniformes del ejército, refinados magnates del café, la industria y la banca salvadoreña, agentes de los servicios especiales de espionaje de origen cubano, argentino, guatemalteco, chileno y nicaragüense… pero en especial, con experimentados asesores militares estadounidenses e israelíes, bragados en las guerras de Oriente Medio, Vietnam, El Congo y Nicaragua.

El alcohol corría a raudales y uno, si lo deseaba, podía beber toda la cerveza, el ron, la ginebra, el champán, el coñac o el whisky que quisiera. Las viandas, con exquisitos canapés, eran servidas por los camareros y mujeres de la servidumbre.

Se rumoreaba sobre la existencia de algunos rincones más reservados de la casa donde, al parecer, circulaban alegremente la cocaína, pastillas de LSD y otros tipos de sustancias psicotrópicas. En el patio, cercano a la piscina, destacaba un helicóptero privado.

Intoxicado de alcohol y drogas hasta las cejas, un muchacho hacía sonar en el tocadiscos, melodías que el resto de invitados, jóvenes o no, seguían con frenesí; al tiempo que, en medio de esa improvisada pista de baile, una manada de perros doberman, se paseaba con sus extravagantes collares adornados de pedrería, sujetos al cuello.

Nuevamente escuchaba la corneta a la que, minutos después, le seguía el sonido de las botas chocando al unísono contra el suelo del pasillo; así como las órdenes de los oficiales que, esa mañana de domingo, guiaban a la tropa en la *formación de Diana*.

Los efectos de la bebida la noche anterior, hacían estragos en mi organismo. Necesitaba con urgencia un café bien cargado, pero era consciente que sería una imprudencia salir en su búsqueda. Sólo me quedaba esperar que me acercaran el desayuno, como cada día.

Escuché la voz del cuñado de Mabel, quien me pedía que abriera la puerta del pabellón. Por la expresión de su rostro, supe de inmediato que traía buenas noticias. Entregándome una bandeja de alimentos, me dijo que debía de prepararme pues esa noche por fin, podría salir definitivamente del cuartel. Antes de irse de la habitación, me solicitó el arma que me había confiado. Tomándola por el cañón, le extendí la pistola, luego el cinturón y por último, el cargador con las balas. Sonriéndome, al ver que había comprobado

que sí estaba cargada, extrajo del bolsillo trasero de su pantalón militar, una petaca de la que me invitó a beber whisky. Tomamos un trago y, llevándose extendida la mano hasta su frente, me deseó que tuviera un buen día.

Sobre la medianoche, pasada la *formación de retreta*, se oyeron unos golpes suaves en la puerta. Sin encender la luz para no llamar la atención, abandoné mi refugio, subí al vehículo particular que conducía el capitán y nos alejamos del cuartel.

Al llegar a nuestro destino, Mabel nos estaba esperando en la puerta de su casa. Me despedí agradecido de ese capitán quien, a riesgo de su seguridad, me había cubierto las espaldas. Su coche, deslizándose sobre el asfalto, desapareció entre la penumbra.

En el interior de la casa, me estaban esperando mi madre, junto a mi hermano y mi amigo Ricardo a los que abracé. Por motivos de seguridad, ninguno de ellos tenía la menor idea del lugar donde me había metido durante aquellos últimos días. Hablamos hasta bien entrado el amanecer. Repasamos algunos detalles de nuestra salida e intentamos descansar. Mabel nos confirmó que contaríamos con un vehículo oficial, en el cual, podríamos ir hasta el aeropuerto. En un par de días, saldríamos con rumbo a México.

El Salvador era una caldera de presión a punto de estallar y en los medios de prensa de medio mundo, sonaban los tambores de guerra que presagiaban la debacle. El conflicto de Centroamérica, se encaminaba hacía una eventual vietnamización. El futuro Presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, había declarado que no permitiría un triunfo de la revolución salvadoreña. No quería otra Cuba, ni otra Nicaragua cerca de sus fronteras y, bajo el amparo de esa visión, se envió la ayuda militar al gobierno de nuestro país.

Nos conducíamos en un vehículo oficial, sorteando los retenes que aparecían por el camino. En los asientos traseros del vehículo, en el más completo silencio, iban mi madre, mi hermano y Ricardo, quien, durante el trayecto, dormía. A mí lado, el chófer que se mostró también discreto.

Cuando arribamos al aeropuerto, nos reunimos en el interior con el resto de familiares, quienes no supieron de nuestro viaje, sino

hasta un día antes. A la mayoría de ellos, presentimos que nunca los volveríamos a ver. El tiempo demostró que no nos equivocábamos.

La presencia de los militares era prácticamente superior en número al de los que se marchaban del país. Eso sin contar a los agentes secretos de la policía quienes, como sabuesos, andaban a la caza de sus futuras víctimas a quienes pretendían identificar. A varios de estos civiles, los detenían en el momento de presentar sus papeles a los policías de inmigración. Mi temor aumentó, al recordar que nosotros viajábamos bajo nuestra identidad. Acordamos entonces, que Ricardo entraría primero. Él era extranjero y no tendría el menor problema. Dejaría pasar a unos pocos viajeros y le seguiría yo, al tiempo que mi madre y hermano, irían dos o tres personas detrás de mí. En el caso de que me identificaran y acto seguido me detuvieran para interrogarme, ellos deberían de separarse de la fila, sin levantar ningún escándalo e intentar otra vía de escape. Yo estaría perdido, pero ellos aún tendrían otra oportunidad. Ricardo, al llegar a México, se encargaría de avisar al padre Tilo de mi captura para que ésta no quedara en el anonimato. Ese era el plan.

Luego de que Ricardo consiguió cruzar, como ya habíamos previsto, le seguí. En el instante en que estaba a punto de llegar ante aquel guardia nacional, recordé la Visa Especial en el pasaporte y abriéndolo, se lo estampé en el rostro. Al verlo, el guardia con energía se llevó la mano extendida hasta la altura de la frente haciendo sonar los tacones de sus botas. Me preguntó quienes me acompañaban. Sin mirar atrás, respondí que los que me seguían. Al subir al avión, se aproximó un hombre para darme las gracias. Nunca antes lo había visto, pero según dijo, él se encontraba detrás de mí en la fila y pudo pasar, al igual que otro muchacho quien, con un maletín de mano, le acompañaba durante el viaje.

Por primera vez, desde el aire, podía apreciar nuestros ríos, montañas, lagos, veredas, volcanes y el azul del Océano Pacífico bañando las costas.

Medité sobre todo lo sucedido en el transcurso de los últimos días y, entonces, apoyando mi rostro sobre la ventanilla del avión, lloré, lloré amargamente, como un niño que se pierde en el bosque.

OPERACIÓN PATÍBULO

—Usted mismo tiene la culpa, amigo –dijo Fanarin, sonriendo.
—Me gustaría entrar en el paraíso, pero ahí no dejan pasar con un montón de pecados.
—Claro, claro, ya lo sabemos.
Y ambos dejaron escapar una risa artificial.

LIEV TOLSTOI, *RESURRECCIÓN*

El mayor Robledo recibió la orden de brindar el apoyo aéreo necesario al destacamento que, en horas de esa tarde, sería movilizado por tierra hasta las faldas del volcán en las proximidades de la capital.

Se trataba de una operación militar considerada de alta prioridad por parte del Estado Mayor. Durante los últimos días se habían detectado movimientos en esa zona, delatando la presencia del posible comando guerrillero que, tras la acción de secuestro perpetrada contra uno de los llamados *barones del café*, tenía en su poder al conocido empresario Ernesto Pomares.

Al abandonar el despacho del comandante en jefe de la base, Robledo se dirigió a su pabellón donde buscó apurar un buen trago. Los cubitos de hielo al contacto con el whisky le provocaban cierta sensación de tranquilidad.

Miró por la ventana, observando en ese momento, un charco de agua sobre la pista de aterrizaje que, provocado por la lluvia, la habían transformado en una especie de gran angular en el que se reflejaban unos anticuados aviones de combate.

De pronto, cayó en la cuenta que debía de escribir a su buen amigo el coronel Fajardo, pues se estaba planteando seriamente enviar a estudiar a uno de sus hijos a la Pontificia Universidad Católica de Chile. El coronel Fajardo y él habían coincidido hacía

unos años en Montevideo durante un curso de contrainsurgencia. Recordó que todos ellos, oficiales que procedían de distintos países latinoamericanos, llegaron a esa ciudad portuaria haciéndose pasar por importantes hombres de negocios. En aquellas noches de invierno, la mayoría de ellos, solían frecuentar el viejo casino en el barrio residencial de Carrasco. Un elegante edificio revestido de blanco que, situado frente al mar, aún conservaba el señorío de otros tiempos.

Con cierta frecuencia, estos jóvenes oficiales eran invitados a las mansiones de algunos de los ricos estancieros afectos a la recién estrenada dictadura militar.

En el transcurso de esas veladas, era el anfitrión de la casa quien solía hacer gala de su refinado sibaritismo en materia de vinos y de carnes vacunas, deleitándose él mismo en cortar al animal con sus variados cuchillos, guardados todos ellos en un lujoso estuche, quedando así, las piezas a punto para el *asado*, las cuales irían a dar a la parrilla, que, ardiendo al rojo vivo, esperaba en el jardín.

El entonces, capitán Robledo, comprendió que, en esa región del mundo, las partes que componen una res constituyen en sí toda una herencia cultural, que ha dado origen a nombres tan curiosos como *matambre, costeleta lisa, picana, verija, choquizuela, azotillo, trasjamón* y otras que conforman aquel universo gastronómico.

— ¿Tiene idea Robledo, de la cantidad de comunistas que he tenido que liquidar últimamente con mis propias manos? — le había preguntado una de esas noches su colega chileno, mientras los dos fumaban delante de una chimenea.

—No lo sé, capitán Fajardo, dígamelo usted si le parece— contestó, sin ocultar su curiosidad de saber hasta donde sería capaz de confesar algo semejante.

—Bien sabe usted que no se lo diría jamás Robledo— respondió afectado por la indiscreción cometida delante de quien, estaba convencido, tenía que haber leído el manual básico de tortura, conocido como el KUBARK, con referencias al uso de las descargas eléctricas.

— ¿Sabe una cosa capitán? — dijo Robledo, intentando aliviar el malestar de quien, sólo hacía un segundo antes,

involuntariamente, había demostrado de lo que era capaz de hacer con sus víctimas — En Panamá, me tuve que deshacer del perro que me obsequiaron cuando llegué a recibir la instrucción en La Escuela de las Américas. — Y dando una bocanada al habano confesó que esa había constituido su primera experiencia traumática con la muerte. Para él, aquel perro fue muy querido y, por supuesto, lo último que podía desear era quitarle la vida. Le contó que, durante varias horas, había dudado en cumplir aquella orden, pero sabía que a la mañana siguiente pasarían a buscar los restos del animal que, irremisiblemente, tenía que dejarlo en la puerta de la habitación, tal y como se lo había indicado quien, al entregarle el cachorro, no le advirtió que luego debería pasar tan mal trago.

—Vaya Robledo, cuánto lo siento— alcanzó a manifestar Fajardo.

—Ya lo ve, ingenuo de mí, porque incluso le puse por nombre Trueno, que era como se llamaba uno de los juguetes preferidos de mi primer hijo –lamentó Robledo, y para hacer más conmovedora su historia, agregó—. Sobrecogido, me retiré hasta un lugar solitario, donde despedirme del perro. Le hablé largo rato, pero pronto llegué a la conclusión de que, todo aquello, sólo hacía que empeoraran las cosas pues, al final, siempre tendría que liquidarlo. Cuanto más lo observaba, más insoportable se hacía la idea de estrangularlo, porque así era como debía de ser. No nos dejaron otra alternativa y, además, nuestros instructores lo comprobarían al siguiente día.

—Cuánta razón tienen en enseñarnos esas cosas, porque la vida a menudo suele colocarnos en situaciones semejantes donde, sólo nos queda un camino— interrumpió el capitán y, con un ligero movimiento en las manos, le pidió a Robledo que, por favor, continuara con su relato.

—Las manos me sudaban, ese perro es lo único que había tenido como algo a lo que tener afecto durante mi estancia en la Zona del Canal. Todos recibimos uno en cuanto pusimos un pie dentro de la base. Todos entonces, estaríamos, en parecidas circunstancias en aquellos momentos. No se miraba a nadie pasear alegre con su perro por los jardines. Siempre pensé que me lo dejarían llevar en el avión a casa una vez terminara la instrucción.

Se lo había prometido al menor de mis hijos a quien le mandé fotos donde se me podía apreciar con Trueno. En casa lo tenían como a uno más de la familia. Cuando a veces hablaba por teléfono, incluso en esos momentos, lo subía para que les ladrara un poco. Por las mañanas, me despertaba lamiendo mi rostro y era, lo que se suele decir de ellos, un perro fiel. Así que ahí estaba yo a solas con él, buscando hacerle comprender que mi deber, como soldado, era quitarle la vida. Incluso, y Dios lo sabe bien, intenté hablar con uno de los oficiales del curso, un americano que parecía ser algo más comprensivo que el resto de sus compañeros, pero no quiso oír nada sobre ese asunto. Por el contrario, me recordó que era parte de las normas y debía de cumplirlas sin objetar nada. Entonces tomé al perro entre mis brazos, le acaricié por última vez y, acto seguido, mirando al techo de la habitación, le retorcí el cuello. Algunas veces, aún siento sus patitas sobre mi pecho, queriendo escapar a una muerte que no esperaba. Es un recuerdo desagradable que a decir verdad me suele entristecer— concluyó Robledo, ante la mirada distante del capitán chileno que, ajeno e indiferente a lo narrado, continuaba fumando un Gran Panetela.

—Pensar que el Ché, cuando fue Ministro de Industrias de Cuba, quizá nunca imaginó que la idea de crear una fábrica de habanos tendría tal éxito, que convertirían al Cohiba en el mejor cigarro del mundo— dijo el capitán Fajardo, sentándose en uno de los cómodos sillones de cuero.

—En eso no vamos a criticar jamás a los cubanos— agregó Robledo.

—Sí, el Ché tuvo la habilidad de seleccionar a los más prominentes conocedores en la fabricación de habanos, como lo eran un tal Avelino Lara y Eduardo Rivero de allí por Larrañaga.

—Vaya capitán Fajardo, me impresiona usted. Cuánta erudición.

—No se crea Robledo, no se deje deslumbrar por semejante bagatela, pues estos datos que recuerdo con tanta precisión, se deben a un curso de mnemotecnia, impartido en la academia militar –aclaró el capitán y continuó explicando—. Escogí ese tema, porque en aquel tiempo me sentía fascinado por las grandes figuras de la

historia que fumaban sendos puros, como Abraham Lincoln, de quien, aunque jamás vi un retrato donde él aparezca con un cigarro, se sabía que le encantaban; el caso de Napoleón Bonaparte, del que se conocía el lugar donde había estado, aunque fuera unos instantes, por la cantidad de tabaco regado en el suelo o el de Winston Churchill, seguramente el más famoso fumador de puros de todos los tiempos. Se sabe que él encargaba un tamaño especial de habanos a la fábrica Romeo y Julieta que luego se hicieron sumamente conocidos. Hoy en día, incluso llevan su nombre casi todos los puros de ese tamaño de distintas marcas en el mundo –concluyó el capitán, olvidando mencionar, otros nombres de la talla de Stalin, Sigmund Freud, Fidel Castro, Orson Welles, Franklin D. Roosevelt, Enrico Caruso, Groucho Marx, Richard Wagner, José Martí, Ernesto *Che* Guevara o al legendario jefe del hampa, Al Capone.

Varios golpes secos en la puerta sacaban de sus recuerdos al mayor. En ese momento, un rayo caía a lo lejos y echó un vistazo por la ventana para comprobar que aún seguía lloviendo.

—Con su permiso mi mayor— sonó la voz del sargento Gómez, al tiempo que extendía un sobre sellado hasta sus manos.

—Pase adelante y tome asiento— invitó el mayor y agregó– Sargento, ¿le gustaría beber un trago de buen whisky?

—No, gracias mi mayor, estoy de servicio.

—Vos, si no es aguardiente, ya sé que no bebés otra cosa –dijo a la vez que se ponía un par de hielos en la copa.

—Para serle sincero mi mayor, nunca en la vida, he tenido la curiosidad de echarme un trago de esa bebida que me ha ofrecido.

—Sin embargo, sargento, habrá observado que, en la base, la mayoría de nosotros los oficiales, aparte de la cerveza, es lo único que bebemos. Esta botella, la compré durante una escala que hice en Dublín a mi regreso de una misión –respondió dejando caer sobre su copa el chorrito de bebida.

—Vaya, ignoraba que conociera ese país.

—No es un país, es la capital de la República de Irlanda.

—Ni idea mi mayor, lo siento, ya sabe que yo no soy tan leído como usted, ni he viajado tanto.

—Sargento, quizá, en poco tiempo, este país se vaya a incendiar políticamente y tenemos la obligación de conocer cómo han resuelto estos problemas otros países –dijo el mayor, abriendo entonces el sobre que le había entregado el sargento hacía un momento. Contenía con detalle los aspectos logísticos de la operación aérea en la que tendría que participar ese día.

—Pero, mi mayor, ¿en qué nos parecemos nosotros a los irlandeses? –deseó saber el sargento, quien, a su vez, pasaba la punta de las botas por la parte de atrás de sus piernas con la intención de sacarles brillo con la tela del pantalón.

— ¿En qué nos parecemos?, buena pregunta, sargento. Te confieso que nunca me lo había preguntado. Pero ya que lo decís –poniendo sus manos sobre los hombros del suboficial, le respondió – En lo borrachos sargento, en lo borrachos. En eso nos parecemos, sí señor. ¡Salud!

Facundo entró en aquel viejo caserón rodeado de una arboleda. Sobre una mesa de la sala, al lado de unos libros, colocó su Mágnum Smith & Wesson. Fue hasta la refrigeradora para tomar un poco de agua fresca. El calor era insoportable. Asomó el rostro a la ventana para comprobar la situación. El único vehículo estacionado era el Mazda blanco, que hacía sólo dos días atrás habían robado a punta de pistola en un estacionamiento de la capital. Tulio, quien coordinaba este tipo de operaciones y era el responsable de cambiar la matrícula de los coches, se encontraba en su interior hablando con Marina. Ambos pertenecían al comando urbano que mantenía prisionero al empresario. Su secuestro, era la moneda de cambio para exigir la liberación de varios de sus compañeros desaparecidos en el transcurso de ese mismo año.

Tulio se había formado en los campos de entrenamiento militar de Cuba, el Líbano y Vietnam. En el curso del último año, uno de sus hermanos menores había caído abatido por la policía al encasquillarse su fusil durante el asalto a una agencia bancaria. A sus veinticinco años, Tulio ya era un destacado líder universitario y su nombre figuraba en las listas negras de inteligencia del aparato militar del Estado. En Panamá, el general Omar Torrijos los había recibido en los jardines de una casa en las afueras de la capital,

donde jóvenes de distintas organizaciones y nacionalidades hablaban animados de futuros proyectos revolucionarios. Menos él, cuyo carácter innato era el de un hombre reservado, observador y parco en palabras. Capturado durante una manifestación estudiantil, recordaba, en las largas noches de vigilia, al más sanguinario de sus torturadores. Luego vinieron su aprendizaje de varios idiomas y sus continuos viajes al extranjero. Su fisonomía: alto, corpulento, de tez blanca, ojos azules, y pelo rubio, le hacía parecer un verdadero turista en cualquier rincón del mundo. Una cámara de fotografías, unas gafas oscuras y un cigarrillo en la boca bastaban para convencer a la policía de aduanas, de que su visita a cualquier país respondía únicamente a su deseo de pasarla bien en el casino del hotel, la discoteca, la playa, la montaña o los *nightclubs* de la ciudad.

Marina nació en una región del país económicamente deprimida. Su primer contacto con la ciudad se produjo el día en que, siendo aún pequeña, llegó junto a su madre a casa de unos familiares. Se fueron a vivir por una temporada al diminuto departamento de su tía quien habitaba en uno de los multifamiliares construidos después del terremoto de mediados de los sesenta. Era un espacio de cincuenta metros cuadrados en el que, junto a sus tíos y sus primos, tenían que acomodarse como buenamente pudieran. Marina dormía en el sofá grande del comedor, lo que le permitió, desde un principio, quedarse a solas para leer todo cuanto le apetecía. Sus primeras lecturas fueron las octavillas que circulaban en el instituto, al que a duras penas podía ir a estudiar. No era muy agraciada, pero debido a su temperamento y creatividad en las acciones militares, Tulio se fue enamorando de ella, sin que esta lo supiera. Él apenas se atrevía a dar señas de su amor con pequeños detalles.

—Tulio, ¿creés que ya ha llegado a su límite? –dijo Marina con cierta preocupación refiriéndose al rehén.

—Eso sería lo mejor para él, pensá que no hay salida –respondió Tulio con la mirada puesta en un caminito polvoriento que, en pendiente, les entroncaba más adelante con una calle que llevaba

hasta el cráter del volcán por donde las patrullas del ejército pasaban a cada momento peinando la zona en busca de guerrilleros.

— ¿Cómo te imaginás que se va a tomar la gente las palabras de la madre de él que han transmitido en televisión estos días?

—No tengo la menor idea, pero es probable que hayan causado efecto en personas sensibles. Es normal, todos se pueden identificar con el dolor de una madre que pide la libertad de un hijo. Pero eso no puede impactar en las familias que han perdido a los suyos a manos de los que defienden los intereses de la oligarquía. Ninguna madre de este pueblo ha obtenido ni siquiera un minuto en televisión para que escuchen sus súplicas ante las capturas indiscriminadas de sus familiares.

El capitán Flores Lima, jefe del grupo de operaciones conjuntas, había movilizado un convoy de soldados, y guardias nacionales con dirección a las faldas del volcán, donde según datos de inteligencia militar se identificó el movimiento de sujetos no vistos antes en la zona.

— ¿Qué opina mi mayor? –dijo el capitán, mirando un croquis que su asistente acababa de dejar sobre su escritorio.

—No sé qué hacer, capitán, piense detenidamente que, en los últimos días, lo único que hemos conseguido con todo esto es poner a la institución armada en ridículo. Eso sin contar con las presiones de la familia Pomares, que exigen una solución inmediata al secuestro de don Ernesto, sin el menor riesgo de derramamiento de sangre por parte del rehén. No hay que precipitarse hasta no estar seguros de que tenemos indicios suficientes para lanzarnos en una acción relámpago –respondió el mayor Robledo.

—Pero… ¿y si resulta cierta la información y no tuviéramos capacidad de reaccionar? Yo tendría que dar explicaciones.

—No se preocupe, usted ha cumplido con su deber a cabalidad. Yo le he dado mi opinión. Se trata sólo…de ser prudentes. Piense que ya hemos causado el desorden suficiente como para no prevenir –objetó el mayor lanzando el humo de su cigarrillo contra el cristal que guardaba un diploma que le acreditaba, por parte del

Ministerio de Defensa, como experto en coordinación de grupos de choque contrainsurgente.

—En cualquier caso, yo le mantendré al tanto de los resultados de esta incursión. En el sótano seguimos interrogando a los campesinos que nos alertaron sobre sus sospechas. Si esto no va bien, ellos serán los primeros en pagar. No sería de extrañar que nos estén queriendo distraer para ganar tiempo. Vaya usted a saber si estos no estarán organizados con esos bandidos –terminó el capitán quien, metiendo el cargador en su M16, colgó el teléfono.

La noche anterior no había pegado ojo, patrullando las calles que cada día que pasaba parecían más solitarias. Se lamentaba de la paz y tranquilidad que los guerrilleros les quitaban a sus noches. Pensaba en el partido de fútbol del próximo domingo, que no podría ver en el sofá de su casa.

Patricio decidió bajar a echar una mirada para ver cómo andaba todo. No había cigarrillos y buscó en la cocina, donde se encontró con Facundo que en ese momento ocultaba su revólver en la cintura.

—Patricio, ¿ya está todo listo para la retirada?

—Todo está listo Facundo, sólo que a Jovel aún se le hace difícil poder caminar pues…la herida…bueno…vos ya sabés cómo la tiene –respondió al tiempo que dejaba su metralleta sobre la mesa, donde antes descansaba la Smith & Wesson de su responsable inmediato.

—Tenemos que sacarlo de aquí para que lo vean en el extranjero en cuanto terminemos con esta misión.

—Debimos darle el tiro en cuanto cayó herido, ¿no te parece?

—Sí, pero, aunque pierda la pierna, entendé que no podíamos dejarlo ahí. No hubiera sido justo. Además, está claro que él es el mejor tirador del grupo de fuego que tenemos. A Demetrio y a vos les ha dado ánimos en el combate a pesar de que, es cierto, valor a ustedes les sobra, como lo han demostrado en más de una ocasión.

—Vos nos seleccionaste para esta tareíta, ¿no?

—Si Patricio, fui yo y, precisamente lo hice por la disciplina que han demostrado siempre, pero también por la capacidad operativa, por su buena puntería, por su experiencia, pero sobre todas las cosas, por la entrega con que hacen hasta los más insignificantes trabajos enviados por la organización –dijo mirando con cariño a ese campesino del que tan bien le habían hablado durante sus días de La Habana.

—Demetrio cree que los guardias nos pueden caer de un momento a otro y que ha visto a unos sujetos extraños pasar esta mañana por la casa. Miraban para adentro del jardín y dice que Tulio les pidió fuego para encender un cigarrillo. Luego volvieron. Para prevenir cualquier sospecha aquel había retirado el Mazda. Se cruzaron con Marina. A la compañera solo se le quedaron mirando el culo y hasta le lanzaron unos piropos los pendejos. Pero, ella reaccionó sonriendo un poco.

—Vos quédate atento aquí abajo, pues la parte de arriba la cubren Demetrio con el lanzagranadas y Jovel con el Galil y los explosivos que ha preparado –ordenó Facundo, subiendo los escalones hasta llegar a la altura de la puerta, donde, sentados como en un velorio de pueblo, descansaban en el suelo mientras bebían café. Demetrio le entregó una llave que daba a la habitación donde estaba el doctor Alejandro Maldonado, encargado, desde el principio de la operación, de asistir al rehén en caso de emergencia.

— ¿Cómo va todo doctor?

—Bien Facundo, pero este hombre está en las últimas –dijo con un gesto que denotaba preocupación por el empresario.

—Lo sé, pero hoy dejará de sufrir, no se preocupe.

—No me digás que se lo van a entregar sin que hayan tenido un sólo gesto de buena voluntad. Pensálo un momento, Facundo. No han liberado a uno solo de los que se pidió, pero nosotros les vamos a enviar a su patrón, como si nada. No entiendo. ¿Qué es lo que pasa ahora con ustedes? ¿Se han vuelto locos? No lo pueden entregar. Sería un suicidio, en todos los sentidos. Los familiares de los desaparecidos no lo aprobarían.

—Doctor, quiero que sepa que nosotros no tenemos la más mínima intención de entregárselo a nadie –dijo en voz baja para no

ser escuchado.

—Entonces, ¿en qué están pensando? ¿Qué brillante idea tienen ahora? Todo esto tiene al borde de la locura a los militares –dijo extrañado el doctor.

—A veces es mejor no entender –interrumpió Facundo.

— ¡No!, decime que no es cierto lo que estoy imaginando.

—Si no sé qué está pensando, ¿cómo voy a poder decir si es cierto o no? –dijo mirando por una de las ventanas de la casa.

—Sí, tenés razón. A veces es mejor no saber –comentó resignado el doctor. Esta vez, sin mirar a los ojos del responsable de la operación, quien le pedía que se marchase, pues cada vez se volvía más peligroso estar en aquel lugar.

—Dejaré algo de morfina para Jovel. Entenderás que he hecho cuanto he podido por él, pero me temo que como no entre en quirófano, el compañero, se muere.

Un coche negro se estacionó frente a la casa, una vez a bordo el doctor Maldonado, partió dejando tras de sí una enorme nube de polvo.

Jovel, con un ligero ademán, indicó que se podía continuar con la operación de retirada. Contaban, a partir de ese momento, con aproximadamente treinta minutos para abandonar por completo el lugar en el que habían permanecido escondidos durante cerca de dos semanas.

Facundo giró la llave para abrir la puerta de la estancia donde un hombre en camisa blanca, pantalón de vestir azul y zapatos negros, le esperaba en silencio.

Era una habitación sin ventanas exteriores. Una luz iluminaba débilmente el diminuto espacio donde se podían ver una mesa de madera, dos sillas y una pequeña cama de campaña de lona blanca, sobre la que permanecía recostado el rehén, quien, sin dirigirle la palabra, se incorporó al ver entrar al único hombre con el que realmente se comunicaba desde el día de su secuestro.

—Hola, ¿se encuentra mejor? –preguntó Facundo, buscando entablar conversación, mientras acercaba una silla para sentarse en la mesa.

— ¿Mejor? Hombre… ¡no sea cínico! ¿Quién podría encontrarse mejor en un sitio como este, sin ver la luz del día, sin escuchar las noticias, sin hablar con su familia? Francamente, dígame una cosa: ¿cree que alguien se podría sentir bien o como usted dice, «mejor», en semejante situación? –respondió el empresario intentando imaginar qué le deparaba la vida ese día.

— ¿Cree que los hombres y mujeres que hemos pretendido rescatar a través de su secuestro han corrido mejor suerte que la suya?, –dijo, observando la reacción nerviosa del rehén—, ¿o tuvieron la oportunidad de que les brindaran un lugar donde reposar, como el que le dimos a usted desde un principio?

—Supongo que sabían a lo que se exponían.

—Es verdad, nunca ignoraron cuál podría ser su suerte. Usted, ¿sopesó alguna vez la posibilidad de llegar a encontrarse donde está ahora mismo? Es algo que llevamos en la piel, ¿verdad? Vivimos en el marco del riesgo. Esto es una guerra.

Pomares, poniéndose en pie, avanzó lentamente hasta la otra silla y, sentándose frente a Sebastián, le pidió un cigarrillo. Dio una larga calada. Sonrió un poco, quiso preguntar algo, pero apenas miró con atención el humo que salía de su boca.

—Lo que menos soporto de todo esto, es la soledad –confesó tirando la ceniza sobre el suelo de agrietada madera.

—La soledad, para muchos es una vieja compañera a la que tienen que irse acostumbrando con el tiempo. A veces, la única –dijo Facundo, bajando la mirada.

—Aquí ya me siento como el Conde de Montecristo.

—En su caso, señor Pomares, es lo de menos. Eso nos trae sin cuidado.

— ¿Sabe si finalmente pagarán el rescate? — preguntó ansioso el rehén.

—No pueden –respondió Facundo encendiendo otro cigarrillo para él.

— ¿Cómo que no pueden? ¡Pero si tenemos capital más que suficiente!

—Lo que les exigimos, lamento decirle, no lo tienen.

—No entiendo. ¿Quiere decir que entonces no sólo es un problema monetario?, ¿es también político? –preguntó realmente preocupado. Hasta ese momento, ignoraba que las verdaderas dificultades de arribar a un acuerdo favorable para su liberación se debieran a causas que nada tenían que ver con la disponibilidad económica.

—Nosotros, lo único que hemos exigido, es la liberación de nuestros compañeros. Pero, ¿sabe qué? Resulta que, ellos ya fueron asesinados por sus captores —señaló Facundo, golpeando la mesa con la palma de su mano, mirando como el gran empresario Pomares, parecía de repente, un ser insignificante, apesadumbrado y cabizbajo. Se había quedado en silencio, sin aparente interés en saber qué era lo qué le deparaba entonces el destino.

—Continúa…—se escuchó salir de su boca débilmente.

—Perdimos a unos compañeros hace varias semanas. La mayoría de ellos, estudiantes y sindicalistas… ¡Jóvenes desarmados! ¿Lo entiende?

— ¡Delincuentes! –interrumpió con enfado Pomares.

—Así nos llaman, tiene razón, pero a ustedes que vacían el país a manos llenas, ¿quién les dice nada? –respondió Facundo indignado.

—Discúlpame, no he querido ser grosero –dijo hipócritamente el empresario.

—No se preocupe, aquí todos estamos claros de cuál es el papel que nos toca. Hemos sacrificado mucho y, para serle sincero, estamos acostumbrados a recibir de sus gorilas, los militares, duros golpes. Cuando asaltamos los primeros bancos en el país, los periódicos publicaron nuestras fotografías. Desde un principio nos trataron como a simples rateros y vagos. Teníamos claro que eso sucedería así, pero no nos importa, supongo que es lo mismo que ustedes sienten cuando los desenmascaramos en nuestras revistas de partido –dijo Facundo poniendo sobre la mesa una bolsita de papel de la que extrajo una pieza metálica.

—Vaya, una corredera –dijo Ernesto Pomares tomándola entre sus manos.

—Sí, sabemos que usted es un hombre aficionado a las armas.

—Mi padre y mi abuelo ya lo eran antes que yo –dijo a la vez que de nuevo se llevaba otro cigarrillo a los labios.

—A mí, sin embargo, las armas no me gustan –repuso, tirando hasta el rehén la funda del resorte percutor.

—Hacía mucho que no veía una Colt 1911.

—Nos ha costado un poco de trabajo obtenerla –dijo al tiempo que ponía sobre el paquete de cigarrillos la palanca de traba de corredera y desarme.

— ¿Me das el chasis completo? –preguntó el empresario con una leve sonrisa.

—Claro, tenga usted –respondió deslizándolo sobre la superficie de la mesa, que denotaba el uso de años y donde otros antes que ellos se habían sentado para planificar infinidad de acciones militares contra el gobierno. Ese mismo rincón de la casa fue utilizado durante algún tiempo como arsenal de las primeras armas recuperadas al enemigo en golpes de mano a casetas de la Benemérita Guardia Nacional. Dado que aquella vivienda era propiedad de una reconocida familia, esta se había convertido en una de las casas de mayor seguridad con que se contaba.

—Nunca he querido preguntar; pero, ¿cuántos hombres murieron en el momento de mi secuestro? –deseó saber, armando cada una de las piezas de la vieja Colt, que Facundo le fue dejando poco a poco.

—Cayeron todos sus hombres.

— ¿Todos? –preguntó sin salir del asombro, pues albergaba la esperanza de que alguno de ellos sobreviviese al asalto para contar a su familia algo de lo sucedido.

—Lo sentimos por el motorista que no estaba entre nuestros objetivos.

— ¿El resto sí?

—No se puede hacer de otra forma, van armados, están preparados para rechazar un asalto de este tipo y no se pueden correr riesgos –respondió pensando en la posición ocupada ese día por cada uno de ellos durante el secuestro.

Pensó en Jovel, quien había resultado herido por un pequeño error de cálculo. De lo contrario su situación sería otra.

Patricio se encargó en las semanas previas al secuestro de todo lo relacionado con la fase de investigación de la información, estudios y tiempos de ruta, mapas, reconocimiento o exploración del terreno, observación y seguimiento del objetivo. Durante esos días, Patricio recorrió las calles próximas a la residencia de la familia Pomares, haciéndose pasar por vendedor ambulante, taxista y hasta barrendero público. Mientras que Moisés, responsable de la mecanización, de la cobertura, la retirada y la dispersión, hacía trabajos de fontanería a domicilio en la zona residencial; en tanto que Jovel, había sido designado para todo lo referente a eliminación de huellas y rescate de heridos. Él, que debía de atender a los demás, fue el único miembro del comando que salió con una bala incrustada.

Marina, que trabajaba clandestinamente en la implantación de una radio rebelde en la montaña, fue llamada a la capital para ocupar junto a otra compañera una casa cercana a la del rehén para poder observar todos los movimientos que éste efectuaba a lo largo del día. Los que representaban el papel de los hijos, eran huérfanos de otros que habían desaparecido, hechos prisioneros o caídos en combate.

—Pensé que el problema era sólo económico, pero que mi familia estaba siendo presionada por el Gobierno para no pagar –dijo el empresario alterado.

—No, el problema es más profundo. Nunca hemos pedido dinero por su persona –señaló, agregando a la vez, que lo que en realidad querían no era posible de cumplir por parte de su familia, ni de nadie, puesto que se exigía la entrega con vida de los estudiantes y sindicalistas de los que antes le habló. Todos esos jóvenes, que al principio el gobierno, por error, reconoció tener en su poder, habían perecido en las cámaras de tortura de los distintos cuarteles. El Presidente niega a la nación la existencia de un aparato represivo de tales dimensiones y eso le hace a usted víctima de su propio sistema –concluyó sacando de la bolsa el cañón que acercó hasta el rehén, quien lo tomó con mucha calma.

—Por esa regla de tres, nunca más volveré a ver a mi familia –dijo, mirando por el ánima del cañón.

— ¿Quiere escribir una carta para los suyos?

—Parece un último deseo que se me concede y yo no veo por ningún lado al pelotón de fusilamiento –remarcó irónicamente.

—No podemos permitirnos ese lujo. Aunque usted, créame, se lo merece.

—Entonces, ¿será usted? –indagó con voz entrecortada.

—Nos marcharemos en unos minutos, pero… no podrá acompañarnos. Estamos cercados –dijo, evadiendo responder a la pregunta. En unos minutos esta casa arderá en llamas, con usted dentro. Será decisión suya si desea morir calcinado, pues este sitio en poco rato será un infierno.

—Entiendo –dijo resignado, a la vez que llegaba hasta él otra de las piezas del arma que ya casi estaba montada: el resorte y la guía, a los que, un segundo después se unía el tapón.

— ¿De cuánto tiempo dispongo para entregarle la carta? –quiso saber impaciente Ernesto Pomares con tono angustiado.

—Quince minutos, no más –respondió Facundo dejando un sobre, papel y lápiz al lado de una pequeña copa de cristal a la que juntó una botella de whisky por si deseaba tomar un trago.

—Me gustaría darte las gracias, pero como comprenderás eso no me es posible –dijo sirviéndose algo de bebida en aquella copa.

—Entienda, que, aún y como dije antes se lo merezca, para mí no es fácil.

—Nadie te obligó a meterte en esto –refutó con el arma en la mano.

—Sí, ¡fueron ustedes con su manera de llevar este país! ¿Qué se ha pensado?, ¿cree que a mí esta vida me gusta?, que yo un buen día me dije al despertar: «Te queda muy bien el papel de guerrillero». Pues déjeme aclararle que para nada. Antes, habría quizá sido médico, ingeniero, o cualquier otra cosa. Nadie nace para esto.

—Pues sí, le habría sentado bien ser abogado. Sabe hablar.

—Quizá tenga razón, pero también sé muchas otras y por esas, es que usted y yo, estamos ahora en este lugar oscuro. –dijo colocando frente al rehén el cargador del arma, vacío.

—El proyectil, déjalo antes de marchar, podría necesitarlo.

—Sí, por supuesto –dijo Facundo poniéndose de pie apartando la mirada de aquel cuadro que presentaba a un hombre condenado a morir.

—Estoy perdido, ¿verdad? –observó Ernesto Pomares.

—No se crea, aún tendrá tiempo para poner su alma en paz –dijo a la altura de la puerta desde donde le lanzó el cartucho de bala. Cerró la puerta y escuchó al prisionero servirse algo más de bebida.

Abrió la otra puerta y pidió a Demetrio que le sustituyese. Luego, tras dar un vistazo a la pierna de Jovel, bajó hasta el salón con el fin de verificar que todo el plan de retirada que había planificado, iba bien.

—Ya que estás ahí, alcánzame las bolas de ping—pong –dijo Patricio que sostenía el taladro en las manos. A su lado, descansaban dos agujas hipodérmicas, una con su carga de Drano líquido y la otra llena de gasolina. Dos bombillas habían sido cuidadosamente perforadas.

—Mejor date prisa, nos queda poco tiempo —advirtió Facundo a la vez que entregaba aquellas pelotas blancas a su compañero.

Un coche de color azul entraba por el portón en esos momentos. En su interior, llegaban Serafín y Augusto. Desde el Mazda, que había quedado estacionado a unos cien metros de la casa, Tulio indicaba con la señal de un espejo, que todo estaba bajo control y que no había nadie sospechoso en los alrededores.

Serafín comentó que, en el camino, se habían encontrado con los efectivos del capitán Flores Lima, quien le ordenó a un subteniente de la Guardia Nacional, colocar varios retenes a lo largo de la carretera que subía al volcán. El mayor Robledo, finalmente decidido a no abandonar al capitán a su suerte, sobrevolaba la zona en un helicóptero Alouette 319.

—Tenemos que salir cuanto antes de este lugar –dijo Augusto, dirigiéndose a Facundo que en esos momentos inyectaba el Drano en una de las bolas.

— ¿Tan mal está todo? –quiso saber Facundo.

—Me temo que más de lo que pensamos. No sería raro que, a estas alturas, tuvieran datos fiables sobre nuestra presencia –respondió acercándole la bombilla a la que Facundo se disponía a inyectar la gasolina.

—Tenemos que bajar a Jovel, no podemos abandonarlo –sugirió Augusto.

—Sacarlo sin llamar la atención será un gran problema –observó Marina que en esos momentos salía al jardín.

—Si querés, él y yo saldremos, por último –interrumpió Augusto al tiempo que levantaba la cortina para ver los alrededores.

—Dejá que lo medite un poco –indicó Facundo subiendo a la parte de arriba.

—Sólo nos quedan cinco minutos, no tenés mucho tiempo –alcanzó a recordarle Serafín, que estaba a cargo de darle cobertura a la salida de todos ellos.

A lo lejos, se escuchaba el Alouette del mayor Robledo que, desde arriba, sin ningún éxito, intentaba ver cualquier movimiento extraño.

La tarde comenzaba a caer, dejando sobre el volcán una lengua de nubes rojas en medio de aquel paisaje silencioso.

Otro coche hacía su aparición. Era un Toyota color verde que se estacionaba al lado del vehículo azul. Su único ocupante, un hombre de mediana estatura, caminó hasta el Mazda para conversar con Tulio y Marina, quien se había incorporado para reforzar la vigilancia del camino.

—Bueno, decínos, ¿cómo va todo? –preguntó Marina al hombre que se acababa de sentar a su lado, en la parte trasera del vehículo.

—Hemos dispuesto volar un autobús en las inmediaciones de la universidad –dijo sacando un pequeño mapa del bolsillo de su camisa para mostrar el lugar exacto.

—Ojalá y eso les mantenga distraídos un rato –señaló Tulio sin quitar su mirada del retrovisor.

—Esta mañana, nos hemos enterado de que estaban a solo un paso del volcán –comentó sonriente Moisés, que así se hacía llamar el hombre del Toyota.

—Me gustaría saber para qué sitio vamos después –dijo con tono de curiosidad Marina que limpiaba su arma y revisaba el cargador.

—No sería raro que les enviaran un tiempo al exterior, hasta que todo esto pase un poco –atinó a contestar Moisés.

—Salir del país… a veces tiene mayor riesgo que caminar por la calle que pasa delante de la casa del Presidente –sentenció Tulio mirando con atención a dos hombres que se aproximaban a la casa.

De pronto, le habían parecido ser los dos sujetos que por la mañana habían piropeado a Marina, pero no estaba seguro del todo, así que decidió montar su Ruger, un revólver de doble acción que le gustaba porque en caso de uso continuado el margen de fallo era muy pequeño.

— ¡Son ellos! ¿Qué hacemos? –preguntó Marina y agregó— Estoy convencida de que se trata de una avanzadilla del ejército.

—Ni modo, si dan un sólo paso en falso, nos los quebramos –respondió Tulio, pasando un pañuelo al espejo del retrovisor, para disimular.

— ¡Un momento!, hay que estar seguros de que son esbirros. No nos podemos arriesgar –ordenó Moisés, en el momento que uno de los dos hombres se acercaba, metiendo su mano por debajo de su chaqueta, mientras que el otro, se había quedado a una distancia prudencial. Marina vio cómo, desde la ventana de la segunda planta, Facundo, que se percató del peligro, ordenaba, con un gesto, abrir fuego y, esta, saliendo del coche, una vez en posición de tiro, disparó contra el cuerpo del sujeto que quedaba de espalda a unos veinte metros. El otro, sólo se dio cuenta de que una bala salía del coche, destrozándole el rostro con un impacto. Esa fue su última visión en este mundo. Los cuerpos se desplomaron y Marina fue corriendo hasta el sujeto que aún con vida intentaba dispararle.

Sonó otro balazo. Era el tiro en la cabeza que ella le propinaba al guardia que había conseguido incorporarse hasta quedar de rodillas.

Un momento después, en el interior de la casa, se escuchó el sonido de un disparo. Facundo, ordenó abrir la puerta de aquella especie de celda donde, sobre un reguero de sangre, yacía el cadáver inerte del empresario. Sobre la mesa, el papel en que había escrito una carta a sus familiares.

—Aseguraté de que el interruptor esté desconectado –recordó Jovel a Demetrio mientras este se disponía a cambiar una bombilla por otra, al tiempo que Facundo y Serafín, colocaban el cuerpo del rehén sobre el catre de lona.

Cerraron la puerta, dejando sobre la mesa la botella de whisky vacía al lado de la copa de cristal tallado. En el pasillo, Jovel montaba guardia con el arma dispuesta. Los miró sin decir palabra.

—Necesitamos que cubras la retirada –pidió Facundo, mirando a Jovel y, acercándose hasta él y continuó— El enemigo, después de tantos disparos, no creemos que ignore nuestra posición. Si vienen en el número que nos imaginamos, será imposible que vos solo les hagas frente a todos ellos –concluyó colocando su mano sobre el hombro de Jovel.

—No te preocupés, aquí termina mi misión. No me importa quedarme sin nadie más. ¿Para qué sacrificar a otros compañeros? –dijo Jovel, asegurando que él sólo podía mantener un poco a raya a un ejército completo.

—Está bien Jovel, siento que todo tenga que terminar así para vos.

—No deben lamentar nada, sé que hicieron todo lo posible por salvarme –dijo con voz firme, segura y decidida, mirando por la ventana y preparando la munición para hacer fuego llegado el momento.

Afuera, sobre el césped de la casa, descansaban, sin vida, los cuerpos de los dos agentes a los que Flores Lima echaba en falta.

Facundo, dando un fuerte abrazo a Jovel como si no quisiera separarse de él, ordenó comenzar a abandonar la casa, procurando no llamar la atención.

Los primeros en retirarse del lugar fueron Moisés, Tulio, Marina y Augusto, quien, a partir de ese momento, tomaba el mando entre los cuatro. En la calle, Demetrio limpiaba cualquier señal que pudiera delatar lo sucedido hacía solo unos minutos. El resto, mientras tanto, en el interior de la casa, se encargaba de ocultar los cadáveres de los guardias en una de las habitaciones y de instalar los explosivos.

Jovel colocó al lado de su pierna la carga de morfina dejada por el médico. No deseaba que el dolor le hiciera perder el sentido. Quería presentar batalla hasta el último momento. No pudo evitar que sus recuerdos le llevaran a sus gratos paseos nocturnos por las calles de La Habana y otras ciudades en América Latina. Pensó en su familia hasta que un fuerte dolor en su pierna le devolvió a la acción.

Facundo, Patricio, Serafín y Demetrio, subieron al coche azul, dejando en la entrada el Toyota verde, al que habían introducido en el tanque varias de las bolitas de ping—pong. En pocos minutos, la gasolina haría el trabajo de destruir las pelotas dejando que el Drano entrara en contacto con ella, causando así una fuerte explosión.

— ¿Sabés si al final se tomarán las emisoras de radio como estaba previsto?, ¿o se han cambiado los planes? –preguntó Facundo.

—Lo primero es que den con el cuerpo del rehén –respondió con tono suave Serafín sin perder detalle del camino.

Demetrio conducía sin dejar de pensar un momento en Jovel, que no había logrado salvarse a último momento. Casi todo lo que él sabía, se lo había enseñado ese compañero que ahora moriría sin posibilidad alguna de sobrevivir. Sus viajes a varios de los países con los que él a veces se permitía soñar, ese hombre los llegó a realizar en repetidas ocasiones. Jovel era casi una leyenda viva, que ahora caería en su última batalla como él lo había intuido más de una vez, mientras tomaba café y su prisionero, ahora muerto, yacía sobre el suelo.

Se escuchó el sonido de motor de los camiones que subían muy lentamente por aquel camino que, entre árboles, desembocaba a la casa donde, hasta sólo unos minutos atrás, se encontraba el

comando urbano que, en ese momento, cuesta abajo, avanzaba burlando retenes e intentando salir de la zona de influencia del ejército.

Alertado por una voz anónima, que al teléfono decía haber oído unos disparos cerca del sitio donde él paseaba a su perro, el capitán Flores Lima, tomó la decisión de realizar una avanzadilla, no sin antes pedir refuerzos a otras unidades militares.

A los dos lados del camino, en fila india, caminaba todo un pelotón de guardias nacionales con sus armas en posición de combate. Botas negras con sus polainas, llenas de polvo. Solo se percibía el ruido del vehículo y el de los correajes de los uniformes que volvían el andar cansino, como el de una yunta de bueyes.

Alguno de ellos fumaba para matar el miedo. Eso se notaba en la mirada canina con la que ahuyentaban a todo el que les veía pasar a su lado. La mayoría de ellos pertenecía a la Guardia Nacional y su condición de antiguos campesinos les había dado la habilidad de manejar el machete que portaban en la cintura. Sólo uno que otro cargaba granadas de mano a la altura del pecho.

Hartos de no dar a menudo con el objetivo que se proponían desmantelar, solían vengarse con la población civil que les miraba con desconfianza y temor. Aquellos efectivos militares, estaban formados para no tener piedad con los niños, las mujeres, los ancianos y, mucho menos, con los adolescentes, a los que consideraban un peligro potencial.

El silencio no se debía a la ausencia de personas en esos lugares, sino al miedo. Lo único que se percibía era lo más parecido al terror. Así que solo ellos y su maquinaria de guerra podían escucharse con nitidez. Con la claridad con que se oye a la muerte cuando uno se mete a medianoche en un cementerio, así sonaban esos hombres en aquel atardecer, donde la luz del día ponía fin a una jornada en cualquier otro tipo de empleo, pero no en ese, en el cual ellos decidieron desempeñarse.

La punta de un fusil fue lo primero que Jovel pudo ver asomar en el portón de la casa. Luego vino el ala de un casco y el ojo nervioso de su dueño que, pegado al otro lado de la pared, esperaba órdenes más precisas para entrar en aquel jardín.

El camión, de donde comenzaron a bajar algunos soldados de élite, se había detenido a sólo unos pocos metros del lugar, quedando, en su interior, únicamente el conductor. Un sargento mal encarado que no cesaba de bostezar todo el tiempo y que pertenecía a la recién creada sección de apoyo.

A pocos pasos de ahí, *el radista* caminaba junto al capitán Flores Lima que daba instrucciones para entrar en el solar baldío de ese caserón abandonado y que a sus ojos se volvía sospechoso.

Ordenó que fueran entrando con todo cuidado e intentando, en lo posible, no hacer mayor ruido del necesario. Señaló a dedo a algunos hombres a los que indicó que, una vez en el interior del jardín, fueran ocupando con mucha cautela posiciones estratégicas desde donde repeler cualquier posible ataque del enemigo.

El primero en entrar consiguió colocarse detrás del Toyota verde desde donde hizo indicaciones para que el resto de sus compañeros, quienes con el rostro pintado de negro le seguían como lapas, fueran entrando uno a uno.

La luna iluminaba con fuerza aquel predio lleno de vegetación seca y arbustos descuidados por completo. Apenas un raquítico rosal, y uno que otro arbolito, le daba el aspecto de haber sido en otro tiempo, un jardín.

Casi todos se iban parapetando detrás del mismo vehículo, como si temieran adentrarse en un terreno desconocido. No les hacía gracia tanto silencio. Presentían que algo sucedería en cualquier momento. Y tenían toda la razón del mundo, pues los cinco efectivos militares que lograron adentrarse sin novedad, ahora volaban por los aires tras el efecto causado por la explosión del Toyota. Todos, menos el capitán, se quedaron sin aliento, petrificados, sin el menor ánimo de seguir adelante.

El Toyota parecía más una pira funeraria que otra cosa y, entre los restos metálicos de la carrocería del coche, se podían escuchar los gritos ensordecedores de varios heridos que, tirados en medio del jardín no cesaban de pedir auxilio a sus compañeros de armas.

Jovel, entonces, colocó en posición su Galil dispuesto a golpear con fuerza al primero que asomara a prestar ayuda a los

moribundos que ahora se lamentaban entre la hierba quemada.

El capitán Flores Lima, junto con un suboficial recién llegado de Taiwán, buscaba una posible entrada que no conllevara demasiado riesgo para sus hombres, a quienes ese golpe de sorpresa había desmoralizado momentáneamente.

El fuego seguía ardiendo, lo que hacía temer que la lumbre, al iluminarlos, les convirtiera en un blanco fácil para los guerrilleros que pudieran encontrarse dentro de la casa. La voz de los pobres infelices que se desangraban se volvía cada vez menos perceptible. Las órdenes dadas eran las de no entrar por ningún motivo en el recinto hasta no estar seguros de un plan. Un plan que no atinaban a improvisar. Se sentían vulnerables.

Una voz informaba al capitán que un autobús ardía también en esos momentos en un predio cercano a la Universidad Nacional, pero que, a su vez, le recomendaban no moverse del lugar en que estaba, ya que creían tener bases suficientes para pensar que ahí pudiera estar secuestrado Ernesto Pomares.

Querían a los guerrilleros vivos o muertos, pero sin dañar en lo más mínimo al rehén. El capitán, tomando un megáfono, intentó negociar con los secuestradores, haciéndoles ver que se encontraban rodeados y sin posibilidad de salir con vida si oponían cualquier tipo de resistencia. Que su voluntad de negociar era tal, que inclusive, estaban dispuestos a olvidar el suceso del Toyota. «La guerra, ya se sabe, es la guerra», les dijo buscando ganarse su confianza. Confesó que la partida ya la tenían ganada, pero que había llegado el momento de comportarse con inteligencia y negociar la entrega. «Eso –dijo— es lo que espera la gente» y concluyó diciendo que nadie más que él deseaba un buen fin.

—Y si resulta, mi capitán, de que no hay nadie –dijo de pronto un soldado.

—No sea pendejo hombre, ¿cómo no van a estar dentro? –observó con tono severo el capitán Flores Lima queriendo descubrir algún indicio que le revelara que el soldadito estaba equivocado.

—Yo no veo nada –dijo otro con voz asustada.

—Ustedes lo que tienen es miedo.

—Si hay que entrar, entremos ya y nos morimos de una vez –dijo en tono decidido otro.

—Aquí no se muere más gente, no seas dundo –increpó el capitán.

—Tiene mucha razón, los únicos que deben quedarse tiesos son los terengos por andársela dando de vivos. ¿Quién los manda a secuestrar a un empresario cuya familia es honrada? –le comentó un soldado a otro

—Mirá vos, yo no sé nada de política, así que a mí déjame tranquilo y no me andés queriendo meter ideas raras –contestó preocupado por la opinión que se pudiera formar de él su capitán.

Cansados de esperar y aprovechando que bajaba la intensidad del fuego, se dio la orden de penetrar en el interior, aunque fuera a riesgo de la vida de varios de ellos. Jovel dejó que se aproximaran lo más cerca que fuera posible. Cuando consiguió tener al alcance al primero, no dudó en dispararle a la altura del corazón. El tiro fue certero. Todos se lanzaron al suelo por inercia, intentando así, avanzar cada metro hasta la entrada principal de la casa. El camino era tortuoso, puesto que Jovel hacía blanco en cada movimiento que ellos realizaban. Era imposible controlarlos a todos, que poco a poco afianzaban posición sobre el terreno. Comenzaron a escucharse movimientos dentro de la vivienda. Alguien subía sigilosamente por la escalera. De pronto los escalones volaban por los aires y con ellos, los pedazos de cuerpo de los guardias que, confiados, descuidaron su seguridad. Jovel sabía que ya sólo era cuestión de tiempo. Todo llegaba al final, así que decidió pensar en su hija pequeña a quien ofrendaba así su vida.

Una bala de G-3 impactó contra su cabeza y el Galil dejó de hacer fuego sobre los guardias y soldados de tropa que se hacían con cada rincón de la vivienda.

Los militares fueron encendiendo las luces poco a poco. Su sorpresa fue mayúscula, al comprobar que el único hombre que les mantenía a raya era el que descansaba muerto inclinado sobre su fusil.

Varios hombres estaban al lado de la puerta que conducía hacia el punto donde se encontraba ahora el cuerpo sin vida del

empresario. No sabían lo que podrían encontrarse dentro y preferían esperar a que el capitán Flores Lima diera la orden de entrar a la fuerza.

— ¡Rompan esa puta puerta! –ordenó el capitán furioso de constatar la realidad a la que tenía que enfrentarse de manera vergonzosa.

—¡Mi capitán!, aquí no hay nadie –gritó uno de los guardias desde la parte de arriba y agregó—, solo una puerta que da a otra estancia.

—Entonces, ¿a qué diablos esperan? ¡Rómpanla también! –se oyó la voz fuerte del capitán que se disponía a llamar a sus superiores para dar el parte de su acción.

A fuerza de patadas y golpes con las culatas de los fusiles, por fin lograron derribar la puerta penetrando hasta el fondo de la habitación.

—Encendé la luz –dijo uno de los soldados que se encontraban en el interior queriendo ver de quién se trataba la persona que estaba tumbada sobre el catre.

— ¿La enciendo pues? –preguntó uno.

— ¡Sí!... encendéla, no seas pendejo –repitió el otro.

—Bueno, ahí va –y diciendo eso le dio al interruptor saliendo de la bombilla una gran explosión que se convirtió en una trampa mortal para los que se encontraban dentro de aquel diminuto espacio. Una vez más, los gritos hacían acto de presencia. Los otros soldados mientras tanto, trataban de apagar el fuego que ardía en los uniformes de aquellas antorchas humanas.

Arrastrándose por el suelo, todos ellos fueron saliendo del lugar presentando quemaduras de diversa consideración. Especialmente en el rostro y las manos.

— ¿Es este mi capitán? –preguntó uno de los que traían cargando el cuerpo ensangrentado del empresario Ernesto Pomares.

— ¡No me jodas soldado! ¿Cómo putas se les murió? –preguntó con mucho enfado el capitán Tejada quien aún no había visto el orificio de bala en la cabeza de aquel desgraciado.

—Estaba así –atinó a responder con temor el soldado.

—Acompáñame –dijo el capitán al *radista*, que le seguía mientras en las afueras iban apareciendo otras unidades y agregó—, y procurá que no se nos acerque ningún periodista que le meto un balazo.

—Sí mi capitán, entendido.

Las ambulancias recogían los cuerpos de los heridos y muertos esparcidos por todos los rincones de la casa. Uno de los subordinados preguntaba al capitán Flores Lima lo que debían de decir a la prensa en esos momentos.

— ¡Nada!, no digás absolutamente nada. El comunicado oficial que se decida en el Estado Mayor junto con el Presidente de la República y, por supuesto, los familiares de don Ernesto Pomares –respondió.

—No se lo van a creer –dijo un suboficial que estaba a su lado.

—Yo tampoco me creo nada de lo que escriben esos hijos de puta, así que ¿cuál pensás que es la diferencia? –retó el capitán.

—Ninguna, somos igual que ellos –respondió el sargento.

— ¿Cómo que iguales?! ¡No me jodás! ¿Pero qué pendejada estás diciendo? –objetó el capitán y agregó— los periodistas en este país, son peores. ¡No lo olvidés jamás!

ME VOY PA'LOS YUNAI'

Cuando se presentó el juez para levantar el cadáver del Johnny, dos sujetos que sostenían ser amigos de la víctima y, a los que esposados vigilaba la policía, se encontraban dando unas caladas a sus cigarrillos.

Aquel norteamericano, tumbado en el suelo boca abajo sobre un charco de sangre, había llegado por primera vez a El Salvador a principios de los ochenta, como parte del contingente de ayuda militar enviado por el gobierno de su país. De eso, habían transcurrido ya más de dos décadas.

Después de vivir, lo que él solía llamar «una aventura de la guerra» y ya de regreso en su lugar natal, se la pasaba comentando entre sus amigos del barrio, que el día menos pensado, en cualquier momento, volvería a Centroamérica en busca de mujeres jóvenes y de la buena vida, que es lo que realmente le gustaba.

Una mañana, el Johnny se levantó más temprano de lo normal, se acercó hasta una de las oficinas del Wachovia Bank, solicitó que le entregaran de su cuenta una considerable suma de dólares y poniendo en marcha el viejo Chevrolet, se largó de su casa en Charlotte.

Aquel antiguo mercenario que abandonaba así su humilde hogar en el estado de Carolina del Norte, donde hacía más de cincuenta años había venido al mundo, se marchaba impulsado por el sueño de recorrer, durante una temporada, los mugrientos burdeles del trópico.

En cuanto llegó a San Salvador, alquiló una habitación en una de las pensiones baratas de la capital y, esa noche, se fue en la búsqueda de los primeros tugurios donde divertirse.

Los dueños de los locales se alegraban al verlo aparecer, pues presumían que el gringo, que es como le solían llamar, cargaba en los bolsillos suficiente dinero para gastar.

Uno de esos días, casualmente, el Johnny se encontró con Samuel y Atilio, dos ex soldados pertenecientes en su momento a las ya disueltas fuerzas de operaciones especiales del ejército, a quienes había conocido durante el conflicto armado y a los que, a partir de ese día, invitó a beber y comer de todo lo que se les antojara, siempre y cuando, eso sí, estuvieran dispuestos a guardarle las espaldas durante sus correrías.

A diferencia del Atilio, que era de origen campesino, el Samuel representaba el prototipo del individuo moldeado en las calles de la ciudad y se conocía, como las palmas de sus manos, la mayoría de los antros nocturnos de los que, dicho sea de paso, eran clientes habituales.

Es así, como una madruga, fueron a parar a uno que se llamaba «Los tres focos rojos», donde el gringo conoció a una prostituta que había llegado recientemente de la zona oriental del país.

En el momento en que la vio atravesar el umbral de una puerta que daba a uno de los reservados del burdel, el Johnny quedó deslumbrado por su adolescente belleza y, pidiéndole que se sentara a su lado, metió una moneda en la rocola donde, dedicándosela a ella, marcó una canción interpretada por la melosa voz de Julio Iglesias para luego, como quien hace la señal de la victoria, indicar al sujeto que se encontraba en la barra, que les sirviera un par de cervezas.

Aquella morena de ojos negros, brillantes como el charol, se sentó sobre sus rodillas.

— ¿Cómo te llamas? – preguntó el gringo encendiendo un cigarrillo.

—Lety – fue el *nom de guerra* que salió de sus labios pintados de un intenso rojo carmesí. En realidad, se llamaba María Cristina.

Desde ese día, el Johnny se la pasaba bebiendo con ella hasta bien entrado el amanecer, hora en la que él contrataba sus servicios para llevársela a la pensión donde continuarían la farra.

Sin darse cuenta, él se fue enamorando perdidamente de la Lety, quien a la vista estaba, no compartía el mismo sentimiento; por el contrario, ella estaba locamente pérdida por el *Toño*, un chico de

su pueblo que la había dejado embarazada un año antes de irse de *espalda mojada* con rumbo a California.

—¿Sabés una cosa?, el *Toño* prometió que nos mandaría a buscar a su hijo y a mí en cuanto encontrara trabajo— murmuró con resentimiento la Lety—, pero de eso, ya pasaron casi dos años y nada.

—Y por eso te metiste aquí— dijo con tono hiriente el Johnny, quien, al escuchar aquella revelación de labios de la Lety, sintió deseos de matarla y a la vez, un dolor muy profundo en el pecho, parecido al de los celos.

—No, me metí a puta para que mi hijo no se muriera de hambre.

— Sé que te gustaría irte conmigo a Los Estados Unidos— afirmó él, sin que en sus palabras asomara una pizca de cariño.

—Si querés puedo trabajar como sirvienta en tu casa— confirmó la Lety, acariciando la idea de reencontrarse con el padre de su hijo.

El gringo, quien tenía otros planes para ella, se quedó callado al tiempo que mordía un *jocote corona* de los que le habían dejado sobre la mesa para acompañar la bebida.

Y desde ese momento, la cabecita de la Lety comenzó a soñar. Les contó emocionada a las otras muchachas del burdel sobre su próximo viaje y no dejaba de hacer preguntas sobre qué debía de llevarse consigo. Una de ellas, le contó que un primo suyo, cuando llegó a Texas, había escrito una carta, diciendo que casi pierde la vida al cruzar nadando un río del que el *coyote,* que le llevó hasta el otro lado de la frontera mexicana, no le había dicho nada cuando contrató los servicios de este.

Una tarde, el Johnny y la Lety, después de visitar a su hijo y a sus familiares, subieron al vehículo que les conduciría lejos del lugar.

—¿Sabés cuándo llegaremos a tu país? –preguntó ella sin poder ocultar su ansiedad por cruzar el río del que le hablaron en el burdel.

—Viajaremos de día e intentaremos descansar en algún motel por la noche, pienso que si no se nos presenta ningún incidente, en cuatro días habremos llegado –respondió el Johnny mirando el tablero del coche.

Durante el camino, ella le confesó que, a sus diecisiete años, jamás había viajado a ninguna parte. También, quiso que él se enterara que no sabía leer ni escribir y, que estaba asombrada al comprobar que, en ese aparato, así lo llamó ella, colocado en la habitación del hotel, no pasaban únicamente películas pornográficas como solía suceder en el televisor del burdel y dijo que no entendía bien, porque siendo tan bonita, no la quería ningún hombre.

—Yo te quiero— dijo con amargura el Johnny.

—Sí, pero yo a vos no –agregó ella—, al menos no como me gustaría quererte si fuera posible, pero eres muy mayor. Podrías ser mi padre o peor aún, mi abuelo.

—Pero la cuestión es que no soy, ¡ni tu hermano!, ¡ni tu padre!, ¡ni el pendejo de tu abuelo! –gritó el Johnny enfurecido—, aunque la verdad, a estas alturas, no sé ni quién putas soy en tu vida.

—Johnny, vos sos, el que paga la cuenta–sentenció la Lety.

Horas más tarde, se detuvieron en un motel de carretera. Entonces él, que se veía agotado de tanto conducir, ordenó que le llevaran comida hasta la habitación y los dos, se metieron en la cama.

— ¿Sabés una cosa Johnny? –susurró la Lety—, me gustaron todos esos pueblecitos que vimos por el camino. Nunca me pude imaginar que existieran tantos en el mundo. Donde vos vivís, seguramente hay también muchos lugares así, ¿no?

—Sí Lety, tenés razón, hay muchos rincones como estos.

—¿Y sitios, así de elegantes como donde yo trabajaba cuando me conociste Johnny?

—También.

—¿Crees que me darían una oportunidad para demostrar lo que sé?

—¿Y qué es lo que sabés vos? –preguntó él, mientras magreaba las nalgas de la Lety, buscando deleitarse con su carne firme y tersa.

—Nada, en realidad, pensándolo bien, no sé nada –dijo bajando la mirada, pero de pronto levantando el rostro mientras buscaba los ojos de él, continúo—, salvo endulzar el oído de los hombres con todo lo que quieren que una les diga, que en realidad

es lo más parecido a mentir, ¿no? Siento que eso es lo mejor que sé hacer. Seguro que es por lo que, digas lo que digas, vos me querés a tu lado, ¿no es así?...

A primera hora de la mañana, después de revolcarse en la cama, se ducharon y llamando al servicio de habitaciones, él pidió para los dos, que les llevarán café con leche, mermelada, tostadas, huevos fritos y bacón. Más tarde, subieron al coche y continuaron con su viaje.

Se detuvieron en una de las ciudades a comprar bebida, cigarrillos y fruta para el camino. La idea, era atravesar la frontera por la madrugada, pues según le aseguró el Johnny, a esas horas había menos vigilancia.

Antes de atravesar por el puente sobre el río, convinieron que ella se ocultaría en el maletero del coche para evitar que la vieran los agentes gringos de inmigración.

— Me habían dicho que tu país estaba lejos, pero en realidad no pensé que tanto –dijo la Lety mirando las estrellas en el cielo mientras que él, en silencio, como ausente de todo, continuaba conduciendo con la vista puesta en el asfalto de la carretera.

Esa noche que se detuvieron para descansar, no fue tan distinta a la anterior, de no ser porque en la pensión exigían que la Lety presentara sus documentos para poder registrarla en el libro de entradas. Al Johnny entonces, no le quedó otro camino que arreglárselas como pudo para hacerla pasar por su nieta y al final, todo quedó arreglado. Todo menos su orgullo, que él sentía herido pues, en lugar de darles una habitación con cama de matrimonio, que era como a él le gustaba, les dieron una con dos camas individuales.

—Johnny, ¿vos sabés si me van a pedir nuevamente los papeles? — preguntó preocupada la Lety y agregó—, porque vos sabés que yo no tengo ningún documento en mi poder, salvo la camándula.

—Tranquila que no te hacen falta, ¿y por qué crees que no te hacen falta?, porque vas conmigo. ¿Acaso te los han solicitado en algún otro lugar? – respondió aún enfadado por lo de tener que

hacerse pasar por su abuelo y por tener que dormir en camas separadas.

El Johnny, se encontraba tan molesto, que hasta se le olvido pedir la cena para los dos y se durmió. A ella, sin embargo, debido al hambre y la sed que tenía, se le hizo difícil conciliar el sueño. Gracias a la poca luz que se filtraba por la ventana, la Lety contempló durante largo rato el rostro rojizo del gringo y le pareció que, con el tiempo, posiblemente podría llegar a sentir algo más profundo por él. Pero por de pronto, el único sentimiento que le provocaba aquél viejo obsceno, era el del asco.

Cuando dos días después, cruzaron el puente sobre el río, la Lety estaba intranquila. En su mente, revoloteaban como pájaros de mal agüero, un sinfín de extrañas sensaciones, que se mezclaban con la inquietud ante lo incierto; con el recuerdo del hijo que había quedado atrás al cuidado de sus humildes padres; con la nostalgia que provocaba en ella el desamor que se torna pronto en desolación; con las expectativas ante la posibilidad de una vida más cómoda y con la miseria de los dos últimos años en aquel antro de mala muerte.

Ella sintió de repente, cómo el motor del vehículo se detenía por completo. Un silencio que pronto fue roto por el sonido que producían las pisadas del Johnny, quien, caminando de un lado para otro, deseaba asegurarse de no ser visto por nadie. Sólo entonces, abrió el portón del maletero, donde se encontraba la Lety casi en estado de *shock*.

—Johnny, ¿hemos llegado ya? — fueron las primeras palabras que, debido a su estado de nervios, salieron temblorosas y entrecortadas.

—Sí Lety, finalmente hemos llegado –respondió con sequedad, quitándole importancia y luego agregó que debían de esperar unos días antes de continuar su viaje, pues según le explicó el Johnny, era necesario procurarle algunos documentos falsos de identidad, para que ella pudiera moverse libremente sin el peligro de ser detenida por la *migra*.

El Johnny entonces, sacando un puñado de llaves del bolsillo del pantalón, abrió la puerta de la casa que tenían delante de ellos.

Encendió la luz, se metieron dentro e intentó hacerle comprender a la Lety, que vivirían en ese lugar el tiempo que fuera necesario y tomándola por los hombros mientras la miraba fijamente a los ojos, el Johnny le advirtió que tenía que armarse de paciencia, pues su estancia en esa casa podría llegar a ser más larga de lo deseada. Ella, sin gesticular palabra y, con un ligero movimiento de cabeza, se limitó a expresar que estaba de acuerdo.

A la mañana siguiente, cerrando con llave la puerta, el gringo se marchó a la calle en busca de alimentos. Antes de desaparecer, le ordenó a ella que ni por asomo se le ocurriera salir fuera de esas paredes, pues podrían advertir que su cara no era familiar y denunciarla.

La Lety entonces, se conformó con la idea de mirar a través de los cristales de las ventanas. Sintió rabia por no saber escribir, pues le habría gustado comunicarse por carta con su familia para contarles lo feliz que se sentía ahora que se encontraba en los *yunai*, que era el nombre con el cual, siempre se refería a los Estados Unidos.

Así que ella, mataba el tiempo barriendo la casa, regando las flores en el jardín del patio interior, lavando la ropa que jamás nadie planchaba y cocinando lo poco que sabía. Mientras que el Johnny, que no acudía a la casa sino hasta por la noche, se pasaba bebiendo de cantina en cantina.

—Johnny, ¿por qué todas esas personas que veo por la ventana me recuerdan a la gente de mi país? –preguntó una noche la Lety mientras estaban en la cama.

—Porque todos ustedes fueron sacados de la misma vasija de barro para luego ser cortados con la única tijera española— respondió, aclarando más adelante, que en ese lugar donde se encontraban, al ser un poblado de frontera, vivían otras personas en las mismas condiciones que ella, quien estaba a la espera de conseguir una identidad falsa para adentrarse ilegalmente en el territorio de sus sueños.

—Entonces, eso quiere decir que cuando me den mis papeles, ¿no dirán cómo me llamo en realidad? Será como si nunca hubiera existido.

—Exacto Lety, te pasará igual que cuando llegaste a trabajar al lugar donde te conocí y decidiste ponerte un *nom de guerra*, sólo que esta vez, no lo vas a elegir vos, te lo van a poner, al igual que cuando te bautizaron. Es probable, que te toque identificarte con la partida de nacimiento de una difunta. Aunque te resulte extraño, tenés que hacerte a la idea de que en el mundo, existen infinidad de personas que, a lo largo de la historia, se han visto obligadas a tener que adoptar la identidad de algunos muertos.

—Pero decíme, ¿por qué no he visto a nadie como vos? –quiso saber la Lety, pues en todos esos días que llevaba mirando por la ventana, no había visto a ninguna otra persona alta, de tez blanca, ojos azules y cabellera rubia.

—Es muy simple: –dijo el Johnny mirando el techo—: Porque nosotros no necesitamos vivir en un pueblo mugriento como este.

—Pero vos sí estás aquí.

—Pero mi caso es especial, es diferente, no puedes comparar, pues yo, además de estar enamorado de vos hasta las trancas, resulta que soy un pendejo –dijo el gringo, con el frustrante deseo que ella le besara.

—Entonces, deberíamos de salir a dar una vuelta, ¿no te parece?

— ¡No! ¡Estás loca!, que no los veas por las calles, no quiere decir que no haya agentes de la *migra* y, muchos de ellos, vestidos de civil que andan al acecho de personas en tus mismas circunstancias–respondió él buscando convencerla de que no debería de salir.

—No te enojes, tú mandas, pero creo que alguna vez sería bueno que saliéramos, aunque sólo fuera un rato. Llevo aquí metida en esta casa, esperando a que tu arregles mis papeles, pero pasan los días y lo único que veo, es que cada vez venís más borracho.

—Tienes razón. Una de estas noches te voy a sacar a dar una vuelta por el pueblo. Te lo prometo – respondió antes de desplomarse sobre la cama donde quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente, él se largó como cada día, no sin antes, echar llave a la puerta para asegurarse de que a ella no se le ocurriera salir. La Lety, después de ducharse, tomó el desayuno y se

vistió con sus mejores ropas. Se fue a la parte trasera de la casa, atravesó el jardín, trepó por un árbol hasta alcanzar el filo del muro y saltando al otro lado, fue a parar a un pequeño bosque donde campaban a sus anchas varias gallinas.

En un principio, no estaba segura de salir a caminar por las calles, pues le invadía el miedo de ser vista por alguno de los policías. Así se la pasó meditando en cuclillas durante un buen rato, bajo la sombra de unos árboles de mangos. Realizó mentalmente un ligero repaso a todas las advertencias del gringo, quien, bajo ningún pretexto, debía de enterarse de su osadía de salir fuera de casa. Sin pensarlo más, aprovechó el paso de un pequeño grupo de mujeres y se metió entre ellas quienes, al ir distraídas conversando entre sí, ni tan siquiera advirtieron su presencia.

Para no extraviarse, tomó como puntos de referencia una farmacia, un taller donde reparaban coches, un enorme rótulo en el que aparecía una mujer anunciando una marca de cremas para la piel y, por último, la iglesia del pueblo, que estaba situada frente a un parque. Hasta ese punto, no había recorrido más de cinco manzanas y todas sobre la misma calle.

Viendo que las puertas de la parroquia estaban de par en par, la Lety decidió entrar a rezar ante la figura en madera del Sagrado Corazón de Jesús, como solían hacerlo sus padres después de la misa.

En sus oraciones, pidió por la salud de su hijo a quien juró traer consigo lo antes que fuera posible; rezó porque al gringo consiguiera rápido los papeles; rogó porque ahora que ella podría rehacer de nuevo su vida, le dieran una oportunidad para bailar en una barra show, al igual que se la habían dado a otra compañera suya en «Los tres focos rojos» y, por último, suplicó con todas las fuerzas de su ser, que *el altísimo* guiara sus pasos para encontrarse con el Toño y que éste no tuviera ningún compromiso con otra mujer. Se santiguó, y pidiendo perdón por no poder dejar en ofrenda una veladora encendida, pues no tenía un centavo en los bolsillos, se levantó, miró para todos lados y se fue.

En el momento de salir de la iglesia, la Lety creyó ver, entre medio de los transeúntes que paseaban a esa hora por las calles, al

Samuel y al Atilio. Pero luego llegó a la conclusión que eso era del todo imposible, pues qué iban a estar haciendo ellos dos en aquel lugar tan lejano.

Para tomar un poquito de sol al aire libre, se fue a sentar a una de las bancas del parque. No podía evitar sentirse observada por la mayoría de los hombres que pasaban a su lado. De pronto, la asaltaron de nuevo sus temores, pues pensó que se estaba exponiendo a que pasara uno de la *migra* y la detuvieran. Se puso en pie con la decisión de regresar a su casa. Al fin de cuentas, había andado un rato por la calle y pensó que, por ese día, ya era más que suficiente.

Al pasar delante de la farmacia, con estupor, comprobó que se le aparecían frente a sus ojos, los dos amigos del gringo, quienes al verla, se sorprendieron tanto como ella.

— ¡Pero Lety! ¿Qué haces aquí? –preguntó el Samuel.

—No, no, no, ustedes dos, ¿qué hacen aquí?

—Nosotros hemos venido a comprar algo de ganado.

—Con ese cuento a otro lado, no inventen –dijo la Lety mirándolos fijamente y siguió—, pues a quién se le ocurriría irse tan lejos para comprar un par de miserables vacas.

—Pero si desde hace mucho nosotros venimos por estos lares, pues conocemos a un señor que nos consigue las reses a buen precio.

—¡Aquí! ¿En los *yunai*?

—Pero Lety, ¿qué tonterías estás diciendo vos? ¡Si estamos en Usulután! –respondió asombrado Atilio mirando de reojo al Samuel que estaba a punto de echarse a reír.

La Lety, sintió que el mundo se movía bajo sus pies y que todo a su alrededor daba vueltas. Un sudor frío le recorrió la piel como una herida en el pecho que le impedía respirar. Se apoyó sobre el hombro del Samuel a quien, con la mirada perdida, le suplicó que por favor no se tomara a broma su situación pues ella no estaba loca. Hacía esfuerzos sobrehumanos por comprender qué era lo que estaba sucediendo a su alrededor, pero no lograba atar los cabos. Entonces, respirando hondo para tomar aire, dobló su cuerpo y rodeándose con sus brazos, dejó caer como una cascada su negra

cabellera, se quedó unos segundos paralizada cual si fuera a desvanecerse y alzando el rostro al infinito, gritó:

— ¡Hijo de puta!... ¡Maldito gringo de mierda!

Los dos hombres, dando un salto hacia atrás, se vieron de pronto impotentes ante tanta rabia y dolor contenidos. Quisieron consolarla, pero la Lety, echando una especie de espuma blanca por la boca, los rechazó y comenzó a caminar de un lado para otro igual que una fiera enjaulada.

—¡Ese gringo cabrón!, aún no sabe con quién se anda jugando la vida ni lo que le va a costar— dijo ella escupiendo sobre la acera.

—Lety, no pierdas la cabeza, cálmate, –dijo el Atilio y agregó — si querés podemos hablar con el Johnny, porque seguro que alguna razón debe de tener para todo esto, que tampoco entendemos de qué se trata.

—No, él no está. Se fue dejándome aquí sin decirme nada y de eso hace ya varios días. Y desde entonces, no ha vuelto a la casa –respondió con una mentira al tiempo que se acercaba a los dos.

—Eso quiere decir… ¿Qué estás sola en el pueblo? —quiso saber el Atilio, mirando con el rabillo del ojo a su amigo.

—Sí, pero no me imaginaba que aún estuviera en El Salvador.

—Nosotros podríamos cuidar de vos Lety –dijo el Samuel.

—Yo no los necesito – afirmó a la defensiva, comprendiendo que se querían aprovechar de su desamparo.

—Pero sí estás de acuerdo, podríamos ser tus clientes mientras regresa el Johnny… ¿Qué dices? — habló de nuevo el Samuel acariciando la posibilidad de meterse en la cama con ella.

—La verdad, para qué mentirles, es que necesito dinero. De no ser así, ni en broma dejaría que me tocara ninguno de ustedes, por muy puta que sea –increpó ella, aceptando la oferta y agregó— Sólo les pido que me den un rato para irme haciendo a la idea de lo que me ha pasado por andar de pendeja. Así que si quieren esta noche se vienen a la casa donde estoy, nos tomamos algo y ya veremos qué hacer.

Les dio la dirección, luego acordó encontrarse con ellos sobre las ocho de esa noche. Les dijo que antes deseaba cenar algo y sin

decir nada más, se marchó con paso lento. A medida que avanzaba por la calle, todo comenzó a parecerle normal pues había perdido el miedo que tenía a la gente. Sólo experimentó un poco de vergüenza, pues se sentía observada debido a los gritos insultantes proferidos en mitad de la vía pública.

Con amargura comprendió que jamás habían salido del país, que los volcanes, las montañas, el mar, los pueblos que ella pudo apreciar gracias a la gran farsa montada por el Johnny, pertenecían a El Salvador y que ella, que se había pasado horas enteras sentada frente a la ventana, no era más que una pobre desgraciada a quien, debido a su ignorancia, ese gringo pudo engañar. Sintió en ese momento, que su miedo se fue transformando en un odio profundo y sin límites. La rabia contra el gringo, se apoderó de ella. Quería matarlo.

Nuevamente se metió entre los arbustos del pequeño bosque que lindaba con la casa, trepó como pudo por el muro y una vez dentro, se fue a quitar la ropa. Mientras que poco a poco se iba desnudando en la habitación, la Lety no pudo evitar sentirse ridícula, estafada, sucia e idiota, pero sobre todas las cosas: humillada y ultrajada. Entonces, comenzó a ser presa de un vacío que lo inundaba todo y que pesaba como una inmensa lápida de mármol. Para aligerar el peso, intentó cantar una canción, consiguiendo únicamente, romper en un llanto desgarrador, que cual analgésico la tumbó sobre la cama hasta dejarla profundamente dormida.

Como cada noche, el Johnny se presentó en casa, puso algo de música ranchera en el tocadiscos, que era el único aparato que adornaba el salón, se quitó las botas vaqueras y tirándose sobre la cama abrió una cerveza bien fría.

La Lety por su parte, una vez más, como cada noche, sirvió la cena en la mesa, lo llamó para comer juntos y él se sentó en el mismo lugar que acostumbra hacerlo.

—¿Qué sabés sobre lo de mis papeles?—preguntó ella a bocajarro y mirándole fijamente a los ojos.

—Nada, de momento nada –respondió él.

—Seguramente, deben de estar esperando a que se muera alguna puta, ¿no? –dijo con ironía la Lety, mordiéndose el labio

inferior de su boca.

—Eso es una posibilidad, sólo que ya ves, no hay suerte.

—Si esperamos tanto, un día se nos terminará el dinero –dijo ella como si aquello le preocupara en realidad.

El Johnny que precisamente esa mañana había estado sacando unos cuantos dólares en un banco de San Salvador, buscó tranquilizarla tirando sobre la mesa, un fajo de billetes nuevecitos que extrajo del bolsillo de su pantalón.

—Entonces, siendo que tenemos el futuro asegurado, ¿te parece que brindemos? —sugirió la Lety poniéndose graciosamente en pie.

—De acuerdo y más tarde, como te prometí una vez, te llevaré a dar un paseo –aceptó el Johnny, pensando en largarse para siempre del país aquella misma noche en que, como lo había planeado desde un principio, la dejaría tirada en el parque central del pueblo.

—¡Salud Johnny! –brindó ella.

—¡Por tu nueva vida Lety!— brindó él, quien de repente, sintió como una hoja metálica atravesaba su pecho una y otra vez.

En un intento desesperado como inútil, el Johnny se abalanzó contra ella e intentó sujetarla por el cuello, consiguiendo sólo, reventarse la frente contra la esquina de una pared, abriéndose una brecha por la que, al igual que un cerdo degollado, emanaba su sangre a borbotones.

La Lety, sin perder por un segundo el control, cogió los dólares que aún estaban sobre la mesa, tomó una bolsita plástica en la que llevaba todas sus cosas y dejando la puerta entreabierta, salió a la calle, donde se encontró a un niño al que, poniendo un dólar sobre la mano, le dijo que en la casa de enfrente un hombre estaba golpeando a su mujer y que, por favor, fuera corriendo en busca de la policía.

—Entra vos primero –le dijo el Atilio al Samuel que era quien había comprado la bebida—. Bueno, pero si viene alguien, me avisas.

El Samuel entonces, empujó la puerta y en ese momento, se quedó paralizado al ver al Johnny arrastrándose por el piso como

una serpiente.

— ¡Atilio entra rápido! ¡Ayúdame! – gritó el Samuel pidiendo auxilio desesperadamente mientras acercaba su oído a la boca del *gringo*, quien con un gran esfuerzo intentaba decirle algo.

— ¡Por la gran puta! — alcanzó a decir el Atilio cuando vio aquel cuadro de muerte—, ¡Vámonos Samuel, no jodas!, que, si nos encuentra aquí, nos van a echar encima este clavo.

—Fue la Lety, esa puta me ha matado, ¡jódanla! — alcanzó a decir el Johnny antes de ahogarse en su propia sangre.

Cuando el Atilio y el Samuel estaban a punto de escapar corriendo, llegó la policía quien les dio captura en ese momento.

—Qué desgracia. Y pensar que venía a decirle que ya tenía a punto el vehículo que me dejó en el taller— comentó el mecánico del pueblo, quien se encontraba entre la multitud reunida en el lugar del crimen.

— ¿Cómo se llama ese río? — preguntó la Lety mientras cruzaba el puente en el último autobús de la noche.

—Ese es el río Lempa— le contestó el revisor, mirando sus grandes ojos negros que brillaban como el charol y quiso saber– y dígame… ¿usted cómo se llama?

—Mi nombre, es María Cristina –respondió con una ligera sonrisa.

—Y… ¿para dónde va usted? –preguntó aquel joven trigueño antes de cobrarle el boleto del autobús.

— ¿Querés saber un gran secreto? Pues te cuento que, ahora sí, me voy pa'los *yunai*–respondió mientras en su mente, tarareaba una canción de Leo Dan que le gustaba escuchar en la rocola de *Los tres focos rojos.*